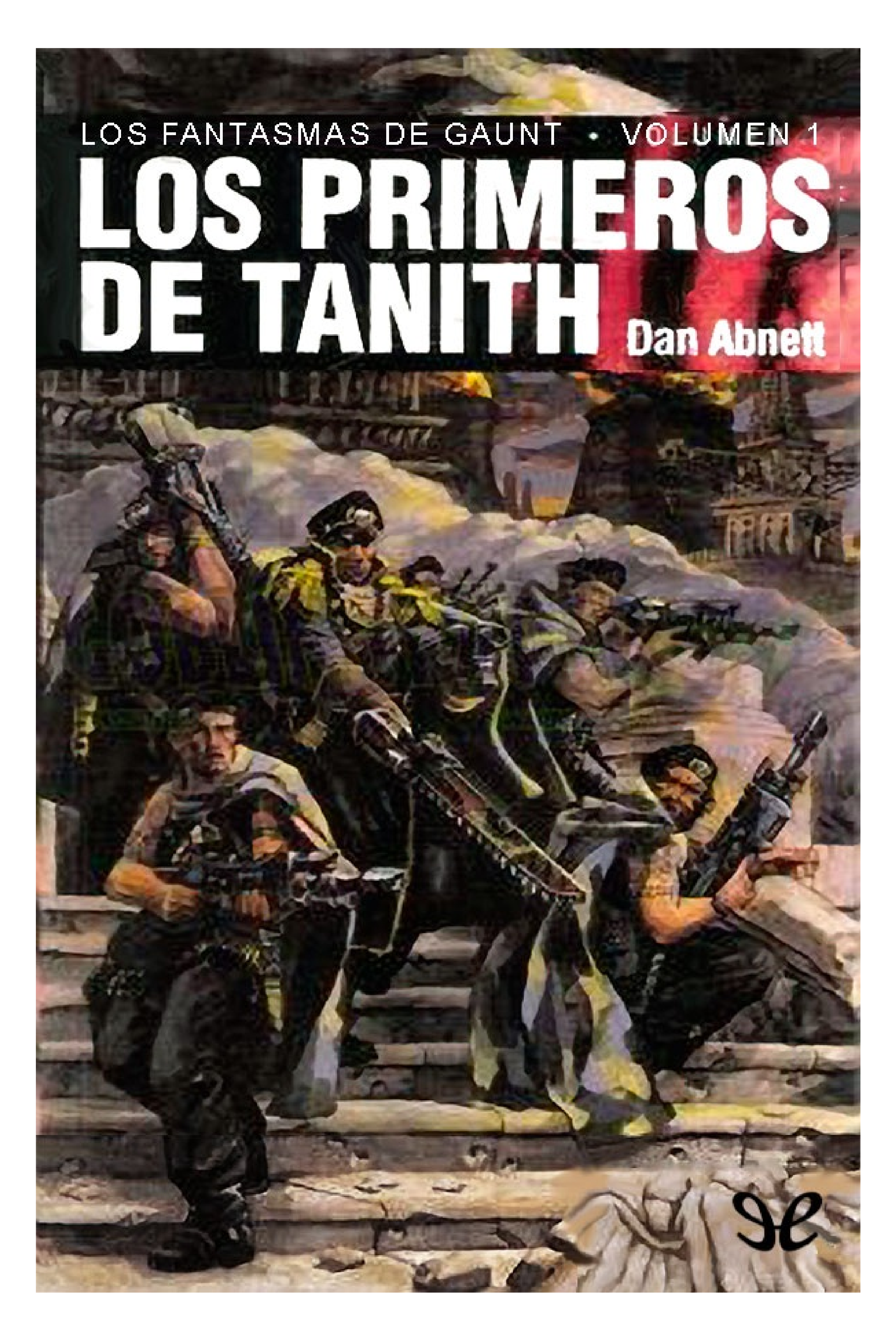

LOS FANTASMAS DE GAUNT • VOLUMEN 1
LOS PRIMEROS
DE TANITH
Dan Abnett

—Los Primeros de Tanith son buenos luchadores, general, así lo tengo entendido. —Flense se acercó a Dravere y entrelazó las manos a la espalda. El tejido cicatrizado de la mejilla le tembló un poco, como solía ocurrirle cuando estaba tenso—. Han tenido una buena actuación en varias campañas y Gaunt está considerado un lider con recursos.

—¿Lo conoce? —el general levantó la vista de la mira con aire inquisitivo.

—Sé algo de él, señor. —Contestó Flense tras una breve pausa—. Sobre todo por lo que se comenta de su persona.

En el futuro de pesadilla de Warhammer 40000, la humanidad se encuentra al borde de la extinción. El Imperio, que abarca galaxias, está repleto de peligros y en el sistema solar Sabbat, infestado por el Caos, el Comisario Imperial Gaunt debe guiar a sus hombres tanto en el combate contra las fuerzas del Caos como contra regimientos rivales. Los Primeros de Tanith es una saga épica de conquistas planetarias, grandes ambiciones, traiciones y sentido del honor.



Dan Abnett

Los Primeros de Tanith

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. La Fundación 1

ePub r1.1
epublector 16.03.14


FOR TANITH - FOR THE EMPERO

Título original: *First and Only*
Dan Abnett, 1999
Traducción: María Dolors Gallart, 2000

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Considerando dignos de encomio los esfuerzos realizados por el Señor de la Guerra Slaydo en Khulen, los Altos Señores de la Tierra le encargaron la organización de un ejército cruzado cuya función sería liberar los Mundos de Sabbat, una agrupación de unos cien sistemas habitados situados en uno de los extremos del Segmentum Pacificus. Se lanzó un masivo despliegue, casi mil millones de Guardias Imperiales iniciaron su avance en los Mundos de Sabbat, respaldados por las fuerzas de los Adeptus Astartes y los Adeptus Mecánicus, con quienes Slaydo había firmado pactos de colaboración.

Tras diez años de tenaz y dura lucha, a Slaydo le llegó su gran victoria en Balhaut, donde despejó el camino para introducir una cuña en el corazón de los Mundos de Sabbat.

Pero allí pereció Slaydo. Entonces, entre sus oficiales, ansiosos por ocupar su puesto, se desataron las disputas y la rivalidad. El Alto Señor Militar General Dravere era en principio el sucesor más previsible, pero el propio Slaydo había elegido a Macaroth, más joven que aquél.

A las órdenes de Macaroth como señor de la guerra, la Cruzada entró en su segunda década, penetrando aún más en los Mundos de Sabbat, enfrentándose a escenarios de guerra en comparación con los cuales Balhaut comenzaba a aparecer como una mera escaramuza de aproximación…

De *Una historia de las últimas cruzadas Imperiales*



CAPÍTULO 1



UNO

Núbila Extrema

Los dos Interceptores de clase *Faustus* pasaron raudos sobre un millar de toneladas de asteroide sujetas a una lenta rotación, para disminuir luego la velocidad. Sobre su superficie gris parpadearon las estriadas manchas de los reflejos de los pilotos. La anaranjada neblina de la nebulosa llamada Núbila Extrema afloraba como un inmenso telón de fondo, con sus miles de años luz de extensión, cual difusa cortina que abarcara los confines de los Mundos de Sabbat.

Todos aquellos interceptores de patrullaje, de elegante forma de barbo, medían unos cien metros desde el estilizado morro hasta la ondulada cola. Los *Faustus* eran esbeltas y potentes naves de guerra que semejaban dentados pináculos de catedrales provistos de contrafuertes, en la parte posterior, destinados a albergar los propulsores principales. En sus costados blindados lucían el Águila Imperial, junto con las marcas verdes y las insignias de la Flota del Segmentum Pacificus.

Inmovilizado por la sujeción hidráulica del asuebti de mando de la nave capitana, el capitán de escuadrilla Torten LaHain redujo el ritmo de su pulso cardiaco a medida que disminuía la velocidad de la nave. La conexión de los impulsos mentales sincrónicos legada por los Adeptus Mecánicus acoplaban su metabolismo con los antiguos sistemas de la nave, de tal forma que vivía y respiraba cada matiz de su movimiento, de su dinámica energética y de sus reacciones.

LaHain era todo un veterano a sus veinte años. Llevaba tanto tiempo pilotando Interceptores *Faustus* que éstos parecían una prolongación de su cuerpo. Dirigió la mirada al anexo de vuelo, situado justo debajo del puesto de mando, donde su oficial de observación trabajaba en el puesto de control de navegación.

—¿Y bien? —preguntó a través del transmisor.

El observador cotejó sus cálculos con las runas que resplandecían el panel.

—Gire cinco puntos a estribor. Las instrucciones del astrópata son descender hasta el borde de las nubes de gas para echar una ojeada final antes de volver con la flota.

Detrás de él sonó un murmullo. El astrópata, encorvado en su pequeño cubículo, medio cuna medio trono, se agitó. De su cabeza incrustada de enchufes partían centenares de filamentos que lo mantenían conectado al complejo instrumental sensorial situado en el vientre del *Faustus*. Cada uno de ellos estaba marcado con una diminuta etiqueta de amarillento pergamino, en las que estaban inscritas las palabras que LaHain no deseaba tener que leer. Estaban impregnadas de un persistente olor a incienso y ungüentos.

—¿Qué ha dicho? —consultó LaHain.

—¿Quién sabe? —contestó el observador, encogiéndose de hombros—. ¿Y a quién le importa?

El cerebro del astrópata vigilaba y procesaba constantemente la vasta onda de datos astronómicos que le hacían llegar los sensores de la nave. Además, sondeaba el pulso psicológico del espacio disforme que se extendía más allá. Las pequeñas naves patrulleras como aquélla eran, con su cargamento astropático, el primer recurso de alerta de la flota. Era una dura labor mental la que realizaban los psíquicos, y no eran raros en ellos los gemidos y las muecas. A veces sus manifestaciones de desasosiego eran peores, como cuando cruzaron un campo de asteroides rico en níquel la semana anterior y al psíquico le asaltaron violentos espasmos.

—Comprobación de vuelo —dijo LaHain por el transmisor.

—¡Aquí torreta de cola! —respondió el responsable de la parte posterior de la nave.

—¡Mecánico de a bordo a punto, por el Emperador! —exclamó una voz desde el recinto de los motores.

LaHain señaló al piloto de la nave acompañante.

—Moselle… tú te adelantarás e iniciarás el reconocimiento. Nosotros iremos un poco más atrás para asegurarnos de que no hay nada. Después volveremos a casa.

—Hecho —repuso el aludido antes de que la otra nave saliera disparada para reducirse de improviso a una borrosa forma que dejó centelleantes perlas tras de sí.

LaHain estaba a punto de colocarse a la zaga cuando oyó la voz del astrópata por el comunicador. No era nada habitual que el hombre hablara al resto de la tripulación.

—Capitán… trasládese hasta las siguientes coordenadas y aguarde. Estoy recibiendo una señal. Un mensaje… de fuentes desconocidas.

LaHain obedeció las instrucciones y la nave se ladeó para dar la vuelta, mientras los motores se encendían con breves fogonazos de un rojo vivo. El observador puso todos los sensores en espera.

—¿Qué es esto? —preguntó con impaciencia LaHain, poco amante de maniobras

imprevistas que lo apartaran de una bien planificada misión de patrullaje.

El astrópata tardó un momento en responder:

—Es un comunicado astropático que intenta atravesar el espacio disforme. Proviene de un radio de distancia extremo. Debo recibirlo y transmitirlo al Mando de la Flota.

—¿Por qué? —quiso saber LaHain, considerando que era un tanto irregular aquella iniciativa.

—Percibo que es secreto. Está en nivel de inteligencia fundamental. Es el nivel Vermellón.

En la pequeña y delgada nave se produjo un largo silencio, sólo alterado por el zumbido de la propulsión, el parloteo de las pantallas y el susurro de la circulación del aire.

—Vermellón… —musitó LaHain.

El Vermellón era el nivel más elevado de prioridad que empleaban los criptógrafos de la Cruzada. Se trataba de algo inaudito, mítico. Hasta los preparativos de batalla importantes se transmitían sólo en Magenta. LaHain sintió una tensión paralizadora en las muñecas y un temblor en el corazón. El reactor del Interceptor fibriló en sintonía con él. LaHain tragó saliva. Un día rutinario se había convertido en una jornada fuera de lo normal. Sabía que debía poner todo al servicio de la correcta y eficiente recuperación de aquellos datos.

—¿Cuánto tiempo necesita? —preguntó.

—Un rato —repuso, tras otra pausa, el astrópata—. No me interrumpan mientras me concentro. Necesito el mayor tiempo posible.

La voz tensa y carrasposa pasó a murmurar una oración. La temperatura del aire bajó de forma perceptible en la cabina. Algo, en algún lugar, exhaló un suspiro.

LaHain crispó la mano en torno a la palanca de mando, con la carne de gallina. Detestaba la brujería de los psíquicos. Notaba su sabor amargo, punzante, en la boca. Bajo la máscara de vuelo le resbalaba el sudor. «¡Deprisa!», pensó… Estaba tardando demasiado. Estaban en una posición vulnerable. Además, quería que dejara de erizársele el vello.

El astrópata siguió murmurando su oración. LaHain miró a través de la cubierta la banda de rosada niebla que se alejaba para penetrar en el corazón de la nebulosa, a miles de millones de kilómetros de distancia. La fría e hiriente luz de antiguos soles la atravesaba con sus haces como si fuera una gasa. Unas nubes de oscuro vientre giraban despacio y en silencio, componiendo dibujos como de flores.

—¡Contactos! —gritó de improviso el observador—. ¡Tres! ¡No, cuatro! ¡Rápidos como centellas y vienen directos hacia nosotros!

—¿Ángulo y tiempo de aproximación?

El observador precisó una serie de coordenadas y LaHain encaró el morro hacia

ellas.

—¡Se acercan muy deprisa! —insistió el observador—. ¡Por el Trono de la Tierra, van muy rápidos!

LaHain observó su panel y vio el destello de los cursores rúnicos que se desplazaban en la cuadrícula táctica.

—¡Activación de sistemas de defensa! ¡Preparen las armas! —ordenó.

Delante de él, en la torreta delantera, los cargadores automáticos produjeron un murmullo al montar los cañones automáticos, y de los depósitos de energía salió un zumbido generado por el flujo de potencia que transmitían a los rifles de plasma.

—¡Ala Dos a Ala Uno! —sonó, ronca, la voz de Moselle por el transmisor de voz de larga distancia—. ¡Los tengo encima! ¡Dispersaos y huid! ¡Huid en nombre del Emperador!

El otro Interceptor se aproximaba a vertiginosa velocidad. LaHain aumentó la precisión óptica, amplificada y facilitada a través de los sistemas de la cubierta, y vio la nave de Moselle cuando aún se hallaba a mil kilómetros de distancia. Tras ella llegaban, lentas y perezosas, las formas vampíricas, las naves depredadoras del Caos. En la oscuridad entreverada de rojo parpadeaban repetidas explosiones de fuego, amarillas proyecciones de letal muerte.

El grito de Moselle se interrumpió de repente, desgarrado, a través del transmisor.

El veloz Interceptor desapareció en una bola de fuego hipercalentada que se expandió con rapidez. Los tres atacantes prosiguieron su estruendoso curso a través de los restos de su víctima.

—¡Vienen por nosotros! ¡Cambio de rumbo! —gritó LaHain antes de hacer girar en redondo el *Faustus* con un acelerón—. ¿Cuánto va a tardar? —consultó a voz en grito al astrópata.

—Ya he recibido el comunicado. Ahora lo estoy… transmitiendo… —susurró casi sin voz el astrópata, al borde de su límite de resistencia.

—¡Hágalo cuanto antes! ¡No tenemos tiempo! —lo apremió LaHain.

La esbelta nave de guerra se precipitó por el aire, dejando una estela azul generada por el calor de sus motores. LaHain se regocijó sintiendo el canto de éstos en la sangre. Estaba rozando el umbral de tolerancia del aparato. En su pantalla se habían encendido los pilotos ámbar de aviso. LaHain se estaba quedando poco a poco incrustado en la gastada y estriada piel de su asiento.

En la torreta de cola, el artillero apuntó los dos cañones automáticos gemelos, buscando un blanco. No vio los atacantes, pero sí percibió su ausencia: la parpadeante oscuridad recortada sobre las estrellas.

Los cañones de la torre cobraron vida con un chirrido y escupieron un hirviente reguero de munición de hipervelocidad teñido de tonos escarlata.

En la carlinga, los indicadores emitían agudas señales de aviso. El enemigo había

precisado múltiples puntos de blanco. Abajo, el observador interpelaba a gritos a LaHain, reclamando maniobras de evasión. Por el interfono chillaba el mecánico de a bordo informando de un orificio ocasionado por un exceso de tensión en la alimentación de energía.

—¿Ha terminado? —preguntó LaHain al astrópata sin perder los nervios.

Se produjo otra larga pausa. El astrópata permanecía recostado en su cuna.

—Ya está hecho —murmuró, ya moribundo, con el cerebro devastado por el trauma de aquel acto.

LaHain efectuó un brusco viraje y encaró el Interceptor hacia sus perseguidores con las potentes armas de plasma y los cañones del morro arrojando fuego. No podía escapar ni superarlos en la lucha, pero por el Emperador, antes de morir pensaba llevarse por delante al menos a uno.

La torreta delantera escupía mil disparos por segundo. Los rifles de plasma lanzaban entre aullidos una muerte fosforescente al vacío. Una de las formas camufladas en sombra estalló en una rutilante llamarada, proyectando pedazos de fuselaje, en la ardiente onda expansiva incandescente.

LaHain logró acertar a un segundo objetivo. Provocó un desgarrón en el vientre de otro atacante, cuyas entrañas presurizadas se desparramaron por el vacío. Luego explotó como un globo hinchado y comenzó a dar vueltas debido al estremecedor impacto, dejando el recuerdo de su contenido en la estela de fuego que lo seguía.

Un segundo después, una lluvia de proyectiles tóxicos y corrosivos, unas astillas de metal semejantes a sucias agujas, horadaron el *Faustus* de un extremo a otro. Hicieron estallar la cabeza del astrópata, atomizaron al observador y lo lanzaron desgajado por los orificios de la chapa. Otro mató al mecánico de a bordo en el acto y destruyó el engranaje del reactor.

Dos milisegundos más tarde, las fracturas de la presión hicieron añicos el Interceptor *Faustus* como si de una botella de cristal se tratara. Desde su centro se expandió una densa explosión, que pulverizó la nave y a LaHain con ella.

La aureola de la detonación alcanzó un radio de ochenta kilómetros, hasta desaparecer en la nebulosa.



UN RECUERDO

Darendara, veinte años después

El Palacio de Invierno estaba sitiado. En los bosques de la orilla septentrional del helado lago retumbaban los cañones de la Guardia Imperial. La nieve se posaba en manso vuelo sobre ellos y, con el estremecimiento de aire producido con cada detonación, de las ramas de los árboles caían pesados cúmulos blancos. Los cascos de cobre amarillo de los proyectiles rebotaban en los árboles y caían, humeantes, en una capa de nieve que poco a poco se convertía en fluido fango.

Sobre el lago, el palacio se desmoronaba. Un ala estaba en llamas y en los altos muros y largos arcos de los tejados se apreciaban brechas. Cada impacto levantaba por los aires tejas, fragmentos de vigas y borlas de nieve que parecían azúcar en polvo. Algunos disparos se quedaban cortos y entonces incidían en la piel del lago y levantaban fríos surtidores de agua, barro y acerados fragmentos que hubieran podido pasar por cristal.

El comisario Delane Oktar, máximo oficial político de los regimientos de Hyrkan, permanecía en la parte posterior de su vehículo oruga pintado con camuflaje de invierno, observando el asedio a través de su catalejo. Cuando el Comandante de la Flota mandó a los Hyrkan a sofocar el levantamiento de Darendara, ya había previsto que las cosas acabarían de ese modo, en un amargo y sangriento final. ¿Cuántas

oportunidades de rendirse habían dado a los secesionistas?

Demasiadas, según el despreciable oficial al mando de las brigadas acorazadas que prestaban apoyo a la infantería Hyrkan, el coronel Dravere. A Oktar no le cabía duda de que Dravere informaría con alborozo de aquel asunto en sus despachos. Dravere era un soldado de carrera que, con el prestigio de su ascendencia noble, estaba trepando por la escalera de los ascensos aferrado con tanta fuerza al pasamanos que podía permitirse despegar los pies para descargar patadas en quienes tenían rangos inferiores.

A Oktar le tenía sin cuidado. Para él lo importante era la victoria y no la gloria. Como comisario, su autoridad suscitaba simpatías y nadie ponía en entredicho su lealtad al Imperio, su decidida adhesión a los dictados fundamentales y el exaltante ardor de las arengas que dirigía a sus hombres. Él creía, no obstante, que la guerra era algo simple, donde la precaución y la moderación podían conllevar la victoria con menores costes. Había sido testigo demasiadas veces de lo contrario. Los diferentes escalones de mando solían ser partidarios de la teoría del desgaste en lo relativo a la Guardia Imperial. Cualquier enemigo podía ser aplastado si uno invertía suficientes hombres, y para ellos, la Guardia era una ilimitada provisión de carne de cañón destinada a dicho propósito.

Esa no era la visión de Oktar. Él había inculcado en el cuadro de oficiales de los Hyrkan otra idea. Había enseñado al general Caernavar y a sus subalternos a valorar a todos y cada uno de los hombres, y conocía de memoria a los seis mil Hyrkan, a muchos incluso por su nombre. Oktar había estado con ellos desde el principio, desde la Primera Fundación en los altiplanos de Hyrkan, aquellos vastos desiertos industriales de granito y hierba azotados por los vendavales. Habían fundado allí seis regimientos, seis altivos regimientos, los primeros tan sólo de la larga sucesión de soldados Hyrkan que Oktar confiaba en que, de una Fundación a otra, un día colocarían en un lugar bien alto el nombre de su planeta en el cuadro de honor de la Guardia Imperial.

Eran jóvenes valerosos. No le gustaba desperdiciarlos ni que los desperdiciasen sus oficiales. Desde su vehículo oruga miró las hileras de árboles donde los equipos de artilleros atendían los armones. Los Hyrkan eran una raza fuerte, enjuta y pálida, con cabellos casi desprovistos de color que solían llevar cortos y sin adornos. Vestían uniformes de color gris oscuro con correas beige y gorras de visera corta del mismo tono. Por el frío reinante, llevaban asimismo guantes de punto y largos abrigos. Los que atendían los cañones se habían quedado, con todo, en camiseta. Los correajes les colgaban desmayados de las caderas mientras se encorvaban para cargar proyectiles y se tensaban para abrir fuego con el calor de las sucesivas detonaciones. Resultaba extraño, en aquellos nevados páramos donde el aliento se hacía visible en contacto con el aire, ver hombres moviéndose entre el humo de los cañones sólo con camiseta,

acalorados y sonrosados por el sudor.

Él conocía sus puntos débiles y sus flaquezas, hasta el último hombre, sabía con certeza quién era más indicado para enviarlo a reconocer el terreno, a atacar en emboscada, a dirigir una carga ofensiva, a explorar en busca de minas, a cortar alambradas o a interrogar prisioneros. Apreciaba a todos y cada uno de sus soldados por sus habilidades guerreras. No quería desperdiciarlos. Él y el general Caernavar iban a utilizarlos, a cada cual de una forma particular, y lograrían una victoria tras otra, cien veces más rotundas que quienes empleaban sus regimientos como blancos de tiro en sangrientos frentes.

Los individuos como Dravere. Oktar no quería ni pensar lo que esa bestia podía llegar a hacer cuando por fin le otorgaran el mando de una acción como aquella. Había que dejar que aquel chiquitajo engreído de cuello almidonado diera rienda suelta a su fanfarronería. Que se pusiera en ridículo por sí solo. Aquella victoria le correspondía ganarla a él.

Oktar se bajó de la achatada base del vehículo y entregó el catalejo al sargento.

—¿Dónde está el Chico? —preguntó con su voz queda y penetrante.

El sargento reprimió una sonrisa, sabedor de que «el Chico» detestaba que lo llamaran de esa forma.

—Supervisando las baterías en la colina, comisario —respondió en un Gótico Bajo impecable, influido por la cortante entonación gutural del acento de la lengua Hyrkan.

—Hágalo venir —ordenó Oktar, frotándose las manos para activar la circulación —. Creo que es hora de darle una oportunidad para que ascienda.

El sargento se volvió para irse, pero al instante se detuvo.

—¿Para que ascienda o para que lo asciendan?

—Ambas cosas, por supuesto —replicó Oktar con una sonrisa de torcido.

* * *

El sargento Hyrkan subió por la ladera hasta los cañones de lo alto de la colina, donde una semana atrás un ataque aéreo secesionista había arrasado los árboles. Los troncos astillados habían quedado reducidos a su pálida corteza, y bajo la nieve el suelo estaba cubierto de leña, ramas e incontables y aromáticas hojas.

Ya no habría más ataques como aquel, desde luego. Eso era seguro. La fuerza aérea Secesionista operaba a partir de dos pistas situadas al sur del Palacio de Invierno que habían inutilizado las unidades acorazadas del coronel Dravere. Además, tampoco disponían de gran cosa… de unos sesenta reactores antiguos con cañones situados en el hueco entre el fuselaje y las alas y montantes en las puntas para las escasas bombas que podían reunir. El sargento albergaba, sin embargo, una admiración larvada por los pilotos secesionistas. Lo habían intentado con todas sus fuerzas, asumiendo grandes riesgos para dejar caer sus proyectiles allí donde valía la

pena, y sin la ventaja de unos buenos aparatos de apoyo aire-tierra. Nunca olvidaría el caza que destruyó su bunker de comunicaciones en el frente de la montaña dos semanas atrás. Había pasado volando muy bajo dos veces para afinar la posición, dando vaivenes entre las ráfagas que le lanzaban por todos lados las baterías antiaéreas. Se le habían quedado grabadas las caras del piloto y del artillero, visibles a simple vista cuando pasaron porque llevaban la cubierta levantada para poder hacer blanco sin ayuda de accesorios.

Valientes… desesperados. No muy distintos de lo que dictaba el código de principios del sargento. Y decididos también… ése era el punto de vista del comisario. Comprendían que iban a perder aquella guerra antes incluso de iniciarla, pero aun así intentaban separarse del Imperio. El sargento sabía que Oktar los admiraba, y él a su vez admiraba a Oktar por la petición que había formulado al alto mando para que se concediera a los rebeldes opciones para rendirse. ¿De qué servía matar sin ningún propósito?

El sargento se estremeció de todas formas cuando el cañón de tres mil apuntó hacia el búnker de comunicaciones y lo arrasó. En cualquier caso, se sumó a los vítores cuando las baterías antiaéreas cuádruples Hidra acertaron al caza en su huida. Pareció como si le hubieran dado un puntapié por detrás, por la manera como se elevó por la cola para luego comenzar a dar tumbos al recibir el impacto que lo convirtió en una llamarada que se abalanzó sobre los distantes árboles.

El sargento llegó a lo alto de la colina y divisó al Chico. Estaba en medio de las baterías, entregando a los artilleros proyectiles de repuesto que recogía de unas pilas medio ocultas bajo cortinas de humo. Alto, pálido, delgado y enérgico, el Chico intimidaba al sargento. A menos que la muerte lo reclamara antes, el Chico llegaría un día a comisario por méritos propios. Hasta entonces, disfrutaba con la categoría de cadete comisario y servía a su tutor Oktar con entusiasmo y fervor ilimitados. Al igual que el comisario, el Chico no era Hyrkan. El sargento pensó entonces, por vez primera, que no sabía siquiera de dónde era el Chico… y seguramente ni el mismo Chico lo sabía tampoco.

—El comisario quiere verlo —informó al Chico al llegar a su lado.

El Chico tomó otro proyectil de la pila y lo entregó a un artillero.

—¿Me ha oído? —preguntó el sargento.

—Lo he oído —dijo el cadete comisario Ibram Gaunt.

* * *

Sabía que lo estaban poniendo a prueba. Sabía que la responsabilidad era suya, que más le valía no estropearlo. Gaunt era asimismo consciente de que aquél era el momento indicado para demostrar a su mentor, Oktar, que tenía madera de comisario.

No había una duración establecida para el tiempo de formación de un cadete. Después de recibir la educación en la Schola Progenium y el entrenamiento básico en

la Guardia, el resto de la instrucción de un cadete se hacía sobre el terreno, y la promoción al rango de comisario era una cuestión que dependía del dictamen de su oficial superior. Su carrera como comisario imperial, para dispensar disciplina, inspiración y el amor que el Dios-Emperador de la Tierra profesaba por la más gloriosa fuerza de combate de la creación, dependía de su rendimiento.

Gaunt era un joven serio y callado que ya desde sus primeros tiempos en la Schola Progenium ambicionaba el rango de comisario. De todos modos, confiaba en Oktar y en su sentido de la justicia. Este lo había elegido personalmente para estar a su servicio de entre los miembros de la clase de honor de cadetes y durante los dieciocho meses anteriores se había convertido en casi un padre para él. Un padre severo e implacable, tal vez. El padre que nunca había conocido.

—¿Ves esa ala incendiada? —le dijo Oktar—. Es un lugar por donde entrar. Los secesionistas deben de estar retirándose a las salas interiores. El general Caernavar y yo destinaremos unos cuantos pelotones para que pasen por ese agujero y les intercepten el paso hacia el centro. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Gaunt calló un momento, con el corazón en la garganta.

—Señor… ¿quiere que…?

—Que dirijas la operación, sí. No pongas esa cara de asombro, Ibram. Siempre me pides una oportunidad para demostrar tu valía. ¿A quién quieres?

—¿Elijo yo?

—Sí.

—Hombres de la cuarta brigada. Tanhause es un buen capitán de pelotón y sus soldados son especialistas en lucha en interiores. Los quiero a ellos y al equipo de armamento pesado de Rychlind.

—Buena elección, Ibram. No me decepciones.

* * *

Dejaron atrás el fuego para adentrarse por unos largos pasillos decorados con tapices donde ululaba el viento y la luz caía en inclinados rayos desde altos ventanales. El cadete Gaunt iba en cabeza, tal como habría hecho Oktar, empuñando la pistola láser, con el uniforme de cadete comisario ribeteado de azul en impecable estado.

En el quinto corredor, los secesionistas iniciaron su último y desesperado contraataque.

Sobre ellos cayó, chispeante, el fuego láser. Gaunt se agachó detrás de un sofá antiguo que enseguida quedó reducido a un montón de madera antigua. Tanhause se desplazó junto a él.

—¿Y ahora qué? —consultó el delgado y musculoso Hyrkan.

—Dame las granadas —le indicó Gaunt.

Iban bien provistos. Gaunt tomó la ristra y dispuso los temporizadores de las doce granadas.

—Llama a Walthem —ordenó a Tanhause.

El soldado Walthem se presentó. Gaunt sabía que era famoso en el regimiento por la potencia de su lanzamiento. Había sido campeón de jabalina en su tierra natal de Hyrkan.

—Coloca esto donde les duela —dijo Gaunt.

Walthem arrojó la ristra de granadas con un quedo gruñido. Sesenta pasos más allá, el pasillo se desintegró.

Prosiguieron el avance, entre el humo y el polvo de escombros. La defensa secesionista había perdido aliento. Encontraron a Degredd, el líder rebelde, muerto con el cañón de su pistola láser en la boca.

Gaunt informó al general Caernavar y a Oktar de que el combate había terminado. Luego hizo salir a los prisioneros con las manos en la cabeza mientras las tropas Hyrkan se disponían a tomar los puestos de artillería y los almacenes de munición.

* * *

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Tanhause.

Gaunt levantó la vista del cañón de asalto al que estaba quitando el percutor.

La muchacha era preciosa, de piel blanca y pelo negro, como era habitual en la aristocracia darendarana. Hincaba las uñas en los brazos de los soldados Hyrkan que la sujetaban a ella y a otros prisioneros mientras los forzaban a avanzar por el corredor.

Cuando vio a Gaunt, se detuvo en seco. Él esperaba vitriolo, rabia, los insultos tan comunes en los vencidos y presos cuya causa e ideología habían sido aplastadas, pero lo que vio en su cara lo dejó paralizado de asombro. Los ojos de la joven eran como de cristal, profundos, como el mármol pulido. Le devolvió la mirada con una expresión curiosa. Gaunt se estremeció al caer en la cuenta de que era reconocimiento lo que veía en su semblante.

—Habrá siete —dijo de improviso en un Gótico Alto de sorprendente perfección, sin asomos de acento local. La voz no parecía suya. Era gutural, y daba la sensación de que las palabras no se correspondían con el movimiento de sus labios—. Siete piedras de poder. Córtalas y serás libre. No los mates. Pero primero debes encontrar tus fantasmas.

—¡Basta de desatinos! —espetó Tanhause antes de ordenar a los hombres que se la llevaran.

La muchacha tenía ya la vista perdida y por su barbilla bajaba un hilillo de espuma. Era evidente que estaba entrando en trance. Los soldados la empujaban guardando las distancias, temerosos de su magia. La temperatura del pasillo parecía haber bajado. En cuestión de segundos, el aire exhalado al respirar se tornó visible. Había un pesado olor metálico, a quemado, como el que precede a las tormentas. Gaunt notó que se le erizaban los cabellos de la nuca. No podía apartar la mirada de

la joven, que seguía murmurando mientras los hombres la obligaban a seguir sin quitarle la vista de encima.

—La Inquisición se encargará de ella —dijo Tanhause con un escalofrío—. Otra bruja psíquica sin formación que trabaja para el enemigo.

—¡Espera! —reclamó Gaunt, acercándose a ella. Se tensó, asustado por el ser de hálito sobrenatural que había allí—. ¿Qué has querido decir con eso de siete piedras? ¿Y los fantasmas?

La muchacha puso los ojos en blanco mientras la ronca voz de vieja brotaba de sus trémulos labios.

—El espacio disforme te conoce, Ibram.

Retrocedió a toda prisa, como si le hubiera picado un insecto.

—¿Cómo sabías mi nombre?

La joven no respondió. O no lo hizo de forma coherente, en todo caso. Se revolvió, escupiendo y murmurando palabras sin sentido, acompañadas de sonidos animales surgidos de su garganta estremecida.

—¡Lleváosla! —vociferó Tanhause.

Un hombre se adelantó y al instante cayó de rodillas, moviendo los brazos como aspas, chorreando sangre por la nariz. Ella se limitó a mirarlo. Profiriendo hechizos protectores, los demás acudieron con las culatas de sus rifles láser por delante.

Gaunt estuvo observando el pasillo durante cinco minutos o más después de que se hubieran llevado a rastras a la muchacha. El aire conservó la gelidez un buen rato después de que ella hubiera desaparecido. Miró a su alrededor y advirtió el semblante enjuto y preocupado de Tanhause.

—No le preste ninguna atención —aconsejó el veterano Hyrkan, procurando imprimir un tono de confianza a la voz.

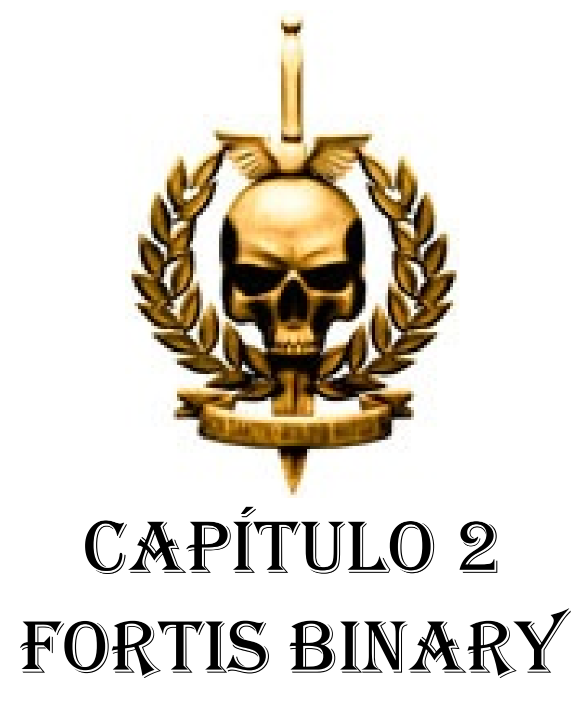
Veía que el cadete estaba afectado. Era sólo una cuestión de inexperiencia, no le cabía duda. En cuanto tuviera tras de sí varios años de campañas, el Chico aprendería a parapetarse ante los malsanos delirios del enemigo y de sus locos e impuros augures. Era la única forma de dormir por las noches.

—¿De qué iba eso? —preguntó, todavía tenso, Gaunt, como si esperase que Tanhause pudiera explicarle el sentido de las palabras de la joven.

—Tonterías, eso es lo que era. Olvídelo, señor.

—De acuerdo. Lo olvidaré. De acuerdo.

Sin embargo, Gaunt nunca lo olvidaría.



CAPÍTULO 2
FORTIS BINARY

El mundo de las fundiciones



UNO

El cielo de la noche era mate y oscuro, como el material del traje de faena que llevaban día tras día. El amanecer irrumpió, silencioso y repentino como una herida de arma blanca, esparciendo un apagado arrebol entre el negro manto del firmamento.

Finalmente salió el sol, que proyectó sus crudos rayos de luz ámbar sobre las trincheras. El astro era grande, y rojo, como una fruta podrida y asada. A mil kilómetros de distancia se produjo el restallido de un relámpago.

Colm Corbec se despertó y, tras reconocer con premura los mil dolores y quejidos de sus extremidades y tronco, salió a rastras de su habitáculo en el refugio subterráneo. Sus grandes botas besaron el barro gris que asomaba entre los intersticios de los tablones del suelo de la trinchera.

Corbec era un hombre bastante corpulento, cuyo aspecto no había mejorado pasados los cuarenta. Ahora tenía una complexión de buey, y estaba engordando. Sus anchos y peludos antebrazos estaban decorados con tatuajes azules en forma de espiral y la espesa barba se veía enredada. Llevaba los negros correajes y traje de faena propios de los Tanith, así como la ubicua capa de camuflaje que se había convertido en su prenda distintiva. Tenía asimismo la tez pálida, el pelo negro y los ojos azules comunes en su gente. Era el coronel de los Primeros y Únicos de Tanith, también llamados Fantasmas de Gaunt.

Bostezó. En la trinchera, bajo el parapeto de sacas de fragmentos, gaviones y herrumbrosos rollos de alambre de espino, los Fantasmas despertaban también. Entre toses, exclamaciones y quedos gruñidos, las pesadillas se hacían realidad con la luz del día. Bajo el cercano techo inclinado del parapeto se encendieron varias cerillas; los hombres desenvolvieron las armas de fuego y secaron su humedad. Tras comprobar el buen funcionamiento de sus mecanismos, descolgaron los paquetes de comida que guardaban en el techo del refugio para protegerlos de las sabandijas.

Arrastrando los pies por el cieno, Corbec estiró la espalda y tendiendo la mirada

más allá de las largas traviesas de la trinchera dispuestas en zigzag, vio a los centinelas que regresaban, pálidos y fatigados, muertos de sueño. Las parpadeantes luces de los inmensos postes de comunicaciones centellearon a once kilómetros a sus espaldas, encumbrados entre los oxidados tejados, marcados por las balas, de los pantagruélicos silos de los astilleros y los vastos búnkeres de fabricación de Titanes y de las naves de fundición de la orden tecnosacerdotal de los Adeptus Mecánicus.

Las oscuras capas de camuflaje de los centinelas, el uniforme distintivo de los Primeros y Únicos de Tanith, estaban tiesas debido al fango seco. Sus relevos, con la cara abotargada y los ojos nublados, les dieron una palmada al pasar, intercambiando con ellos chistes y cigarrillos. Pero los centinelas de la noche estaban demasiado cansados para seguirles la corriente.

Eran fantasmas, de regreso a sus tumbas, pensó Corbec. «Igual que todos los demás».

En un hueco bajo el muro de la trinchera, Mad Larkin, el primer francotirador del pelotón, preparaba algo que se aproximaba a la cafeína en un baqueteado recipiente de latón puesto sobre un hornillo de fusión. El acre olor se prendió a la nariz de Corbec.

—Dame un poco de eso, Kars —dijo el coronel, acercándose.

Larkin era un hombre flaco y enjuto de unos cincuenta años. Tenía una palidez enfermiza y llevaba tres aros de plata en la oreja izquierda y una espiral azul tatuada en su chupada mejilla derecha. Ofreció una abollada taza de metal con una mirada frágil, de cansancio y miedo, aureolada por las arrugas de los ojos.

—¿Será esta mañana, cree usted? ¿Esta mañana?

Corbec frunció los labios, disfrutando del calor que transmitía la taza a su manaza.

—Quién sabe… —repuso.

Arriba, en lo alto de la troposfera naranja, un par de cazas imperiales idénticos pasaron con agudos chirridos y después de girar sobre el frente, se alejaron en dirección norte. En el horizonte se elevaba humo de los templos del trabajo de los Adeptus Mecánicus, grandes catedrales de la industria, que ahora ardían. Al cabo de un segundo, el reseco viento transportó el ruido de las detonaciones.

Corbec miró cómo se alejaban los cazas y tomó un sorbo de la bebida. Era repugnante hasta un grado insoportable.

—Buen brebaje —murmuró a Larkin.

* * *

Un kilómetro más allá, siguiendo la línea en zigzag de los tablones, el soldado Fulke perdía los nervios. El mayor Rawne, segundo oficial del regimiento, se despertó con el sonido de un disparo de rifle láser próximo, cuyos fosforescentes impactos rebotaron en las sacas y el barro.

Rawne salió de su exiguo habitáculo al tiempo que su ayudante, Feygor, se ponía en pie de forma vacilante. Alrededor proliferaron los gritos y juramentos de la tropa.

Fulke había visto sabandijas, las omnipresentes sabandijas, atacando sus raciones, mordiendo los lacres de plástico con sus afiladas bocas de lagarto. Cuando Rawne se acercaba dando bandazos por la trinchera, se cruzó con los animales que se escabullían corriendo sobre sus grandes patas parecidas a las de los conejos, la piel plagada de pulgas acartonada por el barro. En su cubículo del baluarte, Fulke disparaba el rifle con la posición automática más rápida, profiriendo obscenidades con toda la potencia que le permitía su cascada voz.

Feygor llegó el primero y trató de arrebatarle el arma. Fulke se encaró con el ayudante y le aplastó la nariz, mientras con los pies levantaba grises salpicaduras de agua fangosa.

Rawne se adelantó a Feygor y puso a Fulke fuera de combate con un gancho en la mandíbula. Se oyó un crujir de huesos y el soldado se desplomó, gimoteando, en la acequia de desagüe.

—Reúne un pelotón de ejecución —espetó sin contemplaciones Rawne al ensangrentado Feygor antes de encaminarse a grandes zancadas hacia su refugio.

* * *

El soldado Bragg volvía a su litera. Con su corpulencia, era sin lugar a dudas el más voluminoso de los Fantasmas, aunque era un hombre pacífico y bonachón. Lo llamaban *Prueba Otra Vez* Bragg, por su desastrosa puntería. Había estado de guardia toda la noche y la cama le estaba cantando una irresistible nana. En una curva del subterráneo chocó de bruces con el joven soldado Caffran y por poco no lo aplastó. Lo ayudó a levantarse, con las disculpas encalladas en la boca por culpa del cansancio.

—No ha sido nada, Prueba —le aseguró Caffran—. Ve a tu dormitorio.

Bragg siguió con paso de sonámbulo. Al cabo de un instante ya se había olvidado del incidente. Sólo le quedaba el vago recuerdo de una disculpa que debía haber presentado a un buen amigo. Estaba rendido.

Caffran se agachó para bajar al sector del refugio de los mandos, situado más allá de la tercera trinchera de comunicaciones. En la puerta había un grueso escudo protector de polifibra y varias capas de cortinajes antigás. Después de llamar dos veces, apartó las pesadas telas y se introdujo en la profunda cavidad.



DOS

El refugio de los oficiales era hondo y sólo se accedía a él por medio de una escalera de aluminio sujeta a la pared. Dentro, la luz tenía una blancura de escarcha debido a los quemadores de sodio. El suelo estaba bien cubierto de tablones y había incluso ciertas marcas de civilización como estantes, libros, mapas y un aroma a cafeína aceptable.

Lo primero en que Caffran reparó al asomarse a la madriguera del comandante fue en Brin Milo, la mascota de dieciséis años que los Fantasmas habían adoptado en su Fundación. Corría la versión de que Milo había sido rescatado del fuego de que fue pasto su mundo natal por el comisario en persona, y que ese vínculo le había propiciado su categoría de músico del regimiento y ayudante de su más alto oficial. A Caffran no le gustaba mucho la presencia del muchacho. Algo en su juventud y en la vivacidad de su mirada le recordaba el mundo que habían perdido. Era paradójico, porque de encontrarse todavía en Tanith y con el par de años que se llevaban tan sólo, era muy probable que se hubieran hecho amigos.

Milo servía el desayuno en una pequeña mesa de campaña. El olor era delicioso: huevos con jamón y unas tostadas. Caffran envidió al comisario, por su posición y sus lujos.

—¿Ha dormido bien el comisario? —preguntó Caffran.

—No ha dormido —respondió Milo—. Ha estado levantado toda la noche analizando las transmisiones de reconocimiento de la patrulla orbital.

Caffran se mantuvo titubeante en la entrada de la madriguera, apretando el paquete lacrado de comunicados. Era más bien bajo para tratarse de un Tanith, y joven, con el pelo negro rapado y un dragón azul tatuado en la sien.

—Pasa y siéntate.

Al principio Caffran creyó que era Milo el que había hablado, pero en realidad fue el mismo comisario. Ibram Gaunt salió de la habitación posterior del refugio,

pálido y demacrado. Vestía los pantalones del uniforme y una camiseta blanca con los tirantes del regimiento tensados. Indicó a Caffran que tomara asiento frente a él en la mesa de campaña y después se instaló en el otro taburete. Caffran volvió a titubear antes de obedecer.

Gaunt era un hombre alto y duro, entre los cuarenta y los cincuenta años, de cara enjuta. El soldado Caffran, que le tenía una enorme admiración, había estudiado sus acciones previas en Balhaut, en Formal Prime, su período de servicio con el Octavo de los Hyrkan e incluso su magnífica labor de mando en el desastre que acabó con Tanith.

A Caffran le pareció que Gaunt estaba más cansado que nunca, pero él tenía confianza en que aquel hombre los llevara a buen puerto. Si alguien podía redimir a los Fantasmas, esa persona era Ibram Gaunt. Era un espécimen raro, un oficial político al que se había concedido el mando absoluto del regimiento y el grado honorífico de coronel.

—Siento interrumpirle el desayuno, comisario —se disculpó, incómodo, Caffran.

—No te preocupes, Caffran. En realidad, llegas a tiempo para acompañarme.

Caffran dudó una vez más, preguntándose si no sería una broma.

—Hablo en serio —afirmó Gaunt—. Pareces igual de hambriento que yo. Y estoy seguro de que Brin ha cocinado más que suficiente para dos.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, el muchacho se presentó con dos platos de cerámica con huevos revueltos y tocino, acompañado de tostadas de pan de trigo. Caffran observó un momento el plato que tenía frente a sí mientras Gaunt atacaba el suyo con ganas.

—Adelante, come. No se tiene todos los días la ocasión de probar las raciones de un oficial —señaló Gaunt al tiempo que engullía un bocado de huevos.

Caffran tomó con nerviosismo el tenedor y se puso a comer. Era la mejor comida que había tomado en sesenta días. Le recordó los tiempos en que era aprendiz de mecánico en los aserraderos del malogrado Tanith, mucho antes de la Fundación y de la Pérdida, las apetitosas cenas que se servían en las largas mesas del refectorio después del último turno. Tardó poco en consumir el desayuno con igual placer que el comisario, que le sonreía animándolo.

Luego Milo sirvió una humeante jarra de densa cafeína, y llegó el momento de hablar de trabajo.

—Y bien, ¿qué dicen los despachos esta mañana? —preguntó Gaunt.

—No lo sé, señor —contestó Caffran, presentando la bolsa de comunicados—. Yo sólo los llevo de un sitio a otro. Nunca pregunto qué pone.

Gaunt respondió con una breve pausa y masticó un resto de huevos y tocino. Luego tomó un largo sorbo de la humeante bebida y cogió la bolsa.

Caffran se acordó de mirar hacia otro lado mientras Gaunt quitaba el lacre del

sobre de plástico y leía las tiras impresas que contenían.

—He estado en pie toda la noche pendiente de eso —dijo Gaunt, señalando tras de sí hacia el verde resplandor de la pantalla de comunicaciones tácticas, encajada en la fangosa pared del refugio—. Y no me ha dicho nada.

Gaunt revisó los despachos.

—Seguro que tú y los demás os preguntáis cuánto tiempo vamos a pasar metidos en este agujero infernal —comentó Gaunt—. La verdad es que no puedo decírtelo. Esta es una guerra de desgaste. Podríamos permanecer aquí durante meses.

Caffran se sentía para entonces tan reconfortado y satisfecho con la comida de la que acababa de disfrutar que el comisario podría haberle dicho que a su madre la habían asesinado unos Orkos sin turbarlo lo más mínimo.

—¿Señor? —La voz de Milo se interpuso de repente en el agradable sosiego.

—¿Qué ocurre, Brin? —preguntó Gaunt.

—Me parece… es que… creo que va a haber un ataque.

Caffran reaccionó con una risita.

—¿Cómo vas tú a saber…?

—Sea por lo que fuere —lo atajó el comisario—, Milo ha captado hasta el momento todos los ataques antes de que se produjeran. Todos. Por lo visto tiene un don para predecir la caída de los proyectiles. Quizá sean sus finos oídos. —Gaunt dirigió una irónica sonrisa a Caffran—. ¿Quieres llevarme la contraria, eh?

Caffran estaba a punto de responder cuando se hizo audible el aullido de las primeras bombas.



TRES

Gaunt se puso en pie de un brinco, volcando la mesa de campaña. Fue más lo repentino de su movimiento que el gemido de los proyectiles lo que causó el sobresalto de Caffran. Gaunt se fue en busca de su arma, colgada en su funda en un gancho, junto a las escaleras y después cogió el amplificador del aparato transmisor de debajo de los estantes donde guardaba sus libros.

—¡Gaunt a todas las unidades! ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Preparados para resistencia máxima!

Caffran no esperó más instrucciones. Se encontraba ya en las escaleras, atravesando como una bala las cortinas antigás, cuando las andanadas de proyectiles irrumpieron en sus trincheras. Tras él se alzaron enormes penachos de fango vaporizado y en la angosta zanja resonaron los chillidos de unos guardias que parecían haber cobrado vida de repente. Una granada cayó silbando ante él y excavó un hoyo del tamaño de una nave de desembarco detrás de la parte posterior del parapeto. Bajo una lluvia de barro líquido, Caffran se descolgó el rifle láser y se encaminó hacia la banqueta de tiro de la trinchera. Había caos, pánico, gritos y frenéticas carreras.

¿Había llegado ya? ¿Era aquél el momento final del largo conflicto en que se encontraban atrapados? Caffran trató de trepar por el resbaladizo costado de la trinchera para asomarse al borde y ver, más allá de la tierra de nadie, las posiciones del enemigo, con el que estaban confrontados desde hacía seis meses. Lo único que alcanzó a percibir fue una neblina de humo y barro.

Se oyeron un crepitar de armas láser y varios gritos. Cayeron más granadas. Una de ellas alcanzó el centro de una trinchera de comunicaciones próximas. Después los gritos se tornaron más inmediatos. La llovizna que se esparció sobre él ya no era de agua y fango. Era de cuerpos despedazados.

Profiriendo un juramento, Caffran limpió la mira del rifle láser. Entonces oyó un

grito tras él, una voz potente que resonó por los travesaños de la trinchera y pareció hacer temblar los tablones. Al girarse vio al comisario Gaunt, que salía de su refugio.

Gaunt iba vestido con el uniforme al completo, con la gorra y la capa de camuflaje de su regimiento adoptivo sobre los hombros, con un rostro que era pura furia. En una mano empuñaba su pistola bólter y en la otra su espada sierra, que zumbaba en contacto con el aire de la mañana.

—¡En nombre de Tanith! ¡Ahora que los tenemos encima debemos luchar! ¡Mantened las posiciones y que no cese el fuego hasta que traspasen la pared de fango!

Caffran sintió que se le renovaba el ánimo. El comisario estaba con ellos y se harían con el triunfo, por duro que fuera el ataque. Luego algo desactivó su mundo con un impacto vibratorio que levantó fango por los aires y pareció desgajarle el espíritu del cuerpo.

Aquel sector había recibido una andanada de proyectiles de pleno. Había decenas de hombres muertos. Caffran yacía aturdido en la hilera interrumpida de tablones y barro salpicado. Una mano lo tomó por el hombro y lo levantó. Pestañeó y alzó la cabeza. Vio la cara de Gaunt, que lo observaba con expresión solemne y alentadora a la vez.

—¿Qué, durmiendo después de un opíparo desayuno? —preguntó el comisario al perplejo soldado.

—No señor… Yo… yo…

El crepitar de los rifles láseres y los láseres de aguja comenzó a restallar en torno a ellos, proveniente de las troneras blindadas de la cabeza de la trinchera. Gaunt afianzó a Caffran en el suelo.

—Me parece que ha llegado el momento decisivo —señaló—, y querría tener a todos mis valientes hombres conmigo, cuando avancemos.

Caffran emitió una carcajada, escupiendo fango gris.

—Cuente conmigo, señor —dijo—, desde Tanith hasta donde quiera que acabemos yendo.

Caffran oyó el zumbido de la espada de sierra de Gaunt mientras éste se encaramaba a la escalera de mano clavada a la pared de la trinchera para dirigirse a sus hombres.

—¡Hombres de Tanith! ¿Queréis vivir para siempre?

Su respuesta, ronca y estruendosa, quedó sofocada por el bombardeo de granadas. Ibram Gaunt sabía, pese a todo, lo que habían dicho.

Vomitando fuego con sus armas, los Fantasmas de Gaunt salieron de la trinchera y emprendieron su camino hacia la gloria, la muerte o lo que quiera que los aguardara entre el humo.



CUATRO

Había una masa de fuego láser de cien pasos de ancho por veinte kilómetros de largo donde las legiones toparon de frente con los regimientos de la Guardia Imperial. Parecían ajetreadas colonias de insectos salidos de sus nidos para juntarse en un caótico hervidero de formas, iluminado por el incesante e incandescente chisporroteo del fuego de sus armas.

El Alto Señor Militar General Hechtor Dravere dejó de mirar por el catalejo emplazado sobre un trípode y se alisó la impecable pechera de la túnica con sus manos cuidadísimas antes de exhalar un suspiro.

—¿Quién debe de ser ese que agoniza allí? —preguntó con su inquietante voz atiplada.

El coronel Flense, responsable de operaciones de los Patricios de Jant, uno de los más veteranos y respetados regimientos de la Guardia, se levantó del sofá y se cuadró con elegancia. Flense era un hombre alto y fuerte, cuya mejilla había quedado desfigurada mucho tiempo atrás por una salpicadura de bioácido tiránido.

—Esas… esas hormigas de ahí abajo… —Dravere señaló con displicencia por encima del hombro—. Me preguntaba quiénes serían.

Flense recorrió la veranda para acercarse a la mesa de cristal iluminada desde abajo con brillantes indicadores rúnicos. Con el dedo siguió los cuatrocientos kilómetros de frente que representaban el foco de la guerra, allí, en Fortis Binary, una vasta y sinuosa línea de sistemas de trincheras opuestas, encaradas una frente a otra en un territorio devastado de fango abollado y fábricas destrozadas de por medio.

—Las trincheras occidentales —explicó—. Las defiende el primer regimiento Tanith. Usted los conoce, señor, la pandilla de Gaunt. Algunos de los hombres los llaman «los Fantasmas», creo.

Dravere se situó junto a un lujoso carro de bebidas y del dorado samovar que allí había se sirvió una espesa cafeína negra en una diminuta taza. Tomó un sorbo y por

un momento paseó el fluido entre los dientes.

Flense se encogió, expectante. El coronel Draker Flense había sido testigo en sus tiempos de cosas que habrían marcado a fuego las almas de otros hombres más comunes. Había visto morir legiones en las alambradas, había visto cómo los soldados se comían a sus camaradas en un loco frenesí inducido por el Caos, había visto planetas, planetas enteros, desmoronarse, morir y pudrirse. El general Dravere tenía algo que lo afectaba de una manera más profunda y repugnante aún. Era el placer de servir.

Dravere tragó por fin y dejó a un lado la taza.

—Así que a los Fantasmas de Gaunt los han despertado sin contemplaciones esta mañana —dijo.

Hechtor Dravere era un individuo achaparrado y lleno de optimismo que a sus más de sesenta años, aquejado de una imparable calvicie, insistía de todas formas en echarse laca a las pocas hebras de cabellos que aún le quedaban para aplastárselas de través en la cabeza como si quisiera demostrar algo. Era mofletudo y de tez rosada, y su uniforme parecía exigir toda la ración de almidón de un regimiento para estar a punto todas las mañanas. En su pecho colgaban varias medallas. Siempre las llevaba. Flense no estaba muy seguro de qué representaban todas. Nunca lo había preguntado. Sabía que Dravere tenía a sus espaldas un bagaje como mínimo comparable al suyo y que había obtenido de él toda la gloria posible y más. A veces a Flense le molestaba que el comandante general llevara siempre sus condecoraciones. Seguramente se debía, como reconocía, a que el señor general las tenía y él no. En eso consistía ser un señor general.

El Palacio Ducal, en cuya veranda se encontraban, seguía milagrosamente intacto después de seis meses de bombardeos. Daba al amplio valle que formaba la falla geológica de Diemos, que antaño fuera el centro de la industria hidroeléctrica de Fortis Binary, reducido ahora a eje sobre el que giraba la guerra. En todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, se extendían las grandes edificaciones de la zona industrial: las torres y los hangares, las bodegas y los búnkeres, los silos de almacenamiento y las chimeneas. En el norte se elevaba un gran zigurat, con el rutilante icono dorado de los Adeptus Mecánicus pintado en un lado. Rivalizaba, y hasta superaba tal vez en esplendor, con el templo de la Eclesiarquía, dedicado al Dios-Emperador. Claro que los Tecnosacerdotes de Marte aducirían que todo aquel mundo era un templo consagrado al Dios-Máquina Encarnado. El zigurat había sido la sede administrativa de la industria de los tecnosacerdotes en Fortis, desde la cual dirigían una fuerza de trabajo de diecinueve mil millones en la producción de blindajes y armamento pesado para la maquinaria de guerra imperial. Ahora había quedado reducido a un esqueleto chamuscado. Había sido el primer objetivo de los rebeldes.

En las lejanas colinas del valle, en fábricas fortificadas, en habitáculos de obreros y depósitos de material, se refugiaba el enemigo: una fuerza de mil millones, una vasta legión de sectarios demoníacos. Fortis Binary era un mundo imperial primario de fundiciones, musculoso y potente en su producción industrial. Nadie sabía cómo habían llegado a corromperlo los Poderes Ruinosos ni cómo había podido quedar contaminada con la impureza de los Dioses Caídos una parte tan importante de la ingente masa obrera. Pero había ocurrido. Ocho meses atrás, casi de un día para otro, las arcas y altos hornos de los Adeptus Mecánicus habían sido invadidos por la mano de obra corrupta, sometida antes al servicio del culto a la máquina. Sólo unos cuantos Tecnosacerdotes habían escapado a la súbita matanza y habían podido evacuar aquel mundo.

Ahora las legiones conjuntas de la Guardia Imperial estaban allí para liberarlo en una acción que se veía muy condicionada por las características del lugar. Las fábricas y plantas tecnológicas de Fortis Binary eran demasiado valiosas para reducirlas a escombros mediante un bombardeo orbital. Costara lo que costase, por el bien del Imperio, aquel mundo debía recuperarse paso a paso, con fuerzas de infantería: con hombres de la Guardia Imperial, soldados que, con el sudor de su frente, erradicarían y destruirían hasta el último resto de Caos y dejarían las valiosas industrias del mundo de la fundición listas para la repoblación.

—Siempre dejan pasar unos cuantos días para volver a ponernos a prueba y atacar otro sector de las trincheras, intentando encontrar un eslabón débil —comentó el señor general, volviendo a observar por el catalejo la carnicería que se desarrollaba quince kilómetros más allá.

—Los Primeros de Tanith son buenos luchadores, general, así lo tengo entendido. —Flense se acercó a Dravere y entrelazó las manos en la espalda. El tejido cicatrizado de la mejilla le tembló un poco, como solía ocurrirle cuando estaba tenso —. Han tenido una buena actuación en varias campañas y Gaunt está considerado un dirigente con recursos.

—¿Lo conoce? —El general levantó la vista de la mira con aire interrogador.

—Sé algo de él, señor —contestó Flense, tras una breve pausa—. Sobre todo por lo que se comenta sobre su persona —precisó, omitiendo muchas verdades—, aunque lo conocí de pasada. Su idea del mando no coincide con la mía.

—No le cae bien, ¿verdad, Flense? —preguntó con acierto Dravere.

Era capaz de leer en el pensamiento de Flense como en un libro y percibía un profundo resentimiento en el corazón del coronel siempre que salía a colación el tema del infame y heroico comisario Gaunt. Él conocía la causa. Había leído los informes. También sabía que Flense nunca lo mencionaría.

—Con franqueza, no, señor. Es un comisario, un oficial político, pero por un azar del destino ha conseguido el mando de un regimiento. El Señor de la Guerra Slaydo

le concedió el mando de los Tanith en su lecho de muerte. Yo comprendo la función de los comisarios en este ejército, pero me inspira desprecio su manera de mandar. Es compasivo cuando debería ser una fuente de aliento y alentador cuando debería ser exigente. De todas formas… en conjunto, es un oficial del que probablemente nos podemos fiar.

Dravere sonrió. La crítica de Flense había sido sincera y espontánea, pero aun así esquivaba la auténtica verdad.

—Yo no confío en otro oficial que no sea yo, Flense —afirmó, categórico, el general—. Si no veo clara la victoria, no la confío a otras manos. Sus Patricios permanecen en reserva, si mal no me equivoco.

—Están acantonados en los habitáculos de los obreros, en el oeste, listos para apoyar un ataque en cualquiera de los flancos.

—Vaya con ellos y ordene que se preparen —dijo el general. Luego fue hasta la mesa de cristal y con un estilete marcó en ella diversas líneas luminosas—. Ya llevamos suficiente tiempo parados aquí, y estoy impaciente. Esta guerra debería haber terminado hace meses. ¿Cuántas brigadas se han destinado para salir de este punto muerto?

Flense no estaba seguro. Dravere era famoso por su liberalidad en el empleo de hombres. Alardeaba de que era capaz de taponar incluso el Ojo del Terror con tal de disponer de suficientes tropas. Era cierto que a lo largo de las semanas anteriores la frustración de Dravere por la falta de progresos había ido en aumento. Flense sospechaba que estaba ansioso por complacer al Señor de la Guerra Macaroth, el nuevo comandante general de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Dravere y Macaroth habían sido rivales para la sucesión de Slaydo. Al haber ganado Macaroth, seguramente Dravere tenía mucho que demostrar, en primer lugar su lealtad para con el nuevo señor de la guerra.

Flense también había oído rumores de que el Inquisidor Heldane, uno de los socios que merecía mayor confianza de Dravere, había ido a Fortis una semana antes para mantener conversaciones privadas con el señor general. Ahora parecía que Dravere ansiaba pasar a la acción, llegar a algún lado, conseguir algún logro más glorioso incluso que la conquista de un mundo, aunque se tratara de un mundo tan vital como Fortis Binary.

Dravere volvió a tomar la palabra.

—Los Infieles se han dejado ver esta mañana, con una fuerza superior a las otras ocasiones, y les llevará ocho o nueve horas retirarse y reagruparse después de lo que consigan avanzar. Traiga a sus regimientos del este y córteles el paso. Utilice a esos Fantasmas como fuerza de choque y abra una brecha en sus defensas principales. Con la venia de nuestro amado Emperador, quizá podamos imprimir un nuevo giro a este asunto que precipite una victoria. —El comandante general repiqueteó en la pantalla

con la punta del estilete como si quisiera insistir en el carácter no negociable de sus instrucciones.

Flense estaba más que contento con las órdenes. Abrigaba la decidida ambición de que sus regimientos fueran una pieza fundamental en la consecución de la victoria en Fortis Binary. La idea de que Gaunt pudiera arrebatarle de algún modo esa gloria lo ponía enfermo, le hacía pensar en…

Interrumpió aquel hilo de pensamientos y se regodeó en la idea de que Gaunt y su escoria serían utilizados y sacrificados bajo los cañones enemigos en aras de su propia fama. Pero Flense dudó un segundo antes de salir. No había nada malo en asegurarse un poco más. Regresó junto a la mesa y con un dedo enguantado señaló una curva en los contornos del mapa.

—Es muy amplia el área por cubrir —señaló—, y si los hombres de Gaunt… eh, sucumbieran a la cobardía, mis Patricios quedarían expuestos tanto a las fuerzas de ataque de los Infieles como a los elementos en retirada.

Dravere meditó un instante. Cobardía: qué palabra más fuerte para que Flense la empleara refiriéndose a Gaunt. Después juntó sus manos regordetas en una alegre palmada, como un niño en una fiesta de cumpleaños.

—¡Transmisiones! ¡Que venga el oficial de transmisiones!

Por la puerta del salón entró precipitadamente, con aire receloso, un soldado que se cuadró ante los dos oficiales con un taconazo dado con unas botas limpias y lustrosas aunque viejas. Dravere se concentró en redactar unas órdenes en una tablilla de mensajes. Tras revisarlas, las entregó al soldado.

—Haremos venir a los Dragones de Vitrian para que apoyen a los Fantasmas con el objetivo de que la hueste Infiel retroceda hasta las llanuras. De esta forma, nos aseguraremos de que la lucha se libre en el flanco occidental durante todo el tiempo que tarden los Patricios en entrar en combate con el enemigo. Haga llegar las indicaciones pertinentes, también al comandante de los Tanith, Gaunt. Déle instrucciones de que persevere hasta el final. Su deber no se limita hoy a repeler. Tiene que presionar y aprovechar esta oportunidad para tomar las trincheras de los Infieles. Asegúrese de que entienda que ésta es una orden dictada personalmente por mí. Dígale que no se admitirá ningún titubeo ni retroceso. Cumplirán con su cometido o morirán.

Flense se permitió esbozar una disimulada sonrisa de triunfo. Ahora tenía la espalda bien cubierta, y Gaunt estaba obligado a enzarzarse en una operación que garantizaba su muerte antes de que acabara el día. El soldado volvió a saludar de nuevo, dispuesto a marcharse.

—Otra cosa más —dijo Dravere.

El soldado se paró en seco y se volvió con nerviosismo.

Dravere dio un golpecito al samovar con una voluminosa sortija de sello.

—Dígales que me manden más cafeína recién hecha. Esta está pasada.

El soldado asintió y se fue. Por el tintineo del anillo resultaba evidente que aquel gran recipiente dorado estaba aún casi lleno. Un regimiento entero podría beber durante varios días con lo que el general pretendía tirar. Consiguió contenerse hasta haber traspuesto la puerta doble antes de proferir una maldición por lo bajo contra el hombre que estaba orquestando aquel baño de sangre.

Flense también saludó y se encaminó a la puerta. Tomó su sombrero picudo y se lo colocó con meticulosidad en la cabeza, comenzando por la parte posterior del ala.

—Loado sea el Emperador, general —dijo.

—¿Cómo? Oh, sí. Loado sea —respondió Dravere distraído mientras se aposentaba en su diván y encendía un puro.



CINCO

El mayor Rowne se arrojó boca abajo en un pozo de tirador y poco le faltó para ahogarse en la lechosa agua acumulada en el fondo. Farfullando juramentos, se aupó hasta el borde del cráter y apuntó con el fusil láser. A su alrededor el aire estaba turbio debido al humo y los rayos vomitados por las armas. Aún no había tenido tiempo de disparar cuando varios cuerpos más se precipitaron a su lado: el soldado Neff y el ayudante del pelotón, Feygor, aparte de los soldados Caffran, Vari y Lonegin. También el soldado Klay, pero estaba muerto. El violento fuego cruzado le había abrasado la cara antes de que llegara al amparo del hoyo. Ninguno de ellos miró dos veces el cadáver de Klay, tumbado en el agua. Habían sido testigos de ese tipo de cosas un millar de veces, demasiadas.

Rawne se puso a observar con el catalejo. En algún lugar impreciso, los Infieles utilizaban algún tipo de arma pesada en apoyo de su infantería. El denso y violento fuego estaba abriendo una cuña en el avance de los Fantasmas. Rawne reparó en Neff, que toqueteaba con nerviosismo su arma.

—¿Qué ocurre, soldado? —le preguntó.

—Tengo barro en el mecanismo del gatillo, señor. No puedo desbloquearlo.

Feygor tomó el rifle del joven, abrió la recámara y retiró la capa impermeable de la cámara de ignición, dejando al descubierto los aros de enfoque. Luego escupió en el interior de la cámara y la cerró de golpe. A continuación la agitó vigorosamente y volvió a encajar la recámara de energía en su ranura. Neff observó cómo Feygor se volvía y alzaba el arma para disparar en dirección al humo que se extendía más allá del pozo.

—¿Ve? Ya funciona —le dijo, devolviéndosela.

Neff agarró el rifle y se arrastró hasta el borde del hoyo.

—Estaremos muertos ante de haber avanzado otro metro —pronosticó Lonegin.

—¡Por todos los demonios! —exclamó el soldado Vari—. Entonces ya los

tendremos acobardados.

Se sacó un puñado de granadas del correaje y las repartió entre sus compañeros, compartiéndolas como comparten la fruta robada los escolares. Un tirón con el pulgar puso a punto todos los proyectiles y Rawne sonrió a sus hombres mientras se disponía a arrojar la suya.

—Vari tiene razón —aseguró—. A ver si los dejamos ciegos.

Lanzaron las bombas al cielo. Eran granadas de fragmentación, destinadas a ensordecer, cegar y acribillar al enemigo con agujas de metralla.

Sonó una deflagración múltiple.

—Con eso al menos habrán tenido que agacharse —dijo Caffran.

Entonces se dio cuenta de que los demás ya salían del pozo para atacar y se apresuró a seguirlos.

Los Fantasmas cubrieron entre gritos un corto trecho de cieno gris y luego resbalaron por una pendiente revestida que el humo les había impedido ver. A su alrededor eran visibles las negras marcas de las granadas y también los cadáveres retorcidos de varios enemigos. Rawne se puso en pie al final de la pendiente y miró alrededor. Por primera vez en los seis meses que llevaban en Fortis Binary, veía al enemigo cara a cara. Los Infieles habían mandado a sus fuerzas de infantería a luchar allí. Eran sorprendentemente humanos, pese a su deformidad. Llevaban armadura de combate, que era una inteligente adaptación de los trajes de faena que se empleaban en las fundiciones del planeta, con las máscaras y guantes protectores incrustados en su piel pálida y ajada. Rawne procuró no demorar la mirada en los muertos porque eso le hacía pensar demasiado en todas las legiones que aún tenía que matar. En el humo encontró dos Infieles más, con los cuerpos amputados por las explosiones de las granadas y los remató sin dilación.

Encontró a Caffran a corta distancia de él. El joven soldado estaba conmocionado por lo que veía.

—Tienen rifles láser —murmuró, horrorizado— y armadura.

A su lado, Neff volvió uno de los cadáveres con el pie.

—Y mira… tienen granadas y munición.

Neff y Caffran miraron al mayor, que respondió encogiéndose de hombros.

—Sí, son duros estos cabrones. ¿Y qué esperabais? Han mantenido a raya el Imperio durante seis meses.

Lonegin, Vari y Feygor llegaron corriendo. Rawne les hizo señas para que continuaran, adentrándose más en el refugio enemigo. Delante de ellos el espacio se ensanchaba, permitiéndoles ver los cobertizos de piedra de un almacén industrial.

Rawne les indicó rápidamente que se pusieran a cubierto. Casi en el mismo instante el fuego láser comenzó a abrasar la trinchera. Vari resultó alcanzado. Su hombro desapareció en una pequeña nube roja. Se desplomó de espaldas y luego giró

sobre sí, ayudándose con el brazo que aún le servía. El dolor era tan atroz que no podía ni gritar.

—¡Feth! —espetó Rawne—. ¡Atiéndelo, Neff!

Neff, el médico de la patrulla, abrió la bolsa de vendajes que llevaba sujeta a la pierna mientras Feygor y Caffran intentaban arrastrar a Vari hasta cubierto. Las rutilantes líneas de fuego láser cosían la trinchera. Neff vendó con premura la horrorosa herida de Vari.

—¡Tenemos que llevarlo de vuelta al refugio, señor! —advirtió a gritos a Rawne.

Este estaba entrando en el desfiladero, buscando su protección, con el pelo acartonado por el barro gris, mientras las ráfagas de láser quemaban el aire a su alrededor.

—Ahora, ahora —contestó.



SEIS

Ibram Gaunt saltó a la trinchera y al hacerlo, quebró con las botas el cuello del primer Infiel con que topó. La espada sierra chirrió en su puño cuando tras pisar las planchas de las posiciones enemigas la blandió a diestra y siniestra para despedazar a dos más con profusión de salpicaduras de sangre. Otro se abalanzó contra él blandiendo una gran espada curva. Entonces Gaunt empuñó su pistola bólter y convirtió la cabeza enmascarada en vapor.

Aquel era el enfrentamiento más violento en que habían participado él y sus hombres en Fortis, atrapados como se veían en las angosturas de las trincheras enemigas, corriendo de un lado a otro para contener el incesante avance de los Infieles. Inmovilizado detrás del comisario, Brin Milo disparó su propia arma, una pistola automática compacta que aquél le había dado unos meses antes. Mató a uno —una bala entre los ojos—, y después a otro, al que hirió primero y después descargó una bala en la barbilla mientras caía hacia atrás. Milo se estremeció. Aquello era el horror de la guerra con el que siempre había soñado y sin embargo que nunca había deseado ver. Unos hombres enfurecidos apretados unos contra otros en un hoyo de tres metros de ancho por seis de largo. Los Infieles eran monstruos, casi unos seres colosales con aquellas máscaras de gas hocicudas que llevaban cosidas a la cara. Su armadura era de un feo material industrial verde parecido al caucho. Habían tomado la vestimenta protectora de su trabajo para hacer de ella su uniforme de batalla, embadurnándolo todo con símbolos que hacían daño a los ojos.

Aplastado contra la pared de la trinchera por un cuerpo que le cayó encima, Milo observó los cadáveres que se amontonaban a su alrededor. Por vez primera vio, en detalle, cómo era el enemigo… las corrompidas formas humanas de la hueste del Caos, marcada con deformes runas y estampaciones, pintadas sobre el caucho verde de su armadura o grabadas directamente en la piel.

Uno de los Infieles esquivó la chirriante espada de Gaunt y se precipitó hacia

Milo. El muchacho se apartó, de forma que fue a chocar contra la pared. Chapoteando en el fangoso lecho de la trinchera, Milo recuperó uno de los rifles láser que había dejado caer al agonizar una de las anteriores víctimas de Gaunt. El Infiel ya estaba sobre él cuando la levantó y disparó a bocajarro. La llameante ráfaga atravesó el torso del sectario, que se desplomó muerto sobre él y con el mero peso de su cuerpo lo derribó sobre el rezumante suelo de la trinchera. La apestosa agua fangosa, mezclada con sangre, le invadió la boca. En cuestión de un segundo, lo levantó a plomo el soldado Bragg, el más corpulento de los hombres de Tanith, el cual parecía siempre estar velando por él.

—Al suelo —le indicó Bragg al tiempo que se ponía al hombro un lanzagranadas.

Milo se arrodilló y se tapó con fuerza los oídos. Murmurando con fervor para sí la Letanía del Tiro Certero, Bragg disparó su voluminosa arma hacia la escalera de la trinchera. Se levantó una columna de barro mezclado con fragmentos de otros materiales innombrables. No era frecuente que acertara donde apuntaba, pero en aquellas condiciones no era posible errar.

A su derecha, Gaunt se abría paso entre los enemigos. Se echó a reír, embadurnado con la lluvia de sangre que provocaba con su chirriante espada sierra. De vez en cuando disparaba la pistola y hacía estallar otro Infiel. Estaba furioso. El mensaje del comandante general Dravere había sido draconiano y cruel. Él habría querido tomar las trincheras enemigas en caso de haber podido, pero la orden de hacerlo sin más opción que la muerte tenía que provenir, en su opinión, de una mente brutal, anormal. Nunca le había gustado Dravere, nunca, desde que lo conoció veinte años atrás, cuando todavía era un ambicioso coronel. Aquello había sido en Darendara, con Oktar y los Hyrkan…

Gaunt no había desvelado el contenido de las órdenes a sus hombres. A diferencia de Dravere, comprendía los mecanismos de la moral y el ánimo. Ahora estaban tomando las malditas trincheras, casi a pesar de las instrucciones de Dravere más que gracias a ellas. Su risa era la risa de la rabia y el resentimiento, y de orgullo porque sus hombres hicieran lo imposible.

A corta distancia, Milo se puso en pie trastabillando, con el rifle láser en la mano.

«¡Ya estamos allí —pensó Gaunt—, los hemos vencido!»

Diez metros más allá, el sargento Blane pasó a la carga con su pelotón para culminar la acción, prodigando fuego láser a discreción mientras sus hombres avanzaban empuñando las bayonetas. Se produjo un revuelo de fuego láser y centelleos de plateadas hojas Tanith.

Milo todavía empuñaba el rifle cuando Gaunt se lo quitó de la mano y lo arrojó al suelo.

—¿Crees que eres un soldado, muchacho?

—¡Sí, señor!

—¿De veras?

—Usted sabe que lo soy.

Gaunt miró al chico de dieciséis años y sonrió con tristeza.

—Puede que lo seas, pero por ahora se ha terminado. ¡Toca una melodía que acompañe nuestro canto de gloria!

Milo sacó su flauta Tanith de la mochila y sopló en la boquilla. Por un momento, del caramillo brotó un grito, como de un moribundo. Después comenzó a tocar. Era *El desierto de Waltrab*, una vieja melodía que siempre había tenido gran aceptación en las tabernas de Tanith, donde los hombres bebían y se divertían amenizados con ella.

Al oírla, el sargento Blane cargó con una mueca feroz contra el enemigo. A su lado, su ayudante, el encargado de las transmisiones Symber, comenzó a cantar al tiempo que disparaba con el rifle. El soldado Bragg se limitó a soltar una risita mientras ponía a punto el enorme lanzagranadas que cargaba. Al cabo de un momento, otra sección de la trinchera se disolvió en un diluvio de fuego.

* * *

El soldado Caffran oyó la música, un lejano gemido que se extendía por el campo de batalla. Le levantó un poco el ánimo mientras avanzaba bajo el mando del mayor Rawne pisando los cadáveres de los Infieles, codo a codo con Negg, Lonegin, Larkin y los demás. En esos instantes, el pobre Vari lanzaba alaridos mientras lo tendían allá en sus líneas, pues el efecto de los calmantes había pasado.

El bombardeo se inició entonces. Caffran se vio volando de repente, propulsado por una columna de aire surgida de una explosión que creó un cráter de diez metros de ancho. Junto a él saltó también por los aires una gran lengua de barro.

Aterrizó con violencia, como un pelele, embotado. Se quedó tumbado un rato en el fango, disfrutando de un extraño sosiego. Todo indicaba que Neff, el mayor Rawne, Feygor, Larkin, Lonegin y los otros, estaban muertos. Mientras las bombas seguían cayendo, hundió la cabeza en el cieno y rezó en silencio para poder salir de aquella pesadilla.

Muy lejos de allí, el Alto Señor Militar General Dravere oyó cómo en los vastos emplazamientos de la artillería Infiel daba comienzo la matanza. Entonces se dio cuenta de que, después de todo, aquél no sería el día decisivo, y con un suspiro de exasperación, se sirvió otra taza del recién repuesto contenido del samovar.



SIETE

El coronel Corbec hacía avanzar los tres pelotones de que disponía por la red de trincheras enemigas. Hacía ya dos horas que soportaban sobre sus cabezas el aullido del bombardeo, que había destruido el extremo frontal de las posiciones de los Infieles y aniquilado a todos los componentes de la Guardia que no habían conseguido llegar al relativo amparo de las posiciones enemigas. Los túneles y canales por los que pasaban aparecían desiertos, abandonados. Las trincheras estaban bien construidas y tenían un buen trazado, pero a cada recodo se encontraban con un blasfemo altar dedicado a los Poderes Oscuros que adoraba el enemigo. Corbec había ordenado al soldado Skulane que encarara su lanzallamas sobre cada uno de aquellos altares y los quemara antes de que cualquiera de sus hombres pudiera ver las escalofriantes ofrendas dispuestas ante ellos.

Según las conclusiones a que había llegado Curral tras consultar los mapas de luz de fibra, se adentraban por las trincheras de apoyo situadas detrás de las líneas principales de los Infieles. Viendo que no tenían posibilidad de retirarse, azuzados por el salvaje bombardeo que les hacía vibrar hasta la médula de los huesos cada pocos segundos, Corbec rezaba para que ningún proyectil cayera en medio de ellos. Además, se sentía aislado del resto del regimiento. El campo electromagnético generado por las incesantes andanadas obstaculizaba las comunicaciones, tanto de los receptores del sistema de intercomunicación que llevaban todos los oficiales como de los aparatos de radio de onda larga. No recibía órdenes de continuar, ni de reagruparse, ni de reunirse con otras unidades, ni de proseguir para atacar un objetivo, ni de retirarse siquiera.

En tales circunstancias, la normativa de la Guardia Imperial estaba clara. En caso de duda, avanzar.

Corbec mandó a explorar el terreno a varios hombres, seleccionados por su rapidez y capacidad: Baru, Colmar y el sargento de reconocimiento Mkoll. Envueltos

con sus capas de camuflaje Tanith, se alejaron por la polvorienta oscuridad. La visibilidad disminuía debido a las paredes de humo y polvo que se cernían sobre las trincheras. El sargento Blane señaló en silencio las acumulaciones de humo que se abatían sobre ellos. Corbec comprendió su intención y dedujo que no quería manifestarlo de palabra por temor a asustar a los otros hombres. Los Infieles no tenían escrúpulos a la hora de utilizar agentes venenosos, ponzoñosos gases capaces de quemar la sangre y los pulmones. Corbec sacó un silbato y lo hizo sonar tres veces. Tras él, los hombres cesaron el fuego y se colocaron las máscaras. El coronel hizo otro tanto también. Detestaba la pérdida de visibilidad, la claustrofobia, la sensación de falta de aire que provocaban aquellas apretadas capuchas de goma. El mar de barro que el bombardeo agitaba y lanzaba al viento en forma de gotas de vapor estaba plagado de otros venenos: las esporas de enfermedad incubadas en los cuerpos en descomposición que había en la zona de muerte; tifus, gangrena, ántrax, que proliferaba en los restos corruptos de animales de carga y sementales de caballería, y las terribles micotoxinas, que devoraban, voraces, toda la materia orgánica, transformándola en una insidiosa masa negra.

Como segundo oficial de los Primeros de Tanith, Corbec estaba enterado de los despachos que circulaban entre los mandos. Sabía que casi el ochenta por ciento de las bajas sufridas por la Guardia Imperial desde el comienzo de la invasión se debían al gas, a las enfermedades y a las infecciones oportunistas. Enfrentado a un soldado Infiel que lo apuntara a varios centímetros de distancia con un rifle láser, uno tenía más probabilidades de sobrevivir que si se daba un paseo por la tierra de nadie.

Con el agobio de la máscara, Corbec continuó caminando con sus hombres. Al llegar a una bifurcación en las trincheras, llamó al sargento Grell, al mando del quinto pelotón, y le dio instrucciones de llevarse tres equipos de tiradores para limpiar lo que encontraran a su izquierda. Cuando se hubieron ido, Corbec tomó conciencia de su creciente frustración. No había obtenido noticias de los exploradores. Seguía a ciegas, igual que antes.

Avanzando ahora a paso ligero, el coronel condujo al centenar aproximado de hombres que le quedaba por una ancha trinchera de comunicación. Dos de sus elementos de vanguardia de vista más aguda iban delante y con varitas detectoras de campos magnéticos conectadas a unas pesadas mochilas se cercioraban de que no hubiera explosivos ni trampas. Al parecer, los Infieles se habían retirado con demasiada precipitación para dejar ese tipo de sorpresas, pero aun así, la columna se detenía cada varios metros cuando localizaban algo caliente: una lata metálica, un trozo de armadura, una bandeja. En ocasiones se trataba de algún extraño ídolo de metal fundido extraído de los altos hornos al que los corruptos trabajadores habían dado una forma bestial. Corbec se encargaba personalmente de apuntarlos todos con su pistola láser para reducirlos a pedazos. La tercera vez que lo hizo, el maldito

objeto que destruía se abrió de repente por alguna fractura defectuosa y lanzó por los aires agudos fragmentos. El soldado Drayl, que se encontraba cerca, recibió debajo del cuello uno, que se le hundió en la carne. Con una mueca de dolor, se dejó caer pesadamente en el fango. El sargento Curral llamó al médico, que le aplicó un vendaje de circunstancias.

Corbec se maldijo por su estupidez. En su ansiedad por borrar todo resto del culto Infiel, había herido a uno de los suyos.

—No es nada, señor —aseguró Drayl a través de su máscara antigás mientras Corbec lo ayudaba a ponerse en pie—. En las Compuertas de Voltis me hincaron una bayoneta en la pierna.

—¡Y en Tanith le clavaron una botella rota en una pelea en un bar! —bromeó el soldado Coll—. Ha visto penalidades peores.

A su alrededor los hombres se echaron a reír, produciendo desagradables sonidos debido a la máscara. Corbec asintió para indicar que estaba en sintonía con ellos. Drayl era un soldado guapo y popular que mantenía la moral del pelotón con sus canciones y su buen humor. Corbec sabía asimismo que las picaras gestas de Drayl constituían toda una leyenda en el regimiento.

—Ha sido un error mío, Drayl —dijo—. Te debo una bebida.

—Como mínimo, coronel —contestó Drayl antes de cargar con destreza su rifle láser para demostrar que estaba en condiciones de proseguir.



OCHO

Siguieron avanzando. Llegaron a un sector de la trinchera afectado por un monumental proyectil que había dejado en la estrecha cavidad una herida circular de casi treinta metros de diámetro. En su fondo comenzaba ya a acumularse el agua salobre del suelo. Precedido de los exploradores tan sólo, Corbec la vadeó primero para conducir a sus hombres a la seguridad del trecho donde se reanudaba la trinchera. El agua, que le llegaba hasta más arriba de las rodillas, era ácida. Notó que le quemaba la piel bajo los pantalones y también percibió una nubécilla de vapor en torno a la tela, que comenzaba a ceder. Tras ordenar a los soldados que retrocedieran trepó hasta el otro extremo para unirse a los exploradores. Los tres se miraban las piernas, observando horrorizados cómo el agua había empezado a corroer el traje. Sintiendo el escozor de las llagas que se formaban en sus muslos y espinillas, Corbec se volvió hacia el sargento Curral, que encabezaba la columna en la otra orilla del agua.

—¡Haga subir a los hombres y rodeen el cráter! —gritó—. Y traigan al médico para que atienda al primer grupo.

Temerosos debido a los riesgos que corrían al desplazarse por arriba, los hombres se movieron con rapidez. Corbec mandó a Curral que los reagrupase en el otro lado, en filas de pelotones pegados a ambos lados de la trinchera. El médico acudió y les roció las piernas a él y a los exploradores con una sustancia antiséptica. El dolor se mitigó y la tela quedó tan empapada que dejó de arder. Corbec estaba recogiendo el rifle cuando el sargento Grell lo llamó. Entonces pasó junto a los hombres que esperaban en fila y vio lo que el sargento había encontrado.

Era Colmar, uno de los soldados que había enviado de reconocimiento. Estaba muerto, colgado de la pared de la trinchera de una gran barra de hierro oxidado que le atravesaba el pecho. Aquel era el tipo de barra que los trabajadores de la fundición debían de utilizar para apretar y manipular los tragantes de los altos hornos de los

Adeptus Mecánicus. Al cadáver le faltaban los pies y las manos.

Corbec lo observó un minuto antes de apartar la vista. Aunque apenas habían hallado resistencia, estaba claro que no se encontraban solos en aquellas trincheras. Fuera cual fuese el número de Infieles que seguían allí, ya se tratara de algunos simples rezagados como de unidades de guerrilla expresamente destacadas para frustrar su avance, una maliciosa presencia se dejaba sentir como una sombra en las hondonadas y canales de las trincheras de apoyo.

Corbec tiró de la barra y bajó a Colmar. Luego tomó la sábana de su propio juego de mochila y lo envolvió para que nadie lo viera. No podía incinerar al soldado, tal como había hecho con los altares.

—Sigan adelante —ordenó.

Grell abrió la marcha tras los exploradores. Corbec se detuvo de improviso en seco, como si le hubiera picado un insecto. Había percibido un ruido rasposo. Cayó en la cuenta de que era el transmisor de comunicaciones. Le produjo una tremenda sensación de alivio saber que la radio continuaba en activo. Había detectado una transmisión de onda corta proveniente de Mkoll, sargento de la avanzadilla de reconocimiento.

—¿Lo oye, señor? —preguntó este.

—¡Feth! ¿Que si oigo qué? —inquirió Corbec. Lo único que oía era el incesante retumbar de las bombas enemigas y de los temblores que provocaban con su impacto.

—Tambores —dijo el sargento Mkoll—. Yo oigo tambores.



NUEVE

Brin Milo oyó los tambores antes que Gaunt. Pese a lo mucho que valoraba la agudeza perceptiva, casi hipernatural, de su músico, ésta a veces le causaba desasosiego. Aquella capacidad le recordaba a alguien. A aquella muchacha tal vez, que vio años atrás. La que tenía visiones. La que lo había perseguido en sueños durante años.

—¡Tambores! —musitó el muchacho. Al cabo de un momento, Gaunt captó también el sonido.

Avanzaban entre los silos y los residuos de naves industriales, justo detrás de las líneas de los Infieles, renegridos esqueletos de piedra achicharrada, oxidadas estructuras de metal y ceramita resquebrajada. Las gárgolas, construidas para proteger los edificios de la contaminación, habían quedado deterioradas o arrancadas por completo. Gaunt procedía con una cautela excepcional. La operación del día había tenido un curso imprevisto. Habían llegado mucho más lejos de lo que había pensado en un principio, el simple rechazo de un ataque enemigo, gracias tanto a la buena fortuna como a las tajantes instrucciones de Dravere. Al llegar al frente de las líneas enemigas las habían encontrado en general abandonadas, como si la mayoría de los Infieles se hubieran retirado de forma precipitada. Pese a que una cortina de bombardeos enemigos les cortaba la retirada, Gaunt consideraba que los Infieles habían cometido un gran error y retrocedido demasiado en su urgencia de evitar tanto el ataque de la Guardia como a su propia artillería. Tenía que ser eso, aunque también era posible que tramaran algo. A Gaunt no le hacía ninguna gracia pensarlo. Tenía doscientos treinta hombres consigo formando una larga columna en punta de lanza, pero si los Infieles contraatacaban, daría lo mismo que estuviera solo.

A su paso, revisaban todas las negras moles fabriles, almacenes y torres de fundición en busca de algún indicio del enemigo, moviéndose bajo los ondulantes y rasgados estandartes, produciendo un desagradable ruido al pisar los cristales rotos.

La maquinaria había sido desmontada y trasladada a otra parte o había sucumbido a la destrucción. No quedaba nada entero, a excepción de los altares del Caos que habían erigido los Infieles a intervalos regulares. Al igual que el coronel Corbec, el comisario había mandado traer un lanzallamas para borrar todo vestigio de aquellos ultrajes. No obstante, se estaba desplazando por las trincheras precisamente en la dirección contraria en la que lo hacía Corbec. Al haber perdido la comunicación, los elementos de penetración de los Primeros y Únicos de Tanith vagaban sin rumbo por lo que según todas las estimaciones era territorio enemigo.

El sonido de los tambores era bien audible. Gaunt llamó a su operador de transmisiones, el soldado Rafflan, y habló con rudeza por el micro del pesado equipo, exigiendo saber si había alguien allí.

Los tambores continuaron sonando.

Por la conexión de radio llegó una respuesta, un incomprensible graznido compuesto de palabras entrelazadas. Al principio Gaunt creyó que había perturbaciones en la transmisión, pero luego se dio cuenta de que era otro idioma. Repitió la pregunta y al cabo de un prolongado lapso de tenso silencio, le llegó un mensaje coherente en fluido Gótico Bajo.

—Al habla el coronel Zoren de los Dragones de Vitrian. Acudimos en su apoyo. Cesen el fuego.

Gaunt expresó su conformidad y luego distribuyó a sus hombres en el vestíbulo del silo, para que observaran y esperaran a escondidas. Al frente, algo relumbró en la mortecina luz y a continuación Gaunt vio los soldados que avanzaban hacia ellos. No vieron a los Fantasmas hasta el último minuto. Con su tenaz habilidad para ocultarse en cualquier parte y sus capas especiales, los Fantasmas de Gaunt eran maestros del sigilo y el camuflaje.

Los Dragones se aproximaron en una larga y meticulosa formación de trescientos hombres por lo menos. Gaunt advirtió que eran individuos bien entrenados, delgados pero fuertes, vestidos con una especie de armadura de malla provista de un extraño brillo que reflejaba la luz a la manera del metal no bruñido. Luego se desprendió de los hombros la capa Tanith que había sido un aditamento habitual en su atuendo desde que se integró en los Primeros y Únicos, y abandonó su escondite para ir al encuentro del coronel.

De cerca, los Vitrianos eran unos soldados impresionantes. Su insólita armadura estaba confeccionada con una malla metálica dentada que los cubría en distintas secciones adaptadas al cuerpo. Relucía como la obsidiana. Sus yelmos, que protegían toda la cara, tenían unas estrechas ranuras para los ojos, tapadas con cristal oscuro. El armamento estaba limpio y pulido.

—Comisario Gaunt de los Primeros y Únicos de Tanith —se identificó Gaunt al tiempo que saludaba.

—Zoren de los Dragones de Vitrian —le respondieron—. Me alegra ver que quedan algunos de ustedes por aquí. Temíamos que nos habían llamado para ayudar a un regimiento que ya estaba aniquilado.

—¿Son suyos los tambores?

Zoren levantó la visera del yelmo, dejando al descubierto un rostro atractivo de tez morena, y dirigió una mirada curiosa a Gaunt.

—No, no… Nosotros también nos preguntábamos qué diablos podían ser.

Gaunt desvió la mirada hacia el humo y los maltrechos edificios que los rodeaban. El ruido había aumentado. Ahora sonaba como si cientos de tambores… miles… sonaran por todas partes. A cada tambor correspondía un hombre. Estaban cercados por una fuerza muchísimo más numerosa que la suya.



DIEZ

Caffran se arrastró por el fango hasta introducirse en un cráter. A su alrededor el bombardeo no tenía visos de cesar. Había perdido el rifle láser y buena parte de su equipo, pero aún conservaba el puñal de plata y una pistola automática que había ganado como un trofeo hacía tiempo.

Se asomó a la boca del hoyo y a lo lejos divisó unas figuras de soldados que parecían ir vestidos con cristal. Componían una unidad entera que se hallaba atrapada en el fuego cruzado de los bombardeos seguidos. Los estaban diezmando.

Otra vez cayeron proyectiles cerca, de modo que Caffran se deslizó al suelo para taparse la cabeza con el brazo. Aquello era un infierno y no había forma de salir de allí. ¡Maldita fuera aquella batalla, en el nombre de Feth!

Levantó la cabeza y empuñó la pistola cuando algo cayó en la cavidad, a su lado. Era uno de los soldados revestidos de cristal que había visto. Seguramente había huido buscando donde refugiarse. El desconocido puso las manos en alto para evitar una potencial reacción violenta de Caffran.

—¡Guardia! ¡Yo soy de la Guardia, como tú! —se apresuró a decir al tiempo que se quitaba el yelmo con oscuros lentes para mostrar una cara agradable con una piel tan oscura y reluciente que parecía ébano pulido—. Soldado Zogat del regimiento Vitriano. Nos han llamado para acudir en vuestra ayuda y la mitad de los nuestros estaba al descubierto cuando ha comenzado el ataque de la artillería.

—Lo lamento —contestó Caffran muy sobrio, enfundando el arma.

Después tendió una pálida mano y reparó en el desdén con que el tipo de la armadura metálica articulada observaba el dragón azul que llevaba tatuado encima del ojo derecho.

—Soldado Caffran, Único Tanith —dijo. Al cabo de un momento el Vitriano le estrechó la mano.

Un bomba caída en las proximidades los roció de barro. Tras levantarse de nuevo

se volvieron para mirar el apocalíptico panorama que tenían a su alrededor.

—Ay, amigo —pronosticó Caffran—, me parece que vamos a tener que estar aquí un buen rato.



ONCE

Por el oeste, los Patricios de Jant avanzaban bajo el mando del coronel Flense. Iban en transportes de tropas clase *Chimera* que circulaban dando bandazos y eses sobre el resbaladizo y fangoso terreno. Los Patricios eran nobles soldados, de elevada estatura, ataviados con uniformes púrpura con adornos en color cromado. Flense se había sentido honrado cuando, seis años antes, lo habían nombrado su comandante. Eran altivos y aguerridos, y le habían procurado un sinfín de alabanzas. La historia de su regimiento se remontaba a quince generaciones atrás, a la primera Fundación, que tuvo lugar en las guarniciones almenadas de Jant Normanidus Prime, y a lo largo de éstas habían obtenido notables triunfos y asociaciones con ilustres generales y campañas. En su intachable currículo había tan sólo una mácula, sólo una, que reconcomía a Flense día y noche. Pensaba rectificarla, sí, allí, en Fortis Binary.

Tomó el catalejo para observar el campo de batalla. Disponía de dos columnas de vehículos con más de diez mil hombres que formaban una tijera dispuesta a cortar el flanco de los Infieles mientras los Tanith y los Vitrianos los hacían retroceder. Ambos regimientos estaban desplegados por las líneas Infieles. Flense no había contado, sin embargo, con aquel bombardeo de la artillería Infiel lanzado desde las colinas. Dos kilómetros más adelante, el suelo era un paisaje volcánico castigado por los macroproyectiles y caía una llovizna de barro, como una niebla, que salpicaba sus vehículos. No había forma de dar un rodeo y Flense ni siquiera se planteaba la posibilidad de hacer pasar su columna a través del bombardeo. El comandante general Dravere creía en las pérdidas aceptables y había demostrado aquel sentido práctico en unas cuantas ocasiones sin ningún tipo de compunción, pero Flense no estaba dispuesto a ir a un suicidio. Lanzó un juramento, con la cicatriz de la cara afectada por un temblor. Pese a las maniobras que había llevado a cabo con Dravere, la operación no estaba saliendo como había previsto. Le habían arrebatado su victoria.

—¡Retrocedan! —ordenó por el transmisor.

Enseguida notó que su vehículo iniciaba la marcha atrás y daba media vuelta.

Su segundo oficial, un hombre alto de avanzada edad llamado Brochuss, lo miró con mala cara debajo de la visera del yelmo.

—¿Tenemos que irnos, coronel? —preguntó, como si ansiara ser barrido del mapa por un proyectil.

—¡A callar! —espetó Flense antes de repetir la orden por el transmisor.

—¿Y qué hay de Gaunt? —insistió Brochuss.

—¿Y tú qué crees? —replicó con una sonrisa burlona Flense, señalando por el visor del *Chimera* el infierno que era aquella tierra de muerte—. Puede que no alcancemos la gloria hoy, pero al menos podremos darnos por satisfechos sabiendo que ese cabrón está muerto.

Brochuss asintió mudamente mientras en su ajadas facciones se instalaba una sonrisa de consuelo. Ninguno de los veteranos había olvidado Khedd 1173.

El convoy acorazado de los Patricios giró sobre sí y se alejó a toda velocidad hacia las líneas amigas antes de que la artillería Infiel pudieran darles alcance. La victoria tendría que esperar un poco más. Los Primeros y Únicos de Tanith y el regimiento de apoyo Vitriano quedaban a su suerte… en el supuesto de que todavía quedara alguno de ellos con vida.



UN RECUERDO

Cylatus Decimus, dieciocho años antes

Oktar murió despacio. Tardó ocho días.

El comandante había bromeado una vez… en Darendara, ¿o fue en Folion? Gaunt lo había olvidado. Pero sí recordaba sus palabras: «No será la guerra lo que acabe conmigo. ¡Serán estas malditas celebraciones de victorias!».

Se encontraban en una sala repleta de humo, rodeados de regocijados ciudadanos y de flameantes estandartes. La mayoría de los oficiales Hyrkan estaban borrachos, aunque aún se mantenían en pie. El sargento Gurst se había quedado en ropa interior y se había encaramado a la estatua del Águila Bicéfala Imperial del patio para colgar de ella los colores de los Hyrkan. En las calles había una algarabía de gritos, cláxones de coches y petardos.

Folion. Sí, fue en Folion.

El cadete Gaunt había sonreído. Reído, probablemente.

Oktar, empero, era especial en algo. Siempre tenía la razón y aquella vez no había sido una excepción. La Instrumentalidad de la Congregación de los Mundos de Gylatus se había librado de la salvaje amenaza de los Orkos tras diez años de matanzas continuas en las lunas Gylatanas. Oktar, con Gaunt a su lado, había dirigido el asalto final contra los búnkeres de guerra Orkos en el Cráter Tropis Nueve,

desbaratando el último intento de resistencia de la brutal comitiva del Caudillo Elgoz. Oktar había plantado personalmente el asta del Estandarte Imperial en la blanda tierra gris del fondo del cráter, atravesando el cráneo de Elgoz, previamente abierto por una explosión.

Luego, allí, en la ciudad colmena Gylatana de la capital de Decimus, los desfiles de victoria, el júbilo de las bandadas de ciudadanos, las inacabables celebraciones, las ceremonias de entrega de medallas, la bebida, el…

El veneno.

Había sido un acto astuto para tratarse de Orkos. Como si hubieran advertido lo insostenible de su posición, los Orkos habían envenenado las reservas de comida y bebida durante los últimos días de su ocupación. Los catadores oficiales habían olido todas las botellas, todas menos aquella. Aquella botella suelta. El ayudante Broph había encontrado el anaquel de vinos añejos la segunda noche de las festividades, escondido en una caja de las estancias de palacio que Oktar había ocupado como sala de esparcimiento para sus oficiales. A nadie se le había ocurrido pensar que…

Ocho habían muerto ya, incluido Broph, cuando alguien se dio cuenta. Habían muerto en cuestión de segundos, echando espumarajos, aquejados de convulsiones. Oktar había tomado sólo un sorbo de la copa cuando se propagó la alarma.

Un sorbo. Eso, sumado a la constitución de hierro de Oktar, lo mantuvo vivo durante ocho días.

Gaunt estaba en el cuartel de detrás del palacio central de la ciudad-colmena, poniendo orden en una refriega de borrachos, cuando Tanhause los avisó. No se podía hacer nada.

El octavo día, Oktar era un pellejo con huesos, pálido recuerdo del ser robusto que fue. Los médicos salieron de su habitación sacudiendo con impotencia la cabeza. El olor a descomposición era casi insoportable. Gaunt aguardaba en la antesala. Algunos de los hombres, algunos de los más aguerridos Hyrkan que le había sido dado conocer, lloraban sin disimulo.

—Quiere ver al Chico —dijo uno de los médicos al salir, conteniendo las arcadas.

Gaunt penetró en la tibia y repugnante atmósfera del dormitorio. Encerrado en un campo de suspensión prolongador de la vida, rodeado de lámparas y cuencos donde se quemaba incienso, Oktar se encontraba con toda evidencia a pocos minutos de la muerte.

—Ibram… —La voz era como un suspiro, insustancial como el humo.

—Comisario.

—Déjate de ceremonias. Eso ya queda atrás. Nunca debí dejar que las cosas acabaran así. Te he tenido esperando demasiado tiempo.

—¿Esperando?

—La verdad es que no podía soportar la idea de perderte… a ti no, Ibram… Eras

un soldado demasiado bueno para desprenderme de ti y ponerte en el escalafón de la promoción. ¿Quién eres?

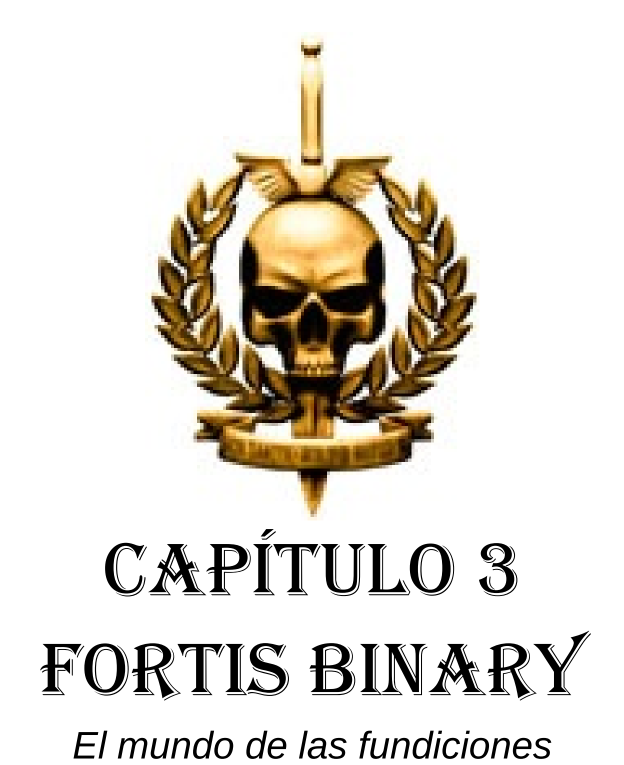
Gaunt se encogió de hombros. El hedor le constreñía la garganta.

—Cadete Ibram Gaunt, señor.

—No… a partir de ahora eres el comisario Ibram Gaunt, nombrado in extremis por tu antecesor para que cuides de los regimientos Hyrkan. Ve a buscar un escribiente. Debemos dejar constancia de mi autoridad en este asunto, y de tu juramento.

Oktar se mantuvo con vida diecisiete minutos a fuerza de voluntad, mientras localizaban un escribiente del Administratum y se celebraba la pertinente ceremonia de prestación de juramento. Falleció aferrando las manos del comisario Gaunt con sus huesudas garras, resbaladizas por el sudor.

Ibram Gaunt se quedó aturdido, vacío. En su interior se había desgarrado algo, algo que se había visto arrojado fuera de sí. Cuando salió con paso inseguro a la antesala, no advirtió siquiera el saludo que le dispensaron los soldados.



CAPÍTULO 3
FORTIS BINARY

El mundo de las fundiciones



UNO

No eran tanto los tambores lo que realmente se le hacía insoportable a Corbec, sino el ritmo. No tenía ningún sentido. Aunque las notas eran el sonido normal del tambor, el retumbar se producía de manera esporádica, como los latidos fluctuantes de un corazón, superpuestos y sincopados. Los bombardeos seguían, omnipresentes como antes, pero ahora, a medida que se aproximaban a donde se originaba el ruido de los tambores, éste se superponía incluso a las explosiones que resonaban más allá de las trincheras del frente.

Corbec sabía que sus hombres estaban asustados antes incluso de que el sargento Curral se lo dijera. Por el canal, el sargento de reconocimiento Mkoll regresaba en dirección a ellos. No había recibido la señal de ponerse la máscara y tenía la cara cansada, matizada de verde. En cuanto vio a los miembros de su compañía con el respirador puesto, se apresuró a calarse su capucha antigás.

—¡Informe! —exigió sin dilación Corbec.

—Más adelante se abre el terreno —dijo Mkoll a través de la máscara, con la respiración afanosa—. Al frente hay extensas zonas fabriles. Hemos cruzado sus líneas para entrar en el centro de ese sector del cinturón industrial. Pero he oído los tambores. Suena como si fueran… no sé, millares. Seguro que atacarán pronto. Pero ¿a qué esperan?

Corbec asintió y siguió avanzando, animando a sus hombres a seguirlo. Pegados a las paredes de las trincheras, encorvados, éstos se desplazaban formando equipos de tiradores, que apuntaban por encima de la cabeza del oficial que les precedía.

La zigzagueante angostura de la trinchera desembocó en una amplia hondonada con muros de piedra que daba a una pendiente más allá de la cual se alzaban unas colosales naves industriales. El retumbar de los tambores, el incesante y desacompasado latido, se difundía ahora por todas partes.

Corbec ordenó con un ademán que avanzaran dos pelotones de tiradores, uno por

cada flanco. Drayl iba por la derecha y Lukas por la izquierda, mientras que él mismo permanecía en cabeza. La pendiente era pronunciada y resbaladiza por el agua. Por pura necesidad, tuvieron que preocuparse más de mantenerse en pie durante el descenso que de mantener las armas en posición defensiva.

La zona que rodeaba las naves estaba solitaria y expuesta. Sintiendo que corrían peligro, Corbec indicó a sus hombres que prosiguieran. Tras descender la cuesta, los soldados formaron una amplia falange, que cubrían Drayl por un lado y Lukas por el otro.

El estruendo de los tambores era ahora tan intenso que hacía vibrar los duros lentes de plástico de las máscaras y sus pecheras.

Corbec cruzó a la carrera la explanada con ocho hombres que lo acompañaban, cubriendo los cuatro puntos cardinales. El sargento Grell fue con otra docena de soldados detrás, mientras Corbec llegaba a las naves. Se volvió y vio que sus hombres mantenían la formación, aunque se inquietó al advertir que Drayl se quitaba un instante la máscara para enjugarse la cara con el dorso del puño. Era consciente de que experimentaba cierto malestar por la desafortunada herida recibida, pero aun así le disgustaba la indisciplina.

—¡Ponte ahora mismo esa condenada máscara! —gritó al soldado Drayl.

Después, con siete rifles láser cubriendo los ángulos, entró en la nave. El edificio, con tejado a dos aguas, se estremecía con el sonido de los tambores. Corbec apenas podía creer lo que veía. Allí se habían dispuesto miles de mecanismos de confección artesanal, motores rotarios y pequeñas turbinas giratorias, que en un sentido o en otro accionaban palancas que golpeaban con palillos de tambor unos cilindros de todas las formas y tamaños, provistos de cuero tensado. Corbec no quiso ni pensar de dónde provenía ese cuero. Lo único de que tenía conciencia era del sincopado e irregular martilleo de las máquinas simuladoras de tambores que habían dejado allí los Infieles. No había ninguna pauta en su percutir. De hecho, Corbec abrigaba el temor de que sí la hubiera, pero que él no estuviera lo bastante fuera de sus cabales para percibirla.

Una inspección más detallada del edificio reveló que estaba vacío y al examinar las otras naves descubrieron que estaban también llenas de aquellas máquinas que sonaban como tambores. En total eran diez mil, veinte mil tambores, de todas las formas y tamaños, que palpitaban como deformes corazones aquejados de arritmia.

Los hombres de Corbec se concentraron en torno a las naves para protegerlas y se colocaron en tupida fila defensiva. Corbec sabía, no obstante, que estaban asustados y que se les hacían intolerables los persistentes ritmos que palpitaban en el aire.

Llamó a Skulane, que se presentó con su pesado lanzallamas apestando a aceite y goteando combustible, y señaló la primera de las naves.

—El sargento Grell te cubrirá con un pelotón —dijo al encargado del lanzallamas —. No tienes por qué estar pendiente de un ataque por la espalda. Quema todos estos

agujeros infernales, uno por uno.

Skulane asintió y se tomó un momento para ajustar una junta de su ennegrecida arma. Luego se encaminó a la primera puerta mientras Grell formaba un destacamento para cubrirlo. Skulane alzó el lanzallamas y su dedo se puso blanco al apretar el gatillo.

Se produjo un latido. Un único latido. Por espacio de un instante increíble, todos los desacompasados ritmos de los tambores mecánicos sonaron a un tiempo.

La cabeza de Skulane estalló. Cayó como un saco al suelo y el impacto de su cuerpo y el espasmo de su sistema nervioso mantuvo la presión sobre el gatillo del lanzallamas. La ardiente llama siguió brotando en forma de implacable arco que primero quemó el pórtico del blocao y luego giró como el rayo para incinerar a tres de los soldados que le cubrían la espalda. Los desdichados lanzaron alaridos moviendo como aspas las extremidades mientras los engullía el fuego.

El pánico cundió entre los hombres, que se desperdigaron sin orden ni concierto. Corbec masculló una maldición. De un modo u otro, en el momento de su muerte, el dedo de Skulane había bloqueado el gatillo del lanzallamas, que sujeto a un cable flojo bajo el cadáver, se agitaba de un lado a otro igual que una serpiente que vomitara fuego. Dos soldados más se vieron atrapados por su aliento y luego tres más. En el suelo de cemento enlodado dejaba grandes cicatrices cónicas.

Corbec se lanzó al suelo contra la pared de la nave justo antes de que las llamas barrieran a su lado. Se devanaba tratando de pensar pero las ideas se formaban con mayor lentitud que se ejecutaban los actos. En su mano apareció una granada, que preparó con un tirón del pulgar.

Abandonó su refugio de un salto y gritó a cuantos pudieran oírlo mientras arrojaba la granada sobre el cadáver de Skulane y el oscilante lanzallamas. La explosión, catastrófica, incendió los tanques que había justo detrás. Unas llamaradas al rojo surgieron con violencia por la puerta de la nave y levantaron la parte frontal del tejado. Sobre los restos irreconocibles del soldado Skulane cayeron fragmentos de piedra triturada.

Corbec, como tantos otros, se vio propulsado al suelo por la ardiente onda de la explosión. Agazapado en una zanja próxima, el sargento de reconocimiento Mkoll había evitado lo peor de la deflagración. Él había reparado en algo que Corbec no había advertido, pese a que con el continuado latir de los tambores, de nuevo informe e irregular, era muy difícil concentrarse. Él sabía lo que había visto sin embargo. Skulane había sido disparado por detrás por un rayo láser que le había incidido en la cabeza. Con su propio rifle en los brazos, se puso a inspeccionar para tratar de detectar el origen del ataque. Sería un francotirador seguramente, un componente de la guerrilla Infiel que acechaba en aquel territorio en disputa.

Todos los hombres estaban tumbados boca abajo, protegiéndose la cabeza con las

manos, todos salvo el soldado Drayl, que se ponía en pie sosteniendo el arma con holgura, con una sonrisa en el semblante.

—¡Drayl! —gritó Mkoll al tiempo que salía de la oquedad.

Drayl se volvió hacia él con una lechosa expresión de vacío en los ojos. Luego empuñó el rifle y disparó.



DOS

Mkoll se arrojó al suelo, pero el primer disparó le abrasó la espalda y le rompió el correaje. Tras dejarse caer en la zanja, notó un dolor sordo en el hombro, recubierto ya de ampollas. No había sangre. El fuego láser cauterizaba cuanto tocaba.

Sonaron gritos impregnados de pánico, un pánico más acusado que antes. Chillando con un extraño tono escalofriante, Drayl se volvió y mató a los dos Fantasmas que tenía más cerca con tiros a bocajarro en la nuca. Mientras otros se afanaban por apartarse, puso el rifle en posición automática y los abrasó. Dio muerte a cinco más, y a éstos siguieron dos.

Corbec se levantó a toda velocidad, horrorizado por lo que veía. Se apoyó el rifle en el hombro, apuntó con cuidado y disparó a Drayl en el pecho. Drayl tosió y se echó hacia atrás con los pies y las manos propulsados hacia adelante, en una posición casi cómica.

Se produjo una pausa.

Después Corbec se adelantó y lo mismo hicieron Mkoll y la mayoría de los otros, excepto los que se pararon para intentar ayudar a las víctimas de Drayl que aún seguían con vida.

—Por Feth… —musitó Corbec mientras se aproximaba al cadáver del guardia muerto—. ¿Qué demonios pasa?

Mkoll no respondió. Se precipitó hacia Corbec con varios briosos saltos y lo aplastó contra el suelo.

Drayl no estaba muerto. Debajo de su piel rebullía algo insidioso y espeluznante. Se levantó, primero hasta la cadera y después sobre los pies. Cuando se halló de pie, su estatura doblaba la de un humano y su uniforme y piel reventaron para dejar cabida a la estructura esquelética que se retorcía y crecía, transmutándose en su interior.

Corbec no quiso mirar. No quería ver aquel ser huesudo que surgía de la carne de

Drayl. De ésta manaba fluido y una sangre acuosa mientras la infección del Caos daba vida a algo dentro de sí, algo que se abrió paso, rasgándola, entre los despojos que antes lo albergaban.

Drayl, o lo que antes había sido Drayl, los miró de frente. Era una enorme y grotesca forma esquelética de cuatro metros de altura cuya osamenta parecía ser producto de la soldadura de deslustradas piezas de acero. La cabeza descomunal estaba rematada con unos relucientes cuernos que giraban de modo irregular. Chorreando aceite y sangre y otros innombrables fluidos, los miraba como si sonriera. Volvía la cabeza a derecha e izquierda, como si se refocilara en la carnicería que estaba a punto de producirse.

Corbec se percató de que, pese a que se había desprendido de toda la tela y carne de Drayl, aquella monstruosidad llevaba todavía su placa de identificación.

La bestia alzó sus grandes garras metálicas y lanzó un chillido.

—¡Poneos a cubierto! —gritó Corbec a sus aterrorizados hombres, que corrieron a refugiarse en todos los recovecos y grietas que pudieron encontrar.

Corbec y Mkoll se introdujeron en una alcantarilla; el sargento estaba temblando. En el mismo húmedo canal de drenaje, Corbec vio al soldado Melyr, que llevaba el lanzacohetes de la compañía. El hombre estaba petrificado por el miedo. Corbec se deslizó hasta él por entre el fétido caldo e intentó quitarle el lanzacohetes que llevaba al hombro. Melyr estaba demasiado rígido y aterrorizado para soltarlo.

—¡Mkoll! ¡Ayúdame, por Feth! —pidió Corbec, forcejeando con el arma.

Por fin se hizo con ella. La tenía en sus manos, notando que no dominaba, por falta de familiaridad, su peso. Una breve inspección le indicó que estaba cebado y a punto. Entonces sobre él se cernió una sombra.

La bestia que ya no era Drayl se hallaba a dos pasos, lanzando un susurro de júbilo a través de su roma dentadura equina.

Corbec cayó de espaldas e intentó apuntar el lanzacohetes, pero éste le resbalaba en las manos a causa de la humedad. Él mismo resbaló en el fango de la alcantarilla.

—Sagrado Emperador —se puso a murmurar—, líbranos de la Oscuridad del Vacío, guía mi arma en tu servicio… Sagrado Emperador, líbranos de la Oscuridad del Vacío…

Presionó el gatillo y no ocurrió nada. La humedad atascaba los deflectores del mecanismo de disparo.

La criatura se inclinó hacia él y con sus dedos metálicos lo agarró por la túnica. Luego lo levantó y lo sacó del canal, colgando de su brazo. Los deflectores no estaban ya obturados, sin embargo, de modo que cuando apretó el mecanismo del gatillo, el proyectil fue a dar en la cabeza de la bestia desde una distancia mínima.

La explosión arrojó a Corbec veinte metros más allá, sobre un montón de lodo y escoria. El lanzacohetes pasó rozando por encima de aquella masa.

Decapitada, la obscena criatura se tambaleó un momento y luego se desplomó en la alcantarilla. El sargento Grell acudió con una docena de hombres que había conseguido sustraerse a su estado de pánico mediante maldiciones y sarcasmos. Desde el borde de la alcantarilla dispararon los rifles láser contra el esqueleto que aún se agitaba. Al poco, la escultural forma metálica de la bestia quedó reducida a metralla y escoria.

Corbec siguió mirando un momento. Después se volvió boca abajo y se quedó postrado.

Ahora sí lo había visto todo. Y no lograba ahuyentar la idea de que había sido culpa suya desde el principio. Drayl se había contaminado con el fragmento de aquella condenada estatuilla. «Domínate —se dijo—. Los hombres te necesitan». Los dientes le castañeteaban. Rebeldes, bandidos, hasta los repugnantes Orkos, podía tolerar, pero aquello…

El bombardeo proseguía arriba y también tras ellos. A corta distancia, los tambores mecánicos continuaban dispersando su entrecortado mensaje. Por primera vez desde la caída de Tanith, agotado hasta lo indecible, Corbec sintió que se le saltaban las lágrimas.



TRES

Llegó el ocaso. El bombardeo de los Infieles continuaba mientras la luz se disipaba, como un atronador bosque de llamas y surtidores de fango de trescientos kilómetros de ancho. Gaunt creía comprender la táctica del enemigo. Era una maniobra de dos alas.

Habían lanzado la ofensiva al amanecer con la esperanza de romper el frente de las líneas Imperiales, pero previendo una dura oposición, que Gaunt y los suyos efectivamente habían presentado. Al no conseguir ese primer objetivo, los Infieles habían reaccionado replegándose más lejos de lo necesario, induciendo a la Guardia Imperial a avanzar para ocupar sus líneas… con lo que se colocaban como blanco perfecto de las baterías de la artillería Infiel emplazada en las colinas.

El Alto Señor Militar General Dravere había asegurado a Gaunt y a los otros comandantes que durante las tres semanas de bombardeos intensivos efectuados desde la órbita por la Armada se habían reducido a chatarra las posiciones de la artillería enemiga, con lo que tenían garantizado un avance relativamente seguro de la infantería. Cierto era que las baterías de campo móviles utilizadas por los Infieles para acosar las líneas Imperiales habían salido muy mal paradas. No obstante, estaba claro que tenían baterías fijas de un alcance muy superior arriba en las colinas, escondidas en bunkeres impenetrables incluso para los bombardeos orbitales.

Las armas que arrojaban los proyectiles en dirección a ellos eran leviatanes, lo que no sorprendía a Gaunt. Aquel era al fin y al cabo un mundo dedicado a la fundición, y aunque hubieran enloquecido con las doctrinas del Caos, los Infieles no eran estúpidos. Los habían engendrado entre los ingenieros y artesanos de Fortis Binary y habían recibido la formación y enseñanzas de los Tecnosacerdotes de Marte. Podían fabricar todas las armas que quisieran y habían dispuesto de meses para prepararse.

Ya estaba montada pues y finamente ejecutada la trampa que había atraído a los

Primeros de Tanith, los Dragones de Vitrian y quién sabía qué otros regimientos a través de la tierra de nadie hasta unas trincheras y fortificaciones abandonadas donde una progresiva cortina de proyectiles los barrería despacio, metro tras metro, para acabar borrándolos del mapa.

La línea del frente de los antiguos emplazamientos infieles ya había sido destruida. Hacía tan sólo unas horas, Gaunt y los suyos habían luchado a brazo partido en esas trincheras para penetrar en las líneas enemigas. Ahora la futilidad de ese esfuerzo provocaba un sabor amargo.

Los Fantasmas que iban con Gaunt y la compañía de Dragones de Vitrian que se les había sumado estaban refugiados en una zona fabril en ruinas, a un kilómetro de distancia aproximado del bombardeo, que se desplazaba en dirección a ellos. Al no tener contacto alguno con otras unidades Vitrianas ni Tanith, abrigaban el temor de ser los únicos que habían conseguido llegar hasta aquellas posiciones. De lo que sí no albergaban duda era de que no cabía esperar ninguna maniobra de apoyo por parte de las otras fuerzas Imperiales. Gaunt había confiado en que mandaran a los miserables Patricios de Jant o tal vez incluso alguno de los Comandos de Choque de Dravere para cubrirles el flanco, pero el bombardeo había eliminado aquella posibilidad.

Las interferencias electromagnéticas y de radio generadas por el intenso bombardeo mantenían inutilizadas asimismo sus líneas de comunicaciones, con lo que no había forma de ponerse en contacto con los cuarteles de sus propias unidades, e incluso las transmisiones de corto alcance también se veían interrumpidas y distorsionadas. El coronel Zoren urgía a su encargado de comunicaciones que intentara establecer contacto con cualquier nave en órbita que por un azar estuviera escuchando, con la esperanza de que pudieran dar cuenta de sus posiciones y de lo apurado de su situación. La atmósfera de un mundo donde venía librándose una guerra desde hacía medio año era, no obstante, una tupida capa de humo petroquímico, ceniza, anomalías eléctricas y otras alteraciones peores, y nada podía atravesarla.

Los únicos sonidos que les llegaban del mundo circundante eran el ensordecedor retumbar de las bombas… y el ritmo desacompasado e incesante de los tambores.

Gaunt paseaba por el húmedo cobertizo donde se concentraban sus hombres. Permanecían acurrucados en pequeños grupos, protegiéndose del frío aire de la noche con las capas de camuflaje. Él había prohibido el uso de estufas y calentadores por si el enemigo intentaba localizarlos con visión de detección de calor. En las presentes condiciones, el cemento reforzado con plastiacero serviría de pantalla para ocultar el leve rastro de su calor corporal.

Había allí casi un centenar más de Vitrianos que de Fantasmas y se mantenían aparte, ocupando el otro extremo del cobertizo de la fábrica. Se producía un ligero diálogo entre ambos regimientos en los lugares donde los soldados se encontraban

cerca, aunque se trataba de un envarado intercambio de saludos y preguntas.

Los Vitrianos eran una unidad austera y disciplinada. Gaunt, que había escuchado muchos elogios respecto a su estoico comportamiento y enfoque de la guerra, se preguntaba si aquella aséptica actitud, tan límpida y acerada como la famosa armadura de malla de filamento de vidrio que llevaban, no adolecería de una falta del ardor esencial y el alma que eran el fundamento de una unidad de combate realmente grande. De todas formas, con aquella lluvia de proyectiles cada vez más cercana, lo más seguro era que nunca lo averiguara.

El coronel Zoren desistió de sus tentativas con la radio y caminó entre sus hombres para ir al encuentro de Gaunt, con una expresión de cansancio y resignación patente en su moreno rostro pese a la oscuridad reinante.

—¿Qué hacemos, comisario? —consultó, con deferencia a los galones de este—. ¿Nos quedaremos aquí parados a esperar la muerte como un montón de viejos?

El aliento de Gaunt se hizo visible en el aire mientras observaba el lúgubre cobertizo.

—Si tenemos que morir —contestó—, que sea haciendo algo útil al menos. Entre ambos disponemos de cuatrocientos hombres casi, coronel. La dirección que debemos seguir es clara, porque ya la han elegido por nosotros.

—¿Cómo dice? —preguntó, con cara de perplejidad, Zoren.

—Si retrocedemos nos situamos de pleno bajo el bombardeo. Tanto si vamos a la izquierda o a la derecha por la línea de fortificación tampoco nos alejaremos de esa cortina de muerte. Sólo queda un sentido en el que avanzar: proseguir por sus líneas, abriéndonos camino hasta su nuevo frente y causarles el mayor daño posible una vez lleguemos allí.

Zoren guardó silencio un momento y luego una sonrisa animó su expresión. Incluso en la oscuridad se hizo visible el brillo de su dentadura. Estaba claro que la propuesta le resultaba atractiva. Tenía una lógica simple y un elemento de honorable gloria que Gaunt había confiado en que sería del agrado de un Vitriano.

—¿Cuándo nos pondremos en marcha? —preguntó Zoren, poniéndose los guanteletes.

—El bombardeo Infiel habrá destrozado esta área en cuestión de una o dos horas. Lo más sensato es adelantarnos a ello. De hecho, cuanto antes, mejor.

Gaunt y Zoren expresaron su conformidad con la cabeza y sin más dilación fueron a despertar a sus oficiales y a poner los hombres en formación.

En menos de diez minutos, la unidad estaba lista para partir. Los Tanith habían recargado sus rifles láser, comprobado el buen estado de los cañones y ajustado su potencia en posición media siguiendo instrucciones de Gaunt. Las plateadas hojas de los cuchillos de guerra Tanith, sujetas a la manera de las bayonetas en sus armas, fueron ennegrecidas con tierra para evitar que relumbrasen. Embozados en sus capas

de camuflaje, los Fantasmas se distribuyeron en pequeñas unidades de una docena de hombres, provistas todas de un soldado especialista en armas pesadas.

Gaunt observó los preparativos de los Vitrianos. Compusieron unidades más numerosas, de unos diez hombres, con menos armamento pesado. En este sentido, sus preferencias parecían decantarse por los rifles de plasma. Ninguno llevaba rifles de fusión ni lanzallamas, o al menos él no los vio. Los Fantasmas irían en cabeza.

Los Vitrianos ensamblaron unas puntiagudas bayonetas a sus rifles láser y tras realizar una sincronizada revisión de las armas dotada casi de la elegancia de una coreografía, ajustaron la potencia de aquéllas al máximo. Después, de nuevo al unísono, modificaron un pequeño mecanismo de control situado en la pretina de la armadura. Con un tenue brillo perceptible en la oscuridad, el vidrio entretejido de sus trajes se desprendió y se cerró, de tal forma que los dientes engranados dejaron de componer la reluciente superficie para mostrar en su lugar la oscura cara reversible mate. Gaunt quedó impresionado por la eficaz versión de camuflaje que presentaba aquella funcional armadura para desplazamientos nocturnos.

El bombardeo seguía atronando tras ellos, pero después de oírlo durante tanto tiempo casi no lo percibían. Gaunt habló un momento con Zoren mientras ambos se ajustaban los cascos de intercomunicación.

—Utilice el canal Kappa —indicó Gaunt—, con el canal Sigma en sentido inverso. Yo me adelantaré con los Fantasmas. No se rezaguen demasiado.

Zoren asintió.

—Veo que ha ordenado a sus hombres disponer la potencia de las armas al máximo —señaló Gaunt.

—Está escrito en *El arte de la guerra Vitriano*: «Que tu primer ataque sea lo bastante contundente para matar y no habrá necesidad de un segundo».

Gaunt reflexionó un instante sobre aquella sentencia. Luego se volvió para encabezar la partida.



CUATRO

Sólo había dos realidades: la negrura del pozo de tirador abajo y el resplandeciente infierno del bombardeo arriba.

El soldado Caffran y el Vitriano permanecían agachados, rodeados de oscuridad y barro, en el fondo del socavón mientras allá en lo alto los proyectiles machacaban el terreno con la misma efusión de fuego que una tormenta eléctrica.

—¡Sagrado Feth! No creo que salgamos con vida de ésta… —se lamentó con tono lúgubre Caffran.

El Vitriano no le dispensó una mirada siquiera.

—La vida conduce a la muerte, y por eso podemos recibirla con igual alegría que la de un enemigo.

Caffran lo pensó un momento y luego sacudió tristemente la cabeza.

—¿Qué eres, un filósofo?

El soldado Vitriano, Zogat, se volvió para mirar con desdén a Caffran. Tenía la visera del yelmo levantada, y Caffran advirtió escaso aprecio en sus ojos.

—Eso es del *Byhata*, el arte de la guerra Vitriano. Es nuestro código, la filosofía que guía nuestra casta de guerreros. No creo que lo vayas a entender.

—No soy tonto —contestó, con un encogimiento de hombros, Caffran—. Continúa… ¿Qué es eso de que la guerra es un arte?

El Vitriano pareció dudar de si el otro se burlaba, pero la lengua que tenía en común, el Gótico Bajo, no era el idioma materno de ninguno de los dos y Caffran tenía un mayor dominio de él que Zogat. Desde el punto de vista cultural, sus mundos no podían ser más distintos.

—El *Byhata* contiene la práctica y la filosofía del guerrero. Todos los Vitrianos lo estudian y aprenden sus principios, lo que después nos sirve de directriz en el campo de la guerra. Su sabiduría informa nuestras tácticas, su fuerza da brío a nuestras armas, su claridad concentra nuestras mentes y su honor determina nuestra victoria.

—Debe de ser un libro de mucho peso —dijo con ironía Caffran.

—Lo es —confirmó Zogat.

—¿Y lo aprendéis de memoria o lo lleváis encima?

El Vitriano se desabrochó la túnica de la armadura y enseñó a Caffran la parte superior de una delgada bolsa gris forrada de encaje en su interior.

—Se lleva encima del corazón. Es una obra de ocho millones de caracteres transcrita y codificada sobre papel de monofilamento.

—¿Puedo verlo? —preguntó Caffran, impresionado casi.

Zogat sacudió la cabeza y volvió a abotonarse la túnica.

—El papel de filamento está codificado según los genes del soldado para el que se edita, de forma que sólo él pueda abrirlo. Además, está escrito en Vitriano, que tú no puedes leer. Y aunque pudieras, es una ofensa grave que un no Vitriano tenga acceso al gran texto.

Caffran guardó silencio un momento.

—Los Tanith no tenemos nada así. Ningún glorioso arte de la guerra.

—¿No tenéis ningún código? —preguntó asombrado el Vitriano—. ¿Ninguna filosofía de combate?

—Hacemos lo que hacemos… —respondió Caffran—. Nuestra vida se basa en el principio: «Lucha con dureza si tienes que luchar y no dejes que ellos te vean llegar». No es mucho, supongo.

El Vitriano reflexionó al respecto.

—Hombre… le falta el sutil subtexto y los significados doctrinales más profundos de *El arte de la guerra Vitriano* —dijo por fin.

Los dos estuvieron callados un momento.

Caffran reprimió un risita. Luego los dos estallaron en carcajadas.

Tardaron unos minutos en parar de reír. Con ello habían aflojado en algo la tensión acumulada por los horrores presenciados durante el día. Aun con el estruendo de los cañoneos y la constante aprensión por que pudiera caer un proyectil en su refugio que los redujera a vapor, el miedo pareció mitigarse.

El Vitriano abrió la cantimplora y tras tomar un trago, la ofreció a Caffran.

—Los hombres de Tanith… no sois muchos, tengo entendido.

—Sí. Apenas dos mil, todos los que consiguió rescatar de nuestro mundo natal el comisario Gaunt el día de nuestra Fundación como regimiento. El día en que murió nuestro mundo.

—Pero tenéis una fama considerable —observó el Vitriano.

—¿Sí? Bueno, la clase de fama que hace que siempre nos elijan para todos los trabajos sucios que necesitan sigilo, la clase de fama que nos hace ir a parar a las ciudades-colmenas controladas por el enemigo y a los mundos muertos en los que nadie más se ha conseguido colar. Muchas veces me pregunto quién les quedará para

los trabajos sucios cuando nos hayan matado a todos.

—Yo sueño a menudo con mi mundo natal —confió con aire pensativo Zogat—. Sueño con las ciudades de vidrio, los pabellones de cristal… Aunque estoy seguro de que no volveré a verlo, me anima saber que sigue ahí, en su lugar. Debe de ser duro haberse quedado sin patria.

—¿Y qué no es duro? —replicó, encogiéndose de hombros, Caffran—. ¿Es más duro que irrumpir en una posición enemiga? ¿Más duro que morir? No hay nada en la vida del ejército del Emperador que no sea duro. En ciertos sentidos, no tener una patria es una ventaja.

Zogat le dirigió una mirada interrogadora.

—No me queda nada que perder, nada con lo que puedan amenazarme, nada que puedan usar para obligarme a hacer algo o para someterme. Sólo estoy yo, el Guardia Imperial Dermon Caffran, servidor del Emperador, que ojalá se mantenga en el Trono para siempre.

—¿Lo ves? Tú también tienes una filosofía después de todo —señaló Zogat. Se produjo una larga pausa en la conversación mientras los dos escuchaban el ruido de los cañones—. ¿Cómo… cómo murió tu mundo, hombre de Tanith? —preguntó el Vitriano.

Caffran cerró los ojos y se concentró un momento, como si estuviera rescatando una honda parte de su mente, algo que había descartado o parapetado de modo deliberado. Al final, suspiró.

—Fue el día de nuestra Fundación —inició su relato.



CINCO

No podían quedarse allí parados. Aun en el caso de que no tuvieran en cuenta el cañoneo que lentamente avanzaba en su dirección, la criatura que Crayl les había dejado, aplastada y trémula, pugnaba por salir.

Corbec ordenó a los sargentos Curral y Grell que minaran las naves y silenciaran el infernal toque de tambores. Se desplazarían hacia las líneas enemigas y causarían los mayores estragos posibles hasta que los contuvieran o los relevaran.

Mientras la compañía —compuesta por menos de ciento veinte hombres desde la metamorfosis de Drayl— se preparaba para partir, el explorador Baru, uno de los tres que Corbec había enviado a reconocer el terreno al principio, regresó por fin, y no iba solo. Se había quedado inmovilizado por el fuego enemigo durante más de una hora en una trinchera, hacia el este, y después los proyectiles de la artillería le habían cortado la línea más directa de retorno. Durante un buen rato, Baru había tenido la certeza de que nunca se reuniría con su compañía. Bordeando las alambradas y estacadas que seguían el sinuoso curso de la trinchera, se había topado con cinco Tanith más: Feygor, Larkin, Neff, Lonegin y el mayor Rawne. Había llegado a las trincheras al inicio del bombardeo y ahora caminaban sin rumbo fijo como ganado extraviado en busca de alguna directriz.

Corbec se alegró tanto de verlos como ellos de ver a la compañía. Larkin era el mejor tirador del regimiento y sería valiosísimo para el tipo de avance que les esperaba. Feygor también tenía buena puntería y se le daba bien el avance furtivo. Lonegin era especialista en explosivos, de modo que Corbec lo mandó de inmediato para que colaborase con Curral y Grell en la demolición de las instalaciones. Neff era médico, y seguro que necesitarían toda la ayuda sanitaria que pudieran recabar. Habida cuenta del incuestionable ingenio táctico de Rawne, Corbec se apresuró a destinar una parte de los hombres bajo su mando directo.

Con los intermitentes fogonazos de los proyectiles sobre el negro cielo, que

estallaban en alocada síncopa respecto al percutir de los tambores, Grell regresó para informar a Corbec de que las cargas estaban listas para activarse dentro de quince minutos.

Corbec emprendió la marcha por la principal vía de comunicaciones del espacio fabril alejándose de las naves minadas a paso rápido, en doble columna, con una punta de lanza de seis tiradores, formada por el sargento Grell, Larkin, Mkoll y Baru de los exploradores, Melyr, con el lanzacohetes y Domor, con una barredera. Su misión era adelantarse a la columna y franquear el paso. Llevaban suficiente armamento para hacer algo más que poner sobre aviso al grueso de la compañía.

Las naves que habían minado comenzaron a estallar tras ellos. Unas setas incandescentes de fuego verde y amarillo se desplegaron en la oscuridad, desbaratando los oscuros perfiles de los edificios y reduciendo al silencio los tambores más próximos.

Cuando cesó el estrépito, se hicieron audibles otros ritmos distantes.

El ruido de los artefactos más cercanos les había impedido percibir que había otros más allá. El martilleo de los tambores seguía pues. Corbec escupió con acritud. Aquel repiqueteo lo reconcomía, lo ponía de un humor de perros. Se acordó de las noches en los bosques de nalos de Tanith. Aunque uno pisara el grillo que cantaba cerca de la fogata, cien más retomaban el chirrido más allá de su círculo de luz.

—Vamos —gruñó a sus hombres—. Los encontraremos. Los pisotearemos. Hasta el último, por Feth.

De la compañía brotó un murmullo general de asentimiento mientras proseguían la marcha.

Milo agarró a Gaunt de la manga y tiró de él una fracción de segundo antes de que una verduzca explosión iluminara el cielo a unos seis kilómetros al oeste.

—¿Caen más cerca los proyectiles? —preguntó Milo.

El comisario enfocó el catalejo y el indicador automático giró con un zumbido mientras recorría el campo de visión de los distantes edificios.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió, rasposa, la voz de Zoren por el sistema de intercomunicación—. No eran proyectiles.

—Exacto —corroboró Gaunt.

Acto seguido ordenó a sus hombres que se detuvieran y defendieran la zona a la que habían llegado, un sector húmedo y encharcado de naves de almacenamiento. Luego retrocedió con Milo y un par de soldados para reunirse con Zoren, que acudía a su encuentro con los suyos.

—Hay alguien más con nosotros, en la peor zona del infierno —dijo al dirigente Vitriano—. Esos edificios han sido volados con cargas perforantes, el procedimiento normal de demolición.

—Sí —repuso respetuosamente Zoren—. Yo… yo diría… que dudo que sea uno

de los míos. La disciplina Vitriana es férrea. A menos que se vieran obligados por una necesidad que ignoramos, las tropas Vitrianas no provocarían explosiones como esa. Podría ser como un fuego para atraer sobre sí las armas enemigas. Pronto atacarán esa sección, porque sabrán que hay alguien allí.

Gaunt se rascó la barbilla. El mismo estaba casi seguro también de que había sido una acción protagonizada por Tanith: Rawne, Feygor, Curral… quizás incluso el mismo Corbec. Todos ellos tenían fama de actuar sin pensar de vez en cuando.

Bajo su mirada, se produjo una nueva serie de explosiones. Más fábricas destruidas.

—¡A este paso —espetó Gaunt—, daría lo mismo que anunciaran por el transmisor su posición al enemigo!

Zoren llamó a su responsable de comunicaciones y Gaunt movió frenéticamente el selector de canales del transmisor al tiempo que repetía su señal de llamada en el micro. La distancia era corta. Había posibilidades.

* * *

Acababan de destrozar la tercera tanda de naves con tambores y se adentraban por unos túneles y pasadizos apuntalados con vigas cuando Lukas llamó al coronel Corbec. Había una señal.

Corbec apretó el paso por encima del mojado cemento, ordenando a Curral que llevara su equipo de demolición a la siguiente hilera de insistentes artefactos repiqueteantes. Después tomó los auriculares y permaneció a la escucha. Una voz tenue repetía una señal de llamada, que se oía deformada y cortada por culpa de las atroces condiciones para radiar. No cabía duda, sin embargo. Era la señal de mando del regimiento Tanith.

Ante la urgencia de la demanda de Corbec, Lukas intentó ajustar el dial para mejorar el sonido y Corbec pronunció a voz en grito su señal de llamada.

—¡Corbec! …oronel! …pita es usted? …minando …pito s … ista p…

—¡Dígalo otra vez! ¡Comisario, estoy perdiendo la señal! ¡Repítalo!

* * *

El encargado de comunicaciones de Zoren sacudió la cabeza.

—Nada, comisario. Sólo ruido informe.

Gaunt le pidió que volviera a intentarlo. Tenían ante sí la posibilidad, tan cercana, de incrementar el grueso de su fuerza expedicionaria y avanzar con más fuerza… siempre y cuando pudiera disuadir a Corbec de su actuación suicida.

—¡Corbec! ¡Aquí Gaunt! ¡Deje las demoliciones y desplácese en dirección este a toda velocidad! ¡Corbec, conteste!

* * *

—Listos para la voladura —avisó Curral.

Luego se detuvo en seco, sin embargo, porque Corbec le reclamó silencio con un

ademán. Junto al detonador, Lukas alargó el cuello intentando oír entre el rugido de los bombardeos y el estrépito de los tambores.

—T-tenemos que parar… ha ordenado que paremos y vayamos al este a toda prisa… eh… vamos…

Lukas observó al coronel con repentina ansiedad.

—Dice que vamos a atraer los cañones enemigos sobre nosotros.

Corbec se volvió despacio y miró el cielo, cuya rojiza negrura surcaban silbando los haces de luz de los proyectiles lanzados desde los distantes emplazamientos de la artillería.

—¡Sagrado Feth! —masculló, haciéndose cargo de la temeraria actuación en que había incurrido llevado por la ira.

—¡Moveos! ¡Moveos! —chilló.

Los soldados se levantaron, sumidos en la confusión. Los hizo iniciar la marcha a la carrera y mandó una señal a su vanguardia para que volviera sobre sus pasos y los siguiera. Sabía que disponía de escasos segundos para sacar a sus hombres de la zona que habían iluminado con sus voladuras, con una flecha de fuego verde que prácticamente indicaba su recorrido.

Tenía que llevarlos en dirección este. Eso era lo que había dicho Gaunt. ¿A qué distancia estaría la compañía del comisario? ¿A un kilómetro? ¿Dos? ¿A qué distancia quedaba la artillería enemiga? ¿Estarían ya los Infieles cargando macroproyectiles de deuterio de tres toneladas llenos de gel de oxifósforo en las recámaras de sus obuses, mientras los localizadores de alcance calibraban las miras y los sudorosos artilleros accionaban los grandes y grasientos engranajes que hacían descender unos milímetros sus enormes bocas?

Corbec imprimió un ritmo duro a la marcha. Apenas disponían de tiempo para ponerse a cubierto. La única esperanza que le quedaba era que los Infieles hubieran retrocedido abandonando la zona.

* * *

El responsable de comunicaciones Vitriano reprodujo la última señal recibida y realizó ajustes en su aparato tratando de eliminar los ruidos parásitos, bajo la atenta mirada de Gaunt y Zoren.

—Creo que era una señal de respuesta —señaló el oficial—. Sí, lo era.

—Bien —dijo Gaunt—. Tomaremos posiciones aquí. Esperaremos hasta formar una fuerza única con Corbec.

En ese momento, por el oeste, la zona donde las minas de Corbec habían alumbrado la noche entró en erupción. Unos surtidores de fuego que florecían casi con pereza, repetidos como una marea, arrasaron el área. Las explosiones de los proyectiles se superponían. Los Infieles habían adelantado en unos tres kilómetros su bombardeo sistemático para apuntar a los signos de vida que habían percibido.

Gaunt no pudo hacer otra cosa salvo mirar.

* * *

El coronel Flense era un hombre que había forjado su carrera de acuerdo con el principio de la oportunidad. Eso era lo que había aprovechado ahora, y ya paladeaba el sabor de la victoria.

Desde el frustrado avance de los Jantinos que había tenido lugar por la tarde, se había retirado al puesto del mando del Imperium para estudiar una alternativa. Nada podía hacerse mientras el cañoneo enemigo siguiera cubriendo con una cortina de proyectiles todo el frente. Flense, no obstante, estaba dispuesto a pasar a la acción en cuanto éste parara o aminorase su violencia. Después de tamaño bombardeo el terreno se habría convertido en un yermo de ceniza y fango, que resultaría igual de duro de defender para los Infieles como lo era para los Imperiales. Aquella era la oportunidad perfecta para un limpio ataque quirúrgico con vehículos blindados.

A las seis de la tarde, cuando declinaba el día, Flense tenía una fuerza de ataque preparada en las destrozadas calles, bajo un recodo del río. Ocho acorazados de asedio clase *Leman Russ*, los tan apreciados Demolishers con sus distintivos cañones cortos y gruesos, cuatro carros de combate *Leman Russ* modelo *Phaethon*, tres blindados *Griffon* para transporte de armas y nueve *Chimeras* en los que viajarían casi doscientos Patricios de Jant protegidos con armaduras.

Se encontraba en el Palacio Ducal, discutiendo procedimientos operativos con Dravere y varios oficiales más, que también intentaban valorar las pérdidas en términos de las bajas sufridas por los Tanith y Vitrianos ese día, cuando el operador de transmisiones entró con una hoja de transparencias que habían procesado y enviado los cogitadores de la Armada Orbital.

Eran tomas orbitales del bombardeo. Los demás las examinaron con breve interés, pero Flense las observó en detalle. Una de las fotos mostraba una serie de explosiones producidas al menos un kilómetro más allá de la línea de bombardeo.

Flense la enseñó al general Dravere, a quien llevó a un lado.

—Proyectiles de corto alcance —comentó el general.

—No señor, esto es una cadena de fuegos… las zonas voladas por una serie de explosiones. Hay alguien allí adentro.

—Alguien ha sobrevivido pues —dedujo, con un encogimiento de hombros, Dravere.

—Yo me he consagrado junto con mis Patricios a la toma de ese sector del frente, y a la toma del mundo por consiguiente —expuso con severidad Flense—. No voy a quedarme al margen viendo cómo unos supervivientes vagabundos provocan interferencias al otro lado de las líneas y desbaratan nuestra estrategia.

—Se lo toma de un modo muy personal, Flense… —observó Dravere con una sonrisa.

Flense sabía que era así, pero a la vez había detectado una oportunidad.

—General, si se produce una interrupción en el bombardeo, ¿dispongo de su permiso para avanzar? Tengo una fuerza acorazada lista para partir.

Abstraído, el general dio su consentimiento. Era hora de cenar y estaba preocupado. De todos modos, la perspectiva de una victoria lo encandilaba.

—Si me brinda este triunfo, Flense, no lo olvidaré. Mi futuro presenta grandes posibilidades, si no estoy anclado aquí. Las compartiré con usted.

—Descuide, Señor Militante General.

* * *

Con su agudeza oportunista Flense había advertido la posibilidad de que los Infieles podían modificar el blanco de su bombardeo, en un sector al menos, para neutralizar la actividad detrás de sus anteriores líneas. Eso le procuraría una vía de entrada.

Guiando su rumbo a través de las señales de navegación transmitidas desde la flota a un astrópata que iba en su primer vehículo, Flense partió con su columna bordeando la carretera del río y luego cruzó una cabeza de puente para adentrarse todo lo que pudiera en el yermo. El bombardeo proseguía en toda su furia delante de sus vehículos.

Flense estuvo a punto de perder su oportunidad. Apenas tenía los vehículos en la posición adecuada cuando se abrió la brecha. La cortina del cañoneo se interrumpió de repente en una extensión de medio kilómetro para reaparecer varios kilómetros más allá, descargando los proyectiles contra la sección que habían captado las fotografías orbitales.

Se había franqueado un paso entre la destrucción, un camino para llegar hasta los Infieles.

Flense ordenó seguir adelante a los vehículos. Recorriendo y desgarrando el irregular terreno enfangado, sacudidos por la velocidad máxima a la que se desplazaban, penetraron en el territorio de los Infieles.



SEIS

La voz del soldado Caffran salió flotando de la oscuridad del socavón, apenas audible entre el ruido de los cañones.

—Tanith era un sitio glorioso, Zogat. Un mundo de bosques, siempre verde, denso y misterioso. Los mismos bosques eran espirituales casi. Había una paz allí… y eso que eran también extraños. Los árboles tenían lo que llaman crecimiento motil, según me han dicho. La cosa consiste en que los árboles, bueno una especie que nosotros llamábamos nalos, se movían, se replantaban y cambiaban de sitio por sí solos, según el sol, las lluvias, las corrientes y necesidades que circulaban por su savia. No es que yo lo entienda muy bien, pero así eran las cosas allí.

»Lo importante de todo eso es que en Tanith no había puntos de referencia de espacio fijos. Un sendero o camino de un bosque de nalos podía cambiar de lugar o desaparecer de la noche a la mañana. Por eso, con el paso de las generaciones, la gente de Tanith desarrolló un instinto especial para orientarse, para rastrear y reconocer el terreno. Se nos da muy bien. Supongo que podemos dar las gracias a esos bosques móviles de nuestro mundo por la fama que tiene este regimiento para los reconocimientos y el camuflaje.

»Las grandes ciudades de Tanith eran espléndidas. Las industrias eran agrarias y el comercio exterior consistía sobre todo en madera de calidad y tallas. El trabajo de los artesanos de Tanith era digno de admirarse. Las ciudades eran grandes bastiones de piedra que se alzaban por encima del bosque. Tú dices que tenéis palacios de cristal en tu mundo. Allí no había tanto lujo. El material era simple piedra, gris como el mar, resistente, que llegaba muy alto.

Zogat no dijo nada. Caffran cambió de postura en la fangosa cavidad buscando una posición más cómoda. Pese a la amargura que impregnaba su voz y su alma, notaba una melancólica sensación de pérdida que no había experimentado desde hacía mucho.

—Corrió la noticia de que Tanith debía reunir tres regimientos para la Guardia Imperial. Era la primera vez que se pedía a nuestro mundo el cumplimiento de aquel deber, pero teníamos un buen número de guerreros formados en las milicias municipales. El proceso de la Fundación duró ocho meses, y las tropas enroladas esperaban en una gran explanada cuando entraron en la órbita las naves de transporte. Nos dijeron que debíamos ir con los Ejércitos Imperiales que luchaban en la campaña de los Mundos de Sabbat para expulsar las fuerzas del Caos. También nos dijeron que probablemente no volveríamos a ver nuestro mundo, pues una vez se había ingresado en el servicio, uno solía ir a donde lo llevaba la guerra hasta que le llegaba la muerte o lo licenciaban para comenzar una nueva vida en el sitio adonde hubiera ido a parar. Seguro que a ti te dijeron lo mismo.

Zogat movió su noble perfil con un triste ademán de asentimiento en medio de la húmeda oscuridad del cráter. Arriba, las explosiones se reproducían en largas series que hacían que temblara el suelo.

—Así que estábamos esperando allí —prosiguió Caffran—. Eramos miles, incómodos en los nuevos trajes rígidos, mirando cómo se posaban y despegaban las naves del ejército. Estábamos ansiosos por marcharnos y tristes por despedirnos de Tanith. De todas formas, saber que siempre estaría allí nos daba ánimos. Esa última mañana nos enteramos de que habían destinado al comisario Gaunt a nuestro regimiento, para formarnos. —Caffran exhaló un suspiro, intentando resolver sus sentimientos más sombríos en relación con la pérdida de su mundo. Luego se aclaró la garganta—. Gaunt tenía cierta fama y un largo e impresionante historial con los veteranos regimientos Hyrkan. Nosotros éramos bisoños, desde luego, inexpertos, con mucho que aprender. El alto mando pensaba sin duda que se necesitaría un oficial del temple de Gaunt para hacer de nosotros una unidad de combate.

Caffran se interrumpió. Por un momento perdió el hilo de la explicación mientras en su interior crecía la rabia. Rabia… y un sentimiento de pérdida. Se dio cuenta de que aquélla era la primera vez que contaba aquello a alguien. Su corazón se comprimió de forma convulsa en torno a los retazos de memoria, y notó que se acentuaba su amargura.

—Todo se desbarató precisamente la última noche. Ya había empezado el embarque. La mayoría de los soldados estaba ya a bordo de las naves que esperaban para despegar o habían entrado ya en órbita. La guardia de la armada no había cumplido bien su cometido, y una flota del Caos de considerables dimensiones, desgajada de una parte de la flota que huía espantada desde la última derrota infligida por la Armada Imperial, se coló en el sistema Tanith burlando los bloqueos. Apenas hubo tiempo para reaccionar. Las fuerzas de la Oscuridad atacaron mi mundo y lo borraron del mapa galáctico en cuestión de una noche.

Caffran volvió a callar y carraspeó de nuevo. Zogat lo miraba con una intensa

curiosidad.

—Gaunt tenía una alternativa simple: desplegar las tropas que tenía a su disposición para presentar una valiente resistencia a ultranza o tomar a todos los que pudiera salvar y marcharse. Optó por lo último. A ninguno de nosotros nos gustó esa decisión. Todos queríamos entregar la vida luchando por nuestro mundo. Supongo que si nos hubiéramos quedado en Tanith, no hubiésemos conseguido nada, salvo una breve mención por valentía en la historia. Gaunt nos salvó. Nos libró de una destrucción de la que nos habría enorgullecido formar parte para que pudiéramos disfrutar de una destrucción con más sentido en otro lugar.

—Lo odias —dijo Zogat, cuyos ojos relucían en medio de la oscuridad.

—¡No! Bueno, sí, igual como odiaría a alguien que hubiera supervisado la muerte de mi casa, que la hubiese sacrificado por un bien superior.

—¿Es esto un bien superior?

—He luchado con los Fantasmas en una decena de frentes de guerra y aún no he visto un bien superior.

—Lo odias.

—Lo admiro. Lo seguiré a todas partes. Es lo único que puedo decir. Dejé mi mundo natal la noche en que murió, y he estado combatiendo por su recuerdo desde entonces. Los Tanith somos una raza que se extingue. Sólo quedamos unos dos mil. Gaunt sólo se fue con el número suficiente para un regimiento. Los Primeros de Tanith. Los Primeros y Únicos. Por eso somos unos «fantasmas», ¿entiendes? Las últimas almas errantes de un mundo muerto. Supongo que seguiremos así hasta que acaben con todos nosotros.

Caffran dejó de hablar y entonces en el tenebroso pozo sólo se oyó la caída de los proyectiles. Zogat estuvo callado un rato y después observó el cielo, que palidecía.

—Dentro de dos horas será de día —pronosticó—. Quizás entonces podamos ver por dónde salir de aquí.

—Puede que tengas razón —concedió Caffran, estirando las rígidas extremidades rebozadas en barro—. Parece que el bombardeo se aleja. Quién sabe, quizá salgamos con vida de esto después de todo. Feth, he pasado por apuros peores.



SIETE

La luz del día se abrió paso con la húmeda mancha de una nube, cuyo vientre iluminaban los continuos bombardeos. El cielo estaba surcado por las estelas de los proyectiles y los arcos de fuego vomitados por la potente artillería Infiel desde las distantes colinas envueltas en niebla. Más abajo, en el ancho valle y en la línea de trincheras, el humo acumulado de los cañoneos, que se prolongaban desde hacía unas veintiuna horas con una frecuencia de lanzamiento de dos o tres proyectiles por segundo, cuajaba como una niebla, densa, untuosa y repulsiva, cargada con la pestilencia de la cordita y el ficeleno.

Gaunt condujo a su compañía hasta una nave donde antes había hornos de fundición. Allí se quitaron las máscaras. El suelo y el mismo aire estaban impregnados de un micropolvo verduzco que sabía a hierro y sangre. Por todas partes había pedazos de plásticos de embalajes. Ahora se encontraban a cinco kilómetros de la línea de bombardeo, y el ruido de los tambores, que repiqueteaban dentro de los cobertizos y fábricas de los alrededores, era aún más estruendoso que las explosiones.

Corbec había logrado alejar casi indemnes a sus hombres de la zona de fuego, aunque la honda expansiva los había arrojado a todos al suelo y dieciocho de ellos habían quedado afectados de una sordera permanente a consecuencia de ella. En las enfermerías de la Guardia Imperial del otro lado del frente les repararían los tímpanos rotos con diafragmas de plasteno o les implantarían potenciadores acústicos en un momento. Aquello estaba al otro lado de las líneas, sin embargo. Allí, dieciocho hombres sordos eran un inconveniente. Cuando se ponían en marcha, Gaunt los situaba en medio de la columna, para que se orientaran e informaran con los compañeros que tenían alrededor. Había otros heridos también, con costillas, brazos y clavículas rotas. Todos se hallaban en condiciones de caminar, con todo, lo que constituía un alivio.

Gaunt se llevó a Corbec a un aparte. Reconocía de modo instintivo a los buenos

soldados y le preocupaba cuando existía una confianza fuera de lugar. Había elegido a Corbec para compensar a Rawne. Ambos contaban con el respeto de los Primeros y Únicos de Tanith, uno porque inspiraba simpatía y el otro temor.

—No es propio de usted cometer un error táctico de esa magnitud… —observó Gaunt.

Corbec se dispuso a decir algo pero enseguida se contuvo. La idea de dar excusas al comisario se le atragantó.

—Comprendo que todos estamos en un estado de mucha tensión —acudió en su ayuda—. Son circunstancias extremas y su grupo ha sufrido en particular. Ya sé lo de Drayl. También creo que esos dispositivos de tambores, que ha decidido destruir con una determinación casi suicida, los pusieron para desorientar, para hacernos actuar de forma irracional. Hay que reconocer que son enloquecedores. Son un arma igual de incisiva que los rifles, pensada para desgastarnos.

Corbec asintió. La guerra había insuflado amargura en su corpachón y en sus ademanes y en su expresión se advertía asimismo un matiz de cansancio.

—¿Qué planes tenemos? ¿Vamos a esperar a que paren los cañones para retirarnos?

—No. Me parece que si ya hemos avanzado tanto, podemos conseguir algo. Esperaremos a que vuelvan los de reconocimiento.

La avanzadilla de reconocimiento regresó al refugio al cabo de media hora. Combinando los datos de sus recorridos, los exploradores, en su mayoría Tanith, aunque había también algunos Vitrianos, presentaron a Gaunt y a Zoren un panorama completo de la zona comprendida en un radio de dos kilómetros.

* * *

Continuaron desplazándose por una amplia sección de conductos de drenaje, de pasos subterráneos lavados por la lluvia y manchados de aceite y polvo. La neblina de cordita volvió a posarse sobre sus posiciones. Por el oeste se alzaba la gran línea de las colinas, al norte, muy cerca, los imprecisos contornos de los pináculos de viviendas, cuyos cientos de miles de cristales habían hecho volar los proyectiles y las ondas de choque. En aquel sector del territorio enemigo había menos tambores preparados, aunque todavía no se apreciaba ningún atisbo de un ser vivo, ni de sabandijas siquiera.

Comenzaron a encontrar a su paso búnkeres antibombas de gran tamaño, donde sólo había andamios de refuerzo y pequeñas plataformas apiladas de plastifibra gris. Fuera de las entradas de los refugios había abandonadas unas abolladas carretillas amarillas.

—Almacenes de municiones —comentó Zoren a Gaunt mientras proseguían—. Debían de haber guardado una gran cantidad de proyectiles para este bombardeo y ya han utilizado estos de aquí.

Gaunt consideró acertada la deducción. Continuaron con cautela, a ritmo pausado, con las armas a punto. La estructura de que había informado la patrulla de reconocimiento se elevaba ante ellos ahora. Era una construcción tubular de acero armada con grúas hidráulicas, inclinada para verter material en una cavidad subterránea.

Los guardias bajaron por la escalera de parrilla metálica hasta la plataforma elevada, suspendida a un lado de un amplio túnel bien iluminado que se perdía de vista en las entrañas de la castigada tierra. Era de perfil circular, con una especie de arista que lo recorría por abajo. Feygor y Grell examinaron el túnel y el puesto de control blindado desde el que se divisaba.

—Una línea de maglev —identificó Feygor, que se había esforzado en potenciar sus conocimientos básicos de técnica con mecanismos de otros mundos—. Aún está activa. Llevan los proyectiles desde el depósito de municiones y los bajan por la tobera para después cargarlos en vagones y que lleguen sin demora a las posiciones de las colinas.

Mostró a Gaunt un panel indicador situado en el puesto de control. Sobre la verde superficie brillante parpadeaba una representación rúnica de una red de vías.

—Hay todo un sistema de tránsito aquí abajo, construido expresamente para comunicar todos los altos hornos y facilitar un transporte rápido de material.

—Y este ramal lo han abandonado porque han agotado las provisiones de municiones en esta área —dedujo Gaunt.

Después de tomar su placa de datos, sobre la que trazó un bosquejo del mapa de vías, ordenó un descanso de diez minutos. Luego se sentó en el borde de la plataforma y comparó su bosquejo con los mapas de la zona de los viejos polígonos de fábricas que le sirvieron los archivos tácticos de la tablilla. Aunque los Infieles habían modificado bastantes detalles, los elementos básicos coincidían.

—Está tramando algo —adivinó el coronel Zoren, instalándose a su lado.

—Este es un camino de entrada —dijo Gaunt al tiempo que señalaba hacia el túnel—. Un camino que lleva directo a las posiciones centrales de los Infieles. No lo habrán bloqueado porque necesitan que estas líneas de maglev estén activas y despejadas para seguir alimentando sus cañones con las bombas que les llegan con los trenes.

—De todas formas, hay algo extraño en esto, ¿no le parece? —Zoren se bajó la visera del yelmo.

—¿Extraño?

—Anoche, creí que sus deducciones respecto a la táctica del enemigo eran acertadas. Intentaron llevar a cabo un ataque frontal para abrir una brecha en nuestras líneas, pero al no conseguirlo se retiraron hasta posiciones extremas para inducirnos a penetrar en su zona y después iniciaron el bombardeo para eliminar todas las fuerzas

Imperiales que habían atraído.

—Eso da un sentido a los datos de que disponemos —dijo Gaunt.

—¿Incluso ahora? Tienen que saber por fuerza que sólo podrían haber atrapado a unos cuantos millares de hombres con esa argucia, y la lógica hace pensar que la mayoría deberíamos estar muertos a estas alturas. ¿Por qué siguen con los cañoneos? ¿A quién disparan? Están agotando sus reservas de proyectiles, seguro. Llevan más de un día así. Y, además, han abandonado un área extensísima de sus líneas.

—Sí —reconoció Gaunt—. Eso me preguntaba yo cuando ha amanecido. Creo que comenzaron con la intención de liquidar a todas las fuerzas que pudieran haber atrapado. ¿Pero ahora? Tiene razón. Han sacrificado mucho terreno y no se entiende por qué continúa el bombardeo.

—A menos que intenten mantenernos a raya —dijo alguien a sus espaldas. Era Rawne, que acababa de llegar.

—Explíquese, mayor —lo invitó Gaunt.

Rawne se encogió de hombros y escupió en el suelo. Después entornó sus negros ojos, frunciendo el entrecejo.

—Es sabido que los engendros del Caos no libran las guerras con ninguna de las tácticas que nosotros podríamos reconocer. Nos tienen parados desde hace meses aquí. A mí me parece que lo de ayer fue un último intento de doblegarnos con una ofensiva convencional. Ahora han montado un muro de fuego para impedir que lleguemos a ellos mientras ponen en marcha algo, algo que quizá les haya llevado meses preparar.

—¿Algo de qué estilo? —preguntó con desasosiego Zoren.

—Algo. No sé. Algo con lo que usen su poder del Caos. Algo ceremonial. Esos artefactos tambores… quizá no sean guerra psicológica… quizá formen parte de un gran… ritual.

Los tres hombres guardaron silencio un momento. Luego Zoren soltó una carcajada y esbozó una mueca burlona.

—¿Magia ritual?

—¡No se mofe de lo que no comprende! —le advirtió Gaunt—. Rawne podría estar en lo cierto. Bien sabe el Emperador que hemos sido testigos de suficientes locuras suyas.

Zoren no contestó. Él también había visto cosas, cosas que tal vez quería negar racionalmente o descartar como imposibles.

Gaunt se levantó y señaló el túnel.

—Entonces éste es un camino para entrar. Y más vale que lo tomemos… porque si Rawne tiene razón, somos las únicas unidades que podemos desbaratar sus preparativos.



OCHO

El túnel maglev permitía el avance de cuatro hombres, dos a cada lado de la arista central. Aunque estaba bien iluminado por espaciadas lámparas de luz azul dispuestas en las paredes, Gaunt mandó que se adelantaran Domor y los demás exploradores para comprobar que no hubiera trampas explosivas.

Prosiguieron dos kilómetros sin contratiempo por los túneles en dirección este, dejando atrás otra armazón de carga abandonada y bifurcaciones con otras dos líneas de maglev. El aire, seco, estaba cargado de electricidad a causa del raíl electromagnético todavía en funcionamiento, y de cuando en cuando les llegaban cálidas ráfagas de viento, como anuncios de la llegada de un tren que nunca aparecía.

En el tercer ramal, Gaunt les hizo desviarse por otro túnel, tras consultar su mapa. Habían recorrido unos veinte metros cuando Milo le habló al oído.

—Creo que tenemos que retroceder hasta la bifurcación —dijo.

Gaunt no puso reparos. Se fiaba del instinto de Brin como del suyo propio y aún más. Regresó con toda la compañía a la intersección que acababan de dejar. Al cabo de un minuto, les llegó el aliento de una brisa caliente, y en el túnel sonó un murmullo que precedió el paso de un tren de maglev por el túnel que habían estado a punto de tomar. Era un tren automatizado de sesenta vagones abiertos pintados de caqui con franjas negras y amarillas. Todos iban cargados con proyectiles y municiones, componiendo un conjunto de cientos de toneladas de material que viajaba de los distantes búnkeres a las baterías principales. Una vez se hubo alejado el tren sobre el raíl de levitación magnética, con suavidad, sin topar con el obstáculo de la inercia, muchos de los soldados estaban boquiabiertos. Algunos efectuaron diversos signos de prevención y protección.

Gaunt volvió a consultar el mapa bosquejado. Era difícil precisar a qué distancia estaba la siguiente estación o intersección, y al ignorar la frecuencia de paso de los trenes, no tenía garantías de haber salido del túnel antes de que llegara otro.

El comisario profirió una maldición. No quería tener que volver sobre sus pasos. Mentalmente, revisó a toda prisa el currículo de sus hombres, porfiando por recordar detalles personales.

—¡Domor! —llamó.

El aludido acudió corriendo.

—Allá en Tanith, tú y Grell erais técnicos, ¿verdad?

—Sí —confirmó el joven soldado—. Yo estaba de aprendiz con un transportista de madera en Tanith Attica. Trabajaba con máquinas pesadas.

—Con los recursos con que contamos, ¿podrías parar uno de esos trenes?

—Sí.

—¿Y luego volver a ponerlo en marcha?

Domor se rascó el cuello mientras pensaba.

—No podríamos volar el raíl, pues hay que interceptar o disminuir la corriente que hace funcionar el tren. Por lo que tengo entendido, los trenes circulan sobre los raíles, absorbiendo potencia de ellos. Es un intercambio eléctrico conductor, como se puede observar en las baterías y en las unidades de flujo. Necesitaríamos algún material no conductor, que se pudiera extender sobre la arista sin que hiciera descarrilar el tren. ¿Qué es lo que se propone, señor?

—Parar o aminorar la marcha del próximo tren que pase, subir a él y volver a ponerlo en funcionamiento.

—¿E ir en él directamente hasta el enemigo? —Domor se echó a reír y luego observó en torno a sí.

Después se aproximó al coronel Zoren, que conversaba con algunos de los suyos aprovechando el descanso. Gaunt lo siguió.

—Disculpe, señor —solicitó, dispensándole un rígido saludo, Domor—. ¿Podría examinar su armadura?

Zoren miró al soldado Tanith con desconcierto y un asomo de desprecio, pero Gaunt lo tranquilizó con un ademán. Zoren se quitó un guantelete y lo entregó al joven Tanith, que lo observó con atención.

—Un hermoso trabajo. ¿Esta superficie dentada está hecha con cuentas de cristal?

—Sí, mica. Cristal, como dice usted. Segmentos escamosos sujetos a una tela de base con aislamiento térmico.

—No conductor —concluyó Domor, enseñando el guante a Gaunt—. Necesitaría una pieza de un tamaño mayor. Una chaqueta tal vez… y puede que no la devolvamos entera.

Gaunt se disponía a explicárselo a Zoren, suponiendo que éste pediría un voluntario entre sus hombres, pero el coronel se puso en pie, se desprendió del yelmo, que entregó a su subalterno, y se quitó su propia chaqueta. Ya en camiseta, exhibiendo por primera vez su poderosa y ancha complexión, el pelo negro rapado y

la negra tez, Zoren se tomó sólo un momento para sacar un delgado libro de funda gris de un bolsillo de su chaqueta antes de entregarla a Domor. Después se colocó con cuidado el libro bajo el cinturón.

—¿Esto forma parte de un plan, si mal no me equivoco? —inquirió Zoren mientras Domor se iba a toda prisa y llamaba a Grell y a otros compañeros para que lo ayudaran.

—Le va a encantar —pronosticó Gaunt.

* * *

Una corriente de aire cálido anunció la proximidad del siguiente tren, unos diecisiete minutos después del otro. Domor había envuelto el raíl con la chaqueta del oficial Vitriano justo después de la confluencia de túneles y la había atado con un pedazo de material extraído de su propia capa de camuflaje.

El tren se hizo visible. Todos observaban conteniendo el aliento. El primer vagón pasó por encima de la chaqueta sin ningún problema, suspendido como si flotara a varios centímetros de la lisa vía gracias a la repulsión electromagnética, de tal forma que todo el vehículo pasaba sin fricción por encima de la arista. Gaunt torció el gesto. Por un momento tuvo la certidumbre de que la idea de Domor no había dado resultado.

En cuanto el primer vagón hubo pasado más allá de la capa no conductora, la corriente electromagnética se interrumpió, sin embargo, y el tren perdió velocidad muy deprisa, desprovisto de la fuerza impulsora. La inercia acumulada lo hizo continuar un poco. Junto a la vía, Domor rezaba para que no durara hasta que todo el tren traspusiera el punto de ruptura del circuito, porque en ese caso volvería a ponerse en marcha. Sus temores no se cumplieron, porque por fin se detuvo, balanceándose suavemente sobre el campo de suspensión.

Sonó un fragor de vítores.

—¡Monten! ¡Deprisa! —ordenó Gaunt.

Vitrianos y Tanith sin distinción subieron a los vagones cargados de bombas, hallando apoyos y asideros improvisados para tender luego las manos a sus camaradas. Gaunt, Zoren, Milo, Bragg y seis Vitrianos se instalaron en el primer vagón junto a Mkoll, Curral y Domor, que todavía aferraba el cabo de la cuerda de tela.

—Buen trabajo, soldado —felicitó Gaunt al sonriente Domor.

Mantuvo la mano en alto observando el tren para cerciorarse de que todos habían subido. Al poco, la compañía estaba lista y desde intervalos regulares se transmitió el aviso a Gaunt.

Gaunt bajó la mano. Domor dio un fuerte tirón a la cuerda de tela. Esta se tensó y tras una ligera resistencia se soltó, desprendiendo y haciendo saltar la chaqueta de Zoren de debajo del tren como una platija pescada con una caña.

Al cabo de un momento, restablecido el flujo de corriente, el tren dio un bandazo y comenzó a moverse en silencio. Enseguida cobró velocidad, y las luces del túnel parecieron confundirse en una sola.

Con meticulosos movimientos, Domor desató su improvisada cuerda y devolvió la chaqueta a Zoren. Algunos trozos habían quedado opacos y aplastados a causa del contacto con el raíl, pero estaba entera. El Vitriano volvió a ponérsela con solemne ademán.

Gaunt se volvió de cara al túnel hacia el que se precipitaban. Se abrió la bolsa del cinto y extrajo una carga cilíndrica de repuesto para su pistola Bólter. Las sesenta ráfagas de capacidad de que disponía el cargador estaban marcadas con una cruz azul. Después de colocarlo, se ajustó los auriculares.

—Preparados, armas a punto. Que corra la voz. Estamos entrando en la boca del infierno y podríamos irrumpir entre ellos de un momento a otro. Listos para un enfrentamiento inminente. Que el Emperador os acompañe a todos.

A lo largo del tren sonaron los zumbidos de los rifles láser al activarse, los chasquidos de los acoplamientos de lanzagranadas y la vibración de las mochilas de plasma al activarse, al tiempo que se iluminaban los deflagradores de los lanzallamas.



NUEVE

—Vamos —dijo Caffran, arrastrándose por la pared del hediondo pozo donde se habían cobijado durante buena parte del día.

Zogat lo siguió. Pestañearon para adaptarse a la luz del amanecer. El bombardeo continuaba en la distancia y la neblina de humo recubría como una lengua la tierra de nadie.

—¿Hacia dónde? —consultó Zogat, desorientado por el humo y la luz.

—A casa —respondió Caffran—. Tenemos que alejarnos de este infierno mientras podamos.

El fango le entorpecía los pasos, así como las alambradas y los retorcidos fragmentos de cemento.

—¿Crees que somos los dos únicos que quedan? —preguntó el Vitriano, volviéndose a mirar el extenso bombardeo.

—Es posible. En ese caso, yo sería el último Tanith.

* * *

La unidad blindada de los Jantinos había penetrado en las posiciones Infieles, tras la cortina de proyectiles; pero en dos kilómetros o más de avance aún no habían encontrado nada. Las anteriores zonas fabriles estaban desiertas, sin vida.

Flense ordenó el alto y levantó la trampilla para observar los alrededores con su catalejo. Los vacíos y ruinosos edificios se alzaban por todas partes como fantasmas entre la niebla. Se oía un incesante ruido de tambores que le ponía nervioso.

—Diríjase a la línea de las colinas —indicó a su conductor cuando volvió a introducirse en el vehículo—. Aunque no hagamos otra cosa que hacer callar sus baterías, habremos entrado en los anales de la gloria.

* * *

Cuatro kilómetros, cinco, dejando atrás estaciones vacías y armazones de carga a oscuras. Una bifurcación a la izquierda, luego otra a la izquierda también y a

continuación una angustiosa pausa de tres minutos, a la espera de que los adelantara otro tren de bombas llegado de otro túnel. Después se pusieron en marcha otra vez.

La tensión envolvía a Gaunt como una camisa de fuerza. Todos los túneles por los que pasaban ofrecían idéntico aspecto y no había ningún distintivo que pudiera ponerlos sobre aviso. Todo podía precipitarse en cualquier momento.

El tren se adentró en una vasta nave de carga situada en un ramal lateral y se detuvo junto a otros dos trenes que estaban descargando por medio de grúas y montacargas. Un tren vacío se alejaba justo entonces por una curva que lo llevaría de vuelta a los depósitos de municiones.

El hangar era alto y oscuro, pese a los miles de linternas y el resplandor rojizo de las lámparas. Hacía calor y había un olor amargo, como en los altos hornos. Las paredes que tenían al alcance de la vista presentaban grandes estampaciones del Caos y una profusión de mugrientos estandartes. Los símbolos producían un lagrimeo en los ojos de los guardias sólo con un vistazo y un martilleo en la cabeza si demoraban un poco más la mirada. Eran símbolos impuros, símbolos de pestilencia y corrupción.

Había más de doscientos Infieles en aquel espacio en penumbra, que manipulaban los montacargas o accionaban las vagonetas cargadas. Ninguno pareció reparar en la carga adicional que llegaba en el nuevo tren.

La compañía de Gaunt desmontó y enseguida abrió fuego, dispersando una granizada de fuego láser que restallaba como electricidad en el aire. Se oía el zumbido de los rifles de los Tanith dispuestos a la potencia más baja y el punzante tableteo de los disparos a plena carga de los Vitrianos. Gaunt había prohibido el uso de armas de fusión, cohetes y lanzallamas hasta que hubieran dejado atrás la zona de municiones de carga. Aunque los proyectiles no estaban armados, no había necesidad de quemarlos ni de hacerlos estallar.

Decenas de Infieles cayeron en el acto. Dos vagonetas a medio cargar se volcaron cuando las manos inertes que las controlaban soltaron las palancas. Las ojivas se desparramaron y rondaron sobre la plataforma. Una vagoneta de proyectiles chocó contra una pared cuando su conductor fue víctima de un disparo. Una junta de grúa explotó y toda la instalación se vino abajo.

Los guardias se abrían paso con el ímpetu de una marea. Los Dragones de Vitrian se desplegaron en perfecta formación, pasando de un punto protegido a otro al tiempo que daban cuenta de los Infieles que intentaban huir. Unos pocos habían encontrado armas y respondían al fuego, pero sus esfuerzos eran segados sin piedad.

Gaunt avanzaba por el corredor principal con los Tanith, haciendo saltar Infieles por los aires con su pistola bólter. Cerca de él, Mad Larkin y otros tres Tanith armados con rifles de francotirador estaban agachados en lugar seguro, apuntado a los Infieles que se encontraban en las pasarelas de arriba.

El soldado Bragg tenía un cañón de asalto que había liberado de su soporte unas

semanas atrás. Gaunt nunca había visto a nadie disparar esa clase de arma sin la ayuda de los compensadores de retroceso. Bragg componía una mueca en la que se evidenciaba el esfuerzo que le suponía mantener firme el arma con sus seis cañones, y su rendimiento de puntería resultaba tan bajo como de costumbre. Aun así mató decenas de enemigos.

Los Fantasmas empujaron a los Infieles fuera de la nave, para continuar la lucha en las rampas de carga que ascendían por espaciosas cavernas excavadas en la ladera de la colina. Bajo las parpadeantes luces pendulares subía una capa de humo azul.

Una vez hubieron dejado atrás los depósitos de municiones, Gaunt ordenó poner en acción los rifles de fusión, lanzallamas y lanzacohetes, con lo que abrió un camino de fuego que ennegrecía las superficies de cemento de las rampas y fundía a los Infieles, reduciéndolos a viscosos charcos.

En el extremo de las rampas, junto a los grandes ascensores que subían las bombas hasta los depósitos de las baterías situados encima, encontraron la primera resistencia coherente. Una fuerza de Infieles se precipitó hacia ellos, disparando con rifles láser y rifles automáticos. Rawne capitaneó un pelotón que penetró por el flanco izquierdo, a la vez que Corbec hacía lo mismo con otros soldados por la derecha, de tal modo que entre unos y otros crearon un fuego cruzado que castigó de un modo terrible al enemigo.

En el centro de la contraofensiva Infiel, Gaunt vio el primero de los Marines Espaciales del Caos, una enorme bestia cornuda, de varios siglos de edad que llevaba las retorcidas marcas del capítulo Guerreros de Hierro. La monstruosa criatura exhortaba a sus tropas de mutantes a la victoria con retumbantes aullidos salidos de una laringe aumentada. Su antigua y ornamentada pistola bólter escupía la muerte hacia las filas de los Tanith. El sargento Grell quedó vaporizado por uno de los primeros disparos, y a él le siguieron en un instante dos hombres de su pelotón.

—¡Apúntalo a él! —gritó Gaunt a Bragg.

El gigante encaró su tremenda arma en esa dirección sin lograr el blanco apetecido. El Marine del Caos continuó descargando fuego mortífero contra las primeras filas de los Vitrianos. Luego estalló. Decapitado y sin brazos, se balanceó un instante antes de caer.

Gaunt agradeció con una adusta inclinación de cabeza la intervención del soldado Melyr, que había hecho diana con su lanzamisiles. Desde las unidades Infieles llegaban agudas ráfagas de rifles láser y automáticos dirigidas a la plataforma elevadora. Gaunt se refugió detrás de unos palets, donde se encontró con dos Vitrianos que reponían precipitadamente la carga de sus misiles láser.

—¿Cuánta munición les queda? —preguntó Gaunt mientras rellenaba el tambor de su pistola bólter con un nuevo cargador de proyectiles de impacto interno Kraken.

—Ya hemos gastado la mitad —respondió uno de los Vitrianos, que era cabo.

Gaunt accionó el micro de su casco.

—¡Gaunt a Zoren!

—Lo oigo, comisario.

—Ordene a sus hombres que modifiquen la potencia de sus armas y la dejen en la mitad.

—¿Por qué, comisario?

—¡Porque están agotando las municiones! Yo admiro su ética, coronel, ¡pero no se necesita un disparo de plena potencia para matar a un Infiel, y sus hombres se van a quedar sin recargas mucho antes que los míos!

En la línea de comunicaciones se hizo un silencio salpicado de ruidos parásitos antes de que Gaunt oyera cómo Zoren transmitía la orden a los suyos.

Luego miró a los dos soldados, que ajustaban su potencia de carga.

—Os durará más, y mandaréis más enemigos a la gloria. No tiene sentido matar en exceso —señaló con una sonrisa—. ¿Cómo os llamáis?

—Zapol —dijo.

—Zeezo —respondió el otro, el cabo.

—¿Venís conmigo, muchachos? —preguntó Gaunt con una fiera mueca al tiempo que ponía en alto la pistola y disponía la espada sierra al máximo de revoluciones.

Los dos dragones asintieron con prontitud, empuñando con fuerza los rifles, y los tres abandonaron el refugio. Se hallaban a medio camino de los ascensores, más allá de la mitad de la rampa. La maniobra de fuego cruzado dirigida por Rawne había acorralado a los Infieles en torno a las puertas blindadas, que aparecían ahora desgastadas y abolladas con impactos de láser y quemaduras de fusión.

Mientras pasaba a la carga, Gaunt sintió la avalancha de fuego que surgía tras él, protagonizada por sus propias unidades, que lo cubrían y apoyaban. Se oía el zumbido de los rifles de francotirador, el crepitar de las armas láser comunes y el tableteo de los cañones de Bragg.

—Apuntad alto… —susurró Gaunt cuando llegaba con los dos Dragones a las improvisadas defensas dispuestas por el enemigo.

Zeezo se vino abajo, alcanzado por una ráfaga de láser. Gaunt y Zapol traspusieron de un salto la barrera de escombros, irrumpiendo en medio de los Infieles. Gaunt vació la pistola y la tiró, concentrándose en la espada sierra. Zapol iba con la bayoneta por delante y la hundía en los cuerpos antes de disparar a bocajarro para rematarlos.

Tardaron dos minutos. Dos minutos que a Gaunt le parecieron una eternidad, compuestos de frenéticos y sangrientos segundos que representaban un año entero. Luego él y Zapol se abrieron paso hasta el mismo montacargas. Los Infieles se apiñaban en torno a ellos y había cinco o seis Vitrianos más que acudían a corta distancia.

Zapol se volvió para sonreír al comisario.

La sonrisa era prematura.

Al frente se abrieron las puertas de los ascensores y otro Marine del Caos de los Guerreros de Hierro se precipitó hacia ellos. Con una estatura que superaba al más alto soldado de la guardia, iba enteramente revestido de un caparazón semejante al de los insectos, compuesto por una antigua armadura plagada de espeluznantes runas dedicadas a sus inmortales amos. Iba precedido de una oleada de la más fétida pestilencia, exhalada por la tela metálica de su máscara, y acompañado de un aullido que atormentaba el oído de Gaunt, semejante al pitido de unos pulmones tísicos que estallaran por una excesiva presión.

Con su puño metálico, que emitía el mismo chillido que una fiera enloquecida, la bestia atrapó a Zapol con un rápido y desenvuelto movimiento. El Vitriano quedó aplastado y licuado. Luego la criatura se puso a disparar de modo desaforado, con lo que mató como mínimo a cuatro de los Vitrianos que venían en su ayuda.

Gaunt se hallaba justo delante del monstruoso ser. Lo único que pudo hacer fue arremeter con la espada sierra, que hundió su chirriante hoja en el torso acorazado del Marine del Caos. El arma dentada se quejó mientras entre gemidos y humo serraba, primero la cobertura metálica y luego las viscosas y endurecidas entrañas de la bestia.

El Guerrero de Hierro se tambaleó, bramando de dolor y de rabia, y cayó atrás con el pecho atravesado por la espada sierra, que humeante, acabó atascándose. Encima del comisario y la entrada del ascensor se habían prendido unas hediondas salpicaduras de icor y tejido.

Gaunt sabía que no podía hacer más. Se dejó caer en el suelo mientras la criatura volvía a levantarse contra todo pronóstico.

Sus oraciones fueron escuchadas. El ser recibió el impacto de uno, dos… cuatro o cinco disparos de láser que lo agujerearon e hicieron girar como una peonza. Gaunt adivinó que aquella proeza de puntería se debía a la mano del francotirador Larkin.

Apoyada en una rodilla, la criatura se puso en pie de nuevo, enfurecida. Tenía la mayor parte de la armadura del torso perforada o hecha jirones y de las horrorosas heridas de la cara, pecho y cuello le manaba un negro fluido acompañado de humo. Una última y potente detonación de láser, disparada de cerca a plena potencia, le arrancó la cabeza.

Gaunt se volvió y vio al cabo Zeezo, herido, de pie en la barricada. El Vitriano le sonrió, pese al dolor.

—Me temo que no he respetado las órdenes —dijo—. Volví a ajustar el arma a plena carga.

—Ya me había percatado… Estás excusado. ¡Buen trabajo!

Gaunt se puso en pie, mojado de sangre y pestilentes fluidos. Sus Fantasmas y los Vitrianos de Zoren, avanzaban por la rampa para afianzar la posición. Más arriba, en

lo alto del hueco del ascensor, había un millón de Infieles tal vez, a resguardo en los búnkeres de sus baterías. La fuerza expedicionaria de Gaunt se hallaba dentro, justo en el corazón de la fortaleza enemiga.

Ibram Gaunt esbozó una sonrisa.



DIEZ

Tuvieron que invertir otros preciosos treinta minutos en reagruparse y asegurar su posición. Los exploradores de Gaunt localizaron e interceptaron todas las entradas e incluso revisaron las salidas de ventilación y los canales de drenaje.

Gaunt iba de un lado a otro, tenso. El tiempo transcurría y las ingentes fuerzas concentradas arriba no tardarían en comenzar a extrañarse de que se hubiera interrumpido el suministro de proyectiles… y en bajar a averiguar el motivo.

Además, estaba el lugar en sí: la penumbra, el sabor del aire, la blasfema iconografía plasmada en las paredes. Era como si estuvieran en un sitio sagrado, sagrado pero impío. Todos estaban bañados en sudor frío y el miedo era patente en sus miradas.

La línea de comunicaciones sonó y Gaunt respondió, apresurándose a trasladarse a la sala de control de la nave. Zoren, Rawne y otros lo estaban esperando. Alguien había conseguido levantar los postigos de los grandes ventanales que allí había.

—¿Qué es esto, por el Emperador? —preguntó Zoren.

—Creo que es lo que hemos venido a poner fin —dijo Gaunt, dándole la espalda a la vidriera.

Abajo, lejos de ellos, en las profundidades de la caverna artificial que había quedado al descubierto, se erguía un vasto megalito, un menhir de unos cincuenta metros de altura que humeaba con la acumulación de energía del Caos. Su esencia llenaba la nave y producía nerviosismo y distracción en todos los humanos presentes. Ninguno podía mirarlo sin sentir desasosiego. Parecía encajado en una pila de… cadáveres renegridos. O de trozos de cadáveres.

El mayor Rawne torció el gesto y señaló con el pulgar arriba.

—Falta poco para que se den cuenta de que ya no les llegan proyectiles. Entonces se desplegarán contra nosotros.

Gaunt asintió sin hacer comentarios. Luego fue hasta los paneles de control,

donde Feygor y un sargento Vitriano llamado Zolex intentaban obtener acceso a los datos. A Gaunt no le gustaba Feygor. El alto y delgado Tanith era ayudante de Rawne y tenía su mismo aspecto agrio. Gaunt sabía, sin embargo, cómo aprovechar sus capacidades, en especial en lo relativo a los cogitadores y otras máquinas pensantes.

—Sitúalo en un plano —pidió al ayudante—. Tengo el presentimiento de que puede haber más piedras de estas.

Feygor tocó varias teclas rúnicas del aparato de vidrio y latón.

—Estamos aquí… —informó, señalando los relucientes indicadores del mapa—. Y aquí hay un mapa a mayor escala. Tenía razón. Ese menhir de abajo forma parte de un sistema enterrado en estas colinas. Son siete en total, formando una estrella. ¡Siete abominaciones Infieles! No sé qué pretenden hacer con ellas, pero todas se están cargando de potencia en este momento.

—¿Cuántas? —preguntó con precipitación Gaunt.

—Siete —repitió Feygor—. ¿Por qué?

Ibram Gaunt sintió un acceso de vértigo.

—Siete piedras de poder… —murmuró.

Una voz escuchada hacía años sonó, melodiosa, en su cabeza. La muchacha. La muchacha de Darendara. Nunca lograba recordar su nombre, por más que lo intentaba. Todavía veía, en cambio, su cara en la sala de interrogatorios, y oía sus palabras.

Cuando lo que dijo sobre los Fantasmas se hizo realidad, dos años atrás, se había quedado sobrecogido y había pasado varias noches sin dormir rememorando sus profecías. Había asumido el mando de los desdichados Tanith que habían perdido su mundo y después uno de ellos, Mad Larkin, según decían, les había puesto el mote de Fantasmas de Gaunt. Había tratado de achacarlo a una mera coincidencia, pero a partir de entonces, había estado atento por si salían a la luz otros fragmentos de la Noche de las Verdades.

«Córtalas y serás libre —había dicho—. No los mates».

—¿Qué hacemos? —preguntó Rawne.

—Tenemos minas y granadas en abundancia —apuntó Zoren—. Hagámoslas saltar por los aires.

«No los mates».

—¡No! —dijo con vehemencia Gaunt—. Esto es lo que estaban preparando los Infieles, algún gran ritual en el que intervienen las piedras, una especie de magia industrial. Esto es lo que los tenía preocupados, de lo que han intentado desviar nuestra atención. Volar parte de su círculo ceremonial sería un error, porque no hay forma de prever qué horrible poder se podría desencadenar. No, tenemos que romper el contacto…

«Córtalas y serás libre».

Gaunt se levantó y se puso la gorra.

—Mayor Rawne, cargue el mayor número de carretillas posible con ojivas, prepárelas con espoletas de proximidad y esté listo para mandarlas arriba con el ascensor en cuanto le avise. Inundaremos los emplazamientos del enemigo con sus propias armas. Coronel Zoren, quiero todos los hombres de que pueda disponer… y más concretamente, quiero su armadura.

El mayor y el coronel lo miraron con cara de perplejidad.

—¡Sin demora! —añadió con contundencia.

Los aludidos se levantaron al instante.

* * *

Gaunt se encaminaba por la rampa hacia el menhir, seguido de los Vitrianos. El monolito humeaba a causa de la energía, ocasionándole un inquietante hormigueo en la piel. La energía del Caos olía de ese modo, como una pestilente mezcla de sangre cocida y electricidad. Ninguno se atrevía a mirar el retorcido montículo solidificado que había debajo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Zoren a su lado, con turbación evidente por hallarse tan cerca de lo indecible.

—Estamos rompiendo la cadena. Lo que interesa es interrumpir el círculo sin hacerlo estallar.

—¿Cómo lo sabe?

—Información secreta —respondió Gaunt, esforzándose por sonreír—. Confíe en mí. Provoquemos el cortocircuito.

Los Vitrianos que los acompañaban se adelantaron obedeciendo un gesto de su comandante. Se aproximaron con cautela a la colosal piedra y comenzaron a disponer sus chaquetas en torno a la lisa superficie. Zoren, que había reunido las chaquetas de la armadura de mica de más de cincuenta de sus hombres, las fundió con la precisión de un cirujano con la ayuda de un rifle de fusión. Con la capa de mica resultante, los Vitrianos rodearon con aprensión la piedra, valiéndose, a modo de grapadora industrial, de las armas de fusión que les habían prestado los Tanith, para pegarla al menhir.

—No funciona —dijo Zoren.

Era cierto. Al cabo de un momento, las cuentas de vidrio de las armaduras comenzaron a deshacerse, desprendiéndose de la piedra, con lo que sólo quedó la base de tela que acabó también por incendiarse.

Gaunt se volvió de espaldas, descorazonado, con la mente agitada.

—¿Y ahora qué? —consultó, igual de abatido, Zoren.

«Córtalas y serás libre».

Gaunt hizo chasquear los dedos.

—¡No hay que hacerlas estallar! Lo que tenemos que hacer es realinearlas. Así

cortaremos el círculo.

Gaunt llamó a Tolus, Kukas y Bragg.

—Disponed cargas explosivas en el montículo de la base. La piedra en sí no debe quedar afectada. Voladlo de tal forma que se desmorone o caiga.

—El montículo… —balbució Lukas.

—Sí, soldado, el montículo —repitió Gaunt—. Los muertos no te harán daño. ¡Obedece!

Los Fantasmas se pusieron manos a la obra venciendo sus escrúpulos.

—Rawne —solicitó Gaunt por medio del micro de comunicación interna—, mande arriba las ojivas.

—Recibido.

En la zona del ascensor, el destacamento capitaneado por Rawne llevó a toda prisa las carretillas de ojivas a la jaula.

—¡Silencio! —reclamó de repente un Vitriano.

Todos pararon. Al cabo de un poco oyeron el repiqueteo, los distantes golpes metálicos. Rawne aprestó el rifle y entró en el ascensor. Luego tiró de la palanca que abría la escotilla superior. Arriba, el gran hueco del ascensor se abría como la garganta de una bestia. Escrutó la oscuridad, tratando de precisar algún detalle.

La oscuridad se movía. Los Infieles bajaban aferrados cual murciélagos a los pelados costados de la caja del ascensor.

Con el corazón atenazado por el terror, Rawne cerró de golpe la escotilla.

—¡Están bajando! —gritó.

Las líneas de intercomunicación comenzaron a transmitir un frenesí de mensajes de los centinelas que informaban de que eran martillazos lo que sonaba, en todas las escotillas y accesos existentes a su alrededor. Eran miles de martillazos, miles de puños.

Gaunt lanzó una maldición, advirtiendo el pánico que se adueñaba de sus hombres. Atrapados, enterrados, acosados por un enemigo infernal que afluía por todas partes. Los altavoces de las paredes y las distintas consolas cobraron vida y una voz rasposa y retumbante que se superponía a sí misma proveniente de cien lugares diferentes, escupió un parloteo inhumano en las cavidades.

—¡Haz callar eso! —chilló Gaunt a Feygor.

Feygor manipuló desesperadamente los controles.

—¡No puedo! —gritó.

Por el lado este, una escotilla estalló hacia dentro con una lluvia de chispas. Los soldados se pusieron a gritar mientras comenzaba a oírse el fuego láser. Un poco más al norte, otra entrada explotó formando una gota de fuego tras la que comenzaron a franquearse camino los Infieles.

Gaunt miró a Corbec. Estaba pálido. Gaunt intentó pensar, pero los roncos y

retumbantes gruñidos de los altavoces le obturaban la mente. Con un juramento, alzó la pistola y destrozó el altavoz más cercano de la pared.

—Inicien la retirada —indicó a Corbec—. Retírense todos los que no sean necesarios para mantener el fuego de cobertura.

Corbec asintió y se alejó con paso rápido. Gaunt dispuso el intercomunicador en banda ancha.

—¡Gaunt a todas las unidades! ¡Inicien el retroceso, en retirada de máxima resistencia!

Después se fue corriendo entre el bullicio hasta la cámara del megalito, donde por un segundo lo contuvo el nocivo hedor que reinaba en ella. Lukas, Tolus y Bragg salían en ese momento, con los brazos, pecho y rodillas rebozados de una negra sustancia pegajosa, pálidos y con la mirada perdida.

—Ya está —anunció Tolus.

—¡Voladlo pues! ¡Salid, vamos! —gritó Gaunt, sacándolos a empellones de la caverna—. ¡Rawne!

—¡Ya casi estoy con usted! —respondió Rawne desde la zona del ascensor.

Tanto él como los Fantasmas que lo acompañaban levantaron de repente la cabeza, al oír un golpe en el techo del montacargas. Farfullando maldiciones, Rawne empujó la última carretilla de proyectiles adentro.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó a sus hombres.

Luego accionó el contacto del ascensor, que comenzó a subir por el hueco hacia los emplazamientos de los Infieles. Se oyeron impactos y chillidos mientras pulverizaba a los que bajaban por las paredes de la caja.

Los Fantasmas y Vitrianos capitaneados por Rawne corrían para salvar sus vidas. Mucho más arriba, su envío llegó a su destino… y detonó con tal fuerza que hizo temblar el suelo y provocó un rocío de tierra y fragmentos de roca salido del techo de la caverna. Las hileras de lámparas oscilaban como péndulos.

Gaunt sintió que todo estallaba encima de ellos y se fortaleció su determinación. Avanzaba hacia el túnel de maglev en medio de una barahúnda de guardias, empujando casi al aturdido Bragg. El fuego de los Infieles les quemaba el camino. Un Fantasma cayó. Otros se volvieron y, arrodillados, devolvieron los disparos. El fuego láser iba y venía con su resplandor.

Detrás de ellos, en la cámara del megalito, las cargas colocadas por el equipo de Domor estallaron. Privada de su soporte, la gran piedra se tambaleó y luego se desplomó. Los altavoces callaron de pronto.

Se hizo un silencio total.

Los Infieles habían dejado de disparar. Los que habían penetrado en la cámara estaban postrados, gimiendo.

El único sonido era el resonar de pasos y las respiraciones jadeantes de los

guardias, que persistían en su huida.

Entonces se produjo un gran estruendo. De la cámara del monolito brotó un fuego verde incandescente. A continuación los ventanales de vidrio de color de la sala de control explotaron. El suelo se onduló, plagado de grietas; el cemento se encrespó como un enfurecido mar.

—¡Salid! ¡Salid ahora mismo! —bramó Ibram Gaunt.



ONCE

El bombardeo perdió fuelle y luego cesó. Caffran y Zogat se detuvieron en su penoso avance para mirar atrás.

—¡Que se me lleve Feth! —exclamó Caffran—. Por fin han…

Las colinas situadas tras las líneas de los infieles estallaron. La colosal onda de choque los arrojó a los dos al suelo. Las colinas lanzaron al aire polvo y fuego, hinchadas por un momento antes de venirse abajo.

—¡Por el trono del Emperador! —dijo Zogat mientras ayudaba a ponerse en pie al joven Tanith.

Contemplaron la nube en forma de hongo que se elevaba por encima de las recién hundidas colinas.

—¡Ja! —se congratuló Caffran—. ¡Creo que alguien acaba de ganar algo!

En la mansión, el Alto Señor Militar General Dravere depositó su taza y observó con leve curiosidad cómo temblaba encima del plato. Luego se encaminó a paso vivo hasta la balaustrada y miró por el catalejo, aunque el instrumento era más bien innecesario. Una nube acampanada de humo ocre se elevaba por el horizonte, encima de donde los Infieles tenían su plaza fuerte. En el cielo había una profusión de fogonazos. El altavoz de transmisiones situado en el rincón de la habitación emitió un pitido y luego quedó mudo. Unas explosiones secundarias, de municiones probablemente, comenzaron a estallar a lo largo de las líneas Infieles, arrojando al aire cuanto contenían.

Dravere tosió y, enderezándose, se volvió hacia su ayudante.

—Disponga mi transporte para embarcar. Por lo visto, ya hemos terminado aquí.

* * *

Una tempestad de onda de choque y llamas pasó por encima de los vehículos blindados del convoy del coronel Flense. Una vez hubo amainado, Flense se asomó por la escotilla y dirigió la mirada hacia las colinas del frente, que estaban

desmoronándose mientras todavía proseguían las explosiones secundarias.

—No… —musitó, observando con ojos desorbitados aquel escenario de destrucción—. ¡No!

* * *

La onda expansiva los había lanzado al suelo y muchos habían caído víctimas de la violenta llamarada verde que los había seguido por el túnel. Después habían continuado a ciegas entre la oscuridad y el polvo, rodeados de gemidos, oraciones y toses.

Tardaron casi cinco horas en subir a tientas y librarse de la oscuridad. Gaunt iba el primero. Por fin las unidades Tanith y Vitrianas supervivientes emergieron, parpadeando, a la mortecina luz de otro día. La mayoría de los soldados se dejaron caer sobre el fango o se mantuvieron tambaleantes, gritando y riendo, atenazados por el cansancio.

Gaunt se sentó en un montoncillo de barro y se quitó la gorra. Luego se puso a reír, dando rienda suelta a la tensión acumulada durante meses. Aquello había acabado. Por más detalles que quedaran para limpiar del todo el territorio, una cosa era segura. Fortis estaba ganado.

Y aquella muchacha, comoquiera que se llamase, tenía toda la razón.



UN RECUERDO

Ignatius Cardinal, veinte años antes

—¿Qué… ? —La voz paró un momento, sumida en una honda confusión—. ¿Qué haces?

El alumno Blenner levantó la vista de las baldosas del largo claustro donde se encontraba arrodillado. Había otro muchacho de pie, que lo observaba con curiosa fascinación. Blenner no lo reconoció, aunque llevaba también el sobrio uniforme de negra sarga de la Schola Progenium. Debía de ser nuevo.

—¿Qué crees que hago, eh? —replicó—. ¿Qué te parece a ti?

El chico guardó silencio un instante. Era alto y delgado, de unos doce años tal vez. No debía de ser, en todo caso, más de un año o dos menor que Blenner, pero en la penetrante mirada de sus ojos azules había algo terrible, que evocaba la vejez.

—Parece —respondió el nuevo— que estuvieras puliendo los entresijos de las baldosas del suelo con un cepillo.

Blenner dedicó al chico una sonrisa desprovista de humor e hizo mover el pequeño cepillo con su mugrienta mano. Era un utensilio de cerdas blandas destinado a pulir los botones y hebillas de los uniformes.

—Entonces verás que tú mismo has encontrado la respuesta. —Mojó el cepillito en el cuenco de agua helada que tenía al lado y se puso a fregar de nuevo—. Ahora, si

no te importa, me quedan todavía tres lados del cuadrángulo por limpiar.

El muchacho estuvo callado varios minutos, pero no se fue. Mientras fregaba, Blenner sentía su mirada, que le quemaba el cuello. Al final volvió a levantar la cabeza.

—¿Algo más?

—Sí —confirmó el chico—. ¿Por qué?

Blenner dejó caer el cepillo en el cuenco y se sentó de rodillas, frotándose las manos entumecidas.

—Cometí la imprudencia de utilizar proyectiles de verdad en los silos de entrenamiento y destruí… no del todo… un simulador de blanco. El Preceptor Comisionado Flavius no quedó muy impresionado.

—Entonces esto es un castigo.

—Es un castigo —corroboró Blenner.

—Mejor será que te deje continuar —dijo con aire pensativo el chico—. Me imagino que ni siquiera debería hablar contigo.

Se alejó hasta la parte exterior del claustro y se puso a mirar. El cuadrángulo interior de la antigua escuela de misiones estaba pavimentado con unas losas de piedra con el águila bicéfala Imperial. En el aire flotaba una fina llovizna, traída por el frío viento que se colaba gimiendo entre las columnatas de piedra. Encima de los tejados del claustro se alzaban las ornadas salas y torres del antiguo edificio, con sus canalones y gárgolas esculpidos, que la erosión de mil años había tornado casi lisos. Más allá del recinto de la Schola se divisaba el perfil de la ciudad, la capital del poderoso Mundo Cardenalicio, Ignatius. Dominaba el horizonte por el oeste la negra mole del Palacio Eclesiarcal, con sus torres cuadrangulares de más de dos kilómetros de altura, terminadas en pináculos que se elevaban como cuchillos en el frío cielo azul oscuro.

Aquel parecía un lugar demasiado húmedo, tenebroso y frío para vivir. Ibram Gaunt había sentido en los huesos la mordedura de su gelidez desde el momento en que había bajado del transbordador que lo llevó hasta los campos de aterrizaje desde la nave fragata que lo había trasladado allí. Desde aquel frío mundo, el Ministorum gobernaba un segmento de la galaxia con la mano de hierro de la fe Imperial. Le habían dicho que era un gran honor para él que lo admitieran en una Schola Progenium de Ignatius. Pese a que su padre le había enseñado a amar al Emperador, Ibram no sentía como una compensación dicho honor.

Aun estando de espaldas, Ibram sabía que otro chico, mayor y más corpulento que él, el que limpiaba las baldosas, lo estaba mirando.

—¿Quieres preguntarme algo? —dijo sin volverse.

—Lo normal —respondió el muchacho castigado—. ¿Cómo murieron?

—¿Quién?

—Tus padres. Tienen que haber muerto. No estarías aquí, en el orfanato, si hubieran pasado a la gloria.

—Esto es la Schola Progenium, no un orfanato.

—Da lo mismo. Este santo establecimiento es una escuela misionera. Los que educan aquí son hijos de los servidores del Imperio que han dado sus vidas por el Trono Dorado. ¿Cómo murieron, pues?

—Mi madre murió al nacer yo —explicó Gaunt, volviéndose—. Mi padre era coronel de la Guardia Imperial. Falleció el otoño pasado en una acción contra los Orkos en Kentaur.

Blenner dejó de fregar y se levantó para acercarse al otro chico.

—¡Suena fantástico! —exclamó.

—¿Fantástico?

—¿Guardias heroicos y todos eso? ¿Y qué pasó?

Ibram Gaunt lo observó y Blenner dio un respingo ante la hondura de su mirada.

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Cómo murieron tus padres para que tú vinieras aquí?

—Mi padre era un Marine del Espacio —contestó Blenner, retrocediendo un paso —. Murió matando a un millar de demonios en Futhark. Ya habrás oído hablar de aquella noble victoria, seguro. Mi madre, al saber que él había muerto, se quitó la vida por amor.

—Ya veo —dijo Gaunt.

—¿Y entonces? —lo apuró Blenner.

—¿Entonces qué?

—¿Cómo murió tu padre?

—No lo sé. No quieren decírmelo.

—¿Que no te lo quieren decir?

—Por lo visto es… información secreta.

Los dos chicos guardaron silencio un momento, contemplando la lluvia que bajaba inclinada sobre el águila de piedra.

—Ah. Me llamo Blenner, Vaynom Blenner —se presentó el mayor, tendiéndole la mano.

—Ibram Gaunt —correspondió el otro, estrechándosela—. Quizá deberías volver a…

—¡Alumno Blenner! ¿No piensa cumplir con su tarea? —reclamó alguien con voz estentórea desde el otro lado del claustro.

Blenner se puso de rodillas a toda velocidad y, sacando el cepillo del agua, se puso a fregar con ritmo febril.

Un alto individuo vestido con amplia túnica se acercó a grandes zancadas. Luego se plantó junto a Blenner y se quedó mirándolo.

—Hasta el último centímetro, alumno, todas y cada una de las ranuras que hay entre las baldosas.

—Sí, Preceptor Comisionado.

El Preceptor Comisionado Flavius se volvió hacia Gaunt.

—Tú eres el alumno electo Gaunt. —No era una pregunta—. Ven conmigo, chico.

Mientras se iba detrás del alto maestro, Ibram Gaunt volvió un momento la cabeza. Blenner lo miraba, imitando con un dedo el acto de degollar a alguien, con toda la lengua afuera.

El joven Ibram Gaunt rio por vez primera desde hacía un año.

* * *

La habitación del Preceptor Superior era un cilindro de libros, una auténtica colmena de estantes superpuestos llenos de antiguos volúmenes y tablillas de datos. Había una curiosa vía de bordes dentados que subía por las paredes interiores desde el suelo, un mecanismo de latón que tenía completamente desconcertado a Ibram Gaunt, que no alcanzaba a comprender cuál era su finalidad.

Permaneció en el centro de la habitación durante cuatro largos minutos hasta que llegó el Preceptor Superior Bonifacio.

El Preceptor Superior era un hombre de poderosa constitución, de unos cincuenta años… o cuando menos lo había sido antes de quedarse sin las piernas, el brazo izquierdo y la mitad de la cara. Entró en una silla de ruedas de latón que soportaba un campo de suspensión generado por tres boyas incorporadas a la estructura de la silla. Su cuerpo mutilado se movía, sin inercia, en la brillante esfera de energía.

—¿Eres Ibram Gaunt? —La voz era áspera, electrónica.

—Sí, Maestro —respondió Gaunt, cuadrándose tal como le había enseñado a hacer su tío.

—Tienes suerte, chico —dijo Bonifacio con su voz rasposa, salida de un potenciador de laringe—. La Schola Progenium de Ignatius no acepta a cualquiera.

—Soy consciente del honor, Preceptor Superior. El general Dercius me lo hizo saber cuando propuso mi admisión.

El Preceptor Superior consultó la placa de datos mantenida en vertical en su campo de suspensión, y tecleó los mandos con su esquelético brazo giratorio artificial.

—Dercius. Comandante de los regimientos Jantinos. El superior inmediato de tu padre. Comprendo. Sus recomendaciones para tu ingreso constan aquí.

—El tío… el general Dercius, me refiero, dijo que ustedes cuidarían de mí, ahora que mi padre ya no está.

Bonifacio se quedó inmóvil, antes de dar media vuelta para situarse frente a Gaunt. Su dureza se había esfumado de improviso y en su único ojo se vislumbraba una expresión distinta, de afecto tal vez.

—Por supuesto que cuidaremos de ti, Ibram —aseguró.

Después se fue con su silla de ruedas a un extremo de la habitación y la encajó en los raíles dentados que subían entre los estantes. Tras accionar una palanca, la silla comenzó a ascender por un trazado de curvas por encima del chico.

Bonifacio se paró en el tercer estante y tomó un libro.

—¿La Fuerza del Emperador…? Acaba la frase.

—Es la Humanidad, y la fuerza de la Humanidad es el Emperador. *Los sermones de Sebastián Thor,* volumen veintitrés, capítulo sesenta y dos.

Bonifacio continuó su ascenso con la silla y seleccionó otro libro.

—¿El significado de la guerra?

—¡Es la victoria! —repuso con vehemencia Gaunt—. Señor Militante Gresh, *Memorias,* capítulo nueve.

—¿Cómo puedo preguntar al Emperador lo que me debe a mí?

—Cuando todo lo que debo lo debo al Trono Dorado y lo pague con el cumplimiento del deber —contestó Gaunt—. *Las Esferas del Anhelo,* del Inquisidor Ravenor, volumen… ¿tres?

Bonifacio hizo bajar de nuevo la silla hasta el suelo y la encaró hacia Gaunt.

—El dos.

El maestro miraba al chico. Gaunt intentó permanecer impasible ante de la visión de los cartílagos y tejidos expuestos en su mitad de cara.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¿Cómo murió mi padre? Nadie me lo ha contado, ni siquiera el ti…, el general Dercius, quiero decir.

—¿Y por qué quieres saberlo, muchacho?

—He hablado con un niño en el claustro. Blenner. Él sabía que mis padres estaban muertos. Su padre murió luchando contra el enemigo en Futhark, y su madre se suicidó por amor a él.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, maestro.

—La familia del alumno Blenner murió cuando su mundo sufrió un bombardeo vírico durante una insurrección de Genestealer. Blenner estaba fuera del planeta, en casa de un pariente, una tía, me parece. Su padre era un funcionario del Administratum. El alumno Blenner siempre ha tenido una fértil imaginación.

—¿Usó proyectiles de verdad en los entrenamientos? ¿Por eso lo castigaron?

—Al alumno Blenner lo descubrieron escribiendo observaciones de mal gusto sobre el Preceptor Comisionado Superior en las paredes de la letrina. Ese es el motivo de su castigo. Veo que sonríes, Gaunt. ¿Por qué?

—Por nada en especial, Preceptor Superior.

Se produjo un largo silencio, quebrado tan sólo por el crepitar y el ruido sibilante

producido por el campo de suspensión del Preceptor Superior.

—¿Cómo murió mi padre, Preceptor Superior? —preguntó Ibram Gaunt.

Bonifacio cerró la placa de datos con un sonoro golpe.

—Eso es información secreta.



CAPÍTULO 4
CIUDAD DE CRACIA, PYRITES



UNO

La Aguja Imperial era una obra digna de admiración, decidió el coronel Colm Corbec. Era una torre con armazón de hierro de tres mil metros de altura que se alzaba sobre Cracia, la ciudad más poblada y antigua de Pyrites. La habían erigido cuatrocientos años antes, en honor al Emperador, en parte, pero sobre todo para celebrar la pericia para la ingeniería de los pyriteanos. Era más alta que los torreones dentados del Recinto del Arbites y a su lado quedaban empequeñecidas las grandes torres gemelas del Palacio Eclesiarcal. En los días despejados, la ciudad se transformaba en un gigantesco reloj de sol, en el que la aguja hacía las veces de gnomon. Los habitantes de la ciudad podían determinar con precisión la hora del día por las calles sobre las que se proyectaba la sombra.

Aquel día el cielo estaba encapotado. Era la estación invernal en Cracia y el cielo tenía una apagada tonalidad blanquecina, como de una pantalla sin sintonizar. La nieve caía del cielo plomizo para helar los tejados y torres góticos de la vieja ciudad gris, redondeando los perfiles de los ornamentos, de los canalones y aleros de hierro forjado, las esqueléticas chimeneas y los alféizares de las ventanas ojivales.

Abajo en las calles no hacía frío, sin embargo. Bajo las marquesinas de hierro y cristal de color que cubrían todas las vías públicas, las pasarelas y puntos de confluencia estaban caldeados. A lo largo de kilómetros bajo la ciudad, unas antiguas turbinas proporcionaban el aire caliente que circulaba bajo las marquesinas. Un escudo de energía emitida a baja potencia en el nivel inferior impedía que la lluvia y la nieve llegaran al espacio por donde caminaban los peatones.

En la terraza de un café, con la chaqueta de su uniforme de coronel Tanith desabrochada, Corbec tomaba una cerveza repantigado en una silla negra de hierro forjado. El hierro forjado les gustaba a los de Pyrites. Todo lo hacían con ese material. Incluso la cerveza, a juzgar por su sabor.

Corbec notó que la relajación alcanzaba a todas sus extremidades por primera vez

desde hacía meses. Por fin había dejado tras de sí aquel agujero infernal de Fortis Binary: el barro, las sabandijas y el bombardeo.

Todavía lo asaltaba de vez en cuando en sueños y a menudo se despertaba con imaginarias detonaciones de artillería. Pero aquello —una cerveza, una silla, una calle cálida y acogedora— volvía a ser vida.

Una sombra al parecer mayor que la Aguja Imperial interceptó la luz del día.

—¿No nos vamos? —preguntó el soldado Bragg.

Corbec miró con ojos entornados al descomunal soldado de plácido rostro, el hombre más corpulento con diferencia que tenía bajo sus órdenes.

—Aún es temprano. Dicen que esta ciudad tiene bastante vida nocturna, pero no empieza hasta que ha oscurecido.

—Parece muerto. No hay diversión —se lamentó Bragg, sombrío.

—Mira, suerte hemos tenido de que nos tocara Pyrites y no Guspedin. Allí sí que sólo hay polvo, escoria y colmenas interminables.

El alumbrado comenzaba a encenderse en todas las vías protegidas por las marquesinas, reiniciando su ciclo automático, pese a que todavía había luz del día.

—Hemos estado hablando… —anunció Bragg.

—¿Quién? —inquirió Corbec.

—Ehm, Larks y yo… y también Vari. ¡Ah!, y Blane. —Al soldado Bragg parecía costarle contar lo que quería decir—. Hemos oído hablar de esa casa de apuestas. Podría resultar divertido.

—Perfecto.

—Lo que pasa es que, ehm…

—¿Qué? —preguntó Corbec, aunque sabía perfectamente lo que significaría aquel «ehm».

—Está en una zona fría —dijo Bragg.

Corbec se levantó y dejó unas cuantas monedas de curso corriente en la mesa de cristal, junto a su jarra de cerveza vacía.

—Soldado, sabe que las zonas frías quedan fuera de los límites —señaló sin alterar la voz—. A los regimientos se les ha concedido cuatro días de esparcimiento en esta ciudad, pero con condiciones. Un comportamiento razonable, para no ofender ni molestar a los ciudadanos de este antiguo y civilizado burgo. Restricciones en el uso de bares, clubes, casas de apuestas y burdeles, según las prescripciones. Aparte, el personal de la Guardia Imperial tiene totalmente prohibido salir de las áreas caldeadas de la ciudad. Las zonas frías están al margen de la ley.

—Sí… —concedió Bragg—, pero hay quinientos mil guardias de permiso en Cracia, abarrotando los puertos espaciales y las estaciones. Todos han estado de ida y vuelta en el infierno en los últimos meses. ¿De verdad crees que se van a comportar?

Corbec frunció los labios y suspiró.

—No, Bragg. Supongo que no. Dime dónde está ese sitio del que hablabas. Tengo un par de recados que hacer. Me reuniré más tarde con vosotros allí. Pero no os busquéis complicaciones.



DOS

Entre las paredes de espejos, en la atmósfera cargada de humo del bar del Polar Imperial, uno de los mejores hoteles de la parte alta de Cracia, justo al lado del complejo de la Administratum, el comisario Vaynom Blenner describía la destrucción de una nave de guerra enemiga, el *Eradicus*. La suya era una compleja y viva evocación, en la que hacía intervenir la hábil manipulación de un puro encendido, aros de humo, expresivos gestos y efectos de sonido guturales.

En la mesa se sucedían las exclamaciones y risas apreciativas.

Ibram Gaunt, en cambio, observaba sin decir nada. A menudo guardaba silencio, y eso desarmaba a la gente.

A Blenner siempre se le había dado bien contar historias, ya incluso en sus tiempos de estudiantes en la Schola Progenium. Gaunt esperaba siempre con agrado las ocasiones en que se reunían. Blenner era lo más parecido a un viejo amigo que tenía, y le producía un extraño sentimiento de tranquilidad ver su cara, constante a lo largo de los años cuando tantas otras habían perecido y desaparecido.

No obstante, Blenner era también un terrible fanfarrón, y se había vuelto un ser débil y complaciente, demasiado amante de la buena vida. Durante la década anterior, había servido en el Tercero de Greygor. Los Grises eran un regimiento de hombres eficientes, trabajadores, que profesaban una inquebrantable lealtad al Emperador comparable sólo con la de pocos otros cuerpos. Ellos habían echado a perder a Bjenner.

Blenner llamó al camarero para pedir otra ronda para los oficiales de su mesa. Gaunt paseó la mirada por el frecuentado salón, donde se distendía y alternaba la oficialidad de la Guardia Imperial.

En el otro extremo de la sala, bajo un vasto óleo con marco dorado que representaba a los Titanes Imperiales marchando hacia la guerra, advirtió a varios oficiales vestidos con el uniforme de color cromo y púrpura de los Patricios de Jant, a

los que algunos llamaban los «Elegidos del Emperador».

Entre ellos se encontraba un alto y fornido individuo con una cicatriz de ácido en la cara al que Gaunt conocía bien, demasiado… el coronel Draker Flense.

Sus miradas se cruzaron unos segundos. El intercambio tuvo la misma calidez y afabilidad que el de un par de visores automáticos que precisaran un blanco. Gaunt profirió una maldición para sus adentros. De haber sabido que los oficiales Jantinos acudían a ese hotel, lo habría evitado. Lo último que le convenía era un enfrentamiento.

—¿Comisario Gaunt?

Gaunt levantó la cabeza. Un portero de hotel uniformado se había quedado parado junto a su sillón, con la cabeza ladeada en una posición entre obsequiosa e imbuida de aires de superioridad. «Idiota esnob —pensó Gaunt—; aprecia a la Guardia mientras estamos salvando el universo para su beneficio, pero sólo de tenernos relajándonos en el bar de su precioso hotel ya le da miedo de que le estropeemos el mobiliario».

—Hay un muchacho, señor —anunció con altanería el portero—. Un muchacho en la recepción que desea hablar con usted.

—¿Un muchacho? —preguntó Gaunt.

—Me ha indicado que le diera esto —continuó el portero, mostrándole con recelo un pendiente de aro Tanith, de plata, entre dos dedos enguantados de terciopelo.

Gaunt asintió y lo siguió.

Al otro lado del salón, Flense miró cómo se alejaba. Luego llamó con una desabrida flexión de un dedo a su ayudante.

—Vaya a buscar al mayor Brochuss y a algunos de su camarilla. Hay un asunto que quiero resolver.

* * *

Gaunt llegó detrás del acartonado portero a la entrada de mármol. Su aversión por aquel lugar aumentaba por segundos. Pyrites era un lugar muelle, complacido en el lujo, muy alejado de la dureza de los frentes de la guerra. Allí pagaban sus tributos al Emperador y a cambio vivían en una completa ignorancia de las verdades más siniestras de la vida que se daban más allá de su civilizado territorio. Hasta las tropas del Imperio estacionadas allí en calidad de guarnición permanente parecían haber caído en la molicie.

Gaunt abandonó aquellos pensamientos y vio a Brin Milo encorvado bajo un árbol de ouroboros plantado en una maceta. Llevaba su uniforme de Fantasma y se lo veía muy abatido.

—¿Milo? Creía que te ibas con los otros. Corbec ha dicho que os llevaría con los Tanith. ¿Qué haces en un sitio tan agobiante como este?

Milo extrajo una placa de datos del bolsillo del pantalón y la presentó.

—Este comunicado ha llegado después de marcharse usted, señor. El segundo comandante ha considerado que era mejor que se lo trajera directamente, y como se supone que yo soy su ayudante… bueno, ellos me dieron el puesto a mí.

Gaunt estuvo a punto de sonreír al observar el tono precavido del chico. Luego tomó la tablilla y la abrió accionando una tecla.

—¿Qué es? —preguntó.

—Yo sólo sé que se trata de un comunicado personal que ha llegado por un canal codificado para usted hace cuarenta… —abrió una pausa para consultar el reloj—. Hace cuarenta y siete minutos.

Gaunt examinó la incomprensible jerigonza de la placa. Después, el contacto identificador de su huella dactilar en el icono descodificador lo descifró. Era un mensaje personal.

«Ibram. Tu único amigo cercano en caso de necesidad. Ve al 1034 del bulevar Sombra de la Aguja. Usa nuestra antigua identificación. Hay un tesoro como recompensa, un tesoro vermellón. Fereyd».

Gaunt levantó la vista y cerró bruscamente la placa como si lo hubieran sorprendido con las manos en la masa. El corazón le palpitó con violencia durante un segundo. Trono de la Tierra, ¿cuántos años hacía desde que su corazón había latido con aquella sensación?… ¿Era miedo realmente? ¿Fereyd? Su viejo amigo, su viejo amigo al que lo unía la sangre desde…

Milo lo observaba con curiosidad.

—¿Algún problema? —preguntó, sin doble intención, el muchacho.

—Algo que tengo que hacer… —murmuró Gaunt. Luego volvió a abrir la placa y apretó la runa «Suprimir» para borrar el mensaje.

—¿Sabes conducir? —consultó a Milo.

—¿Puedo? —preguntó, muy excitado, con los ojos chispeantes, el joven.

Gaunt calmó su entusiasmo con un ademán disuasorio.

—Baja al aparcamiento y consigue un medio de transporte para los dos. Un coche de personal. Diles que te mando yo.

Milo se alejó a toda prisa. Gaunt guardó silencio un momento. Respiró hondo dos veces… y después poco le faltó para ser derribado por una potente palmada en la espalda.

—¡Bram! ¡Desgraciado! ¡Te estás perdiendo la fiesta! —gruñó, más que dijo, Blenner.

—Es que tengo un asunto de que ocuparme…

—¡Ah no, no! —protestó el comisario, con cara enrojecida y voz achispada, al tiempo que se alisaba las arrugas de su abrigo de cuero—. ¿Cuántas veces nos encontramos para charlar de los viejos tiempos, eh? ¿Cuántas? ¡Una cada diez años por lo visto! ¡No pienso dejar que te pierdas de vista! ¡Nunca volverías, te conozco!

—De veras tengo que irme, Vay. Es sólo una tarea tediosa del regimiento…

—¡Entonces te acompaño! ¡Lo acabaremos en la mitad de tiempo! Dos comisarios, ¿eh? ¡Les haremos sentir el miedo del mismo Trono, ya verás!

—La verdad es que te aburrirías… es algo muy aburrido…

—¡Razón de más para que vaya! ¡Para hacerlo menos aburrido! ¿Eh? ¿Eh? —exclamó Blenner.

Hizo asomar por el bolsillo del abrigo la botella de coñac añejo que había requisado del bar de tal modo que Gaunt la viera. Además, pudieron verla todos los que estaban en la entrada.

«Como esto continúe —pensó Gaunt—, tanto daría anunciar mis actividades por los altavoces». Agarró a Blenner del brazo y lo llevó afuera.

—Puedes venir —musitó—. ¡Pero haz el favor de comportarte! ¡Y estáte callado!



TRES

La muchacha que giraba en el escenario al compás de la música de la banda de tambores era bastante guapa y estaba casi completamente desnuda, pero el mayor Rawne no la miraba.

Con la mortecina luz enturbiada de humo, observaba cómo al otro lado de la mesa Vulnor Habshept kal Geel llenaba dos vasos con un licor espeso y transparente.

Aun reducido a su esqueleto, Geel habría sido un hombre enorme. Pero acolchado como lo tenía por más de trescientos kilos de tupida carne, hasta Bragg se veía desnutrido en comparación a él. El mayor Rawne sabía de sobra que su propia masa corporal tendría que multiplicarse por tres para estar a la altura de la de aquel timador vestido con tanta opulencia. Rawne no sentía sin embargo ningún asomo de miedo.

—Bebamos, soldado —dijo Geel con su marcado acento pyriteano, levantando una de las copas con su gigantesca mano.

—Bebamos —convino Rawne, tomando la suya—. Aunque preferiría que me llamaras «mayor Rawne»… timador.

Se produjo una brusca pausa. En el abarrotado bar de la zona fría se hizo el silencio en un instante. La muchacha dejó de bailar.

Geel se echó a reír.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! ¡Muy divertido! ¡Menudas agallas! ¡Ja, ja, ja!

Todavía riendo, se tomó de un trago la copa. En el bar, todos reanudaron las conversaciones, aliviados.

Rawne bebió despacio pero con avidez. Después cogió la licorera y dio cuenta del otro litro de licor sin pestañear siquiera. Sabía que se trataba de un alcohol hecho con centeno, con una estructura química similar al que utilizaban en el anticongelante de los *Chimera* y los *Rhino*. También sabía que se había tomado cuatro pastillas antioxidantes antes de ir allí, cuatro pastillas que le habían costado una fortuna en el mercado negro. Valía la pena sin embargo: era como beber agua.

Geel se olvidó de cerrar la boca un momento y después recuperó la compostura.

—¡El mayor Rawne es capaz de beber como un pyriteano! —exclamó a modo de elogio.

—Eso es lo que les gustaría a los pyriteanos… —replicó Rawne—. Y ahora ocupémonos de los negocios.

—Por aquí —dijo Geel, poniéndose pesadamente en pie.

Rawne se puso a caminar tras él, seguido de los cuatro monumentales guardaespaldas de Geel.

Toda la gente del bar los vio salir por la puerta de atrás.

En el escenario, la chica acababa de desprenderse de su última y diminuta prenda de vestir y la hacía girar con un dedo antes de lanzarla al público. Cuando se dio cuenta de que nadie la miraba, se puso como una fiera.

* * *

En un nevado callejón de detrás del club, esperaba un camión gris de seis ruedas, con morro de escarabajo.

—Licor de hoctrigo. Cosas de fumar. Tablillas con fotos guarras. Todo lo que me pediste —explicó afablemente Geel.

—Eres un hombre de palabra —se mostró satisfecho Rawne.

—Y ahora, el dinero. Dos mil créditos Imperiales. No me hagas perder el tiempo con basura del planeta. Dos mil Imperiales.

Rawne asintió e hizo chasquear los dedos.

El soldado Feygor surgió de entre las sombras cargado con una abultada mochila.

—Mi socio, el seño Feygor —lo presentó Rawne—. Enséñale lo que llevas, Feygor.

Feygor depositó la mochila en la nieve y la abrió. Luego introdujo la mano en ella y sacó una pistola láser.

Los dos primeros disparos alcanzaron a Geel en la cara y el pecho, propulsándolo de espaldas a varios metros.

Con la facilidad que da la práctica, Feygor sonrió mientras atravesaba con una carga explosiva los cráneos de los cuatro estupefactos guardaespaldas.

Rawne se precipitó al camión y subió a la cabina.

—¡Vámonos! —gritó a Feygor, que se agarró a un lado del vehículo cuando ya Rawne lo ponía en marcha.

Mientras se alejaba a toda velocidad pasando por el arco del extremo del callejón, una oscura y voluminosa forma se dejó caer sobre la lona alquitranada que cubría la mercancía de contrabando del camión. Feygor, tras trepar con esfuerzo hasta la caja, vio al intruso y fue a por él. Un potente golpe lo dejó tendido entre los pliegues de la lona.

Frente al volante, Rawne vio caer a Feygor por el retrovisor y luego fue presa del

pánico cuando el agresor se introdujo en la cabina, a su lado.

—Mayor —dijo Corbec.

—¡Corbec! —exclamó Rawne—. ¡Tú! ¿Aquí?

—Yo de ti no apartaría la vista de la carretera —aconsejó Corbec mientras miraba hacia atrás—. Me parece que los hombres de Geel querrían tener unas palabras contigo.

El camión corría por la calle cubierta de nieve. Detrás de él aparecieron cuatro veloces limusinas.

—¡Feth! —maldijo el mayor Rawne.



CUATRO

El espacioso vehículo oruga negro de pasajeros se deslizaba por el bulevar bajo las lámparas suspendidas de las farolas de hierro forjado. Se abría camino con destreza y soltura entre el escaso tráfico del anochecer, cambiando de carriles. Los conductores se mostraban más que dispuestos a ceder paso a aquella voluminosa y siniestra máquina con el reluciente remate del águila bicéfala que despedía aquel gutural rugido de motor.

Tras el cristal blindado del área de pasajeros, sentado en un mullido asiento de cuero, Gaunt presionó el interruptor de la comunicación. A su lado, Blenner sirvió dos grandes copas de coñac y se echó a reír.

—Milo —advirtió Gaunt—, no tan deprisa. Me gustaría llamar lo menos posible la atención, y no lo conseguiremos precisamente si te empeñas en conseguir un nuevo récord de velocidad.

—Entendido, señor —dijo Milo.

Sentado a horcajadas en la sección del morro, Milo flexionó los dedos en torno a las palancas y sonrió. La velocidad aminoró. Un poco.

Sin prestar atención alguna a la copa que le ofrecía Blenner, Gaunt abrió una tablilla en la que constaba el plano de la ciudad. Luego volvió a accionar la comunicación.

—La siguiente a la izquierda, Milo, y después sigue el paso subterráneo hasta la plaza Zorn.

—Eso… eso está en las zonas frías, comisario —señaló Milo.

—Ya ha oído las órdenes, ayudante —lo atajó Gaunt.

—No es un asunto que tenga que ver con la Guardia, ¿verdad, amigo? —inquirió con ironía Blenner.

—No hagas preguntas y así no tendrás que mentir más tarde, Vay. Lo que tienes que hacer es procurar que no te vean y hacer como si no estuvieras aquí. Te llevaré de

vuelta al bar dentro de una o dos horas.

«Eso espero», añadió para sí Gaunt.

* * *

Rawne dobló una curva cerrada. Las seis recias ruedas resbalaron de modo alarmante sobre la nieve mojada. Detrás, los pesados vehículos que los perseguían dieron unos bandazos.

—¡Vamos por mal camino! —dijo Rawne—. ¡Estamos entrando más en la jodida zona fría!

—No teníamos mucho que elegir —replicó Corbec—. Nos están metiendo en ella. ¿No habías planificado una ruta de escape?

Rawne no dijo nada y se concentró en la conducción. Llegaban a otra curva traicionera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó por fin a Corbec.

—Lo mismo me preguntaba yo —reconoció Corbec en son de broma—. Bueno, la verdad es que había pensado hacer lo que todo coronel de regimiento que se precie hace por sus hombres en un corto permiso después de una pesadilla de servicio en un agujero infernal como Fortis, y dar una vuelta por los barrios bajos de la ciudad para conseguir un poco de bebida del mercado negro y cosas por el estilo. Los soldados aprecian mucho al coronel que cuida bien de ellos.

Rawne frunció el entrecejo, forcejeando con el volante.

—Después, por casualidad, os he visto a ti y a tu socio y me he dado cuenta de que hacíais lo que toda comadreja de baja estofa haría en una corta estancia de permiso. Planeando la manera de birlarle material de contrabando a algún traficante del planeta para después venderlo a los compañeros. Así que me he dicho, sumaré mis fuerzas con ellos. Rawne tiene justo lo que yo busco y, sin mi ayuda, bajará muerto por el río Cracia antes de que se haga de día.

—¿Tu ayuda? —espetó Rawne.

El cristal posterior de la cabina se rompió de repente, acribillado a balazos, lo que los obligó a agacharse.

—Sí —dijo Corbec, sacando una pistola automática de la chaqueta—. Yo tengo mejor puntería que ese Feygor.

Corbec bajó la ventanilla y se asomó para responder con una rápida ráfaga de fuego desde el camión, que seguía a toda velocidad.

El parabrisas de uno de los vehículos negros estalló. El coche dio un brusco bandazo con el que golpeó a uno de los otros antes de chocar contra la pared para después dar tres vueltas de campana y detenerse entre fragmentos de vidrio y de metal.

—Eso prueba mi valía —señaló Corbec.

—¡Todavía hay tres más! —le recordó Rawne.

—Ya —admitió Corbec, volviendo a llenar el cargador—, pero yo, que soy un tipo listo, he pensado en llevar munición de repuesto.

* * *

Gaunt indicó a Milo que parara a la vuelta de la esquina, junto al bulevar Sombra de la Aguja. Luego salió a la fría noche.

—Quédate aquí —le dijo a Blenner, que lo saludó jovialmente desde dentro—. Y tú también —añadió, dirigiéndose a Milo, que había hecho ademán de seguirlo.

—¿Va armado, señor? —preguntó el muchacho.

Gaunt cayó en la cuenta de que no llevaba ninguna arma y negó con la cabeza.

Entonces Milo desenvainó su daga Tanith de plata y la tendió al comisario.

—Nunca se sabe —dijo simplemente.

Gaunt le dio las gracias con una inclinación de cabeza antes de marcharse.

Las zonas frías como aquélla eran una cruda manifestación de la profunda estratificación que existía en las grandes urbes como Cracia. En el medio estaba el inmenso Palacio Eclesiarcal y la misma Aguja. En torno a ellos, el centro de la ciudad y las opulentas zonas residenciales de los ricos, que estaban patrulladas, protegidas y caldeadas como un pequeño microcosmos de seguridad y comodidad. Allí todos disfrutaban de las ventajas de la ciudadanía Imperial.

Más allá, en cambio, la parte más extensa de la ciudad estaba privada de tales lujos. Allí se sucedían leguas y leguas de decrépitos bloques comerciales, de edificios de viviendas de mil años de antigüedad que se iban pudriendo en descuidadas calles sin alumbrado ni calefacción. El crimen florecía allí, y no había Arbites. Su radio de control acababa en los límites de la ciudad interior. Aquello era un zoológico humano, una jungla urbana que rodeaba la civilización. En ciertos sentidos, a Gaunt le recordaba el propio Imperio: el opulento y lujoso corazón rodeado por una terrible realidad de la que sabía bien poco. Ni de la que le interesaba saber.

La nieve caía dispersa, con demasiada agua para cuajar. Había frío y humedad en el aire.

Gaunt se abría paso entre la basura de la calle. El 1034 del bulevar de la Sombra de la Aguja era una oscura reliquia detenida en el tiempo. Sólo se veía encendida una luz mortecina en el sexto piso.

Gaunt entró en el edificio. El zaguán olía a alfombra húmeda y a moho. No había luces, pero encontró la escalera iluminada por cientos de velas encajadas en botellas de toda clase, que proyectaban un resplandor amarillento acompañado de humo.

Al llegar al tercer piso, ya oyó la música. Parecía una especie de balada antigua de salón de baile. El viejo tocadiscos producía un chisporroteo. Sonaba como un fantasma.

Sexto piso, el apartamento de arriba. La gastada alfombra del pasillo tenía fragmentos de yeso. En algún lugar impreciso de la oscuridad, chilló una sabandija.

La música, más alta, surgía como un murmullo de la habitación a la que se aproximaba, proveniente de un viejo aparato de audio. Por la puerta del apartamento abierta salía una luz más intensa que la de las velas del corredor, de una tonalidad violeta propia de las lámparas de campaña portátiles.

Con la mano cerrada en torno a la empuñadura del cuchillo en el bolsillo del abrigo, Gaunt entró.



CINCO

La habitación, de suelo de madera y paredes en las que el papel se caía a tiras, estaba desnuda por completo. El aparato de audio, encaramado en lo alto de una pila de viejos libros, reproducía una canción amable. La lámpara estaba en el rincón, proyectando su espectral resplandor violeta por toda la estancia.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó Gaunt, sorprendido por el sonido de su propia voz.

En el cuarto de baño contiguo se movió una sombra.

—¿Cuál es la palabra? —dijo.

—¿Cómo?

—No tengo tiempo para andarme con bromas. La palabra.

—Aguilera —respondió Gaunt, empleando la palabra código que él y Fereyd habían compartido años antes en Pashen Nueve-Sesenta.

El individuo pareció calmarse. Un hombre mayor de aspecto descuidado, vestido con un traje de paisano sucio, entró en la habitación para que Gaunt lo viera. Deponía una pequeña pistola de boca achatada de un tipo con el que no estaba familiarizado Gaunt. Al comisario se le cayó el alma a los pies. No era Fereyd.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El hombre se limitó a enarcar las cejas.

—Los nombres no son nada apropiados en las presentes circunstancias.

—Si usted lo dice…

El hombre se fue hasta el aparato de audio y seleccionó otro disco. Otro tema desfasado, una garbosa canción de amor que comenzó a desgranar sus notas con profusión de cuerdas e instrumentos de viento.

—Yo soy un facilitador, un correo, que más bien puede darse por muerto ya —explicó el desconocido—. ¿Tiene alguna noción de la escala y alcance de este asunto?

—No —reconoció Gaunt, encogiéndose de hombros—. Ni siquiera sé bien a qué

asunto se refiere. Pero tengo confianza en mi viejo amigo Fereyd. Con eso me basta. Estando implicada su palabra, no me hago ilusiones con respecto a la seriedad de esta cuestión, aunque en lo relativo al alcance y complejidad…

El hombre lo escrutó un momento.

—El servicio de inteligencia de la Armada ha establecido una red de espías en todos los Mundos de Sabbat para vigilar el desarrollo de la Cruzada.

—Así es.

—Yo formo parte de esa red. Usted también, lo sepa o no. La verdad que estamos desvelando es inquietante. Existe una grave lucha por el poder en los escalafones de mando de esta grandiosa Cruzada, amigo mío.

Gaunt sintió una creciente impaciencia. No había ido hasta allí sólo para escuchar maliciosas conjeturas.

—¿Y a mí en qué me concierne? Yo no formo parte del Alto Mando. Que se peleen, que se apuñalen por la espalda y…

—¿Dejaría que todo se echara a perder? ¿Una década de guerra de liberación? ¿Todas las victorias del Señor de la Guerra Slaydo?

—No —admitió con tono sombrío Gaunt.

—Las intrigas amenazan con acabar con todo. ¿Cómo puede proseguir su labor un ejército Cruzado tan vasto como éste cuando sus comandantes buscan saltar a la yugular de los otros? Y si luchamos entre nosotros, ¿cómo vamos a combatir al enemigo?

—¿Para qué me han hecho venir? —inquirió sin rodeos Gaunt.

—Él dijo que usted sería cauteloso.

—¿Quién? ¿Fereyd?

El hombre guardó silencio un instante, pero después no respondió de forma directa.

—Dos días atrás, por la noche, unos socios que tengo aquí, en Cracia, interceptaron una señal mandada por medio de un astrópata desde una nave exploradora desde Núbila Extrema. Iba destinado al cuartel general de la Flota del Alto Señor Militar General Dravere. Tenía un nivel de prioridad Vermellón.

Gaunt pestañeó. «Nivel Vermellón».

El desconocido extrajo del bolsillo un pequeño cristal que colocó de forma que incidiera en él la luz violeta.

—Los datos están almacenados en este cristal. Dos psíquicos perdieron la vida para captar la señal y transferirla aquí. No debe llegar a manos de Dravere —advirtió, tendiéndosela.

—¿Me la da a mí? —preguntó con extrañeza Gaunt.

—Desde que mi red de Cracia interceptó esto, nos hemos desmembrado. La propia red de contraespionaje de Dravere nos sigue los pasos, desesperada por

recuperar los datos. No me queda nadie para proteger esto. Me puse en contacto con mi superior en otro mundo y me indicó que aguardara a un aliado de confianza. Sea quien sea usted, amigo, goza de una gran consideración. Confían en usted. En esta guerra secreta, eso significa mucho.

Gaunt tomó el cristal de la mano trémula del hombre, sin saber qué decir. No quería tener cerca de sí aquel objeto vil y vital, pero comenzaba a formarse una idea de lo que podía haber en juego en todo aquello.

El desconocido sonrió a Gaunt.

Se disponía a decirle algo cuando, tras él, la pared estalló provocando una tormenta de luz y ladrillos pulverizados. Dos potentes rayos azules de fuego láser penetraron en la habitación y lo rebanaron en tres secciones distintas sin darle margen a apartarse.



SEIS

Gaunt se lanzó al umbral de la puerta en busca de protección. Luego empuñó el cuchillo de Milo, escéptico de que pudiera servirle para algo.

Por las escaleras retumbaban pasos.

Desde su punto de observación en la puerta vio cómo por el boquete de la pared entraban dos soldados. Eran altos, vestían negras armaduras de combate sin insignias y llevaban rifles láser compactos. Las abrazaderas de adhesión sujetas a sus rodillas y antebrazos revelaban que habían escalado las paredes exteriores para abrirse paso con una mina.

Escudriñaron la habitación, barriéndola con sus rayos láser verdes. Uno detectó a Gaunt tumbado boca abajo en el umbral y abrió fuego. El disparo dio en el dintel, arrancando un revuelo de astillas, y comenzó a coser la pared de yeso.

Gaunt se alejó con precipitación. ¡Era hombre muerto! Muerto, a menos que…

La pistola del viejo se encontraba encima de la gastada alfombra, delante de su nariz. Debía de haber saltado hasta allí cuando lo habían abatido. Era una pistola pequeña, pero por su peculiar forma cabía deducir que se trataba de un arma antigua especializada, del tipo que alcanzaban un elevado precio en el mercado. Tenía un golpe de retroceso como el de una mula y el rugido de una Furia.

El primer disparo dejó tan sorprendido a Gaunt como a los soldados camuflados, al abrir un boquete en la pared del tamaño de un ojo de buey. El segundo hizo estallar a uno de los atacantes.

Una pequeña runa en la empuñadura de la pistola había cambiado de «V» a «III». Gaunt exhaló un suspiro. Entre las virtudes de aquel artefacto no se contaba, por lo visto, la de tener una recámara espaciosa.

Los pasos arreciaron en las escaleras. Eran tres soldados más, que llegaban a la carrera, apagando las llamas de las velas a su paso.

Gaunt se colocó de rodillas y voló la cabeza del primero. Después sus dos

compañeros abrieron fuego por el hueco de la escalera y los dos que quedaban en el apartamento comenzaron a disparar también tras él. El fuego cruzado de tres rifles láser destrozó el rellano. Gaunt se arrojó al suelo con tanta fuerza que se aplastó las manos contra los tablones y la pistola se fue unos escalones más abajo.

Al cabo de un momento, cesaron los disparos y los agresores se dispusieron a avanzar para comprobar sus estragos. El polvo y el humo flotaban en la penumbra. Algunos de los tiros habían taladrado el suelo y la alfombra a un pelo de la nariz de Gaunt, dejando humeantes agujeros. Gaunt seguía, con todo, intacto.

Cuando el soldado del apartamento asomó la cabeza por la puerta, casi medio metro de plata Tanith le atravesó el cráneo y lo dejó tumbado, aquejado de espasmos. Gaunt se puso en pie de un salto. Un segundo, dos segundos más, y tendría el rifle láser del individuo caído en sus manos, listo para escupir fuego escaleras abajo.

Los otros dos se encontraban ya arriba, en el mismo nivel. Se produjo un destello y entonces cayó en la cuenta de que sus láseres verdes lo habían apuntado a la cara y el corazón. Luego se produjo un rápido y frenético estallido de fuego de láser tras el cual subió hacia Gaunt una vaharada de ardiente humo tóxico.

Blenner apareció por las escaleras, procurando no pisar los cadáveres quemados, con una pistola láser en la mano.

—Me he cansado de esperar —dijo con un suspiro el comisario—. Aunque parece que de todas formas necesitabas una mano, ¿eh, Bram?



SIETE

El camión gris, perseguido ya por una sola limusina, tomó la máxima velocidad al final de la subida para descender sobre la carretera nevada, abandonando el suelo por espacio de un vertiginoso momento.

—¿Qué es eso? —preguntó, alarmado, Rawne poco después de que hubieran aterrizado y las ruedas hubieran vuelto a rodar sobre la resbaladiza calzada.

—Lo llaman un bloqueo de carretera, me parece —le explicó Corbec.

Más adelante, la calle de la zona fría estaba obstruida por una hilera de bidones de aceite con fuego, vigas de cemento y alambre. Varios hombres armados los esperaban.

—¡Sal de la carretera! ¡Sal de la carretera! —chilló Corbec.

Luego se inclinó y agarró el volante en forma de media luna.

El camión viró a un lado en la nieve medio derretida y se precipitó de frente por las puertas de madera de chapa de un viejo almacén, al parecer abandonado. Allí, en la húmeda oscuridad, se paró con un gruñido a la vez que el ruido del motor se transformaba en una sorda tos.

—¿Y ahora qué? —musitó Rawne.

—Bueno, estamos tú y yo y Feygor… —detalló Corbec. En la caja, el soldado comenzaba ya a levantarse, algo aturdido—. Tres Fantasmas de Gaunt, el mejor regimiento en combate de toda la Guardia. ¡Nuestra especialidad son los trabajos de camuflaje y observación! Estamos dentro de un oscuro almacén.

Corbec preparó su automática. Rawne desenfundó su pistola láser y Feygor hizo lo propio.

—De acuerdo, pues —dijo con una feroz sonrisa.

Años después, en los locales clandestinos y los clubes de las zonas frías cracianas, todavía se relataría la historia del tiroteo que tuvo lugar en el viejo almacén Vinchy. Se oyeron miles de disparos, aseguraban, sobre todo el grave tableteo de los rifles

automáticos que llevaban veinte hombres armados, los matones del magnate de la mafia Vulnor Habshept kal Geel, que habían ido a liquidar a unos gángsteres de otro mundo.

Los veinte murieron. Se oyeron otros veinte tiros más, algunos de pistolas láser y otros de un rifle automático de gran calibre. Ni uno más ni uno menos. Nadie volvió a ver nunca a los gángsteres de otro mundo ni encontró el camión cargado con material de contrabando robado que había sido la causa de la refriega.

* * *

El vehículo oruga se deslizaba raudo por la calle de la zona fría, de regreso a la seguridad del corazón de la ciudad. En la parte trasera, Blenner sirvió otras dos copas de su caro coñac. Aquella vez, Gaunt aceptó la que le ofrecía y la tomó.

—No tienes por qué contarme lo que pasa, Bram, si no quieres.

—Si tuviera que hacerlo, ¿me escucharías? —replicó Gaunt con un suspiro.

—Yo soy leal al Emperador, Gaunt, y doblemente leal a mis viejos amigos. ¿Qué más necesitas saber?

Gaunt sonrió y tendió la copa para que Blenner volviera a llenarla.

—Nada, supongo.

Blenner adelantó el torso, serio como no había estado durante años.

—Mira, Bram… Puede que a ti te parezca un carcamal que se ha engordado gozando de los lujos de tener un regimiento casi perfecto… pero no he olvidado lo que se siente en combate. No he olvidado el motivo por el que estoy aquí. Puedes confiar en mí mandándome de ida y vuelta al infierno, y no te fallaré.

—Ni al Emperador —le recordó con una sonrisa Gaunt.

—Ni al maldito Emperador —confirmó Blenner antes de chocar la copa con la de su amigo en un brindis—. Oye —consultó Blenner al cabo de un momento—, ¿por qué reduce velocidad el chico?

Milo frenó con temor. Los dos vehículos oruga que obstaculizaban el paso tenían los focos de arriba encendidos a toda potencia, pero Milo alcanzó a distinguir en ellos los colores distintivos de los Patricios de Jant. Unos corpulentos individuos de cabeza rapada armados con porras y herramientas bajaban para ir a su encuentro.

Gaunt salió de la cabina mientras Milo detenía el vehículo. Nevaba un poco. Entornó los ojos para observar a los hombres que se aproximaban.

—Brochuss —llamó en voz baja.

—Comisario Gaunt —respondió el mayor Brochuss de los Patricios de Jant, acercándose.

Iba en camiseta, untado con aceite como un luchador de ring. El palo de madera que llevaba dio un liviano golpe sobre la parte blanda de la palma de la mano.

—Es hora de ajustar cuentas, me parece —dijo—. Usted y la escoria de su regimiento nos arrebataron la victoria en Fortis. Los muy cabrones, jugando a

soldados cuando el pastel estaba listo para conquistarlo. Usted y sus patéticos Fantasmas deberían haber muerto en las alambradas, que es donde les corresponde estar.

—Ese no es el verdadero motivo, ¿verdad, Brochuss? Ah, todavía estáis rabiando por la gloria que se os robó en Fortis, pero la razón está en otra parte. ¿Por qué estaríais si no tan molestos porque nosotros ganáramos ese día? Es la vieja cuestión del honor, ¿no? La antigua deuda que tú y Flense todavía creéis que hay que pagar. Sois unos necios. No hay ningún honor en esto, en un asesinato en un callejón de la zona fría, donde nadie informará del hallazgo de nuestros cadáveres durante meses.

—Me parece que no está en posición de discutir —espetó Brochuss—. Los de Jant nos cobraremos con sangre la deuda cuando se presente la ocasión. Este es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—¿De modo que actuaríais con deshonor para vengar un desaire a vuestro honor? Brochuss, no seas burro… ¿Es que no ves la contradicción? En primer lugar no hubo deshonor. Yo sólo corregí lo que ya estaba mal. Tú sabes dónde estaba el error. Lo único que hice fue denunciar la cobardía de la actuación Jantina.

—¡Bram! —susurró Blenner al oído de Gaunt—. ¡Nunca se te dio bien la diplomacia! ¡Estos hombres quieren sangre! Insultándolos no vas a cambiar sus intenciones.

—Yo me encargo de esto, Vay —replicó Gaunt.

—¡Ah, no! Lo haré yo. —Blenner se puso delante de Gaunt para encararse a la pandilla de Jantinos—. Mayor… si es pelea lo que quiere no voy a decepcionarlo. ¿Me permite un momento, por favor? —solicitó Blenner levantando el índice. Después se volvió hacia Milo y susurró—: Chico, ¿a qué velocidad puedes llegar a poner este cochecito?

—Muy rápido —repuso Milo—, y sé exactamente adonde hay que ir…

Blenner se volvió de nuevo hacia los soldados patricios y la luz de los focos y sonrió.

—Tras la consulta pertinente a mis colegas, mayor Brochuss, puedo decir ahora con toda seguridad que… ¡se pudra en el infierno, perro!

Se introdujo de un salto en el vehículo, empujando a Gaunt. Milo arrancó y cambió de sentido en un momento, mientras los enfurecidos Jantinos se precipitaban hacia ellos.

Tres segundos más tarde, el vehículo de Gaunt se alejaba por la calle nevada a una peligrosa velocidad, con un estruendoso rugir de motores. Riñendo entre sí y mascullando imprecaciones, Brochuss y sus hombres subieron a sus propias máquinas y emprendieron la persecución.

—Me alegro de haberte dejado intervenir, Vay —ironizó Gaunt—. No creo que yo hubiera podido ser tan diplomático.



OCHO

El soldado Bragg besó su dado de la suerte y lanzó los tres. En la sala de apuestas sonaron vítores mientras empujaban hacia él montones de fichas.

—¡Continúa, Bragg! —lo animó Mad Larkin a su lado—. ¡Hazlo otra vez, condenado borracho!

Bragg rio y recogió los dados.

Aquello era vida, pensó. Lejos de la zona de guerra de Fortis y de las mutilaciones y la muerte, allí en un local lleno de humo de la zona fría, en un extremo de una antigua ciudad, él y sus pocos amigos de verdad, unas cuantas chicas guapas y mesas de juego funcionando toda la noche.

Vari se presentó de repente a su lado. La palmada pretendidamente amistosa que le dio resultó dura e hiriente. Vari aún no se había acostumbrado a la articulación cibernética que le habían implantado en el hombro en Fortis.

—El juego puede esperar, Bragg. Tenemos otros asuntos de que ocuparnos.

Bragg y Larkin se despidieron con besos de sus maquilladas amigas y siguieron a Vari hacia la salida posterior del local, hasta la rampa de carga. Suth estaba allí, y también Melyr, Meryn, Caffran, Curral, Coll, Baru, Mkoll, Raglon… casi veinte Fantasmas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bragg.

Melyr señaló con el índice a Corbec, Rawne y Feygor, que descargaban bebida y tabaco de un destartalado camión de seis ruedas.

—El coronel ha conseguido un material bien sabroso para compartir con todos, bendito sea su corazón de Tanith.

—Estupendo —se felicitó Bragg, relamiéndose, no del todo seguro de por qué Rawne y Feygor parecían tan preocupados.

Corbec, en cambio, les sonrió a todos.

—¡Que venga todo el mundo! ¡Vamos a dar una fiesta, chicos! ¡Por Tanith! ¡Por

nosotros!

La invitación recibió una salva de aplausos y vítores. Vari saltó al camión y abrió una caja con su cuchillo Tanith. Luego lanzó botellas a los soldados congregados alrededor.

—¡Eh! —exclamó de improviso Raglon, señalando el nevado y oscuro espacio que se abría más allá de la nave del club—. ¡Viene alguien!

El vehículo oruga entró en la nave y se detuvo detrás del camión de Corbec. Gaunt salió de dentro. Sonaron ovaciones y alguien le arrojó una botella. Gaunt la destapó y tomó un largo trago antes de señalar fuera.

—¡Muchachos! No me vendría mal que me echarais una mano… —comenzó a explicar.

* * *

El mayor Brochuss se inclinó hacia delante en la cabina del vehículo oruga, que circulaba a toda velocidad, para mirar por el parabrisas donde el limpia iba y venía quitando la nieve.

—¡Ya lo tenemos! ¡Se ha parado en ese local de allí!

Brochuss cerró el puño y lo golpeó con la porra.

Entonces vio la multitud de Fantasmas concentrados en la nave de entrada. Eran cien… doscientos, que los miraban, burlones.

—Joder —logró articular.

* * *

El bar estaba casi vacío y ya faltaba poco para el amanecer. Ibram Gaunt apuró la copa y miró a Vaynom Blenner, que dormía a su lado con la cara pegada en la barra.

Gaunt sacó el cristal del bolsillo interior donde lo había guardado y lo lanzo al aire en la mano un par de veces.

Corbec apareció de improviso junto a él.

—Una noche larga, ¿eh, comisario?

Gaunt lo observó, al tiempo que cerraba el puño en torno al cristal.

—Quizá la más larga hasta el momento, Colm. Por lo visto lo habéis pasado en grande.

—Sí, y a costa de Rawne, le complacerá saber. ¿Quiere contarme qué es lo que ocurre?

—Prefiero invitarte a una copa —contestó con una sonrisa Gaunt, llamando con un gesto al cansado camarero—. Y sí, me encantaría decírtelo. Y lo haré, cuando llegue el momento. ¿Eres leal, Colm Corbec?

—Por el Emperador, daría mi vida —dijo sin vacilar, un poco dolido a juzgar por su expresión.

—Yo también. El camino que nos queda por delante puede ser muy duro. Espero poder contar contigo.

Corbec no dijo nada pero adelantó su copa. Gaunt la tocó con la suya, produciendo un leve tintineo.

—Primeros y Únicos —brindó Corbec.

—Primeros y Únicos —repitió con una tenue sonrisa Gaunt.



UN RECUERDO

Manzipor, treinta años antes

Tenían una casa en la cima del monte Resyde, con largas columnatas con vistas a las cataratas. El cielo era dorado, hasta el ocaso, cuando se encendía de rojo. Los insectos de luz, cargados de fibras de polen, se paseaban por el cálido aire del atrio todos los atardeceres. Ibram imaginaba que eran navegantes, dedicados a trazar secretas rutas por el Empíreo, entre los invisibles tormentos del espacio disforme.

Jugaba en la terraza desde la que se veía la neblina generada por las profundas cascadas que bajaban con fragor los ochos kilómetros de sima en la Falla Septentrional. A veces, desde allí se divisaban naves de guerra y patrulleras del Imperio que alzaban el vuelo o descendían hacia las grandes naves de aterrizaje de los Campos de Lanatre. Desde aquella distancia parecían igualitos a los insectos de luz que surcaban el oscuro cielo del crepúsculo.

Ibram siempre señalaba con el dedo, comentando que su padre iba en uno de ellos.

Su niñera y el viejo preceptor Benthlay nunca dejaban de corregirlo. No tenían imaginación. Benthlay no tenía ni brazos siquiera. Apuntaba a las luces con sus extremidades artificiales y explicaba con tono paciente que si el padre de Ibram regresara a casa, los hubiera avisado.

Oric, el cocinero, tenía una mente más abierta. Él cargaba al niño con sus fornidos brazos y le encaraba la nariz hacia el cielo para que captara un atisbo de todas las naves y todos los transbordadores. Ibram tenía un acorazado de juguete que su tío Dercius había modelado para él con un pedazo de plasteno y lo hacía evolucionar con las manos mientras estaba en brazos de Oric, siguiendo la trayectoria de las luces del cielo.

Oric tenía un enorme relámpago tatuado en el antebrazo izquierdo que fascinaba a Ibram.

—Guardia Imperial —decía, a modo de respuesta a las preguntas del niño—. Tercero de Jant durante ocho años. Distinción de honor. Nunca añadía mucho más. Cada vez que dejaba al chiquillo en el suelo para volver a la cocina, éste se preguntaba por la procedencia de la especie de zumbido que salía de debajo de su larga bata de *chef*. Era la misma clase de sonido que producían los brazos de su preceptor cuando gesticulaba.

La noche en que el tío Dercius fue a verlo, lo hizo sin avisar de su llegada.

Oric había estado jugando con él en la terraza y le había tallado una nueva fragata de madera. Al oír la voz del tío Dercius, Ibram se había bajado de un salto y había corrido a su encuentro. Chocó contra las piernas uniformadas de Dercius como un meteoro y las abrazó con fuerza.

—¡Ibram! ¡Ibram! ¡Cómo aprietas! Estás contento de ver a tu tío, ¿eh?

Dercius parecía tener una estatura de mil metros vestido con su uniforme malva de los Jantinos. Aunque sonrió al niño, en sus ojos había un poso de tristeza.

Oric entró en el recibidor tras ellos.

—Debo volver a la cocina —se disculpó.

El tío Dercius hizo algo extraño: se fue directo hacia Oric y lo abrazó.

—Me alegro de verte, viejo amigo.

—Y yo a usted, señor. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Me has traído un juguete, tío? —interrumpió Ibram, sin hacer caso de la mano que interponía su niñera con expresión preocupada.

Dercius regresó a su lado.

—¿Cómo te iba a fallar? —preguntó riendo. Se sacó del meñique una sortija de sello y atrajo con un abrazo a Ibram—. ¿Sabes qué es?

—¡Un anillo!

—¡Muy bien! Pero es algo más. —Dercius volvió con cuidado la parte plana del anillo y ésta se abrió de repente, dejando salir un fino rayo truncado de luz láser—. ¿Sabes qué es esto?

Ibram negó con la cabeza.

—Es una llave. Los oficiales como yo necesitan un método para abrir determinados despachos secretos. Ordenes secretas. ¿Sabes qué son?

—¡Mi padre me lo explicó! Son códigos… se llama «acreditación de seguridad».

Dercius y los demás celebraron con risas la precocidad del chiquillo. Pero algo sonaba a falso en ellas.

—¡Exacto! Los códigos como Panther, Esculis, Cryptox o los viejos niveles de código por colores: azul oscuro, escarlata, y va subiendo, magenta, obsidiana y vermellón —detalló Dercius—. A los generales como yo nos dan estas sortijas para abrirlos y descodificarlos.

—¿Tiene mi padre uno, tío?

El tío tardó un momento en responder.

—Por supuesto.

—¿Va a venir papá a casa? ¿Está contigo?

—Escúchame, Ibram, hay…

Ibram tomó el anillo y lo examinó.

—¿De verdad puedo quedármelo, tío Dercius? ¿Es para mí?

Ibram apartó de improviso la vista del anillo que tenía en la mano y descubrió que todos lo miraban con fijeza.

—¡Yo no lo he robado!

—Desde luego que puedes quedártelo. Es todo tuyo… —aseguró Dercius, poniéndose en cuclillas a su lado, con cara de preocupación—. Escucha, Ibram: tengo que decirte algo… Sobre tu padre.



CAPÍTULO 5
EL EMPÍREO



UNO

Gaunt había mantenido una conversación con Fereyd. Estaban sentados junto a la fogata de un bidón de fuel en las sombras astilladas de una residencia de la zona desmilitarizada de la ciudad más poblada de Pashen Nueve-Sesenta. Fereyd iba disfrazado de granjero, con la gruesa túnica de lana roja usual en Pashen, y hablaba de manera indirecta de la labor de espionaje, con el tipo de frases incompletas, insinuantes con las que le gustaba tomarle el pelo a su amigo comisario. Formaban una curiosa pareja el comisario y el espía Imperial; uno alto, delgado y rubio, y el otro recio y moreno. Unidos por las circunstancias del combate, se guardaban lealtad a pesar de las diferencias de su origen y su función en el ejército.

Trabajando de incógnito en las ciudades-granja de Pashen, la unidad de espionaje de Fereyd había puesto al descubierto el vil culto al Caos… y la implicación de los oficiales de la Armada por él esclavizados. Una desastrosa actuación de la flota, planeada con excesiva precipitación tras conocerse lo descubierto por Fereyd, había provocado una guerra en regla en el mismo planeta y el despliegue de la Guardia. La casualidad había querido que los Hyrkan de Gaunt participasen en la incursión que había rescatado a Fereyd de las manos de los traidores de Pashen.

Juntos, Gaunt y Fereyd habían desenmascarado y ejecutado al traidor Barón Sylag.

Estaban hablando de la lealtad y la traición, y Fereyd explicaba que la vigilancia de la red de espionaje del Emperador era lo único que mantenía a raya las ambiciones personales de varios altos mandos. A Gaunt le costaba, sin embargo, seguir lo que decía porque su cara no cesaba de cambiar. A veces era la de Oktar y luego, bajo la luz de las llamas, se transformaba en la de Dercius o la de su propio padre.

Gaunt cayó en la cuenta, con un gruñido, de que estaba soñando y tras despedirse de su amigo, se despertó con un sentimiento de insatisfacción.

El aire le producía una opresiva sensación de cerrado. Su habitación era pequeña,

con un techo bajo y curvado y placas de iluminación insertadas en él que había puesto al mínimo antes de acostarse. Se levantó y se vistió con la ropa, que continuaba esparcida donde la dejó: pantalones, camisa, botas, una corta chaqueta de campaña de cuero de cuello alto en la que había grabadas en relieve una sucesión de águilas Imperiales. Los campos de control de armas de fuego exigían que su pistola láser no estuviera colgada como de costumbre en su funda en la puerta, pero sí tomó el cuchillo Tanith.

Tras abrir la puerta escotilla, salió al oscuro corredor. El aire era también cálido y sofocante allí, pero se movía, impulsado por los sistemas de circulación situados debajo de las negras rejas metálicas del suelo.

No le vendría mal caminar.

Era el ciclo de noche, y las lámparas estaban bajas. Se oía él omnipresente murmullo de las vastas plantas generadoras y la microvibración resultante que afectaba a todas las superficies de metal e incluso al mismo aire.

Gaunt caminó durante unos quince minutos o más por los silenciosos pasillos de la gran estructura, sin encontrar a nadie. En una confluencia, entró en el ascensor central y marcó su código en el teclado rúnico de la pared. Sonó un gemido electrónico, seguido de un canto de tres minutos de duración procedente de gargantas no humanas que señalaba el inicio del trayecto del ascensor. La luz indicadora comenzó a subir despacio por las runas de cristal que sobresalían en un marco de latón bruñido.

Volvió a oírse el quedo coro artificial y se abrieron las puertas.

Gaunt salió a la Cúpula de Cristal, una estancia cubierta con una bóveda de sílice hiperdenso de cien metros de radio, el sitio más sereno que ofrecía la nave. Más allá del vidrio se extendía un magnífico y turbador panorama, filtrado por unos campos especiales amortiguadores. Allí se combinaban la oscuridad, la luz estriada, unas cegadoras hebras y filamentos de colores para los que no tenía nombre con que designarlos, franjas de resplandor y tinieblas que cambiaban a una velocidad inhumana.

El Empíreo. El espacio disforme. La dimensión que había más allá de la realidad a través de la cual se desplazaba aquella estructura, el Carguero Súper Pesado Absalom.

Había visto por primera vez la *Absalom* por las gruesas lumbreras veladas del transbordador que lo había llevado hasta ella. Había quedado impresionado. Era una de las antiguas naves de transporte de los Adeptus Mecánicus, un navío veterano. Los Tecnoseñores de Marte habían mandado una ingente fuerza para ayudar en el desastre de Fortis, y ahora como gesto de gratitud por la liberación ponían sus naves a disposición de la Guardia Imperial. Gaunt era consciente de que suponía un honor viajar en la *Absalom*, en uno de los misteriosos y secretos bajeles del culto del Dios-

Máquina.

Desde el transbordador, había visto dieciséis kilómetros de sólida arquitectura gris, carenada a la manera de una catedral de múltiples agujas, en cuyo vientre parpadeaban, con sus entradas y salidas, las luces de los vehículos de la tropa. Las superficies almenadas y torres de la imponente nave de los Mecánicus presentaban una gran abundancia de gárgolas en relieve, de cuyas bocas colmilludas surgían las torretas de los cañones vigías. En el millar de ventanas de aspillera brillaba la luz verde del interior. El remolcador piloto, ennegrecido con las marcas de tizne de sus múltiples propulsores, se desplazaba como una obesa masa delante de la nave de transporte.

La nave capitana de Gaunt, la gran fragata *Navarre*, había sido destinada a funciones de retén en el Núbila Extrema y por eso Gaunt había optado por viajar con sus hombres en la *Absalom*. Echaba de menos las largas y esbeltas líneas de la *Navarre* y también a la tripulación, sobre todo al segundo comandante Kreff, que tanto se había esforzado por hacer agradables los trayectos al comisario y sus fogosos soldados.

La *Absalom* era una bestia de otra raza, un behemot. Su capacidad le permitía transportar nueve regimientos completos, entre los que se incluían los Tanith, cuatro divisiones de Patricios de Jant y un mínimo de tres batallones mecanizados, con sus numerosos carros de combate y vehículos acorazados. Unas abultadas naves montacargas habían llevado aquellas máquinas de guerra a sus bodegas desde los depósitos de Pyrites.

Ahora estaban en ruta, en un salto de seis días de duración que los llevaría a un grupo de mundos llamado el Rimero Menazoide, la próxima línea de batalla definida en la campaña de los Mundos de Sabbat. Gaunt confiaba en que lo destinaran con los Fantasmas en el despliegue de Sigma Menazoide, el planeta principal, donde una nutrida hueste del Caos ofrecía resistencia al avance Imperial.

Aparte estaba, empero, la cuestión de Épsilon Menazoide, el remoto y tenebroso mundo muerto situado en el confín del Rinero. Gaunt sabía que el personal de planificación del Señor de la guerra Macaroth estaba evaluando las repercusiones de ese mundo y que iban a destinarse unos regimientos para tomarlo.

Nadie quería ir a Épsilon. Nadie quería morir.

Dirigió la mirada a la emponzoñada y fluctuante luz del Empíreo, situada más allá del cristal, y murmuró para sí una plegaria al Bendito Emperador: «Que no nos manden a Épsilon».

Otros pensamientos aún más sombríos lo agobiaban. Como por ejemplo, el infernal y valiosísimo cristal que había llegado a su poder en Pyrites. Su mera presencia, su secreto intransferible, le quemaba en los recovecos de la mente como una herida producida por un arma de fusión. De Fereyd no le habían llegado más

noticias ni señales, ni siquiera un atisbo de lo que se esperaba de él. ¿Debía de actuar como correo? Y en caso afirmativo, ¿durante cuánto tiempo? ¿Cómo sabría a quién podía confiar la preciada joya llegado el momento? ¿Esperaban algo más de él? ¿Acaso se había perdido por el camino alguna otra instrucción vital que habían querido hacerle llegar? Haciendo abstracción de la larga amistad que mantenía con él, Gaunt maldecía el recuerdo de Fereyd. Aquel tipo de complicación era demasiado pesado añadido a las exigencias de su labor como comisario.

Resolvió guardar el cristal. Llevarlo consigo, hasta que Fereyd le indicara lo contrario. De todas formas, le inquietaba que aquél fuera un asunto de primerísima importancia y que el tiempo se estuviera agotando.

Se encaminó a la retorcida barandilla del extremo de la nave y se apoyó con pesadez en ella. La enormidad del espacio disforme se revolvía y contraía ante él, con sus lechosos zarcillos de protomateria que lamía como cintas de fluida niebla la cara exterior del cristal. La Cúpula de Cristal era uno de los tres Observatorios del Immaterium de la *Absalom*, que permitía a los navegantes y a los estudiosos de la División Astrográfica el acceso visual al vacío del entorno. En el centro de la nave, sobre una vasta plataforma formada por engrasados mecanismos y piezas, giraban gigantescos sensores, detectores de aura y evaluadores de luminosidad, observando el torbellino espacial, trazando mapas, procesando y transmitiendo los datos recogidos por medio de relevos parlantes y almacenamientos en cristal hasta el puente de mando emplazado a ocho kilómetros de distancia, en la cúspide de la torre de mando más elevada de la *Absalom*.

Los observatorios no eran áreas prohibidas, pero estaban desaconsejadas para las personas con poca experiencia en atravesar el espacio. Se decía que si el cristal no estuviera blindado, la vista podía perturbar incluso las mentes de los más avezados astrógrafos. Los repetidos sonidos agudos cantados a coro en el ascensor habían tenido como propósito advertir a Gaunt de ello. Él, no obstante, había visto el Empíreo un sinfín de veces en sus viajes y ya no lo asustaba. Además, filtrada de ese modo, la fluctuación de la Disformidad le resultaba en cierto modo agradable, como si la agitación cataclísmica sosegara su cerebro. Allí podía pensar.

En el contorno de la cúpula figuraban en una nómina honorífica los nombres de los comandantes militantes, señores generales y almirantes. Bajo cada uno de los nombres había una breve leyenda en la que se detallaban los escenarios de sus victorias. Conocía algunos nombres, por los textos de historia y las lecturas obligatorias que había realizado en la Schola de Ignatius. Otros, cuyas inscripciones aparecían muy desgastadas, eran desconocidos que llevaban más de diez siglos muertos. Se puso a recorrer el borde de la cúpula, leyendo las placas. Había trazado casi media circunferencia cuando localizó el nombre de quien había conocido en persona: el Señor de la Guerra Slaydo, el antecesor de Macaroth, fallecido en el

infame triunfo de Balhaut, en el décimo año de la cruzada de los Mundos de Sabbat.

Gaunt dejó vagar la mirada un momento. En lo alto de la caja de tránsito, las puertas del ascensor se abrieron dejando salir el atiplado coro de advertencia y también a una persona: un marinero de la flota que llevaba piezas de instrumental. El marinero observó un instante la solitaria figura detenida junto a la barandilla antes de volverse para desaparecer de la vista detrás de los ascensores. Era de las patrullas de inspección, dedujo distraídamente Gaunt.

De nuevo concentrado en las inscripciones, volvió a leer la placa de Slaydo. Se acordó de Balhaut, de la tempestad de fuego que barrió la noche y se llevó consigo a las fuerzas del Caos. Él y sus queridos Hyrkan habían estado en pleno centro de la batalla, en los lagos de lodo, luchando en aquella atmósfera impregnada de azufre bajo la pesada carga de los respiradores. Slaydo se había llevado los honores por aquella célebre victoria, como correspondía a su condición de señor de la guerra, pero en términos de sudor y sangre era a Gaunt a quien correspondían. Aquella había sido su mejor actuación, y tenía la condecoración entregada por Slaydo en su lecho de muerte para probarlo.

Todavía entonces podía oír el ruido que producían los carros de asalto enemigos, desplazándose a grandes zancadas por el lodo sobre sus largas patas hidráulicas, plagando el aire de acerados proyectiles aguja de luz roja como la sangre, prodigando la muerte entre sus hombres. Un recuerdo físico de la tensión y el cansancio recorrió su columna vertebral, un recuerdo del esfuerzo sobrehumano con el que, en compañía de sus mejores tiradores, irrumpió en la Puerta de la Oligarquía antes incluso de que las gloriosas fuerzas de los Adeptus Astartes, abriendo una cuña de fuego láser y explosiones de granada en las capas solapadas de pantallas reforzadas del enemigo.

Vio a Tanhause efectuando su afortunado disparo, del que todavía se hablaba en los cuarteles de los Hyrkan: un solo rayo láser que penetró a través de la ranura de la mirilla de un repulsivo y demencial acorazado del Caos, haciendo estallar los sistemas de energía en su interior. Volvió a ver a Vench llevándose por delante a seis enemigos con su bayoneta cuando se le acabó la última reserva de láser. Vio la Torre del Plutócrata consumirse y desmoronarse sometida al fuego continuado de los Hyrkan.

Vio las caras de los innumerables muertos, destacadas entre el barro, entre las llamas.

Abrió los ojos y la visión se disipó. El Empíreo restallaba y florecía ante él, insondable. Estaba a punto de dar media vuelta para regresar a su habitación.

Pero tenía un cuchillo en la garganta.



DOS

No notaba la sensación de tener a nadie detrás. No percibía ninguna sombra, calor, sonido u olor a aliento alguno. Era como si la fría y aguzada lámina que tenía bajo el mentón hubiera llegado por sí sola. De inmediato supo que estaba a merced de un formidable adversario.

Esa mera constatación le aportó, no obstante, un asomo de confianza, pues si el propietario del arma hubiera querido matarlo, ya estaría muerto sin que nadie se hubiera percatado. Había algo que hacía más útil su persona vivo que muerto. Y no tenía ninguna duda de qué se trataba.

—¿Qué quiere? —preguntó con calma.

—Nada de juegos —dijo alguien a sus espaldas con tono de voz grave y regular, que no alcanzaba a ser un susurro sino algo todavía más quedo. La presión del metal sobre la piel de su cuello se incrementó un poco—. Se le tiene por un hombre inteligente. Prescinda de las tácticas dilatorias.

Gaunt asintió con cautela. Si quería vivir un minuto más, debía jugar aquella carta con absoluta precisión.

—Esta no es manera de solucionar las cosas, Brochuss —dijo.

—¿Cómo? —contestó, tras una pausa, el agresor.

—¿Y ahora quién juega con quién? Sé a cuenta de qué viene esto. Siento que tú y tus compañeros Patricios quedarais mal en Pyrites. Apuesto a que perdisteis algunos dientes incluso. De todas maneras, esto no lo va remediar.

—¡No sea estúpido! ¡Lo ha interpretado al revés! ¡Esto no tiene nada que ver con una tonta rivalidad entre regimientos!

—¿Ah sí?

—¡Dése prisa en pensar! ¡Piense por qué podría estar ocurriendo esto! ¡Quiero que entienda por qué está a punto de morir!

El peso de la hoja sobre su garganta experimentó una leve alteración. Aunque la

presión no disminuyó, se modificó transitoriamente el ángulo. Gaunt dedujo que sus comentarios habían desorientado un instante a su adversario.

Era su única oportunidad. Descargó un golpe hacia atrás con el codo, al tiempo que se distanciaba del arma y levantaba la mano izquierda para apartarla. El cuchillo le cortó la manga, pero se libró de él cuando su atacante se dobló a consecuencia del codazo.

Gaunt forzó un cambio en el centro de equilibrio y asestó un puñetazo de lado con el que se zafó de su agresor. Un momento después se encontraba de pie, desenvainando el cuchillo de plata Tanith del cinto.

Entonces vio por primera vez a su adversario. Era el marinero, un hombre delgado y bajo de edad indeterminada. Tenía algo extraño. La forma como la boca permanecía prieta en una mueca decidida mientras los ojos, muy abiertos, parecían… ¿suplicar? El marinero plegó la espalda sobre las piernas y se puso en pie con una voltereta, adoptando una postura ofensiva, con los hombros adelantados y el cuchillo en la mano derecha.

¿Cómo podía conocer un marinero movimientos como ese? La preocupación de Gaunt creció. La desenvoltura en los movimientos, el perfecto equilibrio, la silenciosa determinación… todo delataba un asesino profesional, un adepto de las artes de matar con sigilo. Observado de cerca, Gaunt vio sin embargo que era sólo un técnico, a quien le quedaba justo el uniforme naval en torno a una barriga un poco demasiado prominente. ¿Se trataba sólo de un disfraz? Los distintivos de rango, las insignias y el código de identidad obligatorio para todo el personal de tripulación parecían auténticos.

La hoja, con forma de hoja vegetal, era corta, más corta que la empuñadura de caucho en la que iba encajada. En el centro tenía una serie de orificios geométricos, que reducían su peso global sin merma de su fuerza estructural. Estaba claro que no era de metal; era azul, de cerámica, indetectable para los campos de exploración de armas de la nave.

Gaunt fijó la vista en los ojos impertérritos del otro, buscando un reconocimiento o un contacto. La mirada que le respondió era desesperada, patética, como si viniera de algo atrapado dentro de aquel cuerpo amenazador.

Se tantearon moviéndose en círculo. Gaunt mantuvo el cuerpo inclinado y bajo como había aprendido en la instrucción a bayoneta con los Hyrkan. Lo que empuñaba con la mano derecha era empero un cuchillo Tanith, cuya hoja mantenía encarada hacia abajo, hacia sí. Había observado con interés el peculiar estilo que empleaban los Fantasmas en la instrucción y, durante una larga semana de tránsito a bordo del *Navarre*, había aprovechado para que Corbec le enseñara su uso. El método sacaba partido del peso y longitud del cuchillo de guerra Tanith. Mantenía la mano izquierda en alto para bloquear los ataques, no con la palma abierta como hacían los Hyrkan en

sus prácticas (en la misma posición que acababa de adoptar su contrincante) sino con el puño cerrado, dejando los nudillos hacia fuera. «Vale más parar una hoja con la mano que con la garganta», le había dicho Tanhause años atrás. «Vale más que la hoja te rompa los nudillos que te abra una sonrisa en la palma», corroboró Corbec más recientemente.

—¿Quiere matarme? —susurró Gaunt.

—Ese no es mi objetivo prioritario. ¿Dónde está el cristal?

Gaunt tuvo un sobresalto cuando el hombre le respondió. Aunque la boca se movía, la voz no provenía de ella. Los movimientos de los labios apenas se correspondían con las palabras. Había visto aquel mismo fenómeno en algún lugar, hacía años. Parecía como… un caso de posesión. A Gaunt se le erizó el vello mientras una corriente de miedo le recorría la espalda. Era un miedo peor que el del combate mortal. Era miedo a la brujería. A los psíquicos.

—No será fácil ocultar la desaparición de un comisario —logró articular.

El marinero se encogió de hombros con rigidez como si hiciera referencia al infinito espacio que se prolongaba al otro lado de la cúpula.

—Nadie es tan importante como para que noten su ausencia aquí. Ni siquiera el propio Señor de la Guerra.

Ya habían dado tres vueltas completas.

—¿Dónde está el cristal? —volvió a preguntar el marinero.

—¿Qué cristal?

—El que se quedó en la ciudad de Cracia —replicó el asesino con aquella insólita voz flotante—. Entréguelo ahora y podremos olvidarnos de que se haya producido este encuentro.

—¿Quién le manda?

—Nada en todos los sistemas conocidos podría hacerme responder a esa pregunta.

—Yo no tengo ningún cristal. No sé de qué me habla.

—Miente.

—Y aunque así fuera, ¿sería tan imprudente como para llevarlo encima?

—He registrado dos veces su habitación. No está allí. Tiene que llevarlo consigo. ¿Se lo ha tragado? La disección es un arte que no me es ajeno.

Gaunt estaba a punto de responder cuando el marinero se abalanzó de improviso, blandiendo el arma con un movimiento circular con el que casi le rozó el hombro. El comisario se disponía a contraatacar cuando el cuchillo se le vino encima en un sentido opuesto al anterior. La presión sobre un tachón de la empuñadura había hecho que la hoja de cerámica se retrajera para volver a extenderse en otro ángulo. La punta penetró en el brazo izquierdo, que adelantaba para protegerse, enviando salpicaduras de sangre al suelo.

Gaunt retrocedió de un salto, maldiciendo con furia, pero el marinero lo siguió, implacable, volviendo a variar la hoja del arma para dirigirla a su puño cerrado. Gaunt la interceptó con un improvisado giro que imprimió a su cuchillo y apartó de sí al agresor propinándole una patada en la rodilla izquierda.

El hombre retrocedió pero no volvió a iniciar la lucha en círculo. Aquello no se parecía a la táctica aplicada en la instrucción a bayoneta, una inacabable danza en la que se calibraba al oponente, descargando de vez en cuando un golpe o una cuchillada. Aquel individuo se recuperaba de inmediato después de cada finta, y volvía a arremeter, modificando de continuo el sentido de la hoja para hacer perder pie a Gaunt, atacando a veces con un movimiento hacia arriba que completaba encarando la hoja hacia abajo.

Gaunt resistió ocho, nueve, diez arremetidas potencialmente letales, gracias tan sólo a su velocidad y a la falta de familiaridad que tenía su atacante con la curiosa técnica de lucha Tanith.

Volvieron a enzarzarse, y en aquella ocasión Gaunt no adelantó el cuchillo sino el puño izquierdo, dirigiéndolo directamente al arma del desconocido. La hoja le abrió un tajo en los nudillos, pero luego la superó para agarrar la muñeca derecha del hombre. Se mantuvieron así unidos. Gaunt presionaba hacia adelante con la ventaja de su superior talla y estatura. El individuo le alcanzó el cuello con la mano izquierda y la rodeó a la manera de una tenaza de hierro. Gaunt sintió que se asfixiaba; se le nubló la visión mientras los músculos de su cuello se tensaban para resistir a la presión.

Desesperado, lanzó al marinero con fuerza contra la barandilla. Este volvió a accionar el cambio de dirección de hoja y la lengua de cerámica provocó un corte en la muñeca de Gaunt. Él por su parte, hundió su cuchillo en el tríceps del brazo que le aferraba la garganta.

Se separaron, retrocediendo a traspiés, mientras la sangre chorreaba por sus respectivas heridas. Gaunt jadeaba con la respiración alterada a causa del dolor, pero el otro no emitía ningún sonido, como si no sintiera dolor o como si éste no tuviera la menor repercusión.

El marinero volvió a arremeter, y Gaunt se agachó para contenerlo, pero en el último instante, aquél se pasó el arma de cerámica de su mano derecha a la izquierda. La hoja se invirtió al mismo tiempo, de tal forma que lo que había comenzado como golpe de diestra dirigida hacia arriba se convirtió en uno descargado hacia abajo con la zurda. La hoja se clavó en la carne del hombro derecho de Gaunt, amortiguada sólo por el acolchado y el cuero de la chaqueta. Un dolor atroz le invadió el costado, aplastándole las costillas, impidiéndole respirar.

La hoja se desprendió limpiamente de la herida, dejando vía libre a la sangre. Su tibia calidez resbaló bajo la manga y tornó resbaladiza la mano con que empuñaba el

cuchillo. También le manaba sangre de los nudillos y caía por la hoja de plata. A ese ritmo, no duraría mucho, aunque pudiera contener a su atacante.

El marinero volvió a la carga, cambiando el arma de mano como un malabarista, de la derecha a la izquierda, invirtiendo la dirección de la hoja cada vez. Tras una finta, dirigió el arma al vientre de Gaunt y luego se precipitó hacia él. El comisario avanzó el cuchillo para contener el ataque y la punta de éste penetró en una de las perforaciones de la hoja de cerámica.

De forma instintiva, tiró hacia atrás el cuchillo haciendo palanca en el punto de contacto. Un segundo más tarde, la moderna arma de cerámica atravesó volando la Cúpula de Cristal y se perdió de vista en el frío suelo. Desarmado de improviso, el marinero vaciló durante una fracción de segundo y Gaunt le descargó el cuchillo en el torso, quebrándole el esternón.

El marinero retrocedió tambaleante, pugnando por respirar con unos pulmones lacerados. El cuchillo de plata estaba clavado a fondo en su pecho. De la herida brotaba un hilillo de sangre, y también de la boca. Cayó en el suelo, primero de rodillas y después de bruces, con el torso elevado a la manera de una tienda, sostenido por la dura hoja de metal.

Gaunt se apoyó débilmente en la barandilla, con la respiración afanosa y el cuerpo agitado de temblores, atormentado por un ardiente dolor. Tras pasarse una mano ensangrentada por la cara pegajosa y pálida, observó el cadáver del marinero tendido en un charco de fluido escarlata.

Se dejó caer al suelo, temblando. De su pecho surgió una risotada, entre sollozo y carcajada. Cuando volviera a ver a Colm Corbec, lo invitaría a la mejor…

El marinero volvió a levantarse.

Se puso de rodillas, provocando ondas en el charco de sangre que lo rodeaba, y luego enderezó el cuerpo, con los brazos desmayados a los lados. Aún de rodillas, volvió despacio la cabeza hacia Gaunt, que permanecía exhausto, tumbado boca arriba. Su cara no tenía la menor expresión y sus ojos ya no transmitían aquella impresión de súplica de alguien atrapado. Ya no tenía ojos, de hecho. Dentro de su cráneo ardía una potente luz verde, que los convertía en meras ranuras de fuego. De su boca abierta salía un resplandor parecido que le iluminaba la dentadura por atrás. Con un simple movimiento, se arrancó el cuchillo Tanith del pecho. De la herida ya no manaba sangre, sólo un haz de luz verde.

Con un suspiro, Gaunt comprendió que el títere psíquico seguía en acción. El hombre, que había sido un indefenso esclavo de la magia del psíquico, había sido reanimado ahora mediante abominable brujería.

Duraría el tiempo suficiente para ganar el combate.

Iba a matarlo.

Gaunt luchó para mantener despiertos los sentidos, para levantarse, para echar a

correr. Estaba perdiendo el conocimiento. El marinero avanzó con paso incierto hacia él, como un *zumbay* de los antiguos mitos de los muertos vivientes, con ojos rutilantes, cara inexpresiva y el cuchillo Tanith que le había dado muerte aferrado con una mano que más parecía una garra.

El ser mortífero puso en alto el arma para atacar.



TRES

Dos disparos láser lo golpearon lateralmente. Otro par le horadó la caja torácica, dando salida a una incandescente aureola de brillante energía psíquica. El quinto tiro le acertó en la cabeza y lo hizo caer como si le hubieran golpeado la oreja con una almádana.

Colm Corbec, pistola en mano, cruzó la Cúpula de Cristal y se quedó mirando la forma chamuscada y humeante, que tras incendiarse por sí sola, despedía vaporosas energías verdes mientras se consumía.

En algún lugar, comenzó a sonar la alarma de prohibición de armas.

Apoyándose en la barandilla, Gaunt logró casi ponerse de pie antes de que llegara Corbec.

—Tranquilo, comisario…

Gaunt le restó importancia con un gesto, consciente empero de la gran cantidad de sangre que perdía.

—Su sincronización… ha sido perfecta… coronel.

Corbec señaló tras de sí. Gaunt se volvió para mirar hacia donde apuntaba. Brin Milo permanecía junto al ascensor, acalorado y con una expresión intensa.

—El chico ha tenido un sueño —explicó Corbec, situando el brazo bajo el hombro del comisario pese a las protestas de este—. Ha venido a verme de inmediato al comprobar que no estaba en su habitación.

Milo se acercó a ellos.

—Esas heridas necesitan atención —dictaminó.

—Lo llevaremos al apotecarium —dijo Corbec.

—No —replicó Milo con firmeza. Pese al dolor, Gaunt casi se echó a reír al ver con qué imprevista autoridad trataba su joven ayudante al melenudo bruto que era el comandante de la compañía—. Hay que llevarlo a nuestros cuarteles para que lo vean nuestros propios médicos. No creo que el comisario quiera que este incidente dé pie a

una investigación oficial.

Corbec dirigió una mirada curiosa al muchacho pero Gaunt asintió. De acuerdo con su experiencia, no tenía sentido ir contra el don de observación que tenía el chico. Aunque nunca se entrometía en la intimidad del comisario, Milo parecía comprender de modo instintivo las intenciones y deseos de este. Gaunt no podía tener secretos con el muchacho, pero confiaba en él, y valoraba sobremanera su clarividencia.

—Brin tiene razón —confirmó Gaunt—. Esto tiene implicaciones… Ya lo explicaré más adelante, pero quiero que la jerarquía de la nave se mantenga al margen hasta saber quién es de fiar.

La alarma de armas seguía sonando.

—En ese caso, será mejor que salgamos de aquí… —propuso Corbec.

Calló al oír las puertas del ascensor que se abrían con un ronco susurro y una exhalación coral. Seis soldados de la Armada Imperial vestidos con la armadura de tejido de fibra de a bordo y yelmos de visera baja salieron formando una masa compacta y se colocaron de rodillas, apuntándolos a los tres con Pistolas Primitivas compactas. Uno de ellos impartió tajante órdenes por el transmisor del yelmo. Tras ellos, salió un oficial del ascensor que también vestía el uniforme de color esmeralda con ribetes plateados correspondiente a la Flota del Segmento del Pacífico, pero no llevaba armadura. Era alto, tirando a gordo, con una palidez poco saludable.

«Un espacial de carrera —dedujo Corbec—. Seguramente no ha puesto los pies en tierra de verdad durante décadas».

El oficial los observó a los tres: al tosco Guardia de alborotado pelo con la pistola láser no autorizada; al hombre herido que se apoyaba sobre él, chorreando sangre; al ágil muchacho de mirada extraña.

Frunció los labios, habló en voz baja por su enlace de comunicaciones particular y después tocó un botón de la vara de órdenes que llevaba, antes de agitarla con aire ausente en torno a sí. La alarma calló en plena mitad de un quejido.

—Soy el Oficial Judicial Lekulanzi. Mi función es supervisar la seguridad de esta nave en nombre del Señor Capitán Grasticus. No me gusta que haya armas ilícitas en este sagrado aparato, aunque siempre preveo que la purria de la Guardia Imperial lo intente. Me causa aún mayor desagrado el que se utilicen dichas armas.

—Eh, no es lo que pa… —se dispuso a replicar Corbec, dando un paso adelante con una tranquilizadora sonrisa.

Seis hocicos de pistolas primitivas lo encañonaron. Aquellas armas eran modelos de corto alcance, destinados a utilizarse a bordo de las naves. Los dardos de vidrio y nudos de alambre albergados en cada proyectil salían formando un cono de micrometralla, capaz de desgarrar a un hombre que estuviera cerca. La diferencia con los rifles láser o bólter estaba en que no entrañaban el peligro de causar orificios en el casco de la nave.

—Nada de movimientos bruscos ni de precipitadas explicaciones. —Lekulanzi los miró con fijeza—. Responderán a las preguntas a su debido tiempo, en sesión formal de interrogatorio. Ya sabrán que disparar un arma prohibida en una nave de transporte de los Adeptus Mecánicus es una ofensa castigada por un tribunal militar. Entreguen el arma.

Corbec tendió su pistola láser al soldado, que se levantó con airoso ademán para tomarla.

—Esto es ridículo —declaró con mal genio Gaunt. Las pistolas se desviaron hacia él—. ¿Sabe quién soy, Lekulanzi?

El oficial judicial se tensó al escuchar su nombre a secas, sin su título, y entornó los ojos rodeados de bolsas.

Gaunt se adelantó, desechando el apoyo de Corbec.

—Soy el comisario Ibram Gaunt.

El Oficial Judicial Lekulanzi se quedó petrificado. Sin la capa, la gorra y los distintivos de rango, Gaunt presentaba el mismo aspecto que cualquier oficial de la Guardia de baja cuna.

—Acérquese —le dijo Gaunt.

Tras un instante de duda, el hombre se aproximó a Gaunt, musitando una queda orden en su transmisor. Los soldados de su destacamento abandonaron en el acto su posición de rodillas, se cuadraron y depusieron las armas.

—Eso está mejor… —Corbec sonrió.

Gaunt apoyó una mano en el hombro de Lekulanzi, que se puso rígido. El comisario señalaba algo que había en el suelo, una capa o mancha verduzca, carbonizada, como de aceite agrumulado.

—¿Sabe qué es esto?

Lekulanzi negó con la cabeza.

—Son los restos de un asesino que me atacó. La disculpa por el uso de un arma por parte de mi Primer Oficial es que me ha salvado la vida. Lo amonestaré formalmente por esconder un arma de fuego a bordo, lo que va contra las órdenes vigentes.

Gaunt sonrió al advertir la diminuta gota de sudor de origen nervioso que comenzaba a bajar por la pálida frente de Lekulanzi.

—Era uno de los suyos, Lekulanzi. Un marinero. Pero estaba dominado por otros, por fuerzas tenebrosas que lo manejaban como un muñeco. Le desagrada que haya armas ilícitas en su nave, ¿eh? ¿Y qué me dice de los psíquicos ilícitos?

Algunos de los soldados de seguridad exhalaron murmullos y efectuaron gestos protectores.

—¿Pero quién… —balbució Lekulanzi— …quién querría matarlo a usted, señor?

—Yo soy un soldado. Un soldado que obtiene victorias. —Gaunt esbozó una fría

sonrisa—. Me granjeo enemigos de continuo.

»Haga analizar esto —indicó, apuntando a los restos del suelo—. Y después ordene que se deshagan de él. Cerciórese de que ningún repugnante e impuro contacto haya contaminado esta valiosa nave. Infórmeme en persona de cualquier averiguación, por insignificante que sea. En cuanto hayan atendido mis heridas, yo mismo me presentaré ante el Señor Capitán Grasticus y le expondré con detalle lo sucedido.

Lekulanzi se había quedado sin habla.

Apoyado en Corbec, Gaunt abandonó la Cúpula de Cristal. Antes de cerrarse las puertas del ascensor, Lekulanzi captó la dura mirada del muchacho y se estremeció.

Dentro del ascensor, Milo se volvió hacia Gaunt.

—Tenía los ojos como los de una serpiente. No es de fiar.

Gaunt asintió. Había cambiado de parecer. Unos minutos antes tan sólo, se había resignado a actuar como correo de Fereyd, como guardián del cristal. Sin embargo, las cosas habían cambiado. No pensaba permanecer impasible esperando. Iba a actuar por propia iniciativa. Entraría en el juego, averiguaría las reglas y aprendería a ganar.

Para ello tendría que indagar en el contenido del cristal.



CUATRO

—Lo mejor que puedo hacer —murmuró Dorden, el responsable médico de los Fantasmas, abarcando con un gesto de desaliento toda la enfermería del regimiento.

La enfermería de los Fantasmas era un ala de tres habitaciones abovedadas dispuestas como anexo al cuartel donde estaban albergados los Primeros de Tanith. Tenía el techo y las paredes encalados con una pintura de color blanco verduzco y el suelo recubierto con duras baldosas de piedra roja. En unos estantes de acero sin brillo, dispuestos en torno a las habitaciones, se sucedían unas gruesas botellas con etiquetas de papel amarillento, llenas en su mayoría de espesos fluidos, pomadas quirúrgicas, polvos y preparados secos o tapones orgánicos de campaña sumergidos en transparentes suspensiones viscosas. Los instrumentos de metal se hallaban en cajones extraíbles y bolsas de plástico para basura, y la mohosa ropa de cama y los rollos de venda estaban guardados en unas cajas bajas con tapa que, colocadas junto a las paredes, servían a la vez de asientos. Había una oscura autoclave encima de un carro de latón, dos unidades de resuscitrex con relucientes pedales y una mesa auxiliar con una balanza de boticario, una sonda de diagnóstico y un limpiador de sangre encajado en ella. El aire olía a rancio y había manchas oscuras en el suelo.

—Como puede ver, no es que estemos sobrados de medios —añadió con tono despreocupado Dorden.

Había tratado las heridas del comisario con material de su propio botiquín de campaña, que estaba abierto encima de una de las cajas, porque no se fiaba de la caducidad ni de la esterilidad de los suministros de la enfermería.

Gaunt estaba sentado, desnudo de cintura para arriba, en una de las camillas de latón dispuestas en el centro de la sala principal, con las patas sujetas al suelo. Los muelles chirriaban y gemían cada vez que cambiaba de posición encima del pestilente y manchado colchón.

Dorden le había vendado y lavado el hombro con un gel desinfectante azul,

después había cerrado la herida con grapas de sutura de baquelita que parecían cabezas de insectos con trompa y a continuación la había vendado con gasas estériles. Gaunt intentó doblar el brazo.

—No haga eso —se apresuró a advertirle Dorden—. Se lo envolvería con carne artificial si dispusiera de ella, pero por otra parte, es mejor que respire la herida. Sinceramente, le dispensarían mejores cuidados en la sección del hospital principal.

—Ha hecho un buen trabajo —le aseguró Gaunt, moviendo negativamente la cabeza.

Dorden sonrió. No quiso insistir. Corbec había murmurado algo sobre mantener aquello en privado.

Dorden era un hombre bajo, de edad superior a la media de los Fantasmas, con barba gris y mirada afable. En Tanith había trabajado como médico durante años, en las granjas y asentamientos de Beldane y las extensiones boscosas del Condado Pryze. Lo habían enrolado en la Fundación para cumplir los requisitos del Administratum en cuestión de personal médico. Su esposa había muerto un año antes de la fundación y su único hijo varón era soldado del noveno pelotón. Su hija, su marido y el pequeño que habían tenido habían perecido en las llamas de Tanith. No había dejado nada tras de sí en las brasas de su mundo natal salvo el recuerdo de los años de servicio a la comunidad, una tarea que entonces seguía desempeñando por el bien de los últimos hombres de Tanith. Se negaba a llevar armas, y por ello era el único Fantasma con el que Gaunt no podía contar para combatir… pero le importaba poco. Tenía sesenta o setenta hombres a su mando que ya no estarían allí de no haber sido por Dorden.

—He comprobado que no hubiera veneno ni toxinas. Ha tenido suerte. El cuchillo estaba limpio. ¡Más limpio que los míos! —bromeó Dorden, arrancando una sonrisa a Gaunt—. Bastante inusual… —agregó Dorden. Luego calló, de repente.

—¿Por qué? —preguntó Gaunt, enarcando una ceja.

—Tenía entendido que los asesinos eran aficionados a envenenar las hojas como medida de seguridad —explicó simplemente Dorden.

—Yo no he dicho que fuera un asesino.

—No había necesidad. Yo no soy un combatiente, de acuerdo. Hasta admito, Feth, no ser más que un viejo estúpido, pero no llegué con el último reemplazo.

—No se preocupe por eso, Dorden —dijo Gaunt, volviendo a doblar el brazo en contra del consejo del médico. Sintió una horrible punzada—. Como siempre, su intervención ha sido mágica. Manténgase imparcial. No se deje implicar.

Dorden estaba limpiando la grapadora y las sondas en un cuenco de aceite antiséptico.

—¿Imparcial? ¿Quiere que le diga algo, Ibram Gaunt?

Gaunt pestañeó como si acabara de recibir una bofetada. Nadie le había hablado

con aquel tono de autoridad paternal desde la última vez que había estado en compañía de su tío Dercius. No… no la última vez…

Dorden se volvió para secar los instrumentos con unas blancas gasas.

—Perdone, comisario. Eh… no me correspondía hablar así.

—Dígalo de todas formas.

Dorden movió un delgado pulgar para indicar con él la salida y su zona de cuartel en general.

—Esto es todo lo que yo tengo. Los últimos y penosos restos de la raza Tanith, mi único vínculo con el pasado y con el verde mundo que amaba. Seguiré curándolos, cosiéndolos y recomponiéndolos hasta que se hayan extinguido todos, o hasta que me muera yo, o hasta que se hayan marchitado y perecido los horizontes de todo espacio conocido. Y aunque usted no sea Tanith, me consta que muchos de los hombres lo tratan ya como a uno más. En mi caso, no estoy seguro. Usted tiene mucho de chulán, diría yo.

—¿Koolun?

—Chulán. Disculpe que utilice el viejo idioma. Forastero. Desconocido. No existe una traducción directa.

—Seguro que no.

—No era un insulto. Aunque no sea de raza Tanith, está con nosotros en todos los sentidos. Yo creo que usted se preocupa por nosotros, Gaunt. Se ocupa de sus Fantasmas. Creo que hará cuanto esté en sus manos para que estemos bien, para conducirnos a la gloria, para procurarnos la paz. Esa es la convicción que tengo, todas las noches cuando me acuesto, y cada vez que empieza un bombardeo o hay un ataque aéreo o los muchachos van a las alambradas. Eso cuenta.

Gaunt se encogió de hombros… y se arrepintió en el acto.

—¿Sí?

—He hablado con médicos de otros regimientos. En el hospital de campaña de Fortis, por ejemplo. Son muchos los que dicen que a sus comisarios les tienen sin cuidado sus hombres. Los consideran sólo carne de cañón. ¿Es así como nos ve a nosotros?

—No.

—No, ya me parecía. Por eso es usted un espécimen raro, algo a lo que vale la pena aferrarse, por el bien de estos pobres Fantasmas. Feth, aunque no sea Tanith, si hay asesinos sedientos de su sangre, me causa preocupación. Por los Fantasmas.

Luego quedó en silencio.

—Entonces procuraré tenerlo informado —prometió Gaunt, tomando su camiseta.

—Se lo agradezco. Para ser un chulán, es un buen hombre, Ibram Gaunt. Como los anroth de nuestro planeta.

Gaunt se quedó paralizado.

—¿Qué ha dicho?

—Anroth. —Dorden se volvió para mirarlo con fijeza—. He dicho anroth. No era un insulto tampoco.

—¿Qué significa?

Dorden titubeó, desasosegado por la dureza de la mirada de Gaunt.

—Los anroth… bueno, los espíritus del hogar. Es un cuento infantil de Tanith. Decían que los anroth eran espíritus de otros mundos, hermosos mundos de orden, que acudían a Tanith para velar por nuestras familias. Es una tontería. Un viejo recuerdo tan sólo. Un dicho de los bosques.

—¿Por qué tiene importancia, comisario? —inquirió una tercera voz.

Gaunt y Dorden se volvieron y vieron a Milo, que los observaba con atención sentado en un banco cercano a la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó con aspereza Gaunt, sorprendido por su propio enojo.

—Unos minutos sólo. Los anroth forman parte de la cultura popular Tanith. Como el coco que protege los árboles y las nyrsis que vigilan los arroyos y las aguas. ¿Por qué lo ha alarmado tanto?

—Había escuchado antes esa palabra. En algún sitio —dijo Gaunt, poniéndose en pie—. ¿Quién conoce una palabra como esa? Da igual. —Al ir a ponerse la camiseta, se dio cuenta de que estaba rasgada y manchada de sangre y la dejó a un lado—. Milo. Ve a buscarme otra a mi habitación —ordenó con brusquedad.

Milo se levantó y entregó a Gaunt una muda limpia que llevaba en una bolsa de lona. Dorden reprimió una sonrisa. Tras un instante de vacilación, Gaunt agradeció el gesto con una inclinación de cabeza y cogió la camiseta.

Tanto Milo como el médico habían reparado en la multitud de cicatrices que recorrían el ancho y musculoso torso de Gaunt y se habían guardado de hacer comentarios. ¿Cuántas batallas, cuántos frentes, cuantos combates a vida o muerte habían sido necesarios para acumular tantas marcas de dolor?

Cuando Gaunt se puso en pie, Dorden advirtió por primera vez la cicatriz que le atravesaba el vientre y se quedó impresionado. Era una línea larga, una herida antigua, una grotesca trenza de tejido recosido.

—¡Sagrado Feth! —exclamó sin poderlo evitar—. ¿Dónde…?

Gaunt evitó dar explicaciones encogiéndose de hombros.

—Es de hace mucho, mucho tiempo.

Después se puso la camiseta y la herida quedó tapada. Se levantó los tirantes y alargó la mano hacia la túnica.

—Pero ¿cómo recibió algo tan…?

—Basta —lo atajó con una dura mirada Gaunt.

Tras abotonarse la túnica, se enfundó el largo abrigo de cuero que Milo le sostenía

y se tocó la cabeza con la gorra.

—¿Están listos los oficiales? —preguntó.

—Sí —confirmó Milo—. Tal como ha ordenado.

Despidiéndose con una inclinación de cabeza de Dorden, Gaunt salió de la enfermería.



CINCO

En cierto momento lo había invadido la duda de en quién confiar, pero después de reflexionar unos minutos había llegado a la conclusión de que podía fiarse de todos y cada uno de los Fantasmas, desde el coronel Corbec hasta el más ínfimo de los soldados. Sólo le suscitaban aprensión el descontento Rawne y su pandilla de amigotes del tercer pelotón, hombres como Feygor.

Gaunt abandonó la enfermería y bajó a la zona de cuartel propiamente dicha. Corbec lo esperaba allí.

Colm Corbec aguardaba desde hacía casi una hora. Solo en la antesala de la enfermería, había disfrutado de tiempo de sobra para rumiar sobre las cosas que más odiaba del universo. La principal eran los viajes espaciales.

Corbec era el hijo de un herrero que se había ganado la vida en una fundición situada bajo un cobertizo de dos aguas junto a la primera curva amplia que trazaba el río Pryze. Buena parte del trabajo de su padre tenía que ver con maquinaria para madera: sierras, grúas y trineos para el transporte de vigas y tablones. Muchas veces, de niño, había descendido a las grasientas zanjas por donde se deslizaban éstos a sostener la lámpara de inspección para que su padre pudiera examinar los retorcidos y chorreantes ejes y los sincronizadores machacados de los soportes de veinte ruedas, aquejados de achaques bajo su carga de joven madera húmeda llegada de los aserraderos de Beldane y Sottres.

De joven, había trabajado en los aserraderos de Sottres y había visto a más de un empleado perder un dedo, una mano o una pierna a manos de las sierras de banda y las cuchillas circulares. Los pulmones se le habían taponado con polvillo de madera, lo que le había provocado una tos seca que aún le perduraba. Después se había incorporado a la milicia de los Magna Tanith en un impulso repentino, tras haber sufrido un desengaño amoroso, y había patrullado las sagradas extensiones de los bosques de nalos del condado de Pryze en busca de cazadores furtivos y

contrabandistas.

No fue mala vida aquella. La arcillosa tierra abajo, las copas de los árboles arriba y, más allá, la remota luz de las estrellas. Había llegado a comprender los secretos de los sinuosos bosques y de los cambiantes sotos de nalos y los claros. Había aprendido el manejo del cuchillo, el arte del sigilo y el gozo de la caza. Había sido feliz. Mientras las estrellas habían permanecido en lo alto y el suelo bajo sus pies.

Ahora el suelo había desaparecido, para siempre. Los aromáticos olores de la húmeda tierra del bosque, la dulzura del perfume del sustrato de hojas, la suavidad de las capas de esporas de nalos acumuladas sobre ellas. Él había cantado canciones a las estrellas, había recibido su silenciosa bendición y las había maldecido incluso. Y todo sucedió mientras estaban bien lejanas. Nunca pensó que viajaría en medio de ellas.

A Corbec le daban miedo las travesías, como les ocurría a muchos de su compañía, pese a haber realizado ya tantas. Dejar el suelo, dejar la tierra, el mar y el cielo tras de sí, abrirse paso entre las estrellas y cruzar el Immaterium. Aquello era terrorífico.

Sabía que la *Absalom* era una nave resistente. Había visto su inmensa mole desde los miradores del trasbordador que lo había llevado hasta ella. También había visto sin embargo las grandes barcazas de los aserraderos estremecerse e irse a pique convertidas en astillas en los puntos difíciles de los rápidos de Beldane. Él sabía que las naves navegaban por sus cursos, hasta que los cursos se volvían demasiado fuertes para ellas y las vencían.

Detestaba todo aquello. El olor del aire, la frialdad de las paredes, la inconstancia de la gravedad artificial, la perpetúa agitación del Empíreo.

Todo. Sólo la preocupación por el bienestar del comisario lo había hecho superar sus fobias y afrontar la pesadilla del Observatorio de la Cúpula de Cristal. Incluso entonces, había centrado la atención en Gaunt, en los soldados, en aquel imbécil de oficial judicial… en cualquier cosa salvo la incierta locura que se extendía más allá del cristal.

Ansiaba pisar tierra de verdad, respirar aire de verdad. Sentir la brisa y la lluvia y el susurro de las ramas.

—¿Corbec?

Se cuadró ante Gaunt, al que seguía Milo.

—¿Señor?

—¿Recuerdas lo que te dije en aquel bar de Pyrites?

—No exactamente, señor… Eh… yo no estaba muy sereno que se diga.

—Bueno. —Gaunt sonrió—. Entonces también te vendrá todo por sorpresa. ¿Están a punto todos los oficiales?

—Sí. Excepto el mayor Rawne, tal como ha indicado.

Gaunt se quitó la gorra, se alisó hacia atrás los cortos cabellos y volvió a colocársela.

—Dentro de un momento estaré con ustedes en la sala de reuniones.

Gaunt se alejó para entrar en la zona principal de alojamiento del cuartel.

A los Fantasmas les habían adjudicado el nivel tres de cuarteles, un extenso panal de largas y oscuras bóvedas con literas sostenidas con cadenas dispuestas a uno y otro lado de un eje dorsal, similar a la raspa de un pez. Junto a este espacio de dormitorio había un desolado salón de recreo y tres salas de entrenamiento de paredes acolchadas. Los cuarenta pelotones supervivientes, que componían un total de algo más de dos mil hombres, estaban acantonados allí.

De las literas subía un olor a sudor, a humo y a calor corporal. Rawne, Feygor y el resto del tercer pelotón lo esperaban en la rampa de conexión. Habían estado entrenando en las salas contiguas y cada uno llevaba una de las varas de que disponían para práctica de combate. Aquellos aturdidores neurales eran las únicas armas que se les permitía tener durante las travesías. Con ellos podían practicar la esgrima e incluso ponerlos en función de descarga a larga distancia y disparar contra los blancos móviles de metal que se desplazaban con chirridos en unos mal engrasados dispositivos automáticos.

Gaunt saludó a Rawne y todos se cuadraron ante él.

—¿Qué opinión le merece este nivel de cuartel, mayor?

—¿Comisario? —inquirió, extrañado, Rawne.

—¿Es seguro?

—Hay ocho huecos de despliegue y dos en el hangar de desembarco, además de varias vías para el personal.

—Tome sus hombres y distribúyalos para custodiarlas todas. Nadie debe entrar ni salir de este cuartel sin que yo lo sepa.

—¿Y cómo impediremos el paso a los intrusos, comisario —preguntó, con cierta perplejidad, Rawne—, si no tenemos armas?

Gaunt cogió una vara de manos del soldado Neff y con ella lo tumbó en el suelo presionándolo a la altura del vientre.

—Utilicen esto —señaló—. Manténgame informado cada media hora. Venga a verme directamente con los nombres de todos quienes pretendan entrar.

Tras escrutar un momento la cara de Rawne para cerciorarse de que había comprendido bien sus instrucciones, Gaunt dio media vuelta y se fue.

—¿Qué está tramando? —preguntó Feygor al mayor cuando ya no podía oírlos.

Rawne sacudió la cabeza. Pensaba averiguarlo. Mientras tanto, tenía que organizar el servicio de centinelas.



SEIS

La sala de reuniones era una antigua sala de conferencias situada junto a la enfermería. Era una estancia circular rodeada de tres gradas de asientos de madera barnizada, con una consola negra en el centro de un estrado. La consola, baja y redondeada como una seta, era un viejo aparato para visualización de tácticas, con una pantalla en la parte superior que antaño proyectaba luminosas formas hololíticas tridimensionales al aire durante las reuniones de los mandos. Entonces estaba vieja e inservible ya; Gaunt la utilizó como asiento.

Los oficiales fueron entrando: Corbec, Dorden, y después los responsables de los pelotones, Meryn, Mkoll, Curral, Lerod, Hasker, Blane, Folore… treinta y nueve hombres en total. El último fue Vari, que había sido ascendido hacía poco. Milo cerró la escotilla y se quedó en el fondo. Los demás se sentaron en semicírculo, frente a su comandante.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Vari.

Gaunt esbozó una sonrisa. Se notaba que Vari no estaba acostumbrado a las reuniones de oficiales. Por eso actuaba de manera tan directa, sin tener en cuenta las habituales normas de protocolo. «Debí ascenderlo antes», se dijo con ironía Gaunt.

—Este es un encuentro absolutamente extraoficial. Atañe a los Fantasmas, pero no es oficial. Quiero ponerles al corriente de una situación para que puedan actuar en consecuencia si hubiera necesidad. Pero no quiero que nada de lo dicho salga de esta sala. Explíquenles a sus hombres lo que deben saber para facilitar las cosas, pero no entren en detalles.

»No me extenderé en preámbulos —continuó, tras haber captado ya la atención de todos—. Hasta donde alcanzan mis conocimientos… y créanme que no llegan muy lejos… sé que se está dando una lucha por el poder que amenaza con destruir toda la Cruzada.

»Ya estarán enterados de las disputas intestinas que hubo después de la muerte del

Señor de la Guerra Slaydo. Eran muchos los Altos Señores Militares que querían ocupar su lugar.

—Y esa comadreja de Macaroth se hizo con él —dijo Corbec con una mueca de pesar.

—Ese Señor de la Guerra, *Comadreja* Macaroth, coronel —lo corrigió Gaunt. Luego dejó que sus subordinados rieran un poco, previendo que el buen humor haría más fácil su exposición—. Nos guste o no, él manda ahora, y no hay duda al respecto. Como yo, ustedes son leales al Emperador, y por consiguiente al Señor de la Guerra Macaroth. Slaydo lo eligió como su sucesor. La palabra de Macaroth es la palabra del propio Trono Dorado. Él habla con la autoridad del Imperio a sus espaldas.

Gaunt calló un momento. Los hombres lo miraban con curiosidad, como si no hubieran acabado de captar la gracia de un chiste.

—Pero hay algunos que no están conformes con ello, ¿verdad? —dijo con seriedad Milo desde el fondo.

Los oficiales se volvieron con brusquedad a mirarlo y luego giraron la cabeza de forma igual de repentina al oír la carcajada del comisario.

—En efecto. Son probablemente muchos los que están resentidos por ese ascenso que los dejó detrás a ellos. Y hay uno en particular al que todos conocemos, aunque sólo sea por el nombre, el Alto Señor Militar Dravere. El mismo hombre que está al frente de nuestra sección de la fuerza Cruzada.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Lerod, con incredulidad y horror. Lerod era un fornido sargento de cabeza rapada con un Águila Imperial tatuada en la sien. Había dirigido la milicia en Tanith Ultima, la ciudad-santuario imperial del fenecido mundo de los Fantasmas y como consecuencia de ello él, y otros soldados de Ultima, eran los más devotos y resueltos Servidores Imperiales de los Primeros de Tanith. Gaunt era consciente de que Lerod sería quizás el más difícil de convencer—. ¿Insinúa que el Señor General Dravere conspira? ¿Que es… desleal? ¡Pero si es nuestro superior, señor!

—Precisamente por eso mantenemos esta charla en privado. Si estoy en lo cierto, ¿a quién podemos recurrir?

Los oficiales recibieron aquella pregunta con un silencio preñado de inquietud.

—Dravere nunca ha ocultado el hecho de que consideró un desaire por parte de Slaydo el que designara a Macaroth, que era más joven. Debe de escocer bastante estar a las órdenes de un advenedizo que le ha tomado la delantera a uno. Yo tengo el convencimiento casi de que Dravere planea usurpar el puesto del señor de la guerra.

—¡Que se peleen ellos por el puesto! —espetó Vari, suscitando gestos de aprobación de otros—. ¿Qué más da otro oficial muerto…?, sin ánimo de ofenderle, señor.

—Eso exactamente pensé yo al principio —reconoció, con una sonrisa, Gaunt—.

Pero reflexione con más detenimiento. Si Dravere pone en acción a sus propias fuerzas en contra de Macaroth, saldrá debilitada toda la Cruzada. Y la debilidad vendrá en el preciso momento en que deberíamos consolidar los logros para emprender la campaña hacia nuevos territorios más hostiles. ¿Cómo vamos a ser efectivos combatiendo al enemigo si luchamos entre nosotros? Si se llegara a ese extremo, quedaríamos expuestos, frágiles… como plato propicio para la aniquilación. Los propósitos de Dravere son una amenaza para el futuro de todos nosotros.

Siguió otro momento de silencio cargado de tensión. Gaunt se frotó la delgada barbilla.

—Si Dravere persiste en ellos, podríamos echarlo a perder todo. Todo lo que hemos ganado en los Mundos de Sabbat durante estos diez años.

»Hay que tener en cuenta algo más. Si yo pretendiera usurpar el puesto del Señor de la Guerra, me convendría contar con mucho más que unos cuantos regimientos leales.

—¿Es éste el meollo de la cuestión? —inquirió Lerod, muy pendiente de las palabras de Gaunt.

—Por supuesto. Dravere va en busca de algo. Algo grande. Algo tan grande que lo sitúe en pie de igualdad con el señor de la guerra, o que le confiera incluso un poder mayor. Y ahí es donde los pobres de nosotros entramos en escena.

Calló un instante.

—Cuando estuve en Pyrites, llegó esto a mis manos…

Puso en alto el cristal.

—La información que hay codificada en este cristal contiene la clave de todo. La red de espionaje de Dravere se la retransmitía a él cuando fue interceptada.

—¿Por quién? —quiso saber Lerod.

—Por la red de espionaje leal a Macaroth, el Servicio de Inteligencia Imperial, que trabaja para neutralizar la conspiración de Dravere. Son pocas personas, trabajan en secreto, en condiciones de vulnerabilidad, pero son lo único que actúa contra la conspiración de Dravere.

—¿Y por qué usted? —inquirió Dorden.

Gaunt abrió una pausa. Incluso entonces, no podía decirles el verdadero motivo. Que estaba escrito.

—Yo estaba allí y se fiaban de mí. No lo entiendo del todo. Un viejo amigo mío forma parte del servicio de espionaje y se puso en contacto conmigo para que tomara a mi cargo este valioso objeto. Por lo visto no había nadie más en Pyrites que estuviera lo bastante cerca o inspirara la suficiente confianza para ello.

Vari rebulló en su asiento, a la vez que se rascaba el implante del hombro.

—¿Y qué hay dentro? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Gaunt—. Está codificado.

Lerod se disponía a hablar, pero Gaunt agregó algo:

—Está en nivel Vermellón.

Hubo una larga pausa, acompañada sólo por el largo e impresionado silbido de Blane.

—¿Lo entienden ahora? —dijo Gaunt.

—¿Qué hacemos? —planteó con espontaneidad Vari.

—Averiguar qué contiene. Después decidiremos.

—¿Pero cómo…? —iba a objetar Meryn, pero Gaunt lo acalló levantando una mano.

—Eso me corresponde a mí, y creo que puedo hacerlo. Sin dificultades, de hecho. Después… bueno, por eso quería hacerlos partícipes a todos de esto. La red secreta de Dravere ya ha intentado matarme y recuperar el cristal. En dos ocasiones. Una en Pyrites y ahora aquí en la nave. Les necesito a mi lado, para proteger este objeto de valor incalculable, para que los espías del Señor Militar General no se hagan con él. Para protegerme hasta que vea clara cuál debe ser nuestra actuación.

El silencio se adueñó de la sala.

—¿Están conmigo? —preguntó Gaunt.

El silencio se prolongó, hasta casi hacerse opresivo. Los oficiales cambiaron miradas furtivas. Al final, fue Lerod quien habló por ellos. Gaunt se alegró de que fuera precisamente él.

—¿Tiene que preguntarlo, comisario? —dijo tan sólo.

Gaunt sonrió para expresar su agradecimiento. Luego se levantó del aparato de visualización y bajó del estrado mientras sus subordinados se ponían en pie.

—Pongámonos manos a la obra pues. Rawne está disponiendo patrullas de seguridad para vigilar este cuartel. Apoyen y refuercen su labor. Quiero tener la confianza de que el área de esta nave que se nos ha adjudicado es terreno seguro. Impidan la entrada de intrusos o escóltenlos hasta mí. Si los hombres ponen en tela de juicio la necesidad de tales precauciones, díganles que creemos que esos condenados Patricios podrían intentar algo para tomarse la revancha con nosotros. De todas maneras es bien cierto, y los Patricios que viajan a bordo en los otros cuarteles superan en cuatro veces nuestro número. Además, los Patricios están sin duda de parte de Dravere.

»También quiero que registren todo el cuartel en busca de grabadoras ocultas. Hasker, Vari… destinen los soldados con aptitudes técnicas para encargarse de ello. Es posible que prueben todas las formas posibles de espiarnos. A partir de este momento, no se fíe de nadie que no sea de este regimiento. De nadie. No hay modo de saber quién puede participar en la conspiración que nos acecha.

Los oficiales parecían bien dispuestos pero inquietos. Gaunt era consciente de que aquél era un trabajo extraño para los soldados normales. Se fueron con expresiones



graves.

Gaunt miró el cristal que reposaba en su mano. «¿Qué escondes?», se preguntó.



SIETE

Gaunt regresó a su habitación con Milo a la zaga. Corbec había dispuesto dos Fantasmas de guardia ante esta. Gaunt se sentó en la sección de cogitación instalada en un rincón y comenzó a analizar la información relativa a la nave a la que pudo obtener acceso a través del terminal. En la oscura pantalla se sucedieron las líneas de parpadeante texto ámbar. Con la esperanza de encontrar un manifiesto de personal, buscaba nombres que pudieran indicar la identidad de aquellos que se oponían a él. Pero los detalles estaban desordenados e incompletos. No estaba ni siquiera claro cuáles eran los otros regimientos que se encontraban a bordo. Los Patricios constaban en la lista, y también un complemento de unidades mecanizadas del Noveno de Bovania. Gaunt sabía, no obstante, que tenía que haber al menos otros dos regimientos en la nave, que no aparecían por ningún lado. Trató asimismo de ver los pormenores del cuadro de mandos de la *Absalom* y de otros miembros de la Marina Imperial que efectuaban la travesía con ellos, pero aquellos niveles de datos estaban bloqueados con velos de cifras navales, y Gaunt no disponía de autoridad para traspasarlos.

La tecnología era, como en aquel caso, una barricada de sacos terreros que le impedía el paso. Recostó la espalda en la silla y exhaló un suspiro. Le dolía el hombro. El cristal se encontraba encima de la consola, cerca de su mano. Era hora de probarlo. Hora de poner a prueba su intuición. Había estado postergándolo, por temor a que no funcionara. Se levantó de pronto.

Milo, que había comenzado a dormitar en un asiento contiguo a la puerta, se sobresaltó por lo repentino de su movimiento.

—¿Señor?

Gaunt estaba junto al armario, sacando sin cuidado su macuto y maletas de equipaje.

—¡Ojalá dijera la verdad el anciano! —dijo por todo comentario.

A qué anciano se refería, Milo no tenía la menor idea.

Gaunt se puso a rebuscar en su equipaje. Un uniforme de gala forrado de seda fue a parar al suelo. De los diversos compartimientos salieron volando libros y tablillas de datos.

Milo se quedó fascinado por un momento. El comisario siempre empaquetaba sus efectos personales, por lo que nunca había visto las posesiones a las que éste tenía el aprecio suficiente para llevar consigo. El chico percibió atisbos de una barra de medallas envuelta en tela; una espléndida roseta de plata que cayó de su funda revestida de terciopelo; una gorra militar descolorida; un frasco de analgésicos; una docena de grandes dientes amarillos —dientes de Orko— ensartados en una cuerda; un catalejo antiguo guardado en una funda de madera; un gastado cepillo para metal y una caja de pulimento para plata; una baraja de cartas que salió desparramada de su caja de marfil. Las cartas eran de cartón rígido, decorado con imágenes conmemorativas de una fiesta de liberación celebrada en un lugar llamado Gylatus Decimus. Milo se agachó a recogerlas para que Gaunt no las pisara. Estaban nuevas y limpias, no se habían usado nunca; en la tapa de la caja había inscritas las iniciales D. O.

Gaunt sacó a puñados la ropa de su macuto y la dejó de cualquier modo a un lado. Milo sonreía. Se sentía privilegiado de algún modo por ver aquello, como si el comisario le hubiera permitido entrar en su mente por un rato.

Después algo saltó de entre el montón que se acumulaba en el suelo que llamó la atención de Milo. Era una nave de guerra de juguete, una tosca escultura hecha con un pedazo de plasteno. La pintura de esmalte se estaba desprendiendo y algunas de las torres y torretas de artillería se habían roto. Milo apartó la mirada. Había algo doloroso en aquel juguete, algo que le dejó penetrar más de lo que hubiera querido en el reino íntimo del duelo de Ibram Gaunt.

Aquel sentimiento lo sorprendió. Retrocedió un poco, dejando caer algunas de las cartas que había estado devolviendo a su caja de marfil, y agradeció disponer de la excusa de recogerlas para tener algo en que ocuparse.

Gaunt dio de repente la espalda al desorden que había causado, con una expresión de triunfo. Entre los dedos tenía una vieja sortija de sello.

—¿Qué estaba buscando, comisario? —preguntó alegremente Milo, sintiendo que se hacía preciso algún comentario.

—Oh sí. Mi querido y viejo tío Dercius, el muy cerdo, me lo dio para distraerme esa noche… —Gaunt calló de improviso, con la expresión ensombrecida por aquellos pensamientos.

Después se sentó en el banco junto a Milo y se echó a reír con tristeza al ver la baraja que guardaba el muchacho.

—Recuerdos. Ahh. Sabrá el Emperador por qué los guardo… No les dedico una

mirada durante años y cuando lo hago sólo me traen tristes recuerdos.

Tomó las cartas y las observó. Algunas las mostraba a Milo, con amargas sonrisas, como si el joven Tanith pudiera comprender el motivo de aquella manifestación de humor. En una de ellas estaba representada una bandera Hyrkan ondeando en lo alto de una torre, en otra había un escudo heráldico con una calavera de orco y en otra una luna atravesada por un rayo surgido del pico de un Águila Imperial.

—Setenta y dos razones para olvidar nuestra noble victoria en la Congregación de los Mundos de Gylatus —dijo con tono burlón.

—¿Y el anillo? —preguntó Milo.

Gaunt dejó las cartas. Abrió el sello y de él brotó un corto rayo de luz.

—¡Feth! ¡Todavía hay energía en la pila, al cabo de tanto tiempo!

Milo sonrió, indeciso.

—Es un anillo de descodificación, de nivel de oficial. Una llave para que los mandos puedan tener acceso a datos privados o velados. Un juguete para los generales. Antes eran bastantes populares. Este se lo dieron al comandante de los nobles regimientos Jantinos, un señor de la más alta categoría. Y el viejo cabrón se lo dio a un niño en Manzipor.

Gaunt sacó el cristal del bolsillo de su túnica y lo situó sobre el rayo del anillo. Miró a Milo un segundo. En sus ojos había un sorprendente aire juvenil y malicioso que provocó una carcajada en el muchacho.

—Allá vamos —dijo.

Colocó en la montura del anillo la base del cristal, que encajó a la perfección en ella y emitió un zumbido. Iluminada por el rayo de luz, era como si la piedra fuera ahora una pretenciosa gema de enormes dimensiones engarzada en la sortija.

—Vamos, vamos… —murmuró Gaunt.

Algo comenzó a formarse en el aire a unos centímetros del anillo, una pictoforma que destacaba con un brillo de neón en la penumbra de la habitación.

En las apretadas y diminutas runas holográficas podía leerse: «Autorización denegada. Este documento sólo puede abrirse con nivel de descodificación Vermellón tal como establece la normativa de Senthis, Elector de Administratum, calendario de Pacificus 403457.M41. Toda tentativa de forzar este receptáculo de datos dará como resultado que se borren estos».

Gaunt separó con una maldición el cristal de la sortija.

—¡Demasiado viejo, demasiado viejo! ¡Feth, y yo que pensaba que ya lo tenía!

—No lo entiendo, señor.

—Los niveles de accesibilidad siguen siendo los mismos, pero revisan con regularidad los códigos necesarios para leerlos. El anillo de Dercius habría abierto sin duda un texto en Vermellón treinta años atrás, pero desde entonces han reescrito las

secuencias. ¡Debí prever que Dravere habría dispuesto sus propios códigos, maldita sea!

Parecía que Gaunt iba a seguir soltando imprecaciones, pero en ese momento llamaron a la puerta de su habitación, de modo que guardó el cristal y fue a abrirla. El soldado Uan, uno de los centinelas del pasillo, apareció en el umbral.

—El sargento Blane ha traído una visita para usted, señor. Hemos comprobado que no llevan armas. ¿Quiere verlos?

Gaunt asintió al tiempo que se ponía la gorra y el abrigo. Luego salió al pasillo. Al ver la identidad de los visitantes, indicó a sus hombres que podían hacerse atrás y salió a recibirlos.

Eran el coronel Zoren, comandante de los Vitrianos, y tres de sus oficiales.

—Contento de verlo, comisario —saludó con laconismo Zoren, que iba vestido, igual que sus subordinados, con traje de faena y gorro ocre.

—No sabía que los Vitrianos estuvieran a bordo —comentó Gaunt.

—Fue un cambio de última hora. Teníamos que ir con la *Japhet* pero hubo un problema con unas válvulas. Nos asignaron aquí. Los regimientos que debían viajar en la *Absalom* nos sustituyeron en la *Japhet* una vez se hubieron resuelto los problemas técnicos. Mis pelotones tienen los cuarteles en dirección a popa.

—Es un placer verlo, coronel.

Zoren correspondió con un asentimiento de cabeza, pero Gaunt percibió que callaba algo.

—Al enterarme de que compartíamos el mismo medio de transporte con los Tanith, pensé que quizá sería oportuno tener algún contacto. Tenemos una victoria común que celebrar. Pero…

—¿Pero?

—Esta mañana —explicó Zoren, bajando la voz—, me han atacado en mi habitación. Un individuo vestido con un mono de marino sin identificación revolvió entre mis cosas. Cuando llegué se enfrentó conmigo. Mantuvimos un forcejeo y luego se escapó.

—Continúe —lo animó Gaunt, sintiendo que se reavivaba su rabia.

—Buscaba algo. Algo que creía que yo podía tener, algo que no había encontrado en otro lugar. Me ha parecido que debía decírselo sin demora.

Milo, Uan y cuantos se encontraban en el pasillo, incluido el propio Zoren, se quedaron sorprendidos cuando Gaunt agarró al coronel Vitriano por la pechera de la túnica y lo arrastró al interior de su habitación. Una vez allí, cerró de golpe la puerta.

Ya a solas, se volvió hacia Zoren, que parecía dolido pero no del todo asombrado.

—Su explicación demostraba un alto grado de información, coronel.

—Naturalmente.

—Comience a atar cabos, Zoren, u olvidaré nuestra amistad.

—No hay necesidad de ser rudos, Gaunt. Sé más de lo que imagina y le aseguro que soy un amigo.

—¿De quién?

—De usted, del Trono de Tierra, y de un conocido de ambos. Yo lo conozco como Bel Trothute. Usted lo conoce como Fereyd.



OCHO

—La verdad… —comentó, vacilante, el coronel Draker Flense— …es que da mucho que pensar.

Obtuvo por respuesta una risita que no contribuyó en nada a calmarle los nervios. Provenía de una alta figura encapuchada situada al fondo de la habitación, cuyos contornos se recortaban en una vidriera de colores que iluminaban los fogonazos y centelleos del Immaterium.

—Usted es un soldado, Flense. No creo que pensar entre en sus cometidos.

Flense acusó la dureza de la réplica. Le inspiraba miedo, un miedo terrible, el hombre rodeado por la sombras multicolores de la ventana. Se movió con desasosiego, ansioso por respirar aire fresco, con la garganta reseca. En la estancia había un denso humo que emanaba de la pipa de agua de obscura situada en una peana de pizarra, junto a los escalones de la ventana. El humo opiáceo, dulzón como el néctar, flotaba a su alrededor, privando de toda humedad al aire. Respirarlo le causaba un gran torpor.

El Oficial Judicial Lekulanzi, permanecía al lado de la puerta, cosa que no parecía importar a los tres astrópatas envueltos en telas que se encontraban apiñados en las sombras a su izquierda. Los astrópatas constituían una ley para sí mismos, y Flense había reconocido la palidez de un adicto en la cara de Lekulanzi en cuanto éste había llegado a su habitación para llamarlo. Había capitaneado un asalto a una ciudad-colmena de adictos en Poscol años antes y nunca había olvidado aquel olor dulce, ni la palidez de los miembros de aquella desmayada resistencia.

El individuo de la ventana bajó despacio los escalones para situarse a su lado. Flense, que medía dos metros sin botas, se encontró con que tenía que doblar el cuello para mirar el oscuro espacio rodeado por la capucha.

—¿Y bien, coronel? —susurró la voz salida de las profundidades de esta.

—Yo… no entiendo del todo qué es exactamente lo que se espera de mí, señor.

El Inquisidor Golesh Contastine Pheppos Heldane volvió a emitir una risita. Luego alzó una mano cargada de anillos y se bajó la capucha. Flense dio un respingo. La cara de Heldane era alargada, como la de una bestia equina. Su boca mojada, de rictus despreciativo, contenía una dentadura totalmente roma y sus ojos eran redondos y oscuros. De su largo e inclinado cráneo pendían tubos de fluidos y cables de fibra, a la manera de trenzas. Aunque la enorme cabeza era calva, Flense advirtió la pelusa que le cubría el cuello. Era humano, pero le habían alterado los rasgos mediante cirugía para inspirar terror y obediencia en quienes… estudiaba. Al menos Flense abrigaba la esperanza de que se tratara de una alteración quirúrgica.

—Se le ve inquieto, coronel. ¿Es por la circunstancia o por mis palabras?

Flense tuvo que luchar de nuevo por recobrar el habla.

—Nunca me habían admitido en un sacrosanctorium antes, señor —alegó.

Heldane extendió los brazos para abarcar la estancia, provocando un escalofrío en Flense con la envergadura de su talla de gigante esquelético. Los presentes se encontraban en uno de los sanctums de los astrópatas de la *Absalom*, una habitación protegida de toda intrusión. Las paredes eran espacios muertos de campo nulo que hacían de escudo tanto del mundo material como del estridente vacío del Immaterium. Impenetrables al sonido, a los psíquicos y a los cables, aquellos inviolables departamentos estaban reservados exclusivamente para el séquito astropático. Su entrada estaba prohibida por la ley Imperial. Sólo una invitación directa podía franquear el acceso a un humano embotado como Flense.

Embotado. A Flense no le gustaba la palabra, y no había tenido conciencia de ella hasta que Lekulanzi la había utilizado. Embotado. Una palabra empleada por los psíquicos para designar a los no psíquicos. Flense deseó por el Rayo de la Esperanza hallarse en otro lugar, donde fuera.

—Está poniendo incómodos a mis primos —señaló Heldane a Flense, en referencia a los tres astrópatas, que rebullían y murmuraban—. Perciben su renuencia a estar aquí. Perciben su estigma.

—Yo no tengo prejuicios, inquisidor.

—Sí los tiene. Capto su sabor. Detesta a los clarividentes. Detesta el don del astrópata. Es un embotado, Flense. Un retrasado mental con los sentidos muertos. ¿Quiere que le enseñe lo que se pierde?

—¡No es necesario, inquisidor! —le respondió, temblando, Flense.

—¿Sólo un poco? Vamos, sea bueno. —Heldane exhaló una risita y le asomaron unas gotitas de saliva por entre la gruesa dentadura.

Flense se estremeció. Heldane apartó la vista despacio y luego de repente volvió a clavarla en él. Una luz de resplandor imposible inundó el cerebro de Flense. Por espacio de un segundo, vio la eternidad. Vio los ángulos del espacio, la intersección que formaban con el tiempo. Vio las mareas del Empíreo, y los flecos devastados del

Immaterium, los espasmos fluidos del espacio disforme. Vio a su madre y a su hermana, muertas desde hacía mucho. Vio luz, oscuridad y la nada. Vio colores sin nombre. Vio los tormentos del parto del genestealer, cuya sangre le dejaría marcada la cara. Se vio a sí mismo en él campo de instrucción de la Schola de Primagenitor. Vio una explosión de sangre. De sangre conocida. Se puso a llorar. Vio unos huesos enterrados en un espeso barro negro. Cayó en la cuenta de que, también, eran los suyos. Miró en el interior de las cuencas de los ojos y vio gusanos. Se echó a gritar. Vomitó. Vio un cielo de un rojo oscuro y un número imposible de soles. Vio una estrella que se sobrecargaba y venía abajo. Vio…

Demasiado.

Draker Flense cayó al suelo del sacrosanctorium, se meó encima y empezó a gimotear.

—Me alegra que hayamos dejado claro esto —dijo el Inquisidor Heldane, volviendo a ponerse la capucha—. Comencemos de nuevo. Yo estoy al servicio de Dravere, al igual que usted. Por él, doblegaré las estrellas. Por él, incendiaré planetas. Por él, dominaré lo indominable.

Flense gimió.

—Levántese y escúcheme. El artefacto más valioso que existe en el espacio aguarda a nuestro señor en el Rimero Menazoide. Su descripción y coordenadas están en manos del comisario Gaunt. Obtendremos ese secreto. Ya he gastado valiosas energías intentando hacerme con él. Ese Gaunt es… un tipo con recursos. Usted accederá a ser utilizado en este asunto. Usted y los Patricios. Ya tiene una antigua enemistad con él.

—Esto no… esto no… —dijo con voz rasposa Flense desde el suelo.

—Dravere habló muy bien de usted. ¿Recuerda lo que dijo?

—N-no…

La voz de Heldane cambió para transformarse en una copia perfecta de la de Dravere.

—Si me brinda este triunfo, Flense, no lo olvidaré. Mi futuro presenta grandes posibilidades, si no estoy anclado aquí. Las compartiré con usted.

»Ahora es el momento oportuno, Flense —indicó Heldane, ya con su propia voz—. Comparta las posibilidades. Ayúdeme a hacerme con lo que exige el Señor Dravere. Habrá un lugar para usted, un lugar glorioso. Un lugar al lado del nuevo señor de la guerra.

—¡Por favor! —gritó Flense. Oía cómo los astrópatas se reían de él.

—¿Todavía está indeciso? —preguntó Heldane antes de acercarse al coronel, ovillado en posición fetal—. ¿Otro vistazo? —sugirió. Flense comenzó a chillar.



NUEVE

—Nos están excluyendo —dijo Feygor en medio del silencio.

Rawne asestó una airada mirada a su delgado ayudante, pero sabía a qué se refería. Habían pasado cuatro horas desde que habían convocado al resto de los oficiales a la reunión con Gaunt. Qué práctico que él y su pelotón hubieran quedado al margen… Claro que, si lo que decía Corbec era cierto y había complicaciones a bordo, era esencial contar con una buena fuerza. De todas formas, según el orden natural de las cosas, debió haber sido el pelotón de Folore, el dieciséis, el que realizara el primer turno.

Tras emitir un gruñido por respuesta, Rawne condujo a su equipo de cinco hombres a la intersección con el siguiente pasillo. Habían peinado aquella zona seis veces desde el comienzo. Sólo habían encontrado espacios con corrientes de aire, rincones oscuros, almacenes vacíos, suelos polvorientos y escotillas cerradas. Consultó la hora. Un mensaje que había transmitido Lerod por radio veinte minutos antes le había informado de que el cambio de turno se produciría al cabo de una hora. Tenía el cuerpo dolorido. Sabía que los hombres que lo acompañaban estaban cansados, tenían frío y necesitaban el calor de una estufa, cafeína y relajación. Aquello era extensible a todo su pelotón: los cincuenta soldados que patrullaban el perímetro del cuartel de los Fantasmas en grupos de cinco estarían desmoralizados y también hambrientos.

Rawne pensó, como hacía a menudo, en Gaunt. En las motivaciones de Gaunt. Desde el principio, desde la condenada hora de la misma Fundación, no había demostrado lealtad alguna con el comisario. Lo había dejado atónito el que Gaunt lo hubiera ascendido a mayor, adjudicándole el tercer puesto de autoridad del regimiento. Al principio se había reído, después había matizado aquella risa imaginando que Gaunt había reconocido sus cualidades de liderazgo. Un tiempo después, Feygor, el único del regimiento al que consideraba un amigo, e incluso en su

caso no del todo, le había recordado el viejo dicho: «Manten cerca de ti a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos».

Como no había modo de escapar de la Guardia, Rawne había continuado cumpliendo lo mejor posible su labor. Siempre le había extrañado, no obstante, el comportamiento de Gaunt. De haber sido él el comisario, teniendo un peligro como él a sus espaldas, habría convocado un pelotón de fusilamiento hacía tiempo.

Más adelante, el soldado Lonegin comprobaba las cerraduras de un compartimiento. Rawne escrutó en toda su longitud el pasillo por el que acababan de avanzar.

Feygor observó a su superior con una expresión de astucia. Rawne había sido bueno con él… y habían trabajado juntos en la milicia de Attica Tanith antes de la Fundación. Tenían un buen negocio de extorsión allí hasta que el maldito Imperio se inmiscuyó y dio al traste con él. Feygor era el hijo bastardo de un profesional del mercado negro, y sólo gracias a su mente despierta y su formidable capacidad física había conseguido un puesto en la milicia y más tarde en la Guardia Imperial. Los orígenes de Rawne eran más selectos. Aunque hablaba poco de ello, Feygor sabía que provenía de una familia de ricos comerciantes, políticos y señores. Rawne había tenido siempre dinero, estipendios provenientes del imperio de aserradoras de su padre. No obstante, al ser el tercero de los hijos, no tenía posibilidades de heredar la fortuna. El servicio en la milicia, con sus oportunidades de promoción, había sido su mejor alternativa.

Feygor no se fiaba de Rawne. Feygor no se fiaba de nadie. Con todo, nunca consideró al mayor como una mala persona. Era sólo… agrio. La amargura era lo que lo había echado a perder, lo que había moldeado su manera de ser desde una edad temprana.

Al igual que Feygor, los componentes del pelotón de Rawne eran los inadaptados y alborotadores de los Tanith supervivientes. Gravitaban en torno a Rawne, reconociendo en él a un líder natural, al hombre que les procuraría las mejores oportunidades. Durante el proceso de alistamiento, Rawne los había seleccionado a la mayoría en sus propias unidades.

«Un día —pensó Feygor—, un día Rawne matará a Gaunt y ocupará su lugar. A Gaunt, a Corbec y a todo el que se resista. Rawne matará a Gaunt. O bien Gaunt matará a Rawne. De un lado u otro, habrá un ajuste de cuentas». Algunos decían que Rawne ya lo había intentado.

Feygor iba a proponer que volvieran a revisar los almacenes de la izquierda cuando el soldado Lonegin lanzó un grito y cayó al suelo, alcanzado por algo que se le clavó en la espalda. Se plegó, aquejado de convulsiones, sobre la parrilla del suelo y Feygor percibió el cuchillo corto que sobresalía de sus costillas.

Rawne gritaba ya cuando los atacantes surgieron de todos lados, rodeándolos.

Eran diez, vestidos con los uniformes de faena de los Patricios Púrpura. Llevaban cuchillos, palos y garrotes que en su origen eran patas de bancos. Un frenesí de brutalidad de refriega cuerpo a cuerpo estalló en el angosto espacio del corredor.

El soldado Colhn quedó aplastado contra la pared a consecuencia de un golpe en la cabeza y se desplomó sin un murmullo, sin tener tiempo siquiera para darse la vuelta. El soldado Freul arremetió con fuerza contra uno de los agresores con la vara de prácticas y lo abatió produciendo una cascada de chispas antes de que tres cuchilladas de sendos atacantes le desgarraran el cuerpo y lo dejaran convertido en una sanguinolenta masa. Feygor vio cómo dos de los Patricios aporreaban con saña al herido e indefenso Lonegin.

Feygor arrojó su vara de entrenamiento al Patricio más próximo, lo propulsó hacia atrás con una quemadura en el uniforme causada por la descarga, y después desenfundó su cuchillo de plata Tanith. Profiriendo una obscenidad, se abalanzó con él y degolló al primero que tenía delante. Con un salvaje giro, compuesto por los movimientos gracias a los cuales se había granjeado el respeto en los bajos fondos de Attica Tanith, puso en acción las piernas y cercenó una mano que empuñaba un cuchillo a la altura de la muñeca.

—¡Rawne! ¡Rawne! —llamó, intentando accionar la radio.

Lo golpearon por detrás. Aturdido, recibió dos golpes más y cayó rodando. Luego le llovieron las patadas y después notó algo candente que se hundía en su pecho. Emitió un bramido de rabia y de dolor, que apenas se difundió, obstaculizado por la sangre que le inundó la boca.

Rawne derribó a un Patricio con su vara. Haciéndola girar a modo de escudo, los maldijo con todos los juramentos de su repertorio. Un cuchillo le desgarró la túnica e hizo brotar un chorro de sangre de una larga herida. Luego le descargaron un duro golpe en la sien que lo dejó abatido.

El mayor intentó moverse pero el cuerpo no le respondía. La fría parrilla del suelo se le clavaba en la mejilla y la boca. Por su cuello se deslizaba algo caliente y húmedo. Con la mirada desenfocada, trató de distinguir al voluminoso Patricio que se erguía a su lado, blandiendo una llave inglesa, listo para aplastarle el cráneo.

—¡Quieta esa mano, Brochuss! —ordenó alguien. La llave inglesa descendió de mala gana.

Inmóvil, Rawne lamentó no poder ver más. Otro individuo tomó el lugar del agresor de la llave inglesa. Rawne tenía un velo en los ojos. Ojalá pudiera ver con claridad. El hombre que se inclinó a su lado parecía un oficial.

El coronel Flense observó con tristeza la sangre que le empapaba el cabello y la retorcida posición de sus extremidades.

—¿Ve la insignia, Brochuss? —dijo Flense—. Es el mayor, Rawne. No lo mate. Al menos por ahora.



DIEZ

—¿De qué lo conoce? —quiso saber Gaunt.

El coronel Zoren efectuó un leve encogimiento de hombros, empleando el típico lenguaje corporal de los Vitrianos, muy alejado de los gestos categóricos.

—Seguramente en circunstancias parecidas a como lo conoció usted. Un encuentro casual, unas dosis de confianza no exenta de prudencia, una relación informal de trabajo en un momento de crisis.

—Para que esta conversación nos lleve a alguna parte —señaló Gaunt, rascándose el angular mentón, al tiempo que sacudía la cabeza—, tendrá que concretar más. Si de veras se hace cargo de la situación crítica en que nos hallamos, comprenderá por qué necesito tener una certidumbre absoluta respecto a las personas que me rodean.

Zoren asintió. Luego se volvió, como si quisiera echar una mirada por la habitación, pero la estrechez del espacio dejaba poco margen a la contemplación.

—Fue durante las Guerras del Hambre en Idolwilde, hará unos tres años estándar quizá. Mandaron allí a mis Dragones en calidad de fuerza de pacificación, a la principal ciudad estado, Kenadie. Fue justo antes de que comenzaran los disturbios de protesta por la comida y de la caída del gobierno local. El hombre que usted conoce como Fereyd representaba el papel de un acaudalado comerciante de grano llamado Bel Totuthe, que también ocupaba un escaño en el Senado de Idolwilde. Era una cobertura perfecta. Yo no tenía ni idea de que fuera un agente de otro mundo, ni tampoco de que no fuera del lugar. Tenía la forma de hablar, las costumbres, los gestos de los nativos…

—Sé cómo trabaja Fereyd. La perfección de la observación es su especialidad, junto con la cumplida imitación.

—Entonces conocerá también su manera de operar. Trabajar con lo que él llama la «sal de confianza» del Imperio.

Gaunt asintió, curvando las comisuras de los labios con una tenue sonrisa.

—Para trabajar en unos entornos así, en tales condiciones de soledad y vulnerabilidad, nuestro común amigo necesita captar el apoyo de los elementos del Imperio que considera ajenos a la corrupción. Dado su objetivo de erradicar la corrupción y la degeneración de las burocracias del Imperio, no puede fiarse del Administratum, del Ministorum ni de ningún alto funcionario que pudiera formar parte de la infraestructura conspiratoria. Me dijo que, en tales circunstancias, siempre encontraba sus mejores aliados en la Guardia, en los hombres que habían enviado en períodos de crisis, soldados sencillos que al ser recién llegados, no podían ser parte del problema. Eso fue lo que le atrajo de mí y de algunos oficiales a mis órdenes. No me granjeó su confianza hasta después de largo tiempo y de una meticulosa investigación, y también yo tardé en confiarme a él. Al final, en pleno alboroto de las protestas, los Vitrianos éramos los únicos elementos con los que podía contar. Las Guerras del Hambre habían sido orquestadas por una facción del gobierno vinculada con el Departamento Munitorum. Consiguieron poner en juego dos regimientos de la Guardia Imperial. Nosotros los derrotamos.

—La batalla de Altatha. He leído algo acerca de ella. No tenía sospechas de que la corrupción Imperial estuviera en el origen de las Guerras del Hambre.

—Esa información se suprime a menudo —explicó, con una triste sonrisa, Zoren—. Por el bien de la moral. Nos despedimos como aliados. Nunca pensé que lo volvería a ver.

Gaunt tomó asiento en su camastro y apoyó los codos en las rodillas, sumido en profunda reflexión.

—¿Y lo ha visto?

—Recibí un mensaje, cifrado, durante el desembarco posterior al permiso en Pyrites. Poco después, tuve un encuentro.

—¿Con él en persona?

—No. Un intermediario.

—¿Y cómo supo que podía confiar en él?

—Utilizó ciertos identificadores. Contraseñas que Bel Torthute y yo habíamos ideado y empleado en Idolwilde. Sílabas en clave extraídas del argot de combate Vitriano cuyo significado sólo podía conocer él. Torthute se tomó como una obligación estudiar la herencia cultural del *Byhata* Vitriano, nuestro arte de la guerra. Sólo él podía haber redactado y enviado aquel mensaje.

—Eso encaja con Fereyd. Entonces usted es mi aliado, ¿no? Tengo la sensación de que sabe más de esta situación que yo, Zoren.

Zoren observó al alto y fornido oficial sentado en el camastro, con el mentón apoyado en las manos. Había llegado a admirarlo a raíz de la operación de Fortis, y el mensaje de Fereyd contenía detalles específicos sobre él. Estaba claro que el agente secreto Imperial confiaba prácticamente más en el comisario Ibram Gaunt que en

ninguna otra persona del sector. Más que en sí mismo, concluyó Zoren.

—Esto es lo que sé, Gaunt. Un grupo de conspiradores del Alto Mando de la Cruzada de los Mundos de Sabbat va detrás de algo que tiene un inmenso valor, algo de importancia tan vital que están dispuestos a desvirtuar los objetivos globales de la Cruzada para conseguirlo. La llave que abre eso que anhelan fue desviada de su curso de entrega previsto y confiada a usted, dado que era el único agente de Fereyd disponible en la zona para hacerse cargo de ella.

—¡Yo no soy un agente! —protestó Gaunt, poniéndose bruscamente en pie.

Zoren lo aplacó con un hábil gesto de disculpa, con el que se señaló la lengua para dar a entender un lapsus de lenguaje. Gaunt recordó que el Gótico Bajo no era el idioma materno del coronel.

—Un socio de confianza —corrigió este—. Fereyd ha tomado la precaución de crear un amplio círculo de amigos situados en muy diversos lugares a los que puede recurrir en momentos como ese. Usted era el único capaz de interceptar y proteger la llave en Pyrites. Por medio de ciertas maniobras, consiguió que yo viajara en la misma nave que usted para ayudarlo. ¿Cómo cree si no que los Vitrianos acabamos instalados de modo tan oportuno en la *Absalom*? Imagino que Fereyd y sus colaboradores se arriesgaron mucho a ponerse en evidencia para lograr que nos transfirieran aquí. Esa fue una acción que rozaba los límites de su forma encubierta de actuar.

—¿Le dijo algo más ese intermediario? —preguntó Gaunt.

—Que debía ayudarlo en todo, aunque tuviera que contravenir las órdenes directas de mis superiores.

Se hizo un momento de silencio, por la enormidad que aquello implicaba.

—¿Y qué más? —insistió Gaunt.

—Las instrucciones decían que usted tomaría la decisión correcta. Que al no poder intervenir de manera directa aquí, Fereyd confiaba en que usted llevara esto adelante hasta que su red se hallara en condiciones de volver a implicarse. Que usted haría una valoración de la situación y actuaría en consecuencia.

Gaunt rio sin ganas.

—¡Pero si yo no sé nada! ¡No sé de qué va esto ni en qué va a acabar! ¡No se me da bien este juego de borrosas sombras!

—¿Porque es un soldado?

—¿Cómo?

—¿Porque es un soldado? —repitió Zoren—. Como yo, usted se mueve entre órdenes y acciones directas. Eso no encaja bien con ninguno de los colaboradores de Fereyd. Aunque seamos de fiar y se nos pueda reclutar para esta causa, a nosotros, la «sal Imperial», nos falta intelecto para comprender las guerras. Esto no es algo que se resuelva con lanzallamas y pelotones de tiradores.

Gaunt maldijo el nombre de Fereyd. Zoren lo imitó, y luego los dos se echaron a reír.

—Aunque quizá usted pueda —añadió Zoren, con repentina seriedad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque él confía en usted. Porque es un coronel, pero ante todo un comisario, un oficial político. Y esta guerra consiste en política, en juego de intriga. Los dos estábamos en Pyrites, Gaunt. ¿Por qué hizo que le entregaran la llave a usted y no a mí? ¿Por qué estoy yo aquí para ayudarlo a usted, y no al revés?

Gaunt volvió a maldecir a Fereyd, pero aquella vez en voz baja, con amargura.

Iba a decir algo cuando sonó un apremiante golpe en la puerta. Gaunt se levantó y fue a abrir. Corbec se encontraba afuera, acalorado y alterado.

—¿Qué? —logró articular Gaunt.

—Será mejor que venga, señor. Tenemos tres muertos y otro en estado grave. Los Jantinos están jugando fuerte.



ONCE

Corbec condujo a Gaunt, Zoren y a un corro de soldados a la enfermería contigua, donde los aguardaba Dorden.

—Cohln, Freul, Lonegin… —dijo Dorden, señalando las tres formas cubiertas con sábanas—. Feygor está allá.

Gaunt miró al ayudante de Rawne, que yacía, respirando trabajosamente con la ayuda de un tubo transparente, en una litera de un rincón.

—Herida punzante, de cuchillo. Le fallan los pulmones. No durará más de una hora si no consigo más material.

—¿Y Rawne? —preguntó Gaunt.

—Como he dicho, señor, ni rastro —repuso Corbec—. Han actuado muy rápidos. Deben de habérselo llevado con ellos. Pero han dejado esto para que lo supiéramos.

Corbec enseñó al comisario el distintivo que llevaban en la gorra los Jantinos.

—Prendido a la frente de Colhn —dijo con odio.

—¿Por qué una demostración de fuerza tan descarada? —planteó, desconcertado, Zoren.

—Los Jantinos están implicados en todo esto. Pero además tienen una rivalidad declarada con los Fantasmas. Si esto sale a la luz, parecerá como una rencilla entre regimientos. Aunque habrá reprimendas, servirá para enmascarar la verdadera cuestión de fondo. Quieren desviar la atención… so pretexto de un enfrentamiento declarado pueden hacer lo que les apetezca.

Gaunt, que trataba febrilmente de idear una solución, cayó en la cuenta de que todas las miradas estaban pendientes de él.

—Nosotros haremos pues lo mismo. Colm. Mantenga las patrullas en el perímetro de este cuartel, con refuerzos dobles. Organice también una incursión en el de los Jantinos. Tome usted el mando. Maten a unos cuantos.

Una gran sonrisa alumbró el rostro de Corbec.

—Les seguiremos el juego y lo ajustaremos a nuestras necesidades. Doctor —anunció a Dorden—, vaya hacer que obtenga el material médico con mi autorización ahora que tenemos un caso grave.

—¿Qué va hacer? —inquirió Dorden, limpiándose las manos con una toalla de gasa.

Gaunt estaba reflexionando. Necesitaba un plan, otra opción dado que el anillo de Dercius se había demostrado inservible. Maldijo el exceso de confianza que había depositado en él. Ahora tendrían que empezar desde cero, tanto para protegerse a sí mismos como para averiguar los secretos del cristal. Sin embargo, su determinación era más fuerte que nunca. Iba a llegar hasta el final. Llevaría la lucha al campo del enemigo.

—Necesito acceso al puente de mando. Hasta el capitán en persona. ¿Coronel Zoren?

—¿Sí?

El coronel Zoren se aproximó a Gaunt. Lo tomó totalmente desprevenido el puñetazo que lo dejó tumbado, con un labio partido y ensangrentado.

—Informe de esto —dijo Gaunt.

Su plan comenzaba a tomar forma.



DOCE

El responsable médico de los Patricios de Jant, Galen Gartell, se volvió lentamente de espaldas hacia el paciente que tenía en la limpia y bien iluminada enfermería del cuartel Jantino. Lo había estado atendiendo desde que lo llevaron. Era un patán, un bárbaro, uno de los Tanith, según le habían dicho los camilleros.

El paciente era un hombre delgado y fuerte, de buena presencia, con facciones duras y angulosas y una estrella azul tatuada encima de un ojo. Entonces la sien aparecía desfigurada por una terrible herida. «¡Mantengalo con vida!», le había susurrado el mayor Brochuss mientras ayudaba a trasladarlo allí.

—Con un estado tan crítico… con un bárbaro como éste… —había murmurado mientras se ponía a trabajar. Le disgustaba emplear su capacidad con animales como ese, pero por lo visto su noble regimiento se había apiadado de aquel intruso rival e iban a curar sus heridas y devolverlo a su lugar como un gesto con el que demostrarían su benigna superioridad a las ratas junto a las que tenían sus alojamientos.

La voz que lo hizo volverse era la del coronel Flense.

—¿Está vivo, doctor?

—A duras penas. No sé por qué debería salvar a un desgraciado como este, desperdiciando valioso material médico.

Flense lo mandó callar y se adentró en la enfermería. Iba seguido de un alto individuo encapuchado.

Gartell dio un paso atrás. El recién llegado medía más de dos metros y a su alrededor había como un amago de humo que fluctuaba y enmascaraba su presencia.

«¿Quién será? —se preguntó Gartell—. Y la capa de sombra… sólo un formidable vástago del Imperio dispondría de un aditamento así».

—¿Qué necesita? —preguntó Flense al encapuchado, que se adelantó a Gartell para observar al herido.

—Tenazas craneales, una sonda neuronal, unos escalpelos largos de un solo filo quizá —contestó con voz cavernosa.

—¿Cómo? —balbució Gartell—. ¿Por el nombre del Emperador, qué se proponen hacer?

—Enseñarle a esta cosa. Enseñarle de una vez por todas —contestó el desconocido, alargando una mano enorme y sarmentosa para acariciar la frente del Fantasma.

Las uñas eran curvadas y marrones, como garras.

—¡Yo soy el responsable médico aquí! —tronó, enfurecido, Gartell—. Nadie realiza ninguna operación en esta enfermería sin mi…

El encapuchado extendió un brazo.

Galen Gartell se encontró mirándose la punta de las botas de repente. Le llevó lo que le restaba de vida darse cuenta de que algo iba mal. Sólo cuando su cuerpo decapitado cayó al suelo a su lado advirtió que… le había… cortado… la cabeza… el cabrón… no.

—¿Flense? Limpie esto, ¿quiere? —solicitó el Inquisidor Heldane, señalando el cadáver tendido a sus pies con el escalpelo tinto en sangre que tenía en las manos.

Después se concentró en el paciente.

—Hola, mayor Rawne —dijo con voz seductora—. Permítame enseñarle qué es lo que desea su corazón.



TRECE

Reclinado en su trono de mando tapizado de piel, el Señor Capitán Itumade Grasticus, comandante del Transporte Superpesado *Absalom* de los Adeptus Mecánicus, levantó su vara de órdenes con una manaza gordezuela como la de un niño y apuntó hacia una de las numerosas placas hololíticas que flotaban a su alrededor en campos suspensores, con el mismo balanceo suave que las boyas mecidas por una marea. La oscura superficie mate de las placas parpadeó y luego la recorrió una lenta sucesión de runas de color ámbar. Grasticus tomó buena nota del actual desplazamiento disforme de su vasta nave y a continuación seleccionó otra placa para ponerse al corriente de las tolerancias de los motores.

A través de unos cables de metal reforzados que salían de las placas del suelo de debajo de su trono y se pegaban como brotes de plantas trepadoras al respaldo de su sillón, Grasticus estaba en conexión con su nave, la sentía. Los cables de datos, muchos de ellos provistos de etiquetas de papel con códigos u oraciones, se desparramaban sobre el reposacabezas de su trono y penetraban en su cráneo, cuello, espina dorsal y abultados carrillos por medio de unos bioenchufes suturados. A través de ellos percibía el ser de la nave, la integridad estructural, los niveles atmosféricos y hasta el estado de ánimo del gran aparato espacial. Gracias a ellos, experimentaba las acciones de todos los miembros de la tripulación y personal de servicio de a bordo conectados, y el distante ritmo de los motores dictaba la cadencia de su propio pulso.

Grasticus era inmenso. De su gran estructura ósea colgaban trescientos kilos de carne fofa. Raras veces abandonaba su trono ni se aventuraba a dejar el sosiego de su strategium privado, una estancia blindada abovedada situada en el corazón del ajetreado puente de mando, en la parte posterior de la *Absalom*.

Ciento treinta años estándar atrás, cuando había heredado aquel navío del difunto Señor Capitán Ulbenid, había sido un hombre alto y delgado. La indolencia y la adictiva empatía con la nave, habían acabado limitándolo a su trono. Como si captara

que ahora formaba una unidad con aquella vasta máquina, su cuerpo había reducido su metabolismo y aumentado su masa, como si quisiera crear una réplica de la voluminosa mole de la *Absalom*. Las naves de transporte de los Adeptus Mecánicus no eran como las de la Armada Imperial. De una antigüedad inconmensurable y a menudo de dimensiones muy superiores, habían sido construidas para transportar los artefactos de guerra desde Marte a los distintos lugares donde eran necesarios. Sus capitanes eran como los Princeps de grandes Titanes móviles, unidos a las máquinas vivas por vínculos de impulsos mentales. Aquellas máquinas eran aparatos vivos.

Grasticus activó otra pantalla que le permitía una observación directa de sus amados navegadores, despojos de hombres conectados a su santuario, dispuesto en una concavidad separada por unos cuantos escalones de mármol del puente principal. Sus voces le cantaron las coordenadas del Immaterium y su ritmo de avance, formando una salmodia de datos que resonó con pálida armonía en su cerebro. Tras escuchar y asimilar, se quedó tranquilo. Había que realizar un leve ajuste de rumbo que dejó a cargo de los oficiales pertinentes. El Rimero Menazoide quedaba justo a dos ciclos diurnos de distancia. En el éter no se vislumbraban anuncios de frentes tormentosos ni de turbulencias disformes y la señal del faro Astronomicon, cuya luz psíquica guiaba a todas las naves en su travesía por el Empíreo, llegaba nítida y clara.

—Benditos sean los cantos de la Navis Nobilite —murmuró Grasticus con su voz cascada, pronunciando parte del Credo de Bendición de la Navis—, pues a partir de ellos reluce el Rayo de la Esperanza que ilumina nuestra Ruta Dorada.

Grasticus frunció el entrecejo de improviso. Había un alboroto fuera de su útero de cables. Unas voces humanas conversaban subidas de tono. Su frente carnosa se plegó como un campo de dunas al tiempo que con el facilitador hacía girar el trono de cara al arco de la entrada del strategium.

—Oficial Judicial Lekulanzi —llamó por comunicador, colgado de un tenso cable de latón de la bóveda del techo—, entre y explique esta perturbación.

Bajó el escudo que protegía la entrada con un leve movimiento de su vara y Lekulanzi acudió presuroso, con expresión de alarma. El oficial judicial levantó la mirada hacia la obesa mole que ocupaba el trono-hamaca y se toqueteó con compulsiva agitación el borde del uniforme y su propia vara de órdenes. En muy raras ocasiones veía al capitán cara a cara.

—Señor capitán, un alto oficial de la Guardia Imperial solicita una audiencia con usted. Quiere presentar una queja formal.

—¿Un ítem del cargamento desea quejarse? —preguntó Grasticus con asombro.

—Un pasajero —dijo Lekulanzi, estremecido por oír el sonido directo de la voz del capitán.

Grasticus no hizo el menor caso de la corrección, como de costumbre. No estaba acostumbrado a llevar humanos. En comparación con los amados Dioses-Máquinas

que transportaba cumpliendo su función normal, le parecían insignificantes. Los humanos habían liberado Fortis Binary, sin embargo, y los Tecnosacerdotes lo habían mandado a él y a su nave para ayudarlos, en una especie de gesto de gratitud, suponía.

A Grasticus no le agradaba Lekulanzi. Era un granuja que habían transferido a su nave tres meses atrás por órdenes de los Adeptus después de que su anterior oficial judicial falleciera durante una tormenta disforme. Él dudaba de la capacidad de aquel hombre y le inspiraba disgusto su complexión enjuta y frágil.

—Que pase —dijo Grasticus, divertido por aquel hecho tan inusual.

Sería una novedad hablar con una persona, utilizar la boca, ver un cuerpo y oler su aliento cálido.

El coronel Zoren entró en el strategium flanqueado por dos soldados de la armada. Tenía la cara marcada con un morado y un corte vendado.

—Hable —dijo Grasticus.

—Señor capitán —saludó el recién llegado, con el delicioso acento de un mundo lejano.

Grasticus entornó los ojos y sonrió, encantado con aquel sonido.

—Coronel Zoren, de los Dragones de Vitrian. Tenemos el privilegio de viajar a bordo de su gran navío. De todas formas, quisiera formular una dolida queja por la falta de seguridad intercuartelaria. Se han iniciado enfrentamientos con esos toscos bárbaros, los Tanith. Su comandante me ha golpeado cuando me he dirigido a él para protestar por diversas peleas.

A través de sus conductos de datos, Grasticus percibía el soplo de los campos psíquicos de verdad que se superponían en su strategium. El hombre hablaba con sinceridad; el comandante Tanith —un tal… ¿Gaunt?— le había pegado, en efecto. Los campos registraban también niveles inferiores de incoherencia y falsedad, pero Grasticus los atribuyó al nerviosismo del Vitriano por el hecho de hablar con él en persona.

—Esta es una cuestión que concierne a mi auxiliar de seguridad, el oficial judicial aquí presente. La vigilancia del protocolo y el comportamiento a bordo de la nave son su función. A mí no me importunen con tales irrelevancias.

Zoren lanzó una mirada al agitado Lekulanzi, que estaba incómodo a más no poder.

Sin dar margen de tiempo a que alguno tomara la palabra, un nuevo individuo entró en el strategium: un hombre alto vestido con el abrigo largo y la gorra de un Comisario Imperial. Los soldados encararon hacia él las armas, pero ni siquiera pestañeó.

—Lekulanzi es un inútil. Es incapaz de cumplir sus obligaciones, y ya no digamos imponer la paz en esta nave. Usted debe intervenir directamente.

El recién llegado era directo y atrevido hasta extremos insólitos. No había presentado un saludo formal ni tenido gesto alguno de humildad. Impresionado, Grasticus perdió un poco su papel.

—Soy Gaunt —se presentó el hombre—. Mis cuarteles de los Tanith han sido objeto de agresiones externas y alguien ha atentado contra mi propia vida. Tres de mis hombres han muerto, hay uno en estado grave y otro desaparecido. He creído por error que los culpables eran Zoren y los suyos y por eso lo he agredido. Los responsables son en realidad los del regimiento Jantino. Le pido, sin rodeos, que los confine y abra una investigación a sus oficiales.

Nuevamente, Grasticus captó un atisbo de engaño en el flujo de los campos de verdad astropáticos, pero como antes los achacó al efecto turbador de su presencia. En lo esencial, el tal Gaunt era de una sinceridad absoluta y se expresaba sin rodeos ni doblez.

—¿Han muerto soldados suyos? —preguntó Grasticus, alarmado casi.

—Tres. Otra cuestión de más urgencia me lleva a pedir su autorización para que dé acceso a mi responsable médico a los almacenes del Munitorum para que se lleve de allí el material que necesita para salvar al que se encuentra en estado crítico.

«¡Este insecto me está echando jalles en la cara! ¡En mi propio strategium!», pensó Grasticus, reaccionando de repente.

Con la agitación mental, dejó fuera un sesenta por ciento de los datos que afluían a su cerebro para poder concentrarse. Aquella era la primera vez en una docena de años que tenía que hacer frente a un problema relacionado con la carga. ¡Pasajeros! Pasajeros, así los había llamado Lekulanzi. Grasticus rebulló en su trono. Aquello era inaudito. Era insultante. Aquel asunto debía haberse atajado mucho antes, antes de que la carga sufriera daños, muertes, antes de que las protestas llegaran ante él.

Levantó la vara de órdenes y la apuntó hacia una de las placas suspendidas. No iba a perder la cara delante de aquellos gusanos de dos patas. Les enseñaría que él era el capitán, el señor capitán, y que todos ellos le debían a él la vida y la seguridad.

—He concedido la autorización a su responsable médico. Dispone de mi marca formal para entrar en los almacenes.

—No está mal para empezar —se felicitó, con una sonrisa, Gaunt—. Ahora confine a los Jantinos y castigue a sus oficiales.

Grasticus estaba asombrado. Se apuntaló sobre los codos, semejantes a la terminación de un par de jamones, para escrutar a Gaunt, separando por primera vez la parte superior del cuerpo de la piel del sillón en quince meses. Sonó un crujido de piel humedecida de sudor a la vez que se propagaba un olor a rancia mugre por el aire del strategium.

—No pienso tolerar tal insubordinación —musitó Grasticus, escupiendo aquellas palabras blandas como el algodón por entre los holgados pliegues de carne que

rodeaban, como cortinas de un escenario, su boca diminuta y brillante—. Nadie me viene con exigencias.

—Esa es una respuesta insuficiente. No nos venga con largas ni amenazas. ¡Exigimos medidas! —El que había hablado era Zoren, que permanecía al lado del adusto Gaunt. Grasticus se llevó una sorpresa. Había captado en el Vitriano una actitud más sumisa y deferente y ahora él también lo desafiaba sin reparos—. ¡Contenga a los Jantinos y ponga fin a sus peleas o tendrá que hacer frente a un motín! ¡Aquí hay miles de soldados entrenados, sedientos de sangre! ¡Más de lo que podrían controlar los suyos! —Zoren lanzó una mirada de desdén al escolta de la nave.

—¿Me está amenazando? —Grasticus se había quedado casi boquiabierto sólo de pensarlo—. ¡Haré que lo encadenen por su atrevimiento!

—¿Así es como pone remedio a las cosas que no quiere oír? —espetó Gaunt, empujando a un lado a uno de los soldados para aproximarse al trono de Grasticus.

El soldado se resistió pero Gaunt, que era más fornido, lo mandó al suelo con un diestro movimiento de brazo.

—¿Es usted el oficial al mando de este navío, o una nulidad gorda que se esconde en su interior?

Lekulanzi retrocedió hasta pegarse a la pared del strategium, horrorizado. ¡Nadie hablaba de esa forma al capitán! Nadie…

Grasticus se irguió todavía más en su trono-tumbona, alejando con manotazos las placas flotantes, que se retiraron a los bordes de la habitación tras él. Miró furibundo a los oficiales de la Guardia, con su enorme corpachón sacudido de rabia.

—¿Y bien? —inquirió Gaunt.

Grasticus se puso a bramar, levantando su voz cavernosa por primera vez en años.

Zoren observó a Gaunt con nerviosismo y la duda de si no estarían presionando demasiado al capitán. Sin embargo, la calma de Gaunt lo tranquilizó. Repasando los elementos de su plan, se dispuso a lanzar sus propias puyas a Grasticus en sintonía con las de Gaunt.

Gaunt se congratuló para sus adentros. Ya habían captado por entero la atención de Grasticus.

Fuera del strategium, en los niveles inferiores del abovedado y refrigerado puente de mando, los oficiales de la nave despegaron la vista de sus oscuras palancas y dispositivos para intercambiar miradas de asombro. El eco de la voz grave del capitán se propagaba más allá del strategium. Por lo visto, estaba tan enfadado que había distraído de manera transitoria la atención de la mayoría de los sistemas, lo que constituía un hecho inaudito, sin precedentes.

Un destacamento de soldados de la nave se arracimó con cautela ante la puerta arqueada del strategium.

—¿Entramos? —consultó uno por el comunicador del yelmo.

Ninguno tenía ganas de afrontar la ira del señor capitán. Les daban lástima los incautos oficiales de la Guardia que habían creado aquella situación.

A Gaunt no le importaba, no obstante, la ira. La había desatado a conciencia.



CATORCE

El responsable médico Dorden traspuso seguido de su pequeño grupo la escotilla blindada del sector de provisiones del Munitorum. Tanto Caffran, como Brin Milo y Bragg formaban una abigarrada guardia de honor de altura algo irregular para el anciano médico.

Entraron en una gran sala que olía a antiséptico y a filtres de ionización. El suelo gris estaba espolvoreado de arena limpia. Dorden consultó su cronómetro.

—Ha llegado la hora… —dijo.

—¿Quién ha llegado? —preguntó Bragg.

—Lo que quiero decir es que es ahora o nunca. Ya le hemos dejado tiempo suficiente al comisario. Si no ha habido fallos, debe de estar con el capitán —calculó Dorden.

—Yo aún no entiendo nada —admitió Bragg al tiempo que se rascaba el mentón de su cara enjuta—. ¿Cómo va a funcionar esto? ¿Qué intenta hacer el viejo jefe de los Fantasmas?

—A esto se le llama una operación de diversión —explicó con calma Milo—. No te preocupes por los detalles y limítate a seguir la corriente y hacerte el tonto.

—¡Eso será fácil! —dictaminó Bragg.

Luego se quedó desconcertado al ver la irónica sonrisa de Caffran.

Al final de la sala, detrás de unas puertas de rejilla metálica, tres empleados del Munitorum trabajaban vestidos con túnicas frente a unas consolas. Había además siete soldados de la nave, como mínimo, que montaban guardia en el lugar.

Dorden se adelantó y rozó la reja.

—¡Necesito material! —anunció—. ¡Deprisa! ¡Se está muriendo un hombre!

Uno de los empleados se levantó, dejando la capa encima del asiento de la consola. Era un individuo bajo y corpulento cuya fortaleza se advertía bajo la túnica caqui propia de los encargados del Munitorum. Llevaba unos brillantes implantes de

cromo en la mejilla, la sien y la garganta. Al acercarse a ellos, se desconectó un cable del cuello.

Dorden le puso la placa de datos bajo la nariz.

—Solicitud de material médico —espetó.

El hombre observó la tablilla. Mientras la revisaba, los soldados se pusieron en alerta de improviso y se concentraron en el centro de la sala. Milo percibió, lejanos, los mensajes que mandaban y recibían por los transmisores de los yelmos. Uno de ellos se volvió hacia el personal del Munitorum.

—¡Un altercado en el puente! —anunció por el micro con voz metálica—. La maldita Guardia se ha metido en otra pelea. Nos mandan a patrullar a la zona de los cuarteles.

El empleado del Munitorum los despidió con un gesto de mano. Los soldados se fueron, dejando tan sólo uno de sus compañeros de guardia ante la reja de entrada, que abrió el empleado para dejar paso a los Fantasmas. Luego dedicó una ojeada a la tablilla antes de indicarles un corredor a la izquierda.

—El Señor Capitán Grasticus les ha dado la autorización. Por allí, la cámara once. Cojan lo que necesitan. Solamente aquello que necesitan. Pienso comprobar el inventario a la salida. Nada de analgésicos sin una orden debidamente firmada del oficial judicial, ni hurtos.

—Al demonio —replicó Dorden, recuperando con gesto brusco la tablilla—. ¡Tengo una vida por salvar! ¿Cree que íbamos a desperdiciar el tiempo intentando llevarnos un botín?

El empleado le dio la espalda con indiferencia. Dorden se fue con sus tres acompañantes por el oscuro pasillo, entre estantes de tanques de aire, así como ánforas de vino y también cajones de comida que llegaban hasta el techo. Al llegar a una intersección situada en las lóbregas profundidades del centro de abastecimiento, a través de varias escotillas, vieron la gran extensión que ocupaba.

—El material médico por allí —informó Caffran, reparando en las etiquetas blancas del marco de una de las escotillas.

—Hay una consola —dijo Milo, señalando la oscura cavidad que había al fondo de otro de los corredores.

Allí advirtieron el lejano y apagado brillo de un artificer del Munitorum. Dorden volvió a mirar el cronómetro.

—Exacto, tal como habíamos previsto. ¡Cinco minutos! ¡Adelante!

Con Bragg a la zaga, Dorden entró en el almacén de suministros de medicina y comenzó a coger rollos de gasa estéril, frascos de solución antiséptica y paquetes de instrumental quirúrgico estéril de los negros estantes metálicos. Bragg tomó un carro situado cerca de la puerta y lo siguió.

Milo y Caffran se introdujeron en la oscura cámara, y el muchacho se instaló en

el asiento frente a la consola. Tras rebuscar en el bolsillo, extrajo la placa memoria que le había dado Gaunt y lo encajó con aprensión en la ranura de la máquina. Dos pilotos de color pardo se encendieron cuando el artificer reconoció la placa virgen. Con manos temblorosas, el chico intentó recordar lo que le había dicho el comisario.

—¿Dará resultado? —preguntó Caffran a la vez que desenfundaba su cuchillo, mirando con ansiedad la puerta.

Los bancos de datos del Munitorum estaban subordinados directamente al cogitador principal de la nave. Rememorando punto por punto las instrucciones de Gaunt, Milo introdujo las palabras clave de búsqueda por medio del teclado de marfil. Los teclados disponían de acceso sin trabas a la información general de la nave, incluida la autorización de seguridad de que carecía el artificer de Gaunt.

—¡Deprisa, chico! —lo urgió con nerviosismo Caffran.

Milo no le hizo caso, aunque la palabra «chico» se le quedó grabada, pues lo incomodó. Los dedos temblorosos lo fueron conduciendo por las gastadas teclas a nuevos niveles de instrucción que brillaban en cursores rúnicos en la chata superficie de la consola, tal como había previsto el comisario.

—¡Aquí! —exclamó de repente Milo—. Me parece…

Tocó con pulso incierto una tecla de función con una inscripción rúnica y la consola emitió un ronroneo. Los datos comenzaron a cargarse en la placa virgen. Gaunt estaría orgulloso. Milo había interpretado bien sus confusas instrucciones acerca del buen uso de las máquinas.

* * *

En el almacén de medicina, Dorden apartó la mirada del carro que estaba llenando para consultar una vez más el cronómetro. Bragg lo observó con temor.

—¡Estamos tardando demasiado! —se quejó con irritación Dorden.

—Puedo volver… —sugirió Bragg.

—No, aún no lo hemos cogido todo —contestó Dorden, revisando las estanterías en busca de resina para un neumotórax.

* * *

—¡Ya lo tenemos! —exclamó Milo, con las manos apoyadas en el teclado.

Caffran no respondió. Milo se volvió y vio que Caffran se quedaba paralizado, con el cañón de una escopeta en la sien. El soldado de la Armada Imperial no dijo nada, pero indicó con la cabeza a Milo que se levantara sin tardanza del asiento.

Milo así lo hizo, dejando las manos visibles.

—Está bien —dijo el soldado, con una voz que sonó con apagada resonancia a causa del casco.

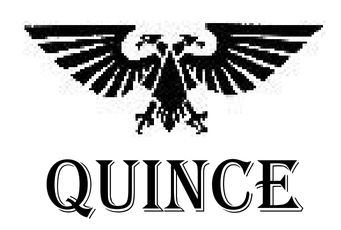
Luego señaló con la escopeta el lugar donde quería que se colocara Milo.

Caffran reaccionó y propinó un codazo al soldado en el esternón, aunque en realidad pretendía darle en el plexo solar. La armadura de malla de fibra del uniforme

paró el golpe y el hombre giró sobre sí para lanzar a Caffran contra los estantes de la pared.

Milo intentó moverse.

La escopeta emitió un disparo, arrojando un estallido de incandescente furia en medio de la oscuridad.



QUINCE

Mientras esperaban en la penumbra, advirtieron que a los Jantinos les habían adjudicado los mejores cuarteles de la nave. La columnata de acceso era una espaciosa nave de embarcación, con capacidad para las más voluminosas piezas de equipo. Los relucientes quemadores de la pared proyectaban alargadas sombras púrpura sobre las baldosas.

Dos Patricios de Jant vestidos con armadura patrullaban, con las varas de entrenamiento en ristre, por el extremo opuesto. Mantenían una conversación anodina cuando Larkin apareció por la columnata como si se hubiera perdido. Los Jantinos lo miraron con incredulidad y Larkin se quedó petrificado, con el alargado y curtido rostro desencajado por el miedo. Tras soltar un juramento, dio media vuelta y echó a correr por donde había llegado.

Los dos guardias partieron raudos en pos de él profiriendo gritos que presagiaban un enfrentamiento. Habían recorrido diez metros cuando se desplegaron las sombras que había a sus espaldas y de ellas surgieron los Fantasmas, que echaron sobre los hombros las capas de camuflaje. Mkoll, Baru, Vari y Corbec se abalanzaron sobre los dos Jantinos y después de abatirlos con varas de prácticas y cuchillos Tanith, los arrastraron a la zona de sombras de la sala principal.

—¿Por qué tengo que hacer yo siempre de cebo, maldita sea? —preguntó Larkin, que se detuvo junto a Corbec, quien limpiaba un rastro de sangre del suelo con el borde de la capa.

—Porque tú tienes la cara adecuada —dijo Vari, y Corbec sonrió.

—¡Mirad allí! —avisó Baru en voz baja desde el fondo de la sala.

Cuando llegaron a su lado les enseñó con una sonrisa el hallazgo que había realizado en la entrada que vigilaban los centinelas Jantinos. ¡Armas! Un exótico y baqueteado rifle bólter con profusión de ornamentación y una gastada pero aún útil pistola primitiva con una canana de proyectiles. Ninguna de ellas eran piezas de

reglamento de la Guardia y tenían un nivel técnico muy inferior. Corbec sabía qué eran.

—Recuerdos, botines de guerra —murmuró mientras recorría con la mano la pistola primitiva.

Todos los soldados coleccionaban trofeos como aquellos; se los llevaban para venderlos, para guardarlos de recuerdo o simplemente para usarlos en caso de apuro. A Corbec le constaba que muchos Fantasmas tenían los suyos… pero ellos los habían entregado siguiendo las normas junto con sus armas reglamentarias al subir a bordo. No le extrañaba lo más mínimo que los Jantinos hubieran conservado esas armas. Los centinelas las habían dejado como reserva por si sufrían un ataque que no pudieran repeler con las varas.

Vari entregó el rifle a Larkin. No había dudas respecto de quién debía llevarlo. El peso de un arma de fuego en sus manos pareció calmar al viejo francotirador. Se lamió la boca de labios poco menos que inexistentes, semejante a un tajo practicado en el cuero de su cara. Se había estado quejando sin cesar desde que habían partido, reacio a participar en una incursión de represalia.

—¡Si nos pillan, nos van a fusilar! ¡Esto no está bien!

Corbec se había mostrado firme, aun siendo consciente de lo arriesgado de la misión.

—Se trata de un enfrentamiento entre regimientos, Larks —señaló—, de una cuestión de honor. Ellos han matado a Lonegin, Freul y Colhn. Piensa en lo que le han hecho a Feygor y lo que podrían estar haciéndole al mayor. El comisario nos ha pedido que venguemos esta afrenta de sangre y yo, por mi parte, voy a obedecer con gusto.

Corbec había omitido mencionar que había elegido a Larkin solamente por su gran pericia para moverse a hurtadillas y tampoco había dejado claro el verdadero motivo que tenía Gaunt para ordenar la incursión: para distraer, para despistar, y, al igual que los Jantinos, para fomentar la idea de que lo que realmente ocurría a bordo de la *Absalom* obedecía a una estúpida rencilla entre soldados.

Ahora, examinando el rifle, Larkin daba la impresión de estar más tranquilo. Su única elocuencia era con un arma de fuego. Si iba a infringir las leyes de la nave, mejor hacerlo en toda regla, con un rifle en las manos. Además, todos sabían que él era el mejor tirador del regimiento.

Se adentraron por la zona cuartelaria de los Jantinos. Por un largo corredor llegaban sonidos de cantos y bromas, por otro, del choque de las varas en una sala de entrenamiento.

—¿Hasta dónde llegamos en la represalia? —preguntó Mkoll en un susurro.

—Ellos han matado a tres y herido a dos. Nosotros deberíamos igualarlo como mínimo —contestó Corbec.

Además, sentía la necesidad de descubrir qué había sido de Rawne, y de rescatarlo si era posible, aunque sospechaba que ya estaba muerto.

Mkoll, el responsable del pelotón de exploradores, era el mejor hombre que tenían en cuestiones de sigilo y camuflaje. Con Baru a su lado, se confundió con las sombras del pasillo y siguió adelante.

Los otros tres aguardaron. El distante ritmo de los motores de la nave, transmitido en la vibración del suelo, tenía algo de discontinuo, de inquietante. «Espero que no vayamos a topar con ninguna condenada locura Disforme», musitó Corbec. Enseguida recuperó el ánimo, no obstante, al caer en la cuenta de que aquello era obra de Gaunt. Había dicho que iba a distraer e importunar al capitán.

Baru regresó a informarlos.

—Hemos tenido una suerte tremenda —anunció—. Mejor será que lo veáis.

Mkoll los esperaba escondido junto al siguiente recodo. Más adelante había una escotilla iluminada.

—La enfermería —susurró—. Me he acercado a la puerta. Tienen a Rawne dentro.

—¿Cuántos Jantinos hay?

—Dos soldados, un oficial… un coronel… y otra persona que lleva túnica. No me gusta el aspecto que…

Un grito rasgó de repente el aire y luego se redujo a un gemido. Los cinco Fantasmas se pusieron rígidos. Había sido la voz de Rawne.



DIECISÉIS

El soldado de la Armada dio una patada a Caffran, que estaba en el suelo, y preparó el arma para acabar con él. Las sirenas que alertaban de una violación en la prohibición del uso de armas sonaron con estridencia en el angosto espacio del almacén del Munitorum. El soldado tiró de la patilla del cargador y entonces un monumental puñetazo lo tumbó contra unas cajas.

Bragg levantó al aturdido soldado y lo arrojó a diez metros de distancia. El hombre aterrizó, destrozado.

—¡Brin! ¡Brin, chico! —llamó con ansiedad, haciendo oír su voz entre el bramido de la sirena.

Milo se levantó de debajo del artificer. El disparo, que había hecho estallar la placa de visión, no lo había acertado por poco.

—Estoy bien —aseguró.

Bragg ayudó a ponerse en pie a Caffran mientras Brin sacaba la placa de la ranura del artificer.

—¡Vamos! —apremió—. ¡Vámonos ya!

En menos de un minuto, se encontraban con Dorden, ayudándolo a empujar el cargado carro hacia la salida. Para entonces, entraban corriendo por la reja varios empleados del Munitorum y soldados de la Armada.

—¡Gracias a Feth que están aquí! —tronó Dorden, demostrando poseer unos nervios de acero—. ¡Hay Jantinos ahí adentro, unos locos! ¡Nos han atacado! Su compañero se ha interpuesto, pero creo que se han librado de él. ¡Deprisa! ¡Dense prisa!

La mayoría de los soldados se alejaron a la carrera. Uno se quedó en cambio, observando con cierto recelo a los Fantasmas.

—Tendrán que esperar a que comprobemos lo ocurrido.

Dorden se encaró a él y con un aplomo asombroso le enseñó la placa de datos.

—¿Sabe lo que es esto? ¡Una autorización directa de su capitán! ¡Tengo a un hombre muriéndose en mi enfermería! ¡Necesito este material! ¿Quiere ser responsable de una muerte, sólo porque…?

El soldado se decidió a dejarlos marchar y se apresuró a ir en pos de sus camaradas.

—Creía que se trataba de un lugar seguro —espetó Dorden al empleado del Munitorum al pasar junto a él de camino a la salida.

Chocaron con el carro en la pared del ascensor y luego apoyaron en ella la espalda mientras comenzaba a subir.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Dorden después de aspirar varias veces.

—Me parece que sí —confirmó Milo.

—«¡Hay Jantinos ahí adentro, unos locos! —imitó Caffran al anciano médico con una cómica sonrisa—. ¡Nos han atacado! Su compañero se ha interpuesto, pero creo que lo han avasallado. ¡Deprisa!». ¿De dónde diantre ha sacado eso?

—Ha tenido una inspiración, diría yo —intervino Bragg.

—Allá en Tanith, yo era médico… pero también secretario de los Ciudadanos para el Teatro del Condado. Mi interpretación del príncipe Teygoth fue muy celebrada.

Sus carcajadas de alivio se expandieron por el ascensor.



DIECISIETE

El pelotón de represalia de Corbec se disponía a pasar a la acción cuando los altavoces del cuartel comenzaron a propagar el sonido de una alarma de violación de armas. Los aullidos se repetían por el pasillo al tiempo que en todos los dinteles comenzaban a parpadear unas runas de «Alarma».

El coronel se retiró con sus hombres mientras de la enfermería salían unas personas que miraron a uno y otro lado. De todas partes acudieron patrullas de soldados Jantinos, que trataron de descubrir la naturaleza del incidente a través de los transmisores.

Corbec vio a Flense y a Brochuss, los oficiales Jantinos, y a otro individuo, altísimo y de apariencia grotesca, vestido con una túnica reluciente y cambiante, como de humo, que lo llenó de espanto.

—¡Ha habido disparos en el sector del Munitorum! —explicó un soldado Jantino que disponía de un transmisor—. Los soldados de la Armada se dirigen al lugar para contener… Señor, en todos los canales van y vienen las informaciones. ¡Nos echan la culpa a los Jantinos! ¡Dicen que hemos atacado a la escoria de los Tanith en la zona de suministros!

—¡Maldito Gaunt! —exclamó Flense—. ¡Intenta seguirnos el juego! —Se volvió hacia sus hombres—. ¡Brochuss! ¡Redoblen la vigilancia! ¡Los de seguridad, vengan conmigo!

—Yo me quedaré a acabar mi trabajo —dijo el hombre de la túnica, con una voz profunda, sibilante, que heló la sangre a Corbec.

Mientras los aludidos se marchaban para cumplir las órdenes, el individuo detuvo a Flense tomándolo por el hombro. No era tanto una mano como una garra de largos dedos lo que usó, advirtió Corbec con un escalofrío.

—Esto no me hace ninguna gracia, Flense —le murmuró al coronel, que de repente se había puesto a temblar—. El que se valga de la violencia contra un soldado

como Gaunt puede tener la certeza de que reaccionará con violencia también. Y por lo visto, ha infravalorado sus habilidades políticas. Me temo que ha sabido jugar mejor que usted. Si es así, más vale que se prevenga contra él.

Flense se zafó del contacto para alejarse a toda prisa.

—¡Yo lo arreglaré! —gruñó a la defensiva por encima del hombro.

El tipo de la túnica lo observó un instante antes de volver a entrar en la enfermería.

—¿Qué hacemos? —preguntó Vari en un susurro.

—Dime que nos marchamos —rogó con ansia Larkin.

De la habitación de al lado salió otro grito.

—¿Y a vosotros qué os parece? —replicó Corbec.



DIECIOCHO

El ruido de las sirenas perturbó la habitual tranquilidad del strategium. Grasticus se revolvió en su trono-hamaca y activó unas pantallas. Después lanzó una maldición al leer la información que contenían.

Gaunt y Zoren intercambiaron miradas furtivas. «Ojalá ésta sea la confusión que hemos planeado», pensó Gaunt.

Grasticus se apoyó en los codos y se dirigió a gritos al tembloroso Lekulanzi.

—¡Disparos en el sector del Munitorum! ¡Según mis datos, han sido Jantinos que buscaban pelea!

—¿Ha resultado herido alguno de los míos? —inquirió Gaunt con vehemencia—. Ya le he dicho que los Jantinos están sedientos de sangre…

—Cállese, comisario —lo atajó el capitán con semblante agrio. Aquel día estaba resultando ya bastante trastornador—. Aún no se han confirmado los informes. ¡Baje allí y encárguese de ello, oficial judicial!

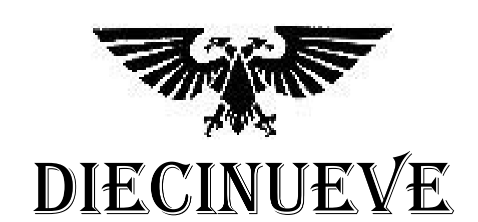
Lekulanzi abandonó a toda prisa aquella habitación y Grasticus devolvió toda la atención a los dos coroneles de la Guardia Imperial.

—Este asunto exige una concentración exclusiva por mi parte. Los mandaré llamar cuando podamos seguir hablando.

Zoren y Gaunt asintieron y salieron con elegante porte del strategium. Juntos cruzaron la nave del puente de mando, entre el bullicio de la tripulación, y entraron en los ascensores.

—¿Está funcionando? —preguntó Zoren cuando se cerraron las puertas y sonó el agudo coro de la grabación.

—Roguemos por el Trono que así sea —hizo votos Gaunt.



DIECINUEVE

Tomaron la enfermería siguiendo una estrategia de manual.

Era una estancia amplia y larga de techo bajo. El hombre de la túnica estaba inclinado sobre Rawne, que seguía gritando, atado a una camilla. Un par de soldados Jantinos montaban guardia en la puerta. Corbec se coló entre ellos y, como si no existieran, dio una voltereta y aprestó la escopeta. El individuo de la túnica volvió la cabeza, como si captara la intrusión. El tiro de la escopeta lo precipitó de espaldas contra una pila de aparatos de resuscitrex.

Los guardias comenzaban a moverse cuando Mkoll y Baru entraron como balas detrás de Corbec y los acuchillaron. Corbec se puso en pie y tras colgarse la escopeta, agarró a Rawne.

—Sagrado Feth… —murmuró al ver la herida de la cabeza y el inquietante recorrido de los cortes de escalpelo en la cara, cuello y cuerpo desnudo del mayor.

Rawne recobraba y perdía alternativamente el conocimiento.

—¡Vamos, Rawne, despierta! —urgió Corbec, cargando al mayor a hombros.

—¡Tenemos que irnos ya! —gritó Mkoll al tiempo que comenzaba a sonar el pitido de unas nuevas sirenas de violación de armas.

Corbec le lanzó la escopeta.

—¡Llévala preparada! ¡Dispara si es necesario para abrirnos paso!

—¡Coronel! —avisó Baru.

Impedido por el peso de Rawne, Corbec no pudo volverse a tiempo. El individuo de la túnica volvía a ponerse en pie tras él, ayudándose con sus garras. Como llevaba la capucha bajada, vieron con asombro la equina extensión de la cabeza y la dentadura cuadrada. En los ojos de aquel ser monstruoso ardía la furia y a su alrededor crepitaba una energía de color morado.

Corbec notó que bajaba sensiblemente la temperatura de la habitación. «Asquerosa magia», fue cuanto le dio tiempo a pensar… antes de que un disparo se

llevara de cuajo la cabeza del hombre-monstruo.

Larkin estaba en el umbral, con el viejo rifle en las manos.

—Ahora nos vamos, ¿no? —dijo.



VEINTE

Gaunt tomó la placa que le entregó Milo. Después se encerró en su habitación, dejando expectantes a todos los hombres concentrados fuera. En el interior, Corbec, Zoren y Milo lo observaban sin perderse detalle.

—Ojalá esto esté a la altura del esfuerzo —dijo por fin Corbec, expresando de viva voz lo que todos pensaban.

Gaunt asintió. La apuesta había sido inmensa. De todos modos, de no ser por las ansias de sangre de los Jantinos y los brutales métodos que habían empleado para llevar a cabo su intriga, nunca habrían llegado tan lejos. En la nave reinaba aún una gran conmoción. Los destacamentos de seguridad de los Adeptus Mecánicus obstruían todos los pasillos, realizando registros en los cuarteles. Los rumores, acusaciones y amenazas rebotaban de unos a otros, transformados en nuevos rumores, acusaciones y amenazas.

Gaunt era consciente de que no había salido con las manos inmaculadas de aquello, y no tenía intención de ocultar que sus hombres habían respondido a la agresión de los Jantinos. Habría reprimendas, castigos, rondas de interrogatorios, que no conducirían a nada concluyente. Los Jantinos, con todo, harían lo mismo que él y no permitirían que el asunto superara ante la luz pública las dimensiones de simple rencilla entre regimientos, y solamente él y los elementos confabulados contra él sabrían qué había habido en juego.

Tras introducir la placa en su artificer, puso el cristal en el lector. Después tocó varias teclas.

—No funciona —dijo Zoren al cabo de un momento.

Así era. Hasta donde alcanzaban los conocimientos de Gaunt, Milo había copiado las últimas cifras de acreditación a través del artificer del Munitorum, pero por algún motivo no abrían el cristal. En realidad, no podía abrir siquiera las cifras y ponerlas en acción.

Gaunt exhaló un juramento.

—¿Y el anillo? —sugirió Milo.

Gaunt reflexionó un instante y luego rescató la sortija de Dercius de su bolsillo. A continuación la colocó en el lector contiguo al que sostenía el cristal y lo activó.

Pese a ser demasiado viejo y desfasado para franquear acceso a las cifras específicas del cristal, el anillo poseía una criptografía general que bastaba para autorizar el uso de códigos bajados del sistema. La placa de visión mostró un auténtico galimatías por un momento, mientras las lenguas rúnicas se traducían unas a otras y superponían datos, transcribiendo e interpretando, redefiniendo. El cristal se abrió y vertió su contenido en una pantalla hololítica que se proyectó fuera de la placa de visión.

—Ay Feth… ¿qué significa esto? —murmuró Corbec, abrumado al instante por la magnitud de lo que veía.

Milo y Gaunt guardaron silencio y siguieron leyendo en detalle.

—Esquemas —dijo simplemente Zoren, con una nota de admiración en la voz.

—Sí —asintió Gaunt—. Por el Trono Dorado, no es que yo entienda gran cosa de esto, pero por lo que alcanzo a comprender… ahora veo por qué estaban tan ansiosos por hacerse con ello.

—Un diagrama —señaló Milo, apuntando a una barra lateral de la pantalla—. Una localización. ¿Dónde está eso?

Gaunt observó y volvió a asentir, despacio. Ahora encontraba un sentido a las cosas. Como, por ejemplo, el motivo por el que Fereyd lo había elegido para hacerse cargo del cristal. Todo se presentaba aún mucho más difícil de lo que había temido.

—Épsilon Menazoide —musitó.



UN RECUERDO

Khedd 1173, dieciséis años antes

Los kheditas no esperaban que atacaran en invierno, pero los Señores de la Guardia Imperial de la Tierra, cuyas fuerzas vivían en las naves que, ajenas a las estaciones, recorrían el eterno frío del espacio, no realizaban distinción alguna entre meses de campaña y meses de reposo. Tras quemar dos agrupaciones de población regladas por clanes en la boca del río Heort, donde los largos fiordos se abrían al gélido mar y al archipiélago, se adentraron por el glacial territorio para perseguir a los nómadas que habían pasado el verano hostigando a los principales Destacamentos Imperiales con tácticas de guerrilla.

En aquellas latitudes, el aire era cristalino como el hielo y el cielo tenía un profundo y resplandeciente color turquesa. Su columna de vehículos de transporte *Chimera*, de orugas especiales para nieve expropiadas a los indígenas, de carros de combate *Hellhound* y *Leman Russ* provistos de grandes palas para despejar el paso, avanzaban con rapidez por el escultural desierto de hielo, dejando una estela de humo de tubos de escape y de hielo pulverizado. El camuflaje caqui de su última campaña en las calurosas y polvorientas tierras de Providence Lenticula había sido cubierto con una nueva capa de pintura compuesta de pequeñas manchas grises y azules sobre un fondo blanco. Sólo quedaban como antes las Águilas Imperiales y la insignia

púrpura de los Patricios de Jant en los flancos de los veloces y estruendosos vehículos.

Los vehículos de reconocimiento *Sentinel*, que se habían adelantado al grueso de la unidad, habían localizado una heluka nómada a tres kilómetros de distancia en un asombroso y reluciente glaciar de hielo verde. El general Aldo Dercius mandó detener la columna y se sentó en lo alto de la torreta de su carro de combate, quitándose los mitones para poder pasar las hojas de las tomas de imagen que le habían llevado los centinelas.

La heluka no parecía diferir de la norma: una empalizada de troncos de abedul en torno a dieciocho habitáculos de cuero de mahish curtido dispuesto sobre una armazón redondeada hecha con los huesos de la costilla del mismo animal. Había un corral contiguo a la empalizada, que contenía como mínimo unos sesenta anahig, las perniciosas aves de espaldas jorobadas que los kheditas utilizaban casi siempre como montura. Pese a su aspecto desmañado y cómico, aquellos condenados corceles de dos patas eran capaces de correr más deprisa que un *Chimera* sin carga a través de la nieve, girar a mayor velocidad, y con las escamas que tenían debajo del grasiento pellejo, repeler el fuego láser. Sus picos dentados eran muy idóneos para partir un hombre en dos, como si fuera un pastelillo.

Dercius se quitó las gafas de sol para ver mejor las tomas de imagen y pestañeó ante la súbita agresión de resplandor de la nieve. Abajo, en el morro del carro, su tripulación aprovechaba para estirar las piernas y relajarse. En una estufa hervían agua para preparar una endulzada cafeína y los dos ayudantes y guardaespaldas de Dercius se ponían en las mejillas y narices quemadas por la nieve grasa de mahish salida de unas pequeñas latas redondas que habían trocado con las gentes del lugar. Dercius sonrió para sí. Sus Patricios tenían fama de esnobs, de tener veleidades aristocráticas, pero eran ingeniosos y sabían desprenderse de su orgullo para plegarse a la sabiduría local y untarse la cara con grasa de cetáceo con objeto de protegerse de los implacables soles invernales.

Con el rostro embadurnado de blanca grasa de olor acre, el ayudante Brochuss se guardó la lata en el bolsillo del uniforme forrado de piel, de color púrpura y cromo, distintivo de los Patricios, y llevó una taza de cafeína arriba, a la torreta.

Dercius la aceptó agradecido. Brochuss, un joven y corpulento soldado, señaló con la cabeza las imágenes desparramadas sobre la cubierta de la torreta.

—¿Un objetivo? ¿O sólo otra pandilla de cazadores de thlak?

—Eso es lo que intento dilucidar —respondió Dercius.

Desde que habían dejado la desembocadura del Heort ocho días atrás, la suerte les había sonreído en el temprano asalto que habían realizado contra un campamento de guerrilleros kheditas, pero después habían desperdiciado cuatro tardes atacando helukas que no albergaban más que pastores y cazadores con sus familias. Aunque la

Guardia Imperial contara con la fuerza, la tecnología y el poder de las armas de su parte, los rebeldes nómadas tenían de la suya la determinación patriótica, el fanatismo y la dureza del medio circundante.

Dercius era consciente de que muchas campañas habían fracasado cuando, confiadas en sus victorias iniciales, las fuerzas extranjeras habían empujado a los nativos a buscar un ventajoso refugio en su territorio inhóspito. Lo último que le convenía era una guerra de desgaste que lo dejara varado durante años en una acción de tipo policial contra una esquiva guerrilla. Los kheditas conocían y aprovechaban bien aquel hermoso y cruel entorno, y Dercius sabía que podía estar yendo tras ellos durante meses, sufriendo mientras tanto una lenta erosión a cuenta de los ataques relámpago protagonizados por un enemigo con gran capacidad de movimiento. Si al menos tuvieran una base, un cuartel fijo, una ciudad que pudieran tomar. La cultura khedita era nómada, sin embargo. Ese era su territorio, y mantendrían su dominio sobre él hasta que lograra atraparlos.

De todas formas, recordó para tranquilizarse, el Señor de la Guerra Slaydo le había prometido otras tres unidades de la Guardia que ayudarían a sus Cuarto y Undécimo de Jant en su persecución. Era sólo cuestión de un día o dos.

Volvió a estudiar las imágenes y advirtió algo.

—Esto promete —dijo a Brochuss, tomando un sorbo de cafeína—. Es un asentamiento bastante numeroso en comparación con las helukas de pastores y cazadores que hemos visto antes. Sesenta animales de primera. Esos anahig son grandes. Yo diría que son monturas de guerra.

—¡Verdaderos destriers! —bromeó Brochuss, haciendo alusión a las hermosas bestias que tradicionalmente se criaban en las cuadras de las baronías de Jant Normanidus.

Dercius celebró la gracia. Aquella era la clase de ocurrencia que habría tenido su antiguo mayor, Gaunt; una manera de aflojar la presión de la burbuja de tensión que poco a poco generaban las campañas difíciles. Enseguida alejó el recuerdo de sí. Aquello había acabado, se había quedado atrás en Kentaur.

—Mira aquí —indicó, señalando una toma concreta. Brochuss se inclinó para observarla.

—¿Qué dirías tú que es? —preguntó Dercius.

—¿La tienda principal? ¿Dónde tiene el dedo? No sé… ¿un conducto de humo? ¿Un espacio aéreo?

—Puede —concedió Dercius, levantando la toma para que su ayudante la viera mejor—. En todo caso sale humo, pero todos sabemos lo fácil que es generar humo. Ese atisbo de luz… ahí.

Brochuss rio, asintiendo.

—¡Por el Trono! Una antena de comunicaciones. Seguro. Tienen un aparato de

transmisión ahí, cuyo mástil sale por la abertura. ¡Una vista muy aguda la suya, general!

—¡Por eso soy el general, soldado Brochuss! —replicó de buen humor Dercius —. ¿Qué tenemos, pues, en conclusión? Una heluka mayor de lo normal, sesenta cabezas de monturas de guerra en el corral…

—¿Y desde cuándo necesitan los pastores de thlak una unidad de comunicación intercontinental? —acabó el ayudante.

—Me parece que el Emperador nos ha sonreído con un golpe de suerte. Indique al mayor Saulus que coloque los carros en formación de media luna rodeando el borde del glaciar. Que los Hellhound pasen adelante y los soldados se queden en retaguardia. Vamos a rodearlos.

Brochuss bajó del *Leman Russ* para apresurarse a transmitir las órdenes.

Dercius arrojó las últimas gotas de cafeína por el costado de la torreta. El líquido fundió la nieve, dejando unas manchas junto a las roderas de los tanques.

* * *

Justo antes del crepúsculo, cuando el primer sol era un helado semicírculo rosa que se ocultaba bajo el horizonte y el segundo un ardiente resplandor de color albaricoque tras el velo de unas finas nubes diseminadas por un cielo cada vez más negro, la heluka había quedado reducida a una oscura mancha.

Los kheditas habían luchado con ferocidad… con toda la que cabía esperar de unos soldados de las latitudes del hielo vestidos con pieles cuyo campamento de tiendas había sido repetidamente castigado con los proyectiles vomitados por los tanques y las llamas escupidas por los Hellhound. La mayoría de los muertos y los escombros habían quedado ensamblados en el interior de los gruesos bloques de hielo que se formaban con rapidez; eran unas formas rotas, retorcidas, renegridas que se habían solidificado de repente por el pronto retorno de la congelación.

Alrededor de una veintena habían conseguido montar en sus anahig y organizar un contraataque por el flanco norte. Unos cuantos soldados de su infantería habían sido despedazados por los temibles picos de las bestias y pisoteados por estas. Dercius había mandado retroceder a la tropa y avanzar en su lugar a los carros con sus implacables palas de bulldozer.

La puesta de sol era hermosa en Khedd. Dercius hizo subir su vehículo por la pendiente del glaciar hasta abarcar en su panorámica el océano. Este aparecía dotado de una vibrante tonalidad roja que le prestaba la última luz del día, a la que se mezclaban los reflejos luminiscentes de los microorganismos y diminutos crustáceos que prosperaban en aquellos gélidos mares. De vez en cuando, la agonizante luz dejaba ver la gran forma reluciente de un mahish que subía a recolectar su comida a la superficie. Dercius contemplaba la rizada agua teñida de arrebol, atento a la súbita aparición de unos lomos y aletas de veinte metros y a las sonoras y graves voces que

circulaban en sus profundidades.

Bajo él, en la torreta, el aparato de comunicaciones transmitía un ocioso parloteo, pero de improviso tuvo un sobresalto al oír una señal que irrumpía entre este: un mensaje bajo y regular redactado en simple argot de combate Jantino.

—¿Quién sabe que… quién lo manda? —murmuró, bajando a la torre para ajustar el dial del aparato.

Al principio sonrió. Llegaban los refuerzos que había prometido Slaydo. El Quinto y Sexto de Tanith. Y el mensaje era del comisario de los Hyrkan, el pequeño Ibram Gaunt.

Una luz turbia de neblina iluminaba la cresta del glaciar mientras la columna blindada de los Hyrkan se sumaba al panorama, levantando una polvareda de nieve con sus vehículos, cada vez más próximos a los Jantinos.

«Será estupendo ver a Ibram —se felicitó Dercius—. ¿Cuánto tiempo ha pasado… trece, catorce años? Ha crecido desde la última vez que lo vi, igual que su padre. Ha servido con los Hyrkan y llegado a comisario». Dercius se había mantenido al corriente de la carrera de Ibram a través de los informes llegados de alejados planetas. No era sólo un oficial, tal como pretendía su padre, sino un comisario nada menos. «El comisario Gaunt. Vaya, vaya. Será estupendo volver a ver al chico».

A pesar de todo.

* * *

El vehículo oruga de Gaunt se detuvo en la nieve junto al *Leman Russ* del general. Dercius bajaba para ir a su encuentro, calándose la gorra y retocándose la posición de la espada sierra del regimiento envainada en una decorativa funda. A duras penas reconoció al hombre que salió a recibirlo.

Gaunt había madurado. Era alto, fuerte, de cara delgada y ojos de mirada firme y penetrante como rayos láser. Le sentaban bien el abrigo de uniforme y la gorra de Comisario Imperial.

—Ibram… —dijo Dercius con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Años —respondió simplemente el comisario con expresión inescrutable—. El espacio es demasiado amplio para abarcarlo. He estado esperando esta ocasión desde hace mucho. Siempre confié en que las circunstancias volvieran a hacernos coincidir, cara a cara.

—¡Ay… y yo también, Ibram! Es una alegría verte. —Dercius abrió los brazos.

—Porque soy, de acuerdo con la educación que me dio mi padre, una persona justa, te diré esto, tío Dercius —anunció Gaunt, con voz extrañamente baja—. Hace cuatro años, en Darendara, tuve una revelación. Una serie de revelaciones. Recibí cierta información. Una parte de ella era incomprensible y carecía de aplicación entonces. Otra era benéfica, porque me comunicaba una verdad. Desde entonces he estado esperando encontrarme contigo.

—Ibram… —Dercius se puso rígido— …muchacho… ¿qué estás diciendo?

Gaunt desenfundó la espada sierra y lanzó un murmullo mordaz al frío aire.

—Sé lo que ocurrió en Kentaur. Sé que por miedo a un descalabro en tu propia carrera, mi padre murió.

El ayudante de Dercius se interpuso de improviso entre ambos.

—¡Ya es suficiente! —espetó—. ¡Retroceda!

El mayor Tanhause y el sargento Kleff de los Hyrkan se aprestaron para secundar a Gaunt.

—Está hablando con un Comisario Imperial, amigo —le recordó Gaunt—. Piense bien lo que hace.

Brochuss dio un paso atrás, con la incertidumbre de la pugna entre el deber y la prudencia.

—Ahora soy comisario —prosiguió Gaunt, dirigiéndose a Dercius—. Estoy facultado para impartir justicia donde perciba una infracción. Estoy facultado para castigar la cobardía. Poseo autoridad total para juzgar, en nombre del Emperador, en el campo de combate.

Reparando de improviso en las implicaciones de las palabras de Gaunt, Dercius desenvainó su espada sierra y arremetió contra él. El comisario empuño la suya para contener con pulso firme el ataque.

El comandante Jantino hervía de rabia… ¿Cómo se había enterado el pequeño cabrón? ¿Quién podía saberlo para habérselo dicho? La confianza de que había disfrutado desde el inicio de la campaña en Khedd comenzó a disiparse con igual rapidez que la luz menguante que quedaba sobre el paisaje de hielo. Ibram lo sabía. ¡Lo sabía! ¡Después de tanto tiempo, de todas sus precauciones, el muchacho lo había averiguado! Aquello era lo que siempre había temido y se había prometido que nunca ocurriría.

Las espadas sierra chocaron, emitiendo chirridos y chispas mientras las cadenas rozaban y se repelían entre sí. Los dientes rotos saltaron despedidos como metralla. Dercius había recibido clases en las escuelas de espada de la Academia Militar de Jant Normanidus. En la mejilla y antebrazos tenía las cicatrices de honor que así lo atestiguaban. Las espadas sierra eran algo distinto, desde luego: con un peso diez veces superior a las tradicionales y el factor arbitrario que a menudo intervenía en la torsión provocada por el contacto de los dientes giratorios. Dercius sin embargo había actualizado su pericia en los matices de la espada sierra con ocasión de su ingreso en los Patricios. Los duelos con aquel tipo de arma eran raros en aquellos tiempos, aunque no inauditos. El secreto estaba en la potencia de la muñeca, el impulso y el cálculo en el uso de la modificación del sentido de la cadena para desviar al adversario y abrir un espacio.

No había posibilidad de fintas con un arma tan pesada como aquella. Sólo cabían

los cambios bruscos en la dirección de las acometidas. Los dos giraban, cruzaban las hojas, se separaban y seguían desplazándose en círculo para volver a poner en contacto las armas. Sus subordinados gritaban y otros acudían a presenciar el enfrentamiento. Nadie se atrevía a intervenir. Por la franca determinación de los oficiales, resultaba evidente que estaban dirimiendo una cuestión de honor.

Dercius arremetió por debajo, alterando con gran velocidad el curso de la hoja e hizo a un lado el arma de Gaunt, que emitió un chirrido de metal torturado. Tenía una brecha por la que introdujo la espada. Por la raja del abrigo y la túnica del comisario brotó la sangre, proveniente del largo corte que había recibido en la parte inferior del vientre.

Gaunt estuvo a punto de desplomarse. El dolor era inmenso y le constaba que el desgarrón era terrible. Había fracasado. No había logrado vengar su honor y a su padre. Dercius era demasiado grande, mantenía una presencia demasiado formidable en su mente para poder derrotarlo. El tío Dercius, el sonriente y carismático gigante que a veces lo reñía y que de vez en cuando se había asomado a su vida en Manzipor, con un bagaje de cuentos, de chistes y de maravillosos regalos. Dercius, que le había tallado juguetes, le había detallado los nombres de las estrellas, lo había sentado sobre sus rodillas y le había ofrecido collares de dientes de Orko.

Dercius que, con estacas aguzadas, le había enseñado el arte de la esgrima en las terrazas que miraban a las cataratas. Gaunt se acordaba de la sutil desviación en el ataque que siempre lo dejaba sentado en el suelo, masajeándose un hombro magullado. Diestro con una espada e invencible con una espada sierra.

O tal vez no. Derramando sangre y ropa y carne hecha jirones, Gaunt se volvió, ágil como un niño, y arremetió de frente con un arma que no estaba pensada para las estocadas.

En el rostro de Dercius apareció una expresión de sorpresa casi insoportable cuando la espada sierra de Gaunt se hundió en su esternón y con un convulsivo chillido atravesó hueso, carne, tejido y órganos hasta sobresalir entre sus omoplatos, despidiendo pedazos de carne con los dientes. Dercius cayó muerto en un sangriento amasijo, vibrando con el ritmo del arma todavía activa que lo había atravesado.

Gaunt cayó de rodillas, sosteniéndose el vientre por cuyo boquete manaba una sangre tibia. Perdía justo el conocimiento cuando Tanhause acudió a socorrerlo.

—Ya te he vengado, padre —intentó decirle Ibram al cielo del anochecer antes de sumirse en un estado de inconsciencia.



CAPÍTULO 6
ÉPSILON MENAZOIDE



UNO

Nadie quería Épsilon. Nadie quería morir.

El comisario Gaunt recordó con una pesarosa sonrisa las cavilaciones que había tenido en la Cúpula de Cristal de la *Absalom*. Recordó que había rezado por que sus Fantasmas fueran seleccionados para la ofensiva en el planeta principal, Sigma Menazoide. «Cómo cambian las cosas», se dijo con una carcajada. Cómo se hubiera mofado si alguien le hubiera dicho entonces que iba a elegir por propia voluntad aquel destino.

Quizás elegir no era la palabra exacta. La suerte y unas manos invisibles habían tenido también su intervención. Cuando la *Absalom* había aterrizado en una de las enormes hexatedrales de cabeza de puente dispuestas como cuentas de un rosario a lo largo del Rimero Menazoide, había ya una impresionante masa de regimientos y unidades acorazadas que se concentraban para desplegarse por las zonas que serían futuros objetivos. La mayoría de los oficiales de los regimientos habían solicitado la gloria de avanzar contra Sigma, y el consejo táctico del Señor de la Guerra Macaroth se había visto inundado de propuestas y contrapropuestas relativas a la disponibilidad de los Ejércitos Imperiales. Gaunt había reflexionado sobre la manera como Fereyd, el invisible Fereyd y su red de agentes, habían movido los cables para que pudiera contar con el apoyo de los Vitrianos en la *Absalom*. Sin recurrir a ningún medio directo de comunicación, confiaba en que volverían a observarlo y a atender en lo posible sus necesidades, con la comprensión tácita de que eran parte integrante del plan que compartían.

Por ello había enviado señales a la división táctica anunciando su convencimiento de que, dadas sus reconocidas cualidades como sigilosos exploradores, sus Fantasmas serían adecuados para el ataque contra Épsilon.

Quizá fuera la suerte. Quizá fuera porque no se había ofrecido voluntario ningún otro regimiento. Quizá fuera porque Fereyd y su red habían captado la petición y

trabajado entre bambalinas para garantizar una respuesta positiva. Quizá fuera porque, frustrados sus intentos de arrebatarle los secretos del cristal, la facción enemiga protagonista de la conspiración había resuelto que la única manera de averiguarlos era dejándolo moverse espontáneamente para seguirlo. Quizás estuviera conduciéndolos al trofeo que tanto anhelaban.

Poco importaba. Tras una semana y media de organización de la leva, la distribución de material y asignaciones tácticas en las hexatedrales, habían escogido a los Fantasmas para participar en el asalto de Épsilon Menazoide, donde avanzarían delante de un ejército blindado de cuarenta mil vehículos integrado por los Lattarii Gundogs, el Décimo séptimo de Ketzok, el Cuarto, el Quinto y el Décimo quinto de Samotracia, los Infernales Borkélidos, el Tercero de los Blindados de Cadia y la Caballería Mecanizada Sarpoy. Con los Primeros de Tanith en el campo habría ocho regimientos Mordianos y cuatro Pragar, el Primero y el Tercero de los Devastadores de Afghali, seis batallones de Irregulares de Oudinot… y los Dragones de Vitrian.

La inclusión de los Vitrianos acentuaba la confianza de Gaunt en la influencia de personas amigas en las decisiones del despliegue. El hecho de que los Patricios de Jant formaran también parte de la primera oleada y que el Señor General Dravere estuviera al frente de las operaciones de Épsilon le llevaba a pensar lo contrario.

¿Hasta qué punto aquello era obra de la mano de Fereyd? ¿Hasta qué punto había sido orquestado por la facción enemiga? ¿Qué proporción se debía a un mero azar? Sólo el tiempo daría la respuesta. El tiempo… y las muertes.

Los estrategas del señor general habían dispuesto seis puntos de dispersión para el aterrizaje principal en un cinturón que cubría ciento veinte kilómetros de tierras bajas adyacentes a una cadena de colinas designada como Santuario Objetivo Primaris en todos los mapas y diagramas de campo. Cuatro puntos de dispersión más se extendían en una extensa hondonada salina debajo del Santuario Objetivo Secundus, una hilera de farallones situada a mil quinientos kilómetros al oeste, y otras tres estaban situadas para atacar el Santuario Objetivo Tercius en una amplia península oceánica emplazada a dos mil kilómetros por el sur.

Las oleadas de naves llegaban al resguardo de la luz previa al amanecer, tiñendo de rojo los vientres de las nubes con sus quemadores y propulsores. A la salida del sol, pálido y débil, el cielo en claroscuro estaba plagado de naves… los pesados aparatos de transporte de tropas, relucientes como escarabajos, los que llevaban los suministros y municiones que se movían, más ligeros, en grupos de dos y de tres, los veloces cazas que trazaban estelas entrecruzadas en el cielo. Algún que otro bombardeo orbital —una entrecortada expansión de fuego de misiles órbita-tierra y el ocasional y medido retumbo de una gigantesca arma lanzarrayos— ablandaba las vacías tierras por encima del hervidero de los puntos de dispersión.

Abajo, hombres y máquinas abandonaban las negras naves con la luz del alba.

Los soldados de infantería formaban columnas o se concentraban a esperar en grupos y las unidades acorazadas partían ya, abriendo sus propios caminos sobre una alta hierba que enseguida quedaba aplastada. El aire estaba impregnado de humo de los tubos de escape, del rugido de los motores de los carros de combate, de los propulsores de las naves y del crepitar de los transmisores. Los pelotones de refuerzos se instalaban en campamentos dispersos, donde encendían fogatas, o prestaban su ayuda para levantar las tiendas de los hospitales de campaña y centros de comunicaciones. Las unidades de ingenieros excavaban fortificaciones y deflectores defensivos. Los destacamentos de suministros del Munitorum rompían los cajones de material y lo distribuían a los diversos pelotones. Entre aquella barahúnda, el sacerdote del Ministorum se desplazaba con solemne porte entre su rebaño, pródigo en bendiciones, con un incensario que hacía oscilar mientras cantaba sin cesar himnos potenciadores del valor y la protección.

Gaunt desembocó por la rampa de proa de su nave al aire de la mañana, sobre una amplia llanura de barro lleno de roderas. El ruido, la vibración, el olor a sustancias petroquímicas, eran intensos. También había una agresión de luces por todas partes, venidas de las fogatas de campo y los faroles, de los faros de los vehículos, de parpadeantes luces de las naves de desembarco que aterrizaban o de las linternas de los oficiales que organizaban el desembarco de tropas y vehículos.

Gaunt dirigió la mirada hacia las laderas que se alzaban más allá, cubiertas de espesos helechos secos de tonalidad ocre. Después de aquellas colinas se adivinaba la existencia de despeñaderos y cumbres más altas: el Objetivo Primaris. Allá, si los datos de nivel Vermellón se ajustaban a la verdad, estaban radicadas las esperanzas y los sueños del Alto Señor Militar General Dravere y sus lacayos. Y también el destino de Ibram Gaunt y sus Fantasmas.

A cierta distancia, las naves de desembarco *Devourer* abrieron sus fauces metálicas para desembuchar la infantería. Los Fantasmas salieron parpadeando en formación, observando las ocres colinas y la capa de hinchadas nubes bajas que las cubrían. Gaunt se los llevó, siguiendo las instrucciones de los organizadores, hasta el altozano, que era su primer puesto provisional. Tras despejar el humo de la combustión que enturbiaba el aire en la base de dispersión, se formaron su primera imagen de Épsilon Menazoide. Era frío y seco, con un viento cortante y un penetrante aroma a madreselva. Al principio, aquel olor frío y dulce resultaba extraño y agradable, pero tras respirarlo un rato era sofocante y nauseabundo.

Gaunt informó de su posición y pronto recibió la orden de avanzar de acuerdo con las disposiciones previas de batalla. Los Fantasmas comenzaron a ascender entre los helechos, dejando un sinfín de rastros de matas pisoteadas tras de sí. Aquellas plantas, frágiles como cenizas, les llegaban a las caderas, y, además, les estorbaban el paso sus raíces y los rizomas de las juncias.

Gaunt los llevó hasta lo alto de la colina y después les mandó girar en dirección oeste, tal como le habían indicado. Más abajo, a dos kilómetros de distancia, en los puntos de dispersión, varias enormes naves de desembarco volaron entre oscilaciones por encima de la pendiente, haciendo estremecer el aire y combando, como un preludio de tormenta, los helechos mientras realizaban un ascenso poco menos que imposible entre el cielo nublado.

A tres kilómetros de distancia, Gaunt divisó con el catalejo dos regimientos de Guardias de Hierro de Mordia que avanzaban en formación desde sus lugares de desembarco. A otros dos kilómetros más allá, los Dragones de Vitrian se habían puesto ya en camino desde su primer puesto provisional. El ondulado terreno de colinas era un hervidero de tropas, distribuidas en negras aglomeraciones que se alejaban entre la maleza de la calcinada zona de la base de dispersión.

Hacia media mañana, los regimientos de acorazados y de infantería de la Guardia Imperial ascendían en paralelo, cual dedos de una mano, por las laderas de las tierras altas, cubiertas de helechos y guijarros. En los puntos de dispersión ya lejanas, las naves seguían trayendo desde la órbita componentes de la vasta ofensiva. El rugido de los propulsores retumbaba como un distante fragor de truenos en las faldas de las colinas.

Comenzaron a ver torres: unas irregulares acumulaciones de aristadas piedras de cuarenta metros de altura que surgían del monte bajo cada quinientos metros aproximadamente. En todo el sector de las montañas había hileras de aquellas torres. Parecían pilas de losas, anchas en la base, que se estrechaban al ganar altura para volver a ensancharse en lo alto. Estaban todas cubiertas de musgo, en un estado de abandono que en algunos casos llegaba al desmoronamiento absoluto, reducidas a un montón de piedras rotas esparcidas y medio ocultas entre los helechos.

Gaunt no estaba seguro de si eran formaciones naturales, aunque su distribución en línea a intervalos regulares apuntaba a lo contrario. De nuevo lo asaltó el desánimo al recordar la curiosa falta de datos sobre Épsilon de que habían dispuesto en la instrucción preparatoria.

«Se trata seguramente de un mundo de santuarios —fue la mejor explicación que pudo darles el Servicio de Inteligencia—. La superficie del planeta está sembrada de unas inexplicables estructuras de piedra, dispuestas en líneas que convergen en las áreas principales de ruinas: los objetivos Primaris, Secundus y Tercius».

Gaunt mandó al pelotón de Mkoll a explorar el repecho de la colina y el valle que se extendía tras una hilera de torres medio derruidas. Después extrajo la placa de datos que mantenía escondida en el bolsillo del abrigo desde hacía dos días y consultó los datos relativos al cristal.

A continuación llamó al soldado Rafflan y tomando el micro del transmisor de campaña que llevaba a la espalda, impartió nuevas órdenes. Sus unidades harían de

avanzadilla y los Mordianos, que iban detrás, se rezagarían a la espera de que él les indicara que siguieran adelante. Entonces era mediodía según la hora local.

Al volverse a observar a sus hombres, Gaunt vio al mayor Rawne, que permanecía encorvado, sosteniendo sin fuerza la pistola láser en la mano. Gaunt prácticamente se había negado a permitir que Rawne fuera con ellos, pero los médicos de la hexatedral habían dictaminado que estaba en condiciones. Desde la tortura que le habían infligido los Jantinos y aquel misterioso monstruo encapuchado al que había disparado Larkin era sólo una sombra de lo que fue. Gaunt echaba de menos su actitud mordaz y arisca que había hecho de él un peligroso aliado, pero también un buen líder. Feygor, su ayudante, también se encontraba allí, gracias a que Dorden le había salvado la vida. Ahora era un imprevisible resentido que no paraba de afilar el hacha de guerra. En los cuarteles había estado echando pestes contra los Jantinos, quejándose de que participasen en aquella expedición. Gaunt temía lo que pudiera ocurrir si los caminos de los Fantasmas y los Jantinos se cruzaban en Épsilon, sobre todo teniendo en cuenta que Rawne no se hallaba en disposición de refrenar a su ayudante.

«Lo que tenga que ser, será», resolvió Gaunt, evocando un consejo que le había dado en otro tiempo Fereyd. Revisó su pistola bólter y estaba a punto de volverse para decirle a Milo que tocara algo cuando de las flautas Tanith brotaron las estremecedoras notas de una marcha que resonaron en el recodo del valle.

Estaban allí, e iban a hacerlo.



DOS

El Leviatán de Mando del Señor General Dravere, una enorme fortaleza acorazada con ruedas del tamaño de una pequeña ciudad, se desplazaba sobre el arcilloso suelo de las faldas de las colinas, más arriba de uno de los múltiples puntos de dispersión con destino al objetivo Primaris.

En su interior, Dravere dio media vuelta en su tumbona de mando de piel. Estaba de buen humor. Gracias a sus urgentes peticiones, el Señor de la Guerra Macaroth lo había puesto personalmente al frente de la ofensiva de Épsilon. ¡El muy necio! Allí residía el secreto que el monstruo de Heldane le había confiado en Fortis Binary. La recompensa. El premio que le permitiría ganarlo todo.

Dravere había pasado dos días revisando los datos disponibles sobre Épsilon Menazoide antes del desembarco. De unas dimensiones apenas mayores que las de una luna en comparación con Sigma, estaba considerado un mundo de santuarios dedicados a los Poderes Oscuros. Unas grandes estructuras ruinosas de antigua e inexplicable construcción dominaban las tierras altas del norte, componiendo formas que sólo eran detectables en órbita. El grueso de las legiones del Caos destinadas a presentarles batalla se concentraba en las ciudades del mundo principal, pero los informes del Servicio de Inteligencia habían captado indicios de una masa defensiva imprecisa establecida allí. Estaba claro que, aunque aquel mundo lunar careciera de una riqueza o valor perceptibles a simple vista, para el enemigo tenía algún significado. ¿Por qué si no se había arriesgado a dividir sus fuerzas?

Dravere había oído propuestas de la Armada que planteaban borrar Épsilon del mapa con bombardeos orbitales, pero había vetado con vehemencia tal posibilidad. Él era partidario de tomar Épsilon por tierra, para poder capturar y examinar lo que el enemigo tenía en tan alta estima. Esa era la explicación oficial de aquel ataque.

Dravere sabía algo más. Sabía que el solo hecho de que el rebelde Gaunt hubiera solicitado aquel frente era significativo. Dravere estaba preparado. Sabía cómo

utilizar a las personas. Había basado su carrera en ello. Ahora utilizaría a Gaunt. Puesto que el comisario no había cedido aquellos datos de incalculable valor, lo usarían para que los condujera hasta ellos.

Dravere levantó una palanca para hacer girar su tumbona de mando y realizó una rápida lectura de los informes en las placas repetidoras suspendidas en torno a él. Luego estableció comunicación con las Cúpulas de Mando de los mariscales Sendak y Tarantine que dirigían las operaciones en los objetivos Secundus y Tercius respectivamente. Le dijeron que la dispersión se había completado y que sus fuerzas avanzaban sin haber tenido hasta el momento ningún contacto con el enemigo.

La tarde tocaba ya a su fin, y con ella el primer día. Dravere lamentaba que aún no se hubieran producido enfrentamientos en ninguno de los tres frentes de batalla, pero al mismo tiempo le satisfacía la idea de haber supervisado el desembarco de una fuerza expedicionaria de aquella talla, dividida en tres objetivos, en menos de un día. Conocía a pocos comandantes de la Guardia Imperial capaces de hacer lo mismo en el triple de tiempo.

Seleccionó otras placas para controlar la disposición del ejército que estaba a su mando. Los regimientos de infantería se alejaban a buen ritmo de la zona de dispersión y las unidades motorizadas atravesaban con sus vehículos los valles inferiores. Había dispuesto un despliegue en abanico de la infantería, distribuida con apoyo de los acorazados en tres puntas, una encabezada por los Mordianos, en el oeste, otra por los Lattarii, en el este y la tercera por los Tanith, en el sur. Hasta entonces no se había percibido indicio alguno de un enemigo contra el que trabar batalla. Ni ningún indicio de que hubiera otros seres vivos en Épsilon aparte de las fuerzas del Imperio. Dravere tomó un estilete y escribió un breve mensaje en una tablilla dirigido al coronel Flense de los Jantinos. Flense sería sus oídos y su vista sobre el terreno, pues iría detrás de los Fantasmas de Gaunt, listo para intervenir. En realidad, el avance de Gaunt era el único que suscitaba su interés.

Dravere codificó el mensaje en argot de combate Jantino y lo transmitió a los Patricios. Flense no le fallaría.

Después se recostó en su hamaca y en sus finos labios se instaló una sonrisa. Sabía que aquella estrategia tenía un precio, pero disponía de muchas vidas. De las vidas de los cincuenta mil soldados que tenía a sus órdenes allí en Épsilon, las cuales consideraba una mera bagatela para alcanzar su apoteosis.

Por el momento resolvió aprovechar la oportunidad para descansar y meditar.

* * *

Amanecía el segundo día cuando regresó a su tumbona de mando para repasar las noticias acumuladas por la noche. Todas las unidades habían avanzado según lo previsto hasta el anochecer y luego habían establecido zonas de acampada con vigilancia. El enemigo no había dado señales de vida durante la noche, pero tampoco

Dravere esperaba tales novedades, pues de lo contrario su personal lo habría despertado de inmediato y ya se habrían efectuado los primeros disparos.

Más allá de la barandilla circular que rodeaba su cabina-tumbona, en la cúpula de mando reinaba un gran ajetreo salpicado de conversaciones. Estaban allí los oficiales de la Armada y los responsables del Munitorum junto con los responsables tácticos de la Guardia y los miembros de su propio personal, controlando los artificers y codificadores, procesando, analizando y reflejando el movimiento en el enorme mapa hololítico de despliegue, una forma luminosa tridimensional que se proyectaba desde la cúpula del techo.

De repente sonó un anuncio en el recinto:

—El mariscal Tarantine informa de que sus unidades de Cadia y de Afghali han entrado en combate. ¡Hay una lucha encarnizada en el Santuario Objetivo Tercius!

«La primera sangre —pensó Dravere—, por fin». En el mapa del despliegue continental centellearon unos indicadores rúnicos rojos. Unas manchas de color marrón y carmesí se encendieron para delimitar el alcance y la extensión de los combates en Tercius. Las posiciones enemigas aparecieron destacadas en forma de agresivas y diminutas estrellas.

Dravere impartió más órdenes para que la artillería pesada y los carros de combate cercaran la zona e iniciaran el bombardeo para cubrir la línea de Tarantine. En el mapa cobraron vida dos zonas más, revelando los repentinos y duros enfrentamientos iniciados en la ofensiva de Secundus contra las posiciones enemigas ocultas, que respondieron con bombardeos. Más manchas, más estrellas amarillas. Dravere no perdía de vista las señales que reflejaban el rápido avance de los Tanith, seguidos por las columnas de Mordíanos, Jantinos y Vitrianos. En Primaris no se había manifestado ninguna resistencia, por el momento.

—Ya empieza, señor —dijo alguien a su izquierda.

Dravere levantó la mirada y topó con la cara del Táctico Imperial Wheyland. Era un hombre calvo de considerable corpulencia y ojos penetrantes. Aunque vestía el uniforme negro con ribetes rojos de los consejeros tácticos de Macaroth, Dravere supo quién era en realidad desde que lo conoció: un espía, un vigilante, un observador que había enviado Macaroth para supervisar la labor de Dravere.

—¿Cuál es su valoración, Wheyland? —preguntó Dravere con tono afable.

—Esperábamos una resistencia encarnizada —repuso el táctico tras escrutar el mapa de despliegue—. Mi previsión es que todavía tienen más argucias que aún no han mostrado.

—Todavía no se aprecia nada en Primaris. Y eso que esperábamos que allí se diera lo peor, ¿no es cierto?

—En efecto —confirmó Wheyland sin acusar el sarcasmo de Dravere—. Ya llegará. Si éste es el Mundo de Santuarios que tememos, la defensa será más fanática

de lo que imaginamos. No haga avanzar con excesiva precipitación a sus fuerzas, señor general, porque, de lo contrario, quedarán expuestas y demasiado desperdigadas.

A Dravere le hubiera gustado decirle al táctico qué opinión le merecía su recomendación, pero Wheyland formaba parte de la aristocracia militar de Macaroth y habría sido contraproducente insultarlo. Quería gritarle: «He dispersado este ejército invasor con mayor rapidez y eficiencia que ningún otro comandante de la flota ¿y se atreve a aconsejarme que aminore el ritmo?».

Wheyland se sentó en la barandilla y exhaló un suspiro con aire reflexivo.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad, Hechtor?

—¿Mucho tiempo? —inquirió Dravere de mal humor—. ¿A qué se refiere?

—Al calor del combate —contestó, sonriente, Wheyland—. Los dos fuimos soldados de a pie en un tiempo. La última acción en la que participé directamente fue contra los condenados Eldar en Ondermanx, hace veinte años. Ahora nos limitamos a mirar tablillas de datos y placas. Las funciones de mando son muy honorables, pero a veces echo de menos el sudor y el esfuerzo de los combates.

Dravere se relamió. Acababa de ocurrírsele una idea deliciosa.

—A mí nunca me sobran los hombres con ganas y condiciones para luchar, Wheyland. ¿Querría ir al frente?

Tras un primer instante de perplejidad, Wheyland sonrió de improviso, poniéndose en pie.

—Nunca le hago ascos a una oportunidad como esta. Me fascina la técnica de combate del prestigioso regimiento Tanith. Estoy seguro de que el consejo táctico incorporará muchas ideas nuevas a raíz de la observación directa de sus métodos de camuflaje. Con su permiso, me uniré con gusto a ellos.

«Se le ven a la legua las intenciones —pensó Dravere con animadversión—. Quiere verlo por sí mismo, ¿eh?». De todas formas, sabía que no podía llevarle la contraria. Negarse a facilitar los deseos de un Táctico Imperial podría poner en peligro su plan. «Ya me ocuparé de ti más adelante», resolvió.

—¿Le apetecería participar en el despliegue de campo como observador? No me vendría mal una persona de confianza sobre el terreno.

—Con su permiso —dijo Wheyland, disponiéndose a marcharse—. Cogeré un *Chimera* de la reserva y me trasladaré allí. Dispongo de un destacamento de guardaespaldas que pueden acompañarme. Naturalmente, lo tendré al corriente de cuanto averigüe.

—Naturalmente —convino con enojo Dravere—. Introduciré su identificador en el mapa. ¿Qué código de batalla va a usar?

Wheyland fingió reflexionar un momento.

—¿Qué le parece la señal de llamada de mi antigua unidad? Aguilera.

Dravere la anotó y pasó los detalles a su ayudante.

—Buena caza… táctico —dijo mientras el hombre abandonaba la cúpula de mando.



TRES

Gaunt levantó la vista de la transcripción que había hecho el encargado de comunicaciones Rafflan de la transmisión interceptada.

—¿Le dice algo, señor? —preguntó este—. Lo capté ayer por la tarde.

Gaunt asintió. Era un mensaje en argot de combate Jantino. Pendiente de los agentes de Macaroth, había ordenado a Rafflan que mantuviera abierto el aparato de comunicaciones para escuchar todas las transmisiones del campo de batalla. El mensaje lo dirigía Dravere a Flense: era una orden directa para que se siguiera a los Fantasmas. Gaunt se rascó la barbilla. Poco a poco, los enemigos mostraban sus cartas.

Alzó la mirada hacia el alto puerto de montaña, abarrotado de helechos, con sus hileras de torres en ruinas. Estuvo tentado de enviar a Rawne ladera abajo para minar el camino antes de que llegaran los Jantinos, que venían pisándoles los talones, pero al fin y al cabo, ellos pertenecían a su mismo bando. Habían llegado noticias de que en los otros dos objetivos se habían producido duros y sangrientos enfrentamientos. No había forma de prever lo que encontrarían allá en las alturas. No se atrevía a impedir el paso a unas fuerzas que podían suponer el único apoyo de los Tanith en caso de sufrir un ataque.

Gaunt sacó un bloc del bolsillo del abrigo y consultó varias páginas que había escrito el coronel Zoren. Con dubitativa meticulosidad, compuso un mensaje en el dialecto de batalla Vitriano, empleando las palabras código que habían convenido con Zoren. Después lo dio a Rafflan para que lo enviara.

—¿Practicando idiomas, señor? —bromeó con ironía el soldado en el lenguaje de guerra Tanith, que Gaunt se había preocupado de aprender desde el comienzo.

Muchos de los regimientos usaban sus propios dialectos o códigos para los mensajes internos. En el campo de batalla, era vital mantener el secreto en las transmisiones. Dravere no podía imaginar que Gaunt tuviera un conocimiento

aceptable del argot de combate Jantino.

Gaunt llamó al sargento Blane.

—Llévese el sexto pelotón para realizar funciones de retaguardia —le mandó sin rodeos.

—¿Espera que nos ataquen por detrás? —preguntó, desconcertado, Blane—. Los exploradores de Mkoll han cubierto la línea de las colinas. El enemigo no podrá rodearnos.

—El enemigo oficial no —corroboró Gaunt—. Quiero que vigile por los Jantinos. Nuestra palabra código será «Fantasmagoría». Si yo se la hago llegar, o a la inversa, es usted quien me la transmite, indicará que los Jantinos han dado el primer paso. No quisiera tener que luchar contra los nuestros… pero podría darse el caso. Cuando oiga la palabra, no deje que los escrúpulos le impidan reaccionar. Si usted emite la señal, le mandaré a todas las tropas para ayudarlo. En lo que a mí respecta, los Jantinos son nuestros enemigos en igual medida que los seres que viven aquí.

—Comprendido —dijo Blane, dirigiendo una mirada sombría a su superior.

Corbec había informado en detalle a los mandos inferiores de la situación después de que Gaunt accediera al contenido del cristal. Sabían lo que había en juego y conscientes de su importancia, lo mantenían a resguardo de los soldados, que ya tenían bastante de que preocuparse. Gaunt sentía un respeto especial por el arisco y concienzudo Blane. Era tan leal y eficiente como pudieran serlo Corbec, Mkoll o Lerod, pero además era serio y formal. Casi sin darse cuenta, Gaunt le tendió la mano.

Mientras se estrechaban las manos, Blane se hizo cargo de la responsabilidad de la tarea y del terrible potencial que entrañaba.

—Que el Emperador le acompañe, señor —dijo cuando se volvía para irse por la ladera de helechos.

—Y que vele por usted —correspondió Gaunt.

No lejos, Milo observó la discreta entrevista. Sacudió la flauta Tanith para quitarle saliva de la boquilla y se preparó para volver a tocar. «Ya está —pensó—. El comisario espera lo peor».

Gaunt fue al encuentro de la avanzadilla de reconocimiento, que regresaba de las zonas más altas, para escuchar las novedades.

—Creo que lo mejor es que lo vea por sí mismo —dijo tan sólo Mkoll, señalando hacia arriba.

Tras distribuir los equipos de tiradores de tres pelotones a lo ancho de la ladera del valle, Gaunt prosiguió con una unidad de exploradores de Mkoll. Para entonces, todos los fantasmas se habían frotado la absorbente tela de sus capas de camuflaje con puñados de helechos ocres y de tierra para confundirse con el terreno. Gaunt sonrió cuando Mkoll lo regañó por su impericia en tales menesteres y se puso a

rebajar con todo escrúpulo el color de la capa del comisario con una mata de resecos helechos. Gaunt se quitó la gorra y continuó caminando, tratando de envolverse con la capa con igual destreza que el explorador Tanith. Tras ellos, había dos mil Fantasmas entre la maleza de helechos de la pendiente de la montaña, pero su comandante no podía distinguir ni uno solo.

Al llegar a lo alto de la cuesta, tomó prestado el catalejo de Mkoll mientras se tumbaban para observar.

Apenas necesitaba el catalejo. La pendiente cedía y ante ellos se alzaba un farallón vertical, que parecía tener mil metros de altura. La pared de granito de color azul lechoso tenía esculpidas unas escaleras como un zigurat, componiendo una vasta formación de pisos desgastados por la intemperie, hileras de arcos y rocas desplomadas. Gaunt supo que estaba contemplando el Santuario Objetivo Primaris. Por lo demás, no tenía ni idea de qué era. ¿Un lugar de sepulturas, un templo, una colmena de muertos? En todo caso, daba una impresión de mal, de oscuridad. Una vil corrupción parecía emanar de cada piedra, de cada hueco y cada nicho.

—No me gusta nada —declaró sin ambages Mkoll.

Gaunt esbozó una sombría sonrisa y consultó su placa de datos.

—A mí tampoco. No nos conviene acercarnos directamente. Debemos rodearlo por la izquierda y seguir la línea del valle.

Gaunt encaró el catalejo a la izquierda. La estructura de granito tallado se prolongaba tras la curva del valle y varias de las hileras de torres ascendían por las laderas de helechos para converger en ella, como si fueran tentáculos que partieran del gigantesco santuario. Más allá, en un nivel superior, advirtió torres y agujas de granito azul que atravesaban las nubes. Aquello eran tan sólo las afueras de una antigua necrópolis, una ciudad fenecida hacía mucho, erigida por manos inhumanas antes del inicio de la historia.

El olor a madreselva se estaba convirtiendo en pestilencia. Por las conversaciones que captaba por los auriculares dedujo que sus hombres comenzaban a ser presa de unas vagas e indefinibles náuseas.

—¿Quiere ir a la izquierda? —consultó Makoll—. Pero eso no coincide con el orden de batalla.

—Lo sé.

—El Señor General se pondrá furioso si nos desviamos del avance previsto.

—Yo tengo mis propias órdenes —contestó Gaunt, tabaleando sobre la placa de datos.

—¡Y ojalá el Emperador le recompense por su lealtad! —Mkoll sacudió la cabeza —. Señor, nos dijeron que asaltáramos este… este lugar de entrada.

—Y lo haremos, Mkoll… pero no por aquí.

—¿A qué distancia?

—Un kilómetro o dos. El cristal hacía referencia a una cúpula. Localícenla.

—Será un placer —aceptó Mkoll—. Ya sabrá que si alteramos el avance, eso dará a los perros Jantinos más motivos para ir a por nosotros.

—Sí —confirmó Gaunt.

Más que nunca apreciaba la forma como habían encajado sus oficiales la verdad de su situación. Sabían lo que había en juego y dónde residía el verdadero peligro.

Mkoll y el cabo Baru condujeron a los Fantasmas por la parte alta del valle, justo debajo de la cresta, más allá de los amenazadores escalones dominados por las torres de aquella pendiente esculpida.

El soldado de reconocimiento Thark fue el primero en divisarla. Transmitió su hallazgo al grupo de mando: una cúpula, inmensa y abultada, que brotaba de la roca viva de la cara del farallón, labrada en el granito.

Gaunt se adelantó para verlo por sí mismo. Era como una especie de gigantesca cebolla de piedra, de mil metros de diámetro, hundida en la pared de roca escalonada que la rodeaba, con la superficie grabada con miles y miles de incomprensibles sellos y marcas.

Thark fue el primero en morir también. Una ráfaga de granadas de cañón automático que barrió la pendiente, pulverizando los helechos y levantando surtidores de tierra, lo dejó despedazado. De inmediato, otros emplazamientos de armas situados en los huecos del farallón de enfrente abrieron fuego, arrojando una lluvia de láseres, balas y espirales de plasma sobre los Fantasmas.

El contraataque creó una telaraña de luz láser, líneas de balas trazadoras y fuego entre los costados del valle.

Había dado inicio la matanza.



CUATRO

El mariscal Gohl Sendak, apodado el Asolador de Genestock Gamma, había abandonado su Leviatán de Mando para dirigir sus fuerzas desde el frente. Iba en un carro de combate *Leman Russ* de los regimientos Borkélidos, en cabeza de una falange de veloces vehículos acorazados que se abrían paso sobre las rocosas escarpaduras bajo las gastadas estructuras de piedra del Santuario Objetivo Secundus.

Componiendo una barrera continua, atravesaron dos hileras de muros medio desmoronados, y así penetraron en los perímetros inferiores del santuario propiamente dicho. Ante ellos tenían unas pendientes plagadas de escombros, salpicadas con las líneas de aquellas infernales torres. Sendak se puso en contacto con la Infantería de Oudinot, que los seguía y los urgió a avanzar. Luego, desde los arcos y oquedades que tenían delante, se desató un fuego más violento del que había nunca conocido.

Sendak sintió un picor seco en la nariz y estornudó. El maldito olor a madreselva comenzaba a afectarlo, igual que a sus hombres.

Notó una humedad en el bigote y la enjugó. Le quedó la manga manchada de sangre fresca. También tenía más en la boca, que escupió, aquejado de un martilleo en los oídos. Con la luz verde del interior del tanque, vio que todos sus ocupantes sangraban por la nariz o bien vomitaban sangre.

En el aire había una especie de canturreo vibrante, quedo, lento, repelente.

Sendak hizo girar el periscopio para escrutar el panorama. Las filas de torres que los flanqueaban experimentaban una transformación. Resplandecían, despidiendo unas brillantes espirales de energía. En torno a las viejas piedras subía una columna de niebla.

—¡Por la sangre del Emperador! —gruñó Sendak, con los dientes y labios manchados de sangre.

Fuera, en un santiamén, ocurrieron dos cosas. Las hileras de torres, meras

sucesiones de piedras un momento antes, cobraron espectacular vida convirtiéndose en una valla, en un activo campo de energía de cuarenta metros de altura. Unas restallantes líneas de fuerza conectaban una torre con otra a modo de colosal alambrada sobrenatural. Todos los hombres y máquinas atrapados en ella habían quedado reducidos a pedazos o cenizas en menos de un segundo. El resto estaban acorralados entre aquellas imprevistas barreras, incapaces de avanzar ni retroceder.

Al tiempo que se encendían los cables de energía entre las pilas de piedra anteriormente inertes, sucedió algo más en las planas cúspides de las torres. Encima de todas ellas aparecieron unas figuras surgidas de unas masas de gas rosado. Teletransportados por ciencias demasiado tenebrosas y heréticas para que pudiera comprenderlas una mente sana, aquellos pelotones de soldados desplegaron al instante unas pesadas armas sobre unos trípodes y abrieron fuego sobre los intrusos. Las Fuerzas del Caos las componían unos seres delgados, envueltos en sudarios translúcidos, con hoscas máscaras hechas con hueso. Manipulaban los cañones láser, rifles de fusión y otras armas más arcanas con manos vendadas con sucias tiras de plástico. Entre ellos se distinguían sus corruptos comandantes, los casi mecánicos Marines del Caos, los Arrasadores.

Sendak impartió órdenes a gritos, intentando detener su avance. A su derecha dos tanques toparon contra una cerca de energía más y estallaron arrojando enormes nubes de llamas, avivadas por la explosión de sus municiones. Otro tanque fue acribillado desde lo alto de las dos torres más próximas. Sendak descubrió de repente que el enemigo disponía de armas pesadas en todas las líneas que formaban las torres, entre medio y detrás de su columna.

Casi le inspiró admiración la táctica, aunque la tecnología estaba fuera del alcance de su comprensión, y tenía la vista tan nublada y los ojos tan llorosos a causa de la congestión que le provocaba la sangre que a duras penas podía pensar.

Sendak tomó el micro de transmisiones y buscó el canal de mando.

—¡Es peor de lo que creíamos! ¡Nos atraen con engaño y utilizan ciencia profana para cercarnos y despedazarnos! ¡Informen a todas las fuerzas de asalto! ¡Las torres son la muerte! ¡Las torres son la muerte!

Una ráfaga de cañonazos irrumpió en la torreta, haciendo trizas a Sendak y a su artillero. El micro cayó al suelo, sostenido todavía por la mano cercenada del mariscal.

Un segundo después, el carro de combate volcó a consecuencia del impacto de un cohete de fragmentación, que destruyó una oruga y la base. Al apoyarse la torreta en el fango, estalló desde dentro, haciendo saltar por los aires el *Leman Russ* que tenía al lado.

Detrás de los tanques diezmados, los Oudinot huían.

El problema era que no había adónde huir.



CINCO

Todas las oberturas existentes en la escalonada estructura que se elevaba encima de los Fantasmas Tanith, en la cara más alejada del farallón en torno a la rotunda cúpula recubierta de inscripciones, parecían escupir fuego. Fuego láser, ráfagas de bólter, el contundente chispear de los obuses y otras detonaciones exóticas, como las de unas curiosas balas que zumbaban como insectos, siguiendo una lenta y perezosa trayectoria.

Corbec recorría los pelotones que habían llegado a la cresta, azuzándolos con su vozarrón para que se pusieran a cubierto y respondieran al fuego. Apenas había dónde refugiarse, salvo en el saliente natural de la propia cumbre, donde asomaban extravagantes aglomeraciones de antiguas piedras que recordaban a dientes cariados y descoloridos.

—¡Al suelo! ¡A rastras! ¡Atentos! —gritaba Corbec, repitiendo el cántico del entrenamiento, que había oído por primera vez en los campamentos de Fundación del malogrado Tanith—. ¡Fijad la mira y apuntad! ¡No basta con disparar al buen tuntún!

Debajo de la cresta, cerca de la posición de mando de Lerod, Bragg inició el contraataque con el lanzacohetes, seguido por Melyr y otros soldados portadores de armas pesadas. Unos misiles anticarros atravesaron con estrépito la hondonada para golpear la ruinosa fachada de piedra de la estructura, arrancando regueros de piedra y argamasa mezclados con llamas.

Gaunt se reagrupó a gatas con Corbec bajo la cima de la colina. Sobre sus cabezas silbaban los disparos y el hedor a madreselva se veía potenciado por el sofocante olor de los helechos incendiados.

—¡Tenemos que llegar al otro lado! —gritó Gaunt a Corbec para hacerse oír entre el estruendo de las armas.

—¡Me encantaría complacerlo! —contestó con pesar Corbec, señalando el panorama.

Gaunt le mostró la placa de datos y entre los dos la compararon con el edificio de enfrente, manteniéndose agachados por temor a los disparos.

—No va a ser posible —dictaminó Corbec—. ¡Nunca conseguiremos entrar con una resistencia frontal como esta!

Gaunt sabía que tenía razón. Volvió a concentrarse en la tablilla. Los datos que habían bajado del cristal eran complejos y en muchos lugares del todo impenetrables. Habían sido redactados, o cuando menos traducidos, a partir de antiguas anotaciones en código, y contenían una proporción igual de información comprensible e indescifrable. Una parte de ésta adquirió entonces un sentido, al tener Gaunt la oportunidad de cotejarla con la situación sobre el terreno. Todo un retazo parecía presentar una claridad meridiana.

—Mantén a raya la situación aquí —ordenó a Corbec antes de descender rodando de la cima para luego ponerse en pie y continuar descendiendo a la carrera por la ladera que acababan de subir.

No tardó en localizar la torre, una de las tantas inestables pilas de piedra situada un poco más abajo. Retiró los helechos de la base y descubrió lo que preveía encontrar: un ruinoso pozo. Se agachó en la boca para observar su negra hondura.

Luego accionó el casco y ordenó a varios de sus inferiores que retrocedieran hasta su posición: Mkoll, Baru, Larkin, Bragg, Rawne, Dorden, Domor y Caffran.

Enseguida los tuvo a su alrededor, observando con recelo el pozo.

—Es nuestra puerta trasera —les dijo Gaunt—. De acuerdo con los antiguos datos, desciende primero y después continúa por las catacumbas que hay debajo de la estructura del templo. Necesitaremos cuerdas, clavijas y un martillo.

—¿Quién va a entrar ahí? —preguntó con laconismo Rawne.

—Todos nosotros… yo primero —le respondió Gaunt.

Después dejó instrucciones a Corbec para que dirigiera a la fuerza Tanith y mantuviera el fuego contra la fachada de la estructura.

A continuación se quitó el abrigo y capa y se colgó la espada sierra a la espalda. Mkoll había pegado unas clavijas de plastiacero a la piedra de lo alto del pozo y las había rodeado con una cuerda que después sumergió en la oscuridad.

Gaunt puso a punto su pistola bólter y la devolvió a su funda.

—En marcha —dijo atándose la cuerda a la cintura antes de iniciar el descenso.

Mkoll lo agarró del brazo para detenerlo al ver que el soldado Vench bajaba corriendo por la ladera, gritando algo. Gaunt salió de la cavidad y tomó la placa de datos que le entregó Vench.

—Un mensaje del sargento Blane —informó, jadeante—. Un *Chimera* se acerca por el paso inferior y manda señales de que desea unirse a nosotros.

Gaunt frunció el entrecejo, sin hallarle sentido a aquello, y luego estudió la transcripción de la tablilla.

—El sargento Blane quiere saber si debe dejarlos pasar —añadió Vench—. Se identifican como un destacamento de observadores tácticos del consejo del señor de la guerra. Utilizan el nombre código de «Aguilera».

Gaunt se quedó petrificado, como si le hubieran disparado.

—¡Sagrado Feth! —exclamó.

Los hombres murmuraron entre sí, intercambiando miradas. La situación era apurada cuando el comisario empleaba un juramento Tanith.

—Quedaos aquí —indicó Gaunt al grupo. Luego se deshizo de la cuerda y se fue a toda prisa colina abajo—. ¡Dígale a Rafflan que mande una señal a Blane! —gritó a Vench—. ¡Que los deje pasar!



SEIS

El *Chimera*, sin más insignias que el Blasón Imperial en su casco blindado verde, adelantó por la ladera al piquete de Blane y siguió por un rellano de la cuesta, aplastando los helechos a su paso. Gaunt iba a su encuentro con más prevención de la que había sentido nunca en su vida.

La escotilla lateral se abrió con ruido metálico y de ella salieron tres soldados con las pistolas láser en alto. Vestían armadura de combate, las libreas rojas y negras del Personal Imperial de la Cruzada, cuerpo de guardaespaldas de élite para los altos mandos. Unas máscaras reflectoras con visera les ocultaban la cara. Un individuo más alto y robusto ataviado con un traje idéntico se unió a ellos y se quedó observando la escena con los brazos en jarras mientras Gaunt se aproximaba.

Luego se bajó la visera y se quitó el yelmo. Gaunt no lo reconoció… hasta que incorporó en su imagen unos cuantos años, uno poco más de músculo y la cabeza rapada.

—Aguilero —dijo Gaunt.

—Aguilero —repuso el hombre—. ¡Ibram!

—¿Cómo te he de llamar? —preguntó Gaunt, estrechando la mano de su viejo amigo.

—Soy el Táctico Imperial Wheyland, pero mis hombres son de fiar —repuso, al tiempo que abarcaba con el gesto a los soldados, que relajaron la actitud—. Puedes llamarme por el nombre que conoces.

—Fereyd…

—Bueno, Ibram… ponme al día.

—Puedo hacer algo mejor… llevarte hasta el trofeo.

* * *

La chimenea de piedra era honda y estrecha. Gaunt descendió a trechos con técnicas de escalada y otros de rapel, buscando un apoyo para las puntas de los pies y las

manos en la inestable piedra. Trató de imaginar qué función había tenido aquel sitio cuando se construyó: quizá fuera una ciudad, un sitio para vivir edificado en el interior y el contorno del farallón. Aquel pozo era seguramente lo que quedaba de un conducto de aire o ventilación, que llegaba hasta sabría el Emperador qué profundidades.

Al palpar con los pies el suelo de roca de la base, Gaunt se enderezó, aflojando las cuerdas para que los demás pudieran reunirse con él. El túnel, bajo y de paredes melladas, olía a humedad.

—¡Rifle láser! —gritaron desde arriba.

El arma cayó de inmediato por el conducto y Gaunt la recogió. Después encendió la linterna que Dorden había fijado a su cañón con esparadrapo. La enfocó sobre las sucias paredes, con el dedo en el gatillo. Encima de él oía los ruidos que producían otros al descender por la cariada chimenea.

Tardaron treinta minutos en bajar todos. Llevaban rifles láser con linternas pegadas, salvo Dorden, que llevaba una lámpara tan sólo, y Bragg, que iba armado con un gran cañón automático. Había sido él a quien más le costó llegar abajo; con su gran corpulencia y escasa coordinación de movimientos, casi había sucumbido al pánico.

La comitiva continuó por el pasadizo, encorvándose para evitar salientes y trechos de techo pandeado. Las linternas recortaban irregulares superficies rodeadas de tupidas sombras.

Al cabo de cien metros recorridos con cautela en veinte minutos, salieron a una reluciente caverna rezumante de humedad que había calcificado y recubierto con una capa mineral las antiguas paredes de roca. Más adelante, las linternas destacaron un arco de piedras perfectamente encajadas.

Gaunt levantó el arma y apagó y encendió la linterna a modo de señal.

—Seguidme —dijo.



SIETE

—Quiere verlo, señor —anunció el ayudante.

El señor General Dravere no quería oírlo. Aún observaba las placas repetidoras suspendidas frente a sí, que le mostraban la rotunda carnicería en que había acabado el avance del mariscal Sendak en el Objetivo Secundus. Ya entonces, las placas se quedaban en blanco o iban perdiendo fuerza sus imágenes. Jamás había previsto algo así. Era… Era imposible.

—¿Señor? —inquirió el ayudante.

—¿Es que no ve que éste es un momento crítico, idiota? —le espetó con furia Dravere, apartando de sí algunas de las placas flotantes al girar en su sillón—. ¡Se está produciendo una escabechina en el segundo frente! ¡Necesito que vengan de inmediato los especialistas tácticos!

—Los reuniré ahora mismo —prometió el ayudante, hablando en voz baja, como si estuviera asustado por algo mucho más pavoroso que la ira del comandante—. De todas formas, el Inquisidor insiste.

Tras un momento de titubeo, Dravere se quitó el tensor del arnés y abandonó la tumbona. No le gustaba el miedo, y era miedo lo que entonces ardía en su pecho. Atravesó la cúpula de mando hasta la escotilla de salida y se volvió un instante para ordenar a su lugarteniente que asumiera el mando y recabara el consejo del personal táctico cuando llegara.

—Mande una señal a lo que quede de la fuerza de Sendak para que se retiren a sus puestos provisionales A11-23. Alerte a las otras fuerzas del peligro de las torres. Quiero tener valoraciones y estrategias alternativas para cuando vuelva.

Una escalera de mano conducía a la esfera de aislamiento enterrada en el vientre de la cúpula de mando.

Dravere entró en la penumbra de la cámara. Olía a incienso y a desinfectante. Se oía un rítmico pulso de los diagnosticadores médicos, y de las pantallas de plástico

que rodeaban el camastro del centro subía un vapor pálido. El personal médico vestido con túnicas rojas se marchó en silencio en cuanto él apareció.

—¿Quería verme, Inquisidor Heldane? —preguntó Dravere.

Heldane se movió bajo las holgadas solapas semitransparentes de la tienda. Dravere captó un atisbo de tubos que drenaban fluido del horrible desgarrón que tenía en el cuello y de la dentada herida del costado de la cabeza, encajada en un paquete de vendas, envoltorio de plástico y armazón de metal.

—Lo tenemos ante nosotros, mi señor Héctor —dijo Heldane, con un rasposo susurro que salió del aparato de voz situado en la mesita—. El trofeo está cerca. Lo percibo a través de mi peón.

—¿Y qué hacemos?

—Actuamos con todo el vigor posible. Mande avanzar a los Jantinos. Yo los guiaré en pos de Gaunt. Este no es momento para debilidades ni sutilezas. Debemos atacar con contundencia.



OCHO

La muerte descendía como una implacable furia de los arcos escalonados de la necrópolis. Era una granizada de disparos láser combinada con los aguijones de arcanas armas eléctricas. En el aire también se oía el zumbido de otros proyectiles más lentos de metal. Unas balas semejantes a dardos se precipitaban sobre ellos con un murmullo, a la manera de unos relucientes moscardones. Si lo acertaban a uno, causaban unos inauditos estragos explosivos. Corbec vio a más de un soldado despedazado a consecuencia de aquellos nefastos proyectiles armados con lengüetas. Otros quedaban mutilados por la metralla que propulsaban cuando se hacían añicos al chocar contra la piedra o el metal.

Una de esas balas con lengüeta se hundió en la tierra cerca del agujero donde se refugiaba Corbec y quedó inerte. El coronel la recuperó con la punta del cuchillo para examinarla. Era un bulbo de metal con unas aceradísimas hojas solapadas. En los ennegrecidos restos de un cartucho de cristal de la base podía verse su método de propulsión. Los disparaban con unos simples lanzadores en forma de tubo, dedujo Corbec, que encendían el propulsor cuando el percutor rompía la cápsula de cristal. Lo sopesó en la mano, protegida por el borde de la capa de camuflaje. Las hojas dispuestas en lengüeta eran un ingenioso y malévolo sistema destinado a acentuar los efectos del impacto, ya fuera contra una superficie dura para producir una nube de metralla o contra el hueso después de romper como una barrena el tejido a fin de provocar las peores heridas posibles. La leve disposición en espiral de las hojas llevaba a suponer que salían girando al ser disparadas. Corbec llegó a la conclusión de que nunca había visto un instrumento más inmundo, salvaje y calculado de muerte y dolor.

Exhaló un suspiro mientras la tormenta de fuego proseguía sin cuartel a su alrededor. Aún no habían tenido noticias del equipo de infiltración del comisario, y solamente el conocimiento que tenía de los planes secretos de Gaunt mitigaba el

temor de Corbec ante el elevado riesgo de la táctica.

Contactó con los encargados de sus pelotones para ordenarles que hicieran avanzar a los hombres, para ganar hasta el último centímetro posible. Tenía cerca de dos mil rifles láser y armas más pesadas ametrallando la cara de la mole, y la fachada con las hileras de huecos se resentía, desprendiéndose a pedazos. El fuego del enemigo era, sin embargo, igual de intenso.

Agazapado en el pozo a su lado, el soldado Mahan, responsable de las comunicaciones del pelotón de mando de Corbec, hablaba constantemente por el micro de su pesado aparato transmisor, emitiendo informes de batalla de todas las unidades. De improviso Mahan se echó hacia atrás, agarró al coronel de la manga y lo atrajo para ponerle el auricular en la oreja.

—¡… son la muerte! ¡Las torres son la muerte! —oyó Corbec.

Lanzó una mirada a Mahan, que codificaba la información en su placa de datos.

—El Objetivo Tercius ha salido derrotado —dijo con tono sombrío Mahan al tiempo que transcribía y retransmitía los datos a través del microteléfono del aparato de comunicaciones—. Sendak ha muerto… Feth, parece que están todos muertos. Dravere ordena una retirada total. Las torres…

Corbec tomó la placa y leyó el texto que Mahan recibía, directo desde el Alto Mando. Había imágenes vacilantes y borrosas captadas tras la última transmisión de Sendak. Vio cómo las torres cobraban súbita vida, estableciendo sus destructivas cercas y vio asimismo cómo las fuerzas del enemigo aparecían en lo alto de las torres.

Instintivamente, alzó la vista hacia las torres más próximas. Si ocurría allí, correrían una suerte similar.

En el mismo instante en que concebía aquel pensamiento, un frenesí de informes inundó las líneas de comunicaciones. Las torres se habían encendido también en el Objetivo Secundus. Aunque había recibido con tiempo suficiente el aviso del Tercius para proteger el avance de sus fuerzas, el mariscal Tarantine sufría de todos modos graves pérdidas. El contingente estaba casi intacto, pero el asalto había sido abortado.

—¡Sagrado Feth! —musitó Corbec, calentando el aire con un juramento.

Después activó su casco y emitió a gritos una orden.

—¡A todos los Fantasmas que estén a un radio de veinte metros de una torre! ¡Utilizad todas las municiones disponibles para destruir esas torres! ¡Hacedlo ahora mismo, por lo más sagrado!

Las atropelladas respuestas y consultas que siguieron lo obligaron a levantar aún más la voz para hacerse oír.

—¡Ahora mismo, sin perder un segundo, idiotas! —tronó.

Doscientos metros más allá, iniciada ya la pendiente, el pelotón del sargento Vari fue el primero en reaccionar, encarando sus lanzacohetes sobre las dos torres más cercanas, que se desmoronaron reducidas a terrones de piedra y llamas. Los pelotones

de Folore y Lerod se apresuraron a seguir el ejemplo a la izquierda de la posición de Corbec, demoliendo un mínimo de siete torres. El pelotón del sargento Curral, situado en retaguardia, convirtió en hogueras las torres de más abajo con sus lanzamisiles. En el aire recalentado quedaron flotando la piedra pulverizada y las pavesas de los helechos.

El sargento Hasker, cuyo pelotón había perdido de buen principio a todos sus soldados encargados de las armas pesadas, informó de que enviaban a sus hombres a las torres de su sector para que las minaran con granadas y bombas tubulares.

Al lado de Corbec, Mahan iba a decir algo, pero se detuvo en seco, sorprendido, enjugándose la sangre que le bajaba hasta el labio. Corbec notó la calidez de la sangre en su propia nariz y captó un repulsivo hormigueo en el aire.

—Oh… —dijo.

Mahan sacudió la cabeza, intentando despejarla, con un reguero de sangre que le salía de la nariz. De repente se estremeció aquejado de convulsiones cuando un catastrófico ruido de estática le penetró por los auriculares y le destrozó los tímpanos. Pestañeó, gritando de dolor, mientras se los arrancaba.

Se levantó demasiado. Un dardo con lengüeta lo alcanzó, cuando asomó la cabeza por encima del refugio, y desgarró su cuerpo de cintura para arriba transformándolo en sanguinolentas salpicaduras. El aparato de comunicación que llevaba a la espalda explotó. Corbec quedó empapado en rojos desechos y recibió metralla en las costillas, una pieza del proyectil que se había fracturado al impactar en el esternón de Mahan.

Se dejó caer, jadeante. El dolor era terrible. La hoja de metal rota se había introducido entre las costillas y sabía que le había afectado algún órgano interno. La sangre formaba un charco en las raíces de helecho que estaban bajo él.

Haciendo frente al dolor, se asomó a mirar. El escozor del aire y las hemorragias nasales sólo podían significar una cosa… y Corbec había luchado en suficientes escenarios de guerra contra el Caos para reconocer las señales malditas.

El objetivo Primaris había activado sus torres.

Casi doblado, apretándose el costado con los dedos manchados de sangre, Corbec observó la línea de ataque. Su advertencia había llegado justo a tiempo. Los Fantasmas habían derribado bastantes torres para interrumpir las cadenas. De la necrópolis salió una fétida y ondulante energía blanca, bifurcada en sinuosos ramales que se alargaron en busca de las torres que habían dejado de existir. Las órdenes de Corbec habían desarmado las insidiosas defensas del enemigo.

Incapaz de vincularse con los repetidores de las torres, la abismal energía lanzada desde la necrópolis tembló un momento antes de retraerse al interior de la ciudad. En un instante, las armas bloqueadas del enemigo causaron más daños en la fachada de ésta de los que hubiera logrado infligir el regimiento de Corbec en un mes. En su vibrante retroceso, la energía liberada ahora sin objetivo, se llevó por delante terrazas

enteras. El granito despedazado salía despedido en bolas de fuego y secciones enteras de edificación se desprendían como anaqueles desmoronados, dejando al descubierto galerías de roca.

En un extremo de las líneas de los Tanith, el pelotón de Hasker no había tenido suerte. Todavía no habían acabado de minar las torres cuando se activaron las defensas. La mayor parte de los cincuenta hombres de Dorain Hasker, incluido este, fueron abrasados por la cerca energética.

Al final Hasker había tenido su venganza de todos modos, cuando la energía de la torre hizo estallar sus municiones. La ladera entera se estremeció con la explosión simultánea. Las torres se disolvieron en crepitantes cortinas de llamas y grandes surtidores de tierra y piedra. La reacción posterior había alcanzado allí mayores dimensiones. La cerca de fuego se replegó sobre sí al desplomarse las torres, labrando en su retroceso un nuevo barranco requemado en el lado de la montaña.

Como si hubiera quedado aturdido o herido de muerte, el fuego enemigo se redujo hasta cesar del todo.

Corbec giró sobre sí en el fondo del refugio, mojado con su propia sangre y la de Mahan. Tras sacar una compresa del botiquín de campaña y colocársela sobre la herida del costado, engulló un puñado de gruesas pastillas analgésicas con tres tragos de agua de la cantimplora.

Luego, recitó una parte de la Letanía de la Misericordiosa Curación.

Sabía que superaba la dosis recomendada. Se le nubló la visión y luego notó que recobraba fuerzas. Aunque tenía una palpitación en las costillas y en el pecho, volvía a sentirse casi vivo. Con la vitalidad suficiente para funcionar, pese a que en el fondo sabía que aquello no era más que una salida a escena forzada.

Le quedaban ocho pastillas en el botiquín, que guardó en el bolsillo para tenerlas más a mano. Era la dosis de una semana, y pensaba utilizarla en una hora en caso necesario. Lucharía hasta que el dolor y la muerte hundieran sus garras más allá de las barreras de analgésico y lo detuvieran.

Se levantó, recuperó el rifle láser y accionó el micro del casco.

—Corbec a todos los Fantasmas de Tanith… ¡Vamos a avanzar!



NUEVE

Bajo ellos, en el valle, el coronel Draker Flense y sus unidades de Patricios vieron las luces de las explosiones que iluminaron las colinas y el vientre de las nubes. Estaba a punto de anochecer. El retumbo de distantes explosiones, demasiado estruendoso y extenso para ser provocado por las armas de infantería de cualquier regimiento de la Guardia, hería el aire.

El soldado Defraytes, encargado de comunicaciones de Flense, se cuadró a su lado y le tendió la placa en la que parpadeaban como una inacabable letanía los datos asimilados provenientes del Mando.

Flense los leyó, manteniéndose inmóvil en la penumbra, entre los helechos y el quedo aleteo de las primeras polillas.

Los Tanith habían hallado una violenta oposición, pero gracias a los avisos de los otros objetivos, habían roto la malla defensiva del Caos y acabado con su oposición. El fragor que todavía se repetía a lo lejos en las colinas era el sonido de su victoria.

—¿Señor? —llamó su atención Defraytes, enseñándole ahora su placa de datos, en cuya pantalla mate se formaba en runas un despacho codificado enviado por Dravere.

Flense lo tomó y apretó el sello de su sortija en el lector para poder decodificarlo. La grafilada cara de la sortija proyectó un rayo de luz en la cuenca de la tablilla. Era nivel Magenta, destinado a sus ojos tan sólo.

El mensaje era extraordinariamente directo y claro.

Flense se permitió una sonrisa antes de volverse hacia sus hombres, sus seis mil hombres desplegados en doble fila en la escarpa. A corta distancia, el mayor Brochuss observaba a su oficial con ojos entornados.

Flense activó el micrófono.

—Guerreros de Jant Normanidus Prime, ha llegado la orden. Nuestro estimado comandante el Señor General Dravere posee ya pruebas fehacientes de que el

comisario Gaunt está infectado con la contaminación del Caos, al igual que sus denominados Fantasmas. Ellos, y solamente ellos, han traspasado las defensas del Caos que han contenido al mariscal Sendak y al mariscal Tarantine. Están marcados con el estigma del mal. El Señor General Dravere nos ha concedido el privilegio de castigarlos.

Entre los soldados surgió un murmullo, que expresaba una anhelante agitación.

—Tomaremos el repecho —continuó Flense tras un carraspeo— y caeremos por detrás sobre los Tanith. Dejad de pensar en ellos como aliados, o como seres humanos siquiera. Están contaminados con la repulsiva negrura de nuestro eterno enemigo. Los atacaremos… y los exterminaremos.

Flense cortó la comunicación y se volvió hacia lo alto de la escarpa. Después movió la mano para ordenar el inicio del avance, con el convencimiento absoluto de que lo seguirían.



DIEZ

La luz se apagó.

Gaunt arrancó la linterna del cañón del rifle y la tiró. Dorden, a su lado, le ofrecía otra.

—Quedan ocho —informó el médico, sosteniendo un rollo de esparadrapo para ayudarle a sujetar la linterna.

Ninguno de ellos quería hablar de la oscuridad allá abajo. Las linternas reglamentarias de la Guardia duraban en principio seiscientas horas. En menos de dos horas, habían consumido cerca de veinte. Era como si la oscuridad del mundo subterráneo de la necrópolis devorara la luz. Gaunt se estremeció. Si aquel lugar era capaz de absorber la energía de fuentes como las pilas de las linternas, prefería no pensar qué repercusiones podía tener en sus cuerpos.

Seguían avanzando: primero los exploradores, Mkoll y Baru, silenciosos y casi invisibles en aquellas tinieblas, después Larkin y Gaunt. Gaunt advirtió que Larkin llevaba una antigua arma de fuego en lugar de su rifle láser, un artefacto de largo armón y exótico diseño. Le habían dicho que con él había acabado con el Inquisidor Heldane, y por eso la había adoptado como su arma de la suerte. No había tiempo para amonestarlo por su necia actitud supersticiosa. Gaunt sabía que el equilibrio mental de Larkin pendía ya de un hilo. Sólo le cabía esperar que, en caso de producirse un enfrentamiento, la estrafalaria arma tuviera un rendimiento comparable al del rifle láser.

Los seguían Rawne, Domor y Caffran, todos con rifles equipados con linternas. Domor llevaba asimismo una barredera colgada de los hombros, por si había que detectar minas. A continuación iba Dorden, desarmado, y después Bragg con su voluminoso cañón automático. Cerraba la marcha Fereyd, con sus anónimos soldados, todavía con la cara cubierta por las viseras de los yelmos.

Gaunt ordenó una parada a la espera de que los exploradores inspeccionaran los

túneles, y entonces Fereyd se le acercó.

—Ha pasado mucho tiempo, Bram —comentó casi en un susurro.

«No quiere que lo oigan los hombres —dedujo Gaunt—. No sabe hasta dónde les he contado. No sabe siquiera qué sé yo».

—Sí, mucho —confirmó Gaunt, ajustándose las correas del rifle al tiempo que lanzaba una mirada con la tenue luz de la linterna al inescrutable rostro de Fereyd—. Y ahora casi no tenemos tiempo ni de saludarnos y ya estamos otra vez en plena acción.

—Igual que en Pashen.

—Igual que en Pashen. —Gaunt asintió con una fantasmagórica sonrisa—. Por lo visto, siempre improvisamos sobre la marcha.

—No, esta vez no —negó Fereyd—. Esto es demasiado grande. Pashen Nueve-Sesenta parece un ejercicio de prácticas en comparación. La verdad es, Bram, que llevamos trabajando juntos en esto desde hace meses, aunque no te hayas dado cuenta.

—Sin tener ninguna comunicación directa contigo, era difícil averiguar algo. La primera noticia que tuve fue en Pyrites, cuando tú me elegiste como custodio del maldito cristal.

—¿Tuviste objeciones?

—No —admitió Gaunt, avergonzado—. Nunca eludiría prestar un servicio al Trono, aunque sea una sucia y oscura labor clandestina como esta. Pero fue una tarea muy pesada la que me pusiste sobre la espalda.

—Sabía que estabas a la altura —afirmó, con una sonrisa, Fereyd—. Necesitaba alguien en quien confiar. Alguien que…

—¿Alguien que formara parte de la intrincada red de amigos y confidentes que has ido tejiendo por dondequiera que vas?

—Esas son unas palabras muy duras Ibram. Creía que éramos amigos.

—Lo somos. Tú conoces a tus amigos, Fereyd. Tú mismo forjaste esas amistades.

Se produjo una pausa de silencio.

—Cuéntame pues… desde el principio. —Gaunt enarcó una ceja a modo de interrogación.

—Ya lo sabes todo, ¿no? —contestó, encogiéndose de hombros, Fereyd.

—He dispuesto de fragmentos… de pedazos sueltos, de adivinanzas e intuiciones. Me gustaría oírlo entero y con claridad.

Fereyd dejó a un lado el rifle y tras quitarse los guantes, flexionó los nudillos. Gaunt sonrió al reparar en el gesto. No había nada en aquel hombre, el Táctico Wheyland, que guardara ni el más remoto parecido con el Fereyd que había conocido en las granjas-ciudades de Pashen Nueve-Sesenta, tal era la pericia del espía para disfrazarse. Entonces, sin embargo, se produjo aquel pequeño gesto, una

particularidad que ni un estudiado camuflaje podía enmascarar y que resultó tranquilizador para el comisario.

—Es una práctica habitual del funcionamiento Imperial el que los Señores de la Guerra monten una red secreta para observar lo que concierne a su mando. Macaroth es prudente, un hijo del Emperador en lo relativo al instinto. Y bien sabe la gloria que tiene muchas sombras de que recelar. La elección de Slaydo no fue popular. Muchos le guardan resentimiento, Dravere sobre todo. El poder corrompe, y la tentación de poder corrompe aún más. Los hombres son simples mortales, falibles. Yo he sido una pieza de la red asignada por Macaroth para vigilar a los responsables de su Cruzada. Dravere es un hombre orgulloso, Bram, y no encaja esta afrenta.

—Esto ya lo habías dicho antes. Hombre, si hasta te he parafraseado yo para explicárselo a mis hombres.

—¿Se lo has contado? —preguntó en el acto Fereyd.

—A los oficiales. Sólo lo suficiente para asegurarme que están de mi parte, y para que actúen con especial cautela. La verdad es que seguramente les he dicho todo lo que sé, que en realidad es muy poco. El trofeo, el mensaje en Vermellón… eso es lo que ha cambiado todo, ¿no es así?

—Desde luego. Aun cuando dispusiera de regimientos leales a él, Dravere no podría aspirar jamás a derrocar a nuestro amado Señor de la Guerra. Pero si tuviera algo más, alguna baza que le procurara una gran ventaja, algo que no tuviera Macaroth…

—Como un arma.

—Como una grandísima arma. Ocho meses atrás, una parte de mi red radicada en Talsicant captó por primera vez un indicio de que la red secreta de Dravere había topado con un rumor de una especie de grandioso tesoro. No sabemos cómo ni dónde… tan sólo podemos imaginar los terribles esfuerzos y sacrificios realizados por sus agentes para localizar y recuperar los datos. En cualquier caso, lo consiguieron. Una inapreciable pepita de oro de antiguos secretos en nivel Vermellón arrancados de algún distante y abominable lugar del espacio y traspasados de psíquico a psíquico, de agente a agente, hasta el Alto Señor Militar General. No se podía enviar de manera abierta, claro, porque si no Macaroth lo habría interceptado. Tampoco era posible mandarlo directamente, pues procedía del espacio hostil, lejos del control Imperial. En el último tramo de su viaje, cuando lo transportaban desde Núbila Extrema a Pyrites, logramos detectarlo e interceptarlo, arrebatándoselo a la gente de Dravere. Fue entonces cuando pasó a nuestras manos.

—Y los secuaces del general han estado desesperados por recuperarlo desde entonces.

—Sí. Anticipándose a su adquisición, Dravere había puesto en movimiento sus fichas. Conocía su importancia, y la localización a que hacía referencia. Teniéndolo

en nuestro poder… apenas… no podíamos permitir que volviera a las garras de Dravere. El problema era que no teníamos una posición de bastante fuerza ni proximidad para recuperarlo. Se decidió… bueno, de hecho lo decidí yo…, que la mejor opción era dejar que tú te quedaras con él, con la esperanza de que lo consiguieras antes que el Señor General y su camarilla de aliados.

—Posees una fe terrorífica en mis capacidades, Fereyd. Yo sólo soy un comandante de infantería.

—Sabes que eres más que eso. Un héroe leal de carácter impecable, ingenioso, implacable… uno de los pocos elegidos del Señor de la Guerra Slaydo, un hombre sobre quien los proyectores de la fama cayeron con la suficiente intensidad para impedir que Dravere actuara directamente contra ti.

Gaunt se echó a reír.

—Si los recientes intentos de matarme a mí y a mis hombres no fueron directos, ¡ya me dirás qué lo es!

—¡Pero lo conseguiste! —exclamó Fereyd, asestando una penetrante mirada a su viejo amigo—. ¡Hasta ahora te has desenvuelto bien! ¡Estás dominando la situación, cerca del trofeo, tal como yo preveía! Hicimos cuanto pudimos, desde la sombra, para facilitar tu posición y prestarte apoyo. El despliegue de los Tanith en este frente no fue algo accidental. Además, estoy satisfecho de haber podido manipular mi propia tapadera como miembro del Consejo Táctico para estar aquí y reunirme contigo.

—Bueno, aquí estamos, sí, y el trofeo *está* casi a nuestro alcance… —reconoció Gaunt, levantando de nuevo el rifle, dispuesto a continuar.

—¿Puedo ver el cristal, Bram? Quizá sea hora de que también yo lea su contenido… si tenemos que colaborar…

Gaunt se volvió para mirar a Fereyd.

—No lo sabes, ¿no?

—¿El qué?

—¿No sabes qué es por lo que estamos arriesgando la vida ahora?

—¿Creías que lo sabía? Ni siquiera Macaroth y sus aliados lo saben con certeza. Lo único de que estamos seguros es de que se trata de algo que podría hacer de Dravere el hombre capaz de derrocar el Alto Mando de la Cruzada. Que yo sepa, tú eres la única persona que lo ha decodificado. Sólo tú lo sabes… tú y los Tanith con quienes has decidido compartirlo.

Gaunt comenzó a reír. Las carcajadas se propagaron por el bajo túnel de piedra, haciendo que todos se volvieran con sorpresa.

—Entonces te lo contaré, Fereyd, y es tan alarmante como temías…

El agudo sonido del silbato de Mkoll invadió el espacio, reduciéndolos al silencio.

Gaunt giró sobre sí y con el rifle en alto, escrutó la oscuridad al frente, con la

linterna ya casi consumida. Algo se movía más adelante. Se oía como si alguien gateara.

Un proyectil con lengüeta surgió zumbando, lento, de la nada y tras rozar casi a Larkin, fue a estallar contra la piedra de la pared del pasillo. Domor se puso a dar alaridos y Caffran lo socorrió. La metralla le había destrozado los ojos y su cara era una máscara de sangre.

Gaunt disparó cinco tiros en dirección a la negrura y oyó el tableteo del cañón automático de Bragg a su espalda. La expedición adoptó posiciones de ataque a lo largo de los toscos muros del túnel.

«Es el final de la partida», pensó Gaunt.



ONCE

Arrastrando sus largas batas a la manera de túnicas sacerdotales, con las caras enmascaradas con gasas, los médicos se movían en silencio por la esfera de aislamiento del vientre del Leviatán. Ajustaban los diagnosticadores y otras máquinas que emitían quedos latidos, murmurando en voz baja entonaciones e invocaciones curativas.

Heldane sabía que eran los mejores médicos de la flota del Segmentum Pacificus. Dravere había transferido una docena de los miembros de su equipo médico a Heldane al enterarse de que había sido herido. El Inquisidor sabía, de todos modos, que poco importaba. Se estaba muriendo. La descarga del rifle, disparado a tan corta distancia, le había destrozado el cuello, el hombro, la clavícula y la mejilla izquierda y la garganta. Sin la red de apoyo del dispensario médico y la gracia del Emperador, estaría ya frío. Se incorporó un poco en su largo camastro, hasta donde le permitían los tubos y cánulas que penetraban en su cuello y pecho. Más allá de la película de plástico de su tienda estéril, vio los mecanismos parpadeantes que bombeaban encima de unos carros y estantes metálicos, manteniéndolo con vida. Vio los oscuros fluidos de su propio cuerpo que entraban y salían de equipos centrifugadores, circulando por ondulados tubos de plástico sostenidos por soportes de aluminio. Cada veinte segundos, un delicado artefacto plateado en forma de escorpión se fijaba a los huesos de su cara y bañaba su herida abierta con un vapor desinfectante salido de su ganchuda cola. De los quemadores de incienso dispuestos en torno a la cama ascendía un humo balsámico.

Se puso a contemplar a través del velo de plástico el techo de la esfera, las blancas y zigzagueantes incrustaciones en blanco y negro. Su mente, la extraordinaria mente capaz de cruzar las extensiones del espacio irreal y mantener la cordura frente a la cruda luz del Immaterium, halló materia de meditación en los cheurones imbricados dibujados con marfil y obsidiana. La naturaleza de la eternidad radicaba

en su trazado, que desentrañó, sustrayéndose con la psique a su físico arruinado para penetrar en los abstractos dominios de la luz y la oscuridad, los interruptores con los que se accionaba todo el ámbito de la realidad.

La luz imbricada con la oscuridad. Le gustaba la idea. Sabía, tal como había sabido siempre, que su lugar se encontraba en las finas rendijas de sombra situadas entre el blanco y el negro. Entró en aquel espacio intermedio y éste lo abrazó. Comprendió, como estaba seguro que ni el mismo Emperador comprendía, la milagrosa división entre la Luz de la humanidad y la Oscuridad del enemigo. Era una distinción tan evidente, que, sin embargo, percibían tan pocos… Al igual que cualquier hijo genuino del Imperio del Hombre, lucharía con toda su alma y vigor contra la oscuridad, pero no lo haría quedándose inmerso en la crudeza del blanco puro. Había una zona de sombra entre ellos, gris, que era el espacio que le correspondía habitar. El Emperador, y su heredero Macaroth, no tenían conciencia de la distinción y eso los hacía débiles. Dravere la veía, y por eso Heldane puso toda su fuerza de voluntad a su servicio. ¿Qué le importaba a él que el arma que buscaban estuviera hecha por el Caos y contaminada por este? Aun así sería efectiva para combatir a la Oscuridad.

Para sobrevivir, el hombre debía adaptar su aspecto y entrar en la sombra. Noventa años como Inquisidor habían enseñado a Heldane aquella verdad como mínimo. Los instintos políticos y de gobierno de la humanidad debían desplazarse del rancio Trono de la Tierra. La negrura circundante era demasiado profunda, demasiado negativa para tal complacencia.

Pese a su fragilidad, Heldane se entretenía leyendo las embotadas mentes de los médicos que tenía a su alrededor, con la misma facilidad que si se tratara de las páginas de un libro. Sabía que lo temían y que para algunos resultaba repulsivo su cuerpo inhumano. Uno de ellos, un medico llamado Guylat, se atrevía a considerarlo un animal, una bestia que había que tratar con cautela. Heldane había disfrutado hurgando en los prejuicios del médico, y de vez en cuando se infiltraba a escondidas en su mente, encendía unas cuantas sinapsis que encontraba y lo mandaba corriendo a las letrinas de fuera de la esfera con la urgencia de vaciar los intestinos o de vomitar.

Mentes utilizables. Esa era la herramienta favorita de Heldane.

Volvió a inspeccionar el territorio, repasando unas inteligencias tan romas que, francamente, lo alarmaban con sus simplones límites. Dos médicos hablaban en voz baja junto a la puerta, donde creían que no podía oírlos el paciente de la cama. Uno suponía que Heldane estaba loco, a consecuencia de los daños recibidos en el cerebro. El otro se mostraba de acuerdo.

Le tenían miedo. «Qué delicia», se rio Heldane.

Había ejercitado lo bastante la mente. La tenía libre, en pleno rendimiento. Podía ejecutar la labor que se había propuesto. Arrugó el entrecejo y convocó a uno de los

médicos. El hombre acudió al momento, sin saber muy bien por qué levantaba el borde de la tienda de plástico y se acercaba a Heldane.

—Un espejo. Necesito un espejo —dijo éste a través de los aumentadores de laringe.

El médico asintió, se alejó de la tienda y regresó al poco con un espejo redondo de uso quirúrgico.

Heldane lo tomó con la mano derecha, el único miembro que aún le funcionaba. Despidió al embotado con un breve pensamiento y éste volvió a sus quehaceres.

Luego levantó el espejo y lo miró, captando un atisbo del escalonado perfil de su cerebro, la boca sonriente, los sanguinolentos bordes de la herida y el instrumental médico. Siguió mirando el espejo.

No era fácil crear un peón. Para ello se precisaba una compleja concentración de dolor y un entrenamiento en las reacciones, a fin de que la mente del peón se transformara en una cerradura acoplada a la llave psíquica de Heldane. Ese proceso podía realizarse de una forma tosca con la mente, pero era más efectivo con la cirugía y el exquisito uso de las cuchillas.

A Heldane le gustaba su trabajo. Mediante la correcta aplicación de dolor y el sutil afinamiento de la reacción mental, podía convertir a cualquier hombre en un esclavo, una marioneta psíquica a través de cuyos ojos y oídos podía percibir… y cuyos brazos y piernas le permitían actuar.

Heldane empleó el espejo para convocar a su peón. Se concentró hasta que la cara apareció en el espejo, velada y borrosa. El peón haría lo que él quisiera. El peón le sería útil. A través de él, lo vería todo. Era igual como si estuviera allí en persona. Tal como había prometido a Dravere, su peón estaba con Gaunt en ese momento. Captaba cuanto captaba el peón: la roca húmeda, la oscuridad agobiante, el intercambio de disparos. Veía a Gaunt, sin su gorra y abrigo, vestido con una chaqueta de cuero corta, enfrentándose al enemigo con su rifle láser.

Gaunt.

Heldane alargó la mano y se hizo con el control del peón, disfrutó de la potente capa de odio hacia Ibram Gaunt que residía en el cerebro de su peón. Aquello facilitaba mucho las cosas. Antes de sucumbir a la muerte, se dijo Heldane, utilizaría a su peón para ganar el trofeo del día. Para ganarlo todo.



DOCE

Rawne se lanzó al suelo para esquivar el fuego láser y los proyectiles con lengüeta que se abrían paso por el corredor. Alzó su rifle, buscando un blanco. Un dolor sordo, como una migraña, se instaló de repente en su cabeza, despertando inquietantes recuerdos de un agudo dolor físico. Mentalmente, vio a la bestia, al archimanipulador, al Inquisidor, con sus cuchillas curvas y taladros de microcirugía, inclinado sobre él.

Heldane. Aquel cabrón se llamaba Heldane. Sus cuchillas le habían abierto el cuerpo y el cerebro. Y la mente venenosa y obscena de Heldane se había colado por la fisura…

Sacudió la cabeza y sintió cómo saltaban unas gotas de sudor. Maldito Heldane. Disparó tres tiros a la oscuridad de la bóveda y en silencio dio las gracias al loco de Larkin, por el disparo que había destrozado a Heldane. Nunca se lo había agradecido personalmente, desde luego. ¿Un hombre como él reconocerle verbalmente algo a un campesino como Mad Larkin?

El equipo de infiltración se había puesto a resguardo, con la excepción de Baru, que había perdido una rodilla a consecuencia del fuego láser y se arrastraba jadeante en mitad del túnel.

Gaunt gritó una orden y Bragg abandonó su refugio y se puso a disparar ráfagas seguidas con su cañón automático, proporcionando a aquél y a Mkoll el tiempo para llevar a Baru a cubierto. Domor seguía dando alaridos mientras Caffran trataba de vendarle las heridas de la cara con material extraído del botiquín de campaña.

El fuego láser inundaba el angosto túnel, pero Rawne le temía más a los dardos de lengüeta. Aunque no dieran en el blanco, podían ser más nocivos desviándose o rebotando. Lanzó dos disparos, ansioso por hacer diana. Lo corroía la inquietud, una tenue oscuridad turbia que había permanecido en su cerebro desde que sufrió tortura a manos de aquel delgado gigante, Heldane, y por más que trataba de desprenderse de ella, seguía allí.

Gaunt tomó las temblorosas manos de Domor entre las suyas.

—¡Tranquilo, soldado! ¡Tranquilo, amigo! Soy yo, el comisario… ¡He estado viajando desde Tanith contigo, y no voy a dejarte morir!

Domor se mordió el labio y dejó de gemir. Gaunt advirtió que tenía la cara hecha un amasijo, los ojos deshechos, la carne de la mejilla derecha desprendida a jirones. Gaunt tomó las vendas de manos de Caffran y le vendó la cabeza, cubriéndole los ojos. Luego llamó con voz queda a Dorden, que acababa de atender la rodilla de Baru. El médico se desplazó a rastras bajo los esporádicos disparos. Gaunt había cortado con el cuchillo la manga de Domor en el antebrazo y Dorden se apresuró a inyectarle una dosis de analgésico en las hinchadas venas de la muñeca.

Gaunt había visto heridas mortales antes, y sabía que Domor no viviría mucho fuera de una enfermería adecuadamente equipada. Las lesiones de los ojos eran demasiado profundas y por los pálidos vendajes ya comenzaban a aflorar rojizas manchas de sangre. Dorden sacudió con tristeza la cabeza y el comisario se alegró de que Domor no pudiera ver aquel mudo veredicto.

—¡Lo conseguirás —le dijo Gaunt—, aunque tenga que llevarte a cuestas yo mismo!

—Déjeme… —gimió Domor.

—¿Abandonar al soldado que neutralizó la línea de maglev y nos brindo la victoria en Fortis? Ese día ganamos un mundo con tu ayuda, Domor. ¡Antes me cortaría un brazo que dejarte aquí!

—Es una buena persona —dijo Domor con voz ronca y respiración afanosa—, para tratarse de un anroth.

Gaunt se permitió esbozar una tenue sonrisa.

Tras él, Larkin apuntó con la antigua arma que había adoptado y abatió con un certero tiro a una borrosa figura que acechaba en la oscuridad. Los soldados de Fereyd, respaldados por Rawne y Mkoll, disparaban con ritmo regular ráfagas de láser dirigidas contra un enemigo al que no veían.

Entonces se hizo de repente el silencio.

Acompañado de uno de los hombres de Fereyd, Mkoll se adelantó convertido en una sombra bajo su capa de camuflaje.

—¡Despejado! —gritó al cabo de un momento.

El grupo prosiguió su avance. Caffran ayudaba a Domor, cada vez más débil, y Dorden a Baru, aquejado de cojera. Al doblar un recodo, se encontraron con los enemigos abatidos: ocho cadáveres humanos, flacos y cubiertos de llagas, vestidos con monos de plástico transparente, las caras ocultas tras unas máscaras de hueso de horrenda expresión. Estaban grabadas con símbolos: símbolos que causaban dolor en su mente; símbolos de plaga e insidia. Gaunt se aseguró de que quitaran a los muertos todas las recargas de municiones de plasma. Rawne se colgó el rifle láser al hombro y

tomó uno de los propulsores de dardos de lengüeta, un largo tubo con una bayoneta semejante a un patín sujeta en la parte inferior. Después cogió un morral de proyectiles del brazo flácido de uno de los cadáveres.

Gaunt no realizó ningún comentario. En aquel momento, cuanto pudieran acumular de su parte suponía una ventaja.



TRECE

La ciudadela había quedado en silencio. De la mellada fachada de piedra brotaba humo, tenue y pálido en ocasiones, y negro y tupido en otras.

Con una sensación de vértigo provocada por los analgésicos y la respiración corta, Corbec Colm capitaneó el primer avance hacia la escalonada zanja plagada de escombros y después la penetración en los edificios de paredes cortadas a pico. Unas mudas y casi invisibles oleadas de guerreros Tanith lo seguían, abriéndose paso entre las ruinas, con los rifles a punto.

Corbec no había mandado ninguna señal al Alto Mando. Aquel avance no se daría a conocer en tanto él pudiera evitarlo. Los Fantasmas ocuparían todo el terreno posible antes de solicitar ayuda.

Pasaban por entre piedra desmenuzada, reducida al fundirse a negras burbujas, aplastando los carbonizados restos del enemigo bajo sus pies. La retracción de las armas de la cerca energética había causado peores destrozos de los que Corbec hubiera podido imaginar. Llamó al pelotón de Vari y lo mandó ir en cabeza en misión de reconocimiento, utilizando el doble de barrederas.

Después se volvió de repente y se encontró con Milo de pie junto a él.

—Nada de música ahora, supongo, señor —dijo el muchacho, con la flauta bajo el brazo.

—Todavía no —confirmó Corbec con una leve sonrisa.

—¿Se encuentra bien, coronel?

Corbec asintió, notando por primera vez en la boca el sabor a hierro de la sangre.

—Estoy bien… —aseguró después de tragar saliva.



CATORCE

—¿Qué opina usted, señor? —preguntó el soldado Laynem, al tiempo que pasaba el catalejo al sargento de su pelotón, Blane.

El séptimo pelotón de los Fantasmas se había quedado atrás, obedeciendo las instrucciones de Gaunt, para vigilar la ladera posterior del altozano por el que avanzaba la fuerza principal. Blane sabía por qué; el comisario lo había dejado bien claro. Aun así, no había encontrado la manera de explicarlo a sus hombres.

Echó un vistazo por el catalejo. Abajo en el valle, los Patricios de Jant avanzaban hacia ellos en formación, dispuestos en pelotones de tiradores. Aquello era una dispersión de ataque. No cabía duda.

Blane volvió a su pozo de refugio rodeado de helechos y llamó a su encargado de comunicaciones, Symber. Tenía la cara desencajada.

—Parece… parece como si fueran a atacarnos, sargento —señaló, incrédulo, Laynem—. ¿Se habrán confundido con las órdenes?

Blane sacudió la cabeza. Aunque Gaunt había expuesto aquella posibilidad con bastante certeza, él se había negado a creerlo. ¿Un regimiento de la Guardia agrediendo a otro? Era… era simplemente impensable. Él había obedecido por supuesto al comisario, que le había hablado con tanta pasión, franqueza y contención al mismo tiempo, pero no había acabado de comprender la enormidad de aquella orden. Los Jantinos iban a atacarlos. Tomó el micrófono que le ofrecía Symber.

—Fantasmas del Séptimo —dijo sin perder el tiempo en rodeos—, distribuíos en hilera defensiva por la ladera y manteneos pendientes del avance de los Jantinos. Si os disparan, no habrá error posible. Sabed que el propio comisario me ha advertido de esta posibilidad. No vaciléis. Cuento con todos vosotros.

Como si quisiera darle la razón, la primera ardiente oleada de fuego láser ascendió sobre sus cabezas proveniente de las líneas Jantinas.

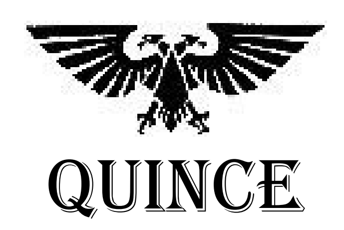
Blane ordenó a los suyos que no disparasen. Esperarían a tener una mejor

distancia de tiro. Tragó saliva. Le costaba creerlo todavía. ¿Y todo un regimiento de élite de infantería pesada Jantino iba a enfrentarse a sus cincuenta hombres?

Con el crepitar del fuego láser cerca de él, tomó el micro y ordenó a Symber que seleccionara el canal del comisario.

Calló un momento. La palabra se encallaba como un frío y contundente mármol en su boca reseca hasta que se obligó a pronunciarla.

—Fantasmagoría —susurró.



QUINCE

La oscuridad rezumaba agua a su alrededor. Gaunt caminaba con su grupo por cámaras y cuevas de húmeda piedra donde resonaba cualquier ruido. Caffran llevaba a Domor de la mano y uno de los anónimos soldados de élite de Fereyd ayudaba a Baru.

La única vida existente en aquel lugar la ponían las cucarachas que lo infestaban. Al principio, habían visto sólo un par, después centenares y luego millares. A Larkin le había dado por pisotearlas pero había desistido al volverse demasiado numerosas. Entonces se encontraban por todas partes. La oscuridad circundante tenía el murmullo del movimiento de los negros insectos que recubrían las paredes, el suelo y el techo. El insistente murmullo que producía la móvil capa de cuerpos era un constante sonido indistinto, colectivo.

Los Tanith continuaron estremecidos y por fin dejaron atrás la masa de cucarachas para adentrarse por unas galerías de perfil octogonal, de paredes hechas con bloques de vidrio unidos por fusión. El vidrio, con una oscura y extraña pátina producto de la lenta abrasión del paso del tiempo, proyectaba extraños fantasmas translúcidos al recibir los tenues focos de sus linternas; unas, a veces eran contrastados reflejos, otras desmadejados resplandores ambarinos. Con su aguzada vista, Mkoll percibió unas pautas en el vidrio, informes reliquias de hueso semifundido encajadas en la pared vítrea como granos de arena en las superficies de las perlas… o las moscas que a menudo encontraba aprisionadas en duras bolas de savia fosilizada mientras recorría los bosques de nalos de su planeta.

Mkoll, un hombre de cincuenta años de aspecto juvenil, complexión delgada, y un asomo de canas en el pelo y la barba, evocó con intensidad los bosques por espacio de unos minutos. Se acordó de su mujer, muerta de unas fiebres hacía doce años, y de sus hijos que habían transportado troncos en los ríos en lugar de seguir su profesión de cazador en los bosques.

Había algo en aquel lugar, aquel lugar que no habría podido imaginar ni por asomo en todos aquellos años de su pasado cuando su Eiloni vivía aún, algo que le recordaba a los bosques de nalos. Poco después de la Primera Fundación, cuando el comisario había reparado en sus antecedentes gracias a los archivos y lo había nombrado sargento del pelotón de exploradores con el beneplácito de Corbec, había mantenido una conversación acerca de los bosques de nalos con Gaunt. El comisario Gaunt le había comentado que aquellos especialísimos bosques cambiantes de Tanith habían enseñado a los Fantasmas una valiosa lección para orientarse. Él tenía la teoría de que a ellos se debía su seguridad y pericia en las labores de reconocimiento y de infiltración sigilosa.

Mkoll nunca había pensado en aquello con anterioridad, pero no le pareció desacertada la idea. Para él había sido como una segunda naturaleza, algo instintivo, el hallar el camino entre los árboles que cambiaban de lugar, localizar senderos y rastros que iban y venían entre aquella masa arbórea que cambiaba persiguiendo al sol. Su vida consistía en seguir la pista de los rebaños de cuchelinos para aprovechar su piel y cornamenta, en localizarlos por más hábiles que ellos fueran utilizando los nalos para ocultarse.

Mkoll era un cazador, una persona que mantenía una sintonía absoluta con los pormenores de su entorno, consciente de todos los detalles efímeros e inconsecuentes a partir de los que podía interpretar una sólida verdad. Desde que Gaunt había advertido su capacidad natural, una capacidad que compartía con todos los Tanith pero que aparecía concentrada en su caso y en el de los componentes de su pelotón, se había enorgullecido de no desmerecer nunca en su labor.

Sí, reiteró para sí, había algo allí abajo que le recordaba mucho al desaparecido Tanith.

Hizo un ademán para solicitar un alto. El soldado del personal de la Cruzada que el Táctico Wheyland —o Fereyd, tal como lo llamaba el comisario— había designado para que lo acompañara miró en torno a sí. Seguramente formulaba una muda pregunta, pero no había forma de leer su expresión puesto que llevaba bajada la visera reflectora de su armadura roja y negra. A Mkoll le inspiraban una desconfianza instintiva el táctico y sus hombres. Tenían algo. No le gustaban las personas que se ocultaban la cara y aunque Wheyland la llevara ahora al descubierto, él no había percibido nada en ella digno de confianza. En su imaginación oyó a Eiloni burlándose, regañándolo por ser un solitario desconfiado.

Ahuyentó el recuerdo de su esposa. Sabía que estaba en lo cierto. Aquellos soldados de élite eran eficientes, no cabía duda; el que iba con él se desplazaba con la misma seguridad y sigilo que el mejor miembro de su pelotón. Pero tenía algo raro al igual que aquel lugar.

Gaunt se adelantó para hablar con él.

—¿Mkoll? —inquirió, sin hacer caso al soldado de Wheyland, que se mantenía cuadrado con rigidez a pocos pasos.

—Ocurre algo extraño aquí —respondió, señalando a derecha e izquierda con un ademán—. La topografía es, no sé, inestable.

—Explícate —le pidió, frunciendo el entrecejo, Gaunt.

Mkoll se encogió de hombros. Gaunt le había dejado ver los datos recuperados en la *Absalom*, y él había estudiado con todo detenimiento sus esquemas una y otra vez, sintiéndose privilegiado por poder vivir de tan cerca la carga personal del comisario.

—Algo no funciona, señor. Seguimos por el buen camino, y que me aspen si no lo conduzco hasta allí… pero esto es diferente.

—¿Del mapa que te enseñé?

—Sí… Y lo que es peor, de cómo era hace cinco minutos. La estructura es bastante estática —Mkoll dio una palmada a la losa de vidrio de la pared para añadir énfasis—, pero es como si la dirección se alterara de manera imperceptible. Algo altera la derecha y la izquierda, lo que es arriba y abajo…

—Yo no he notado nada —intervino, tajante, el soldado de Wheyland—. Deberíamos continuar. Aquí no hay nada anormal.

Gaunt y Mkoll le lanzaron a la vez una mirada contundente.

—Quizás es hora de que yo vea ese mapa —dijo alguien desde atrás. El Táctico Wheyland se había acercado, sonriendo afablemente—. Y los datos. Antes nos han interrumpido…

Gaunt sintió una repentina duda. Era curioso. Habría confiado a Fereyd su misma vida, y además había enseñado los datos a varios de sus hombres como Mkoll. Pero algo lo retenía.

—¿Ibram? ¿Estamos juntos en esto, no? —preguntó Fereyd.

—Desde luego —respondió Gaunt, sacando la tablilla al tiempo que se llevaba a un lado a Fereyd.

¿En qué estaría pensando, por el nombre del Emperador? Aquel hombre era Fereyd. ¡Fereyd! Mkoll tenía razón: allá abajo ocurría algo peculiar, algo que estaba afectándole el entendimiento.

Mkoll se mantuvo a distancia, esperando, y dirigió una mirada al soldado de la Cruzada que tenía a su lado.

—No sé siquiera cómo se llama —dijo por fin—. Yo me llamo Mkoll.

—Cluthe, sargento, del Personal del Consejo Táctico.

Se saludaron con una inclinación de cabeza. «No me puedes enseñar la maldita cara ni siquiera ahora», pensó Mkoll.

Más allá, Domor gemía quedamente, mientras Dorden volvía a examinarle los ojos. Larkin perseguía las sombras con el cañón de su rifle.

Rawne miraba con fijeza los bloques de vidrio de la pared con semblante tenso.

—Son huesos lo que hay ahí —dijo—. Feth, ¿qué clase de carnicero se dedicaría a fundir huesos con vidrio para convertirlos en losas para este lugar?

—¿De qué clase y de hace cuánto tiempo? —replicó Dorden, al tiempo que reponía la venda de Domor.

—¿Huesos? —preguntó Bragg, mirando más de cerca lo que Rawne había señalado—. ¡Feth, cambiaría este sitio por un hatillo de ramas de nalo! —exclamó con un escalofrío.

Tras ellos, Caffran reclamó silencio. Él transportaba el aparato de comunicaciones desde que Domor había sido herido, y había enchufado a él sus auriculares para controlar las transmisiones. El aparato no era comparable a los pesados equipos que llevaban los encargados de cada pelotón como Raglon o Mkann, y además, su limitado alcance se veía entorpecido por la profundidad de la roca en la que se encontraban. Aun así había una señal, que se repetía de forma intermitente. El identificador era Tanith y el código de serie del pelotón correspondía al Séptimo. Los hombres de Blane.

—¿Qué pasa, Caff? —preguntó Larkin, alerta.

—¿Soldado Caffran? —inquirió el mayor Rawne.

Sin responderles, Caffran se fue presuroso por el túnel al lugar donde se encontraba Gaunt con el Táctico Imperial.

Al acercarse, vio que Wheyland miraba las pantallas iluminadas de la placa de datos de Gaunt con ojos desorbitados.

—¡Esto es… increíble! —musitó Fereyd—. ¡Todo lo que esperábamos!

—¿Que esperábamos? —Gaunt le lanzó una mirada acerada.

—Ya sabes a qué me refiero, Bram. ¡Por el Trono! Que algo como esto pudiera existir todavía… que pudiera estar tan cerca. Estuvimos acertados en ir detrás de esto sin vacilar. No podemos permitir que Dravere se haga con el control de… de esto.

Fereyd calló un momento y volvió a revisar los datos.

—Esto compensa todo el trabajo, todas la pérdidas, todo el esfuerzo… el saber que realmente había un trofeo aquí por el que valía la pena luchar. Esto demuestra que no estábamos perdiendo el tiempo ni cazando fantasmas… sin ánimo de ofender a los presentes —añadió con una diplomática sonrisa dirigida a Caffran cuando éste se adelantó.

Observando al oficial táctico, Mkoll se puso rígido. ¿Sería otra vez aquel maldito lugar lo que le trastocaba la mente? ¿O había algo raro en ese importante Táctico Imperial que ni siquiera Gaunt había percibido?

—¿Caffran? —dijo Gaunt, volviéndose hacia su improvisado responsable de comunicaciones.

Caffran le ofreció la fina hoja de metal salida del transmisor, que acababa de imprimir.

—Una señal del sargento Blane, señor. Muy poco clara, con interrupciones. Me ha costado un poco captarla.

»Dice “Fantasmagoría”, señor.

Gaunt cerró los ojos un instante.

—¿Bram?

—No es nada, Fereyd —aseguró Gaunt a su viejo amigo—. Sólo lo que ya preveía que iba a pasar. Dravere ha movido pieza.

»¿Podemos enviar una señal? —consultó a Caffran, señalando con la barbilla el aparato que éste llevaba colgado del hombro.

—Podemos intentarlo repetidamente y con saña, por Feth —repuso Caffran, arrancando una sonrisa de labios de Gaunt y Mkoll.

Había tomado prestada aquella expresión del encargado de comunicaciones Raglon, que siempre la utilizaba cuando las condiciones eran especialmente malas.

Gaunt entregó a Caffran una hoja metálica con un mensaje preparado. Con una ojeada, Caffran advirtió que no estaba en argot de batalla Tanith ni tampoco en lenguaje cifrado de la Guardia Imperial. Aunque no podía leerlo, sabía que estaba codificado en argot de combate Vitriano.

Caffran introdujo la lámina en el aparato y tras dejar que lo leyera y montara, accionó el interruptor de «envío», marcado con una reluciente runa en el tablero.

—Ya lo he mandado.

—Insiste cada tres minutos, Caffran. Y permanece atento por si envían un acuse de recibo.

Gaunt se volvió de nuevo hacia Fereyd y le cogió el mapa de la placa de datos de la mano.

—Proseguimos el avance —informó al Táctico Imperial—. Dile a tus hombres que sigan todas las instrucciones que dé mi explorador, sin discutirlas.

Con Mkoll en cabeza, el grupo se puso en marcha.

Lejos de él, al final, el mayor Rawne se estremeció. La imagen del monstruo Heldane había vuelto a cruzar su mente. Sintió la negrura del contacto de Heldane y notó cómo vacilaba su hosca conciencia.

«¡Sal! —chillaron sus pensamientos en la cabeza—. ¡Sal de ahí!»



DIECISÉIS

Era una ironía, concluyó el sargento Blane.

Aquella defensa tenía todas las cualidades épicas de cualquiera de las reverenciadas gestas de la Guardia. Cincuenta hombres conteniendo el asalto de casi un millar. Sin embargo, nadie lo sabría. Aquel acontecimiento, una lucha de la Guardia contra Guardia, era demasiado desagradable para caber en un relato. El más glorioso acto de los Primeros y Únicos de Tanith sería un dato silenciado del que nadie hablaría, ni siquiera en el Alto Mando.

Amparadas por la artillería ligera y las armas pesadas en las hondonadas del valle, las unidades Jantinas emprendieron el ascenso en torno al altozano que dominaba el pelotón de Blane a la manera de un collar, proyectando abanicos de fuego láser en disciplinadas rachas dobles. La lluvia de disparos, de casi mil quinientos cada veinte segundos, pasaba sobre las cabezas de los Fantasmas o penetraba en la ladera, haciendo saltar terrones de tierra humeante y prendiendo numerosos incendios entre los helechos.

Al sargento Blane, que los observaba con su catalejo, se le puso carne de gallina al advertir la horrible seguridad con que cubrían el terreno. La casta guerrera de Jant estaba compuesta de tropas pesadas, con armadura de combate plata y púrpura más idónea para la batalla que para la velocidad o el sigilo. Eran soldados de ataque, no de escaramuzas; los Tanith eran los ágiles, ligeros y discretos. Pese a todo, la brillantez de ejecución de los Jantinos era aterradora. Aprovechaban al máximo toda su pericia y cada palmo de territorio para tender la larga garra de su ataque a fin de estrangular al séptimo pelotón de los Fantasmas.

Blane había resistido a la tentación de devolver el fuego en cuanto habían comenzado a disparar los Jantinos. Ellos no poseían armas de alcance comparable a las de los Jantinos y, además, había deducido que la andanada de láser tenía más que nada un propósito de intimidación psicológica.

Sus cincuenta hombres estaban desplegados a lo largo de la línea de la loma en una serie dispersa de abrigos naturales que ellos mismos habían ensanchado y acondicionado con herramientas para trincheras y sacos terreros improvisados con capas de camuflaje y sacos de dormir. Blane formuló unas instrucciones claras: ensamblar los cuchillos, disponer las armas en función de un solo tiro y no disparar hasta recibir su indicación.

Durante los diez primeros minutos, en su línea reinó el silencio, invadido por el crepitar del fuego láser que ascendía hacia ellos mientras por el aire se diseminaban blancos copos de humo y nubes de polvo. Unas bombas de campo de bajo calibre se abrían paso entre ellos, acompañadas de unas cuantas granadas propulsadas con cohetes, para caer en su mayoría a cierta distancia, creando nuevos agujeros en la pendiente. Blane primero creyó que erraban los tiros hasta que advirtió la estrategia. Los cañones estaban excavando orificios y cráteres de refugio en el flanco de la colina como preludio al avance Jantino. Por el lado oeste, algunos pelotones ya se habían desplazado hacia adelante e introducido en una línea de recientes hoyos a unos cien metros de la de los Fantasmas. Inmediatamente, los cañones de campo alteraron su alcance y comenzaron a horadar la siguiente línea.

Blane maldijo la perfección Jantina. El comisario Gaunt siempre decía que había dos clases de enemigos especialmente temibles, los que eran totalmente salvajes y los que eran totalmente inteligentes y que de entre ellas, la segunda era la peor. Los Jantinos eran hombres instruidos que sobresalían en el arte de la guerra. El miedo que inspiraban era justificado. Blane había escuchado relatos de sus proezas antes incluso de ingresar en la Guardia. En esos momentos los oía cantar, entonando el largo, lánguido y lento himno de victoria, armonizado por un millar de potentes voces masculinas, hermoso, opresivo… desmoralizante. Se estremeció.

—Malditos cantos —susurró el soldado Coline a su lado.

Blane estaba de acuerdo pero no dijo nada. Las primeras ráfagas de láser pasaban ya por encima de sus cabezas, y si los rifles Jantinos llegaban hasta ellos, cabía deducir una realidad tranquilizadora: los Jantinos estaban a tiro.

Blane accionó las comunicaciones del casco y seleccionó el canal de mando.

—Elegid con cuidado los objetivos —indicó en argot de batalla Tanith—. No hay que desperdiciar ni un disparo a partir de ahora. Fuego a discreción.

Los Fantasmas abrieron fuego. Desde el refugio de sus posiciones brotaron regueros de disparos individuales dirigidos a los Jantinos, que avanzaban en abanico. En la primera racha tan sólo, Blane vio caer más de diez. El ritmo de los disparos se intensificó. La oleada abrió brechas en las filas Jantinas en muchos lugares e hizo vacilar la lluvia de fuego descargada contra ellos.

El duelo de la infantería había comenzado: dos hileras de soldados resguardados en hoyos respondiendo a andanada con andanada, arriba y debajo de una ladera

escalonada cubierta de maleza. El mismo aire se recalentó, impregnado de la sequedad eléctrica y el hedor a ozono del fuego láser. Era una lucha igualada, aunque los Tanith disponían de un mayor ángulo de cobertura y la mayor protección que prestaba la colina. No obstante, a diferencia de los Jantinos, no tenían hombres de refuerzo que acudieran a reponer las líneas a cada minuto.

Aun disparando certeras ráfagas cada seis segundos y matando a un enemigo cada cuatro disparos, Blane sentía que estaban perdidos. No podían retirarse ni tampoco arremeter contra la carga. La derrota se presentaba por un lado y la muerte por abrumadora ventaja numérica por el otro; los Fantasmas no podían hacer otra cosa que mantenerse en su línea y combatir hasta el último hombre.

Los Jantinos tenían más opciones, pero la que decidieron utilizar tomó por sorpresa a Blane. Después de treinta minutos de tiroteo, los Patricios pasaron a la carga, en masa. Cerca de un millar de soldados de infantería pesada, con las bayonetas ensambladas a los rifles, se levantaron a la vez y comenzaron a subir la pendiente en dirección al pelotón.

Fue una decisión asombrosa. Blane pensó primero que el comandante Jantino había tenido un ataque de locura. Y tenía algo de locura aquello, pero con unas características que iban a proporcionarle la victoria. Los cincuenta rifles de los Fantasmas disponían de más blancos de los que podían disparar. Docenas, centenares de Jantinos no llegaron a coronar la ladera y sus cuerpos cayeron, convulsos, a plomo, en la maleza de color ocre. Sin embargo, los hombres de Blane no tenían forma de abatirlos a todos antes de que alcanzaran sus líneas.

—¡Sangre del Emperador! —exclamó Blane al comprender los elementos de la táctica: superioridad numérica, lealtad absoluta y una sed insaciable de victoria.

El comandante Jantino había desplegado a sus soldados presto a sacrificarlos, empleando su pura masa para absorber el fuego de los Fantasmas y arrollarlos.

Trescientos Patricios de Jant sucumbieron antes de que su regimiento alcanzara las líneas de los Tanith. Aún quedaban, con todo, setecientos que inundaron en oleadas la hilera de pozos donde se atrincheraban.

* * *

Entonando el antiguo himno de guerra de Jant Normanidus, el Alto Credo, el mayor Brochuss capitaneó el asalto contra la insignificante línea de defensa de los Fantasmas Tanith. Un disparo láser le atravesó la manga de la armadura y le quemó superficialmente el brazo. Entonces giró sobre sí y aniquiló al Fantasma que tenía delante mientras tras él llegaban por decenas los soldados.

Los Fantasmas no eran nada… y entrar a saco entre ellos de esa forma era un gozo que exorcizaba los propios fantasmas de Brochuss, unos fantasmas que lo habían acompañado de un modo u otro desde la humillación de Khedd y que se habían visto reforzados en Fortis Binary y en Pyrites. La furia, el gozo de la batalla,

la sed de sangre, la rabia bullían en la sangre del fornido cuerpo del Patricio Jantino.

El acero templado de su bayoneta desgarraba a diestra y siniestra, empalando y matando Tanith. En dos ocasiones había tenido que disparar el rifle a bocajarro para desprender un cuerpo encajado en la hoja.

La nobleza de su educación le permitía reconocer el valor y la capacidad combativa de los enemigos cubiertos de negras capas a los que aplastaban en sus posiciones. Lucharon hasta el último, con gran pericia. Pero eran soldados de infantería ligera, vestidos con materiales finos, en nada comparables a la resistencia y elasticidad de la armadura Jantina. Sus hombres tenían la disciplina de las academias militares de Jant en la masa de la sangre, la fiera voluntad de ganar. Eso era lo que hacía de ellos Patricios y lo que hacía que inspiraran en los otros regimientos de la Guardia Imperial el mismo temor que sentían los Guardias por los Adeptus Astartes.

Si Brochuss pensaba en el coste que había supuesto la ruta hasta lo alto de la colina, lo hacía sólo en términos de los himnos de victoria que cantarían en los funerales colectivos. Costara una o mil vidas, la victoria era siempre la victoria… y la victoria que castigaba a una escoria de traidores como aquéllos era más valiosa que todas. Los Fantasmas eran alimañas que había que exterminar. El coronel Flense había estado acertado al dar la orden, aunque parecía extrañamente pálido y horrorizado al formularla.

La victoria era suya.

* * *

El sargento Blane ensartó con la bayoneta al primer Jantino que se acercó al borde de la zanja y lo lanzó lejos por encima de su cabeza. El hombre agonizó entre gritos. Otro lo secundó e introdujo la bayoneta en el muslo del sargento, arrancando un grito de dolor de este, que reaccionó rebanándole el cuello con la hoja del rifle. Después Blane le disparó un solo tiro a bocajarro, en la cara.

Coline disparó a dos Jantinos en el filo del hoyo y después cayó abatido por un duro golpe. La lucha era ahora cuerpo a cuerpo. Symber disparó a tres de los que habían acabado con Coline y luego un rayo láser perdido lo decapitó y, entre espasmos, su cuerpo fue a parar a una estrecha zanja repleta ya de una docena de cadáveres.

Después de liquidar a otro Jantino con una combinación de estocada de bayoneta y golpe con la culta del rifle, Blane vio cómo el micro del transmisor saltaba de la mano de Symber al morir éste y deseó hacerse cargo de él y mandar una señal a Gaunt o a Corbec. El altozano era, sin embargo, un hervidero de hombres que disparaban, golpeaban, clavaban bayonetas y morían, y no era posible ceder un paso ni distraerse un instante. Aquel era el momento de calor de la batalla, un calor desaforado de odio, del que a menudo hablan los soldados pero que raras veces se presencia.

Blane acabó con otro Patricio con un disparo en el pecho a dos metros de distancia y después hundió la bayoneta bajo la barbilla de otro que se abalanzó contra él. Notó el contacto de algo duro y caliente en la espalda. Al bajar la vista vio la reluciente punta de una bayoneta Jantina que sobresalía de su pecho, rodeada de un goteo de sangre.

Con un alborozado gruñido, el mayor Brochuss disparó su rifle láser para despegar el tambaleante Fantasma de la hoja de su bayoneta. El sargento Blane cayó de bruces sin un murmullo.



DIECISIETE

Hacía un calor como Milo no había sentido nunca.

La columna principal de los Fantasmas avanzaba despacio por entre las piedras desmoronadas de la necrópolis. Habían desembocado en un largo valle de antiguas columnatas que se elevaban a ambos lados interceptando el sol. Era una falla natural del terreno, de casi ocho kilómetros de largo en la que los primitivos arquitectos habían construido altas edificaciones de oquedades. El suelo, de una anchura de medio kilómetro, resultaba traicionero a causa de las rocas que el paso del tiempo había desprendido de las altas estructuras.

Aparte, las explosiones del retroceso energético de la valla de defensa habían producido allí los mismos ruinosos efectos que en otras partes, y las piedras caídas, negras como la brea, habían absorbido el calor y ahora lo volvían a irradiar. Hacía más de sesenta grados allí abajo y el aire estaba reseco. Todos los Tanith tenían el uniforme empapado en sudor y ninguno llevaba ya la capa.

El soldado Desta, que iba al lado de Milo, carraspeó y escupió en el áspero canto negro de una losa, y luego observó con asombro cómo la saliva bullía y se evaporaba al instante.

Milo levantó la mirada hacia la franja de cielo visible, de un tono azul pálido propio de un claro día de verano. Allí abajo, las largas sombras y honduras rocosas daban la idea de un fresco refugio. En realidad, el calor era abrumador, peor que las miasmas selváticas de las calderas tropicales de Calígula, peor que los húmedos parajes de Voltis, peor que cuanto había conocido él, incluido el ardiente y seco periodo de la canícula en Tanith Magna.

Las rocas proyectaban el calor hasta su mente, abriéndose doloroso camino hasta los huesos y los conductos respiratorios. Ansiaba un poco de humedad. Se entretuvo evocando Pyrites, donde había vivido como agobiante la húmeda gelidez de la ciudad exterior, y lamentó no poder disfrutarla entonces. Luego cogió la cantimplora y tomó

un largo trago de agua estancada y caliente.

Una sombra se instaló a su lado. El coronel Corbec le paró la mano.

—No tan deprisa. Necesitamos racionarla con este calor y si la bebes con demasiada rapidez te darán calambres y vómitos. Además, la sudarás enseguida.

Milo asintió, reparando en la palidez de la cara de Corbec. Estaba empapada como la de los demás, pero había algo más, algo más de lo que padecían los otros: dolor.

—Está herido, ¿verdad, señor?

Corbec negó con la cabeza.

—Estoy bien, chico. Sí, perfectamente.

Corbec rio, pero no había fuerza en su voz. Milo advirtió claramente el redondo agujero que tenía en un costado de la túnica y que pretendía ocultar. Aunque en la negra tela apenas se destacaban, Milo no tuvo duda de que las manchas no eran de sudor como las de los otros.

Desde las unidades de reconocimiento llegó un grito y un momento después sonó un crujido en el viento. Corbec gritó una orden y los Fantasmas se desperdigaron entre la roca, una roca que les ofrecía amparo pero que no se atrevían a tocar. El enemigo contraatacaba.

Iban hacia ellos por el valle, unos a pie y la mayoría por aire. Decenas de pequeños dirigibles con forma de misiles, de colores chillones, adornados con grotescos símbolos del Caos, se abatieron por la falla, propulsados por hélices, con sus alargadas barquillas repletas de guerreros del Caos. Como un avispero atacaron a los Fantasmas, barriendo el suelo con fuego.

Había llegado el momento decisivo.



DIECIOCHO

Ojeroso y con expresión de enojo, Dravere apartó sin contemplaciones a los médicos de la esfera de aislamiento y abrió de un tirón las cortinas de plástico que rodeaban el camastro del Inquisidor Heldane. Bajo los instrumentos médicos que lo cubrían, éste lo miró con una calma insondable.

—¿Hechtor?

Dravere lanzó una placa de datos sobre la cama. Con su mano útil el Inquisidor depositó con cuidado el espejo que asía y cogió la tablilla, cuyas teclas manipuló con la larga uña del dedo pulgar.

—¡Una auténtica locura! —se lamentó Dravere—. Los Jantinos han tomado el altozano y exterminado a la retaguardia de Gaunt, pero Flense informa de que la unidad principal de los Tanith ha avanzado de hecho contra el Objetivo Primaris. ¿Y qué hacemos ahora, por el Trono? ¡Estamos perdiendo hombres a manos de los nuestros en lugar del enemigo, y todavía necesitamos una victoria! ¡No pienso responder a Macaroth por esto!

—Otros regimientos se encuentran cerca —señaló Heldane tras estudiar la información de la tablilla—. Los Mordianos, los Vitrianos… Que los Fantasmas de Gaunt sigan con el asalto al Objetivo que han iniciado. Sacrifíquelos para abrir una brecha. Disponga a los Patricios detrás para consolidar lo ganado y acabar con los Fantasmas. Para entonces el grueso de las tropas estará listo para avanzar tras ellos.

Dravere respiró hondo. Desde el punto de vista táctico, el consejo era sensato. Todavía había una buena oportunidad para silenciar a los Fantasmas sin dejar testigos y lograr una victoria.

—¿Y Gaunt?

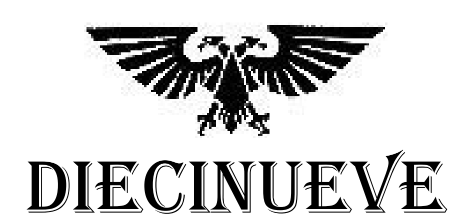
Heldane volvió a tomar el espejo y miró en él.

—Sigue por el buen camino. Mi peón continúa a su lado, preparado para atacar cuando se lo ordene. Paciencia, Hechtor. Participamos en juegos supeditados a otros

juegos, y todos dependen a su vez de complejos procesos de guerra. —Guardó silencio, concentrado en las distancias del espejo invisibles para el Señor General.

Dravere se dispuso a marcharse. El Inquisidor aún le era útil, pero en cuanto dejara de serlo no dudaría en eliminarlo.

Con la vista fija en el espejo, Heldane reconoció de paso el malicioso pensamiento formulado en el embotado intelecto de Dravere. El general se equivocaba en redondo con respecto al lugar que ocupaba en los acontecimientos. Se consideraba a sí mismo un líder, un manipulador, cuando en realidad no era más que otro peón, igual de prescindible.



DIECINUEVE

El coronel Flense condujo a los Patricios de Jant hasta la gran fosa exterior y se adentró con ellos en las estribaciones de las ruinas de la necrópolis, pasando por entre los fragmentos de esteatita dejados por la explosión y los cuerpos renegridos ocasionados por el asalto de Corbec. A lo lejos, por los huecos y conductos de piedra se oían disparos. Los Fantasmas habían topado con más oposición, sin duda.

En la tarde que se alargaba, el pálido cielo estaba aún estriado por las hebras de humo de los combates. A Flense le quedaban seiscientos doce hombres, cuarenta de los cuales habían recibido heridas tan graves que los habían tenido que trasladar a los hospitales de campaña situados en los campos de despliegue. Cincuenta Tanith, luchando hasta el final, se habían llevado por delante más de un tercio de su regimiento. La amargura que aquello le producía lo consumía. Su odio hacia Ibram Gaunt y la rivalidad con los Primeros de Tanith que había alimentado habían sido una fuente de frustración corrosiva. Entonces, cuando se les había presentado la ocasión de enfrentarse a ellos en el campo de batalla, los Tanith, especialistas en escaramuzas, habían luchado por encima de sus posibilidades y logrado una inmensa victoria aun en la derrota.

Poco le importaba lo que sucediera a partir de ese momento. Los demás Fantasmas podían morir o seguir vivos. A él sólo le interesaba una cosa: Gaunt. Envió un comunicado en nivel Magenta a Dravere, en el que le expresaba aquel simple deseo.

La respuesta lo dejó sorprendido y encantado. Dravere le indicó que situara a sus soldados bajo el mando directo de Brochuss para proseguir la penetración en el Objetivo Primaris. Las instrucciones de batalla eran neutralizar a los Fantasmas y después continuar el asalto contra el enemigo en sí. Con suerte, los Tanith quedarían aplastados entre los Jantinos y las fuerzas del Caos.

Para Flense había, no obstante, una orden aparte. Dravere se había enterado por el

Inquisidor Heldane de que Gaunt dirigía personalmente un equipo que había penetrado en la ciudad por el subsuelo. El punto de entrada era un pozo situado bajo un peñasco en la ladera de la colina, que le identificó, junto con la ruta. Flense debía llevar a un pelotón consigo, ir en pos del comisario y destruirlo.

Flense transmitió con discreción las instrucciones a Brochuss mientras ambos observaban cómo avanzaban los hombres en líneas de tres filas por la vasta y antigua necrópolis. Henchido de orgullo por aquella oportunidad de asumir el mando, Brochuss se volvió hacia el coronel con un brillo anhelante de batalla en los ojos. Después se quitó el guante y le tendió la mano. Flense se quitó el guantelete para estrechársela, según era costumbre de hermandad aprendida en las escuelas de honor de Jant Normanidus, asiendo el pulgar junto con los otros cuatro dedos.

—Esperanza en el avance, suerte en la lucha, honor en la victoria, Brochuss —le deseó Flense.

—Que halle buen aposento a su hoja, coronel —respondió el lugarteniente.

Flense volvió a ponerse el guante y accionó el micrófono.

—Soldados Herek, Stigand, Unjou, Avranche y Ebzan, preséntense al coronel. Traigan cuerda de escalada.

Flense cogió un rifle láser de uno de los muertos y dedicó una bendición en silencio para apaciguar el alma de su antiguo propietario antes de comprobar su reserva de munición. Brochuss mandó a dos de los pelotones a recoger las linternas de los soldados según pasaban. El pelotón de retaguardia observó cómo Flense y su equipo se preparaban y luego se introducían en el pozo de debajo de las rocas.

* * *

En la esfera de aislamiento de la cúpula de mando, Heldane captó aquella maniobra. Aunque no había estado dentro de la mente del necio de Flense el tiempo suficiente para desviarla, había dejado su impronta allí, y a través de aquella ventana psíquica alcanzaba a captar bastante. Percibía ante todo el odio de Flense.

De modo que Dravere tramaba una intriga por su cuenta, poniendo en juego a su propio hombre, ansioso por asegurarse su margen personal de maniobra. Atormentado por el dolor, Heldane sabía que debería estar enfadado con el Señor General, pero no había tiempo y no disponía de fuerza de voluntad sobrante para desperdiciarla en tales lujos. Se adaptaría a la estratagema de Dravere, apropiándose de los elementos que pudiera utilizar para sus propios fines. Por la humanidad, por el grandioso plan que tenía entre manos, se adaptaría, manipularía y conseguiría el tesoro Vermellón oculto bajo el Objetivo Primaris. Entonces, y sólo entonces, se permitiría morir.

Se tragó el dolor y ahuyentó el suave abrazo de la muerte. El dolor era útil en cierto sentido; de igual forma que le facilitaba la captación de las mentes de herramientas embotadas, proporcionaba un foco de concentración a la suya. Podía

recurrir a su hondo tormento y reconducirlo como un escalpelo psíquico con el que abrir una hendidura en la reserva de su peón para hacerlo funcionar con mayor eficacia.

Miró de nuevo el espejo, rodeado por el pálpito y los zumbidos de las máquinas que lo mantenían con vida. Advirtió el temblor de su mano y lo aniquiló con una puñalada de concentración.

Volvió a penetrar en la reducida mente del peón, percibió el opresivo y frío espacio de los túneles por los que transitaba, a muchos metros de distancia de la superficie donde se desmoronaba la esteatita de la necrópolis. Conectó con sus pensamientos y con él vio y tanteó el camino que seguía más adelante. Había calor allí, intelecto, sangre en movimiento.

Heldane se tensó y mandó una sacudida de aviso a su peón: ¡una emboscada al frente!



VEINTE

Habían llegado a una larga y baja cisterna de roca, de un apagado color azul claro, de la que partían cuatro ramales. Del centro del rugoso techo goteaba una densa agua negra.

Rawne notó una repentina tensión y perdió pie. Apoyó una mano en la áspera pared para recuperar el aplomo al tiempo que en su cabeza estallaba un dolor punzante que se aferraba a ella como un gran arácnido que le mordiera los huesos de la cara. Se le nubló la visión y luego sintió que la cabeza le daba vueltas.

Era como un aviso… un aviso de que había algo más adelante…

El mayor emitió un agudo sonido inarticulado que hizo volverse o echarse al suelo a los demás, sorprendidos. Apenas su voz había comenzado a resonar en las paredes cuando ya Wheyland disparaba, acribillando la oscuridad con su rifle láser al tiempo que impartía órdenes de despliegue.

Una andanada de proyectiles de lengüeta fue la respuesta.

Gaunt se precipitó contra una roca desplomada mientras el fuego láser impactaba crepitando en la vidriosa pared encima de él. ¡Habían estado a punto de topar de bruces contra los atacantes! De no ser por la advertencia de Rawne y la rápida reacción de Fereyd… ¿Pero cómo lo había previsto Rawne? Él iba de los últimos. ¿Cómo podía haber visto algo que no había advertido con su aguzada vista Mkoll, que iba en cabeza?

Fereyd había asumido el mando en ese momento, pero a Gaunt no le molestó. Confiaba en el instinto táctico de su amigo, que además se encontraba mejor situado para dirigir la lucha. Gaunt apagó la linterna para no seguir siendo un blanco y después aprestó el rifle láser. Mkoll, Caffran, Baru y los soldados tácticos mantenían un fuego constante con sus propias armas, en tanto que Larkin empleaba su extraño rifle para cubrir a Bragg mientras éste situaba el pesado cañón automático en posición de disparo. Dorden se había agazapado junto con Domor.

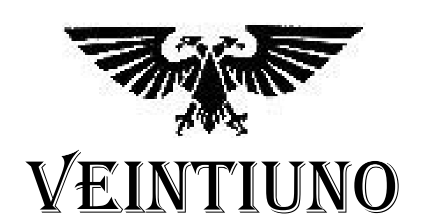
Avanzando a rastras, Rawne cargó el arma que había robado. Después se levantó, buscando a tientas el gatillo, y lanzó un proyectil de lengüeta por la garganta del pasadizo. Se oyó una explosión y un alarido. Rawne se apresuró a disparar de nuevo y la bala se fue con sinuoso recorrido como una pesada abeja entre los veloces rayos de luz de los rifles láser de los otros. Entonces Bragg abrió fuego e hizo estremecer el espacio entero con sus rápidas ráfagas. El aire de la angostura se llenó de humo de cordita y ficeleno.

—¡Alto al fuego! ¡Alto! —gritó Gaunt bajando la mano.

Se hizo el silencio. Cada cual escuchó su propio pulso por espacio de diez segundos, veinte, un minuto casi, antes de que se produjera el ataque. El enemigo irrumpió en la cámara, inundando dos de los túneles que daban a ella.

Los hombres de Gaunt aguardaron disciplinados, sabiendo sin necesidad de órdenes hasta cuándo debían esperar. Luego abrieron fuego otra vez: la nueva arma de Rawne, el cañón automático de Bragg, la carabina de Larkin, los rifles láser de Gaunt, Fereyd, Mkoll, Baru, Caffran y los tres guardaespaldas de la Cruzada. La cisterna encajonó los blancos. En cuestión de diez segundos se habían acumulado casi treinta cadáveres de enemigos en la exigua cámara, que impedían el avance a los de detrás, lo que hacía de ellos unos objetivos muy asequibles.

Gaunt permanecía detrás de un bloque de esteatita, disparando con la misma secuencia que había enseñado a sus hombres. Él se la exigía y sabía que ellos no esperaban menos de su parte. Estaban haciendo una escabechina, puesto que todos los tiros hacían estallar trajes de plástico y viseras de máscara. Pero la marea no se reducía. Gaunt comenzó a plantearse qué se acabaría primero: la afluencia de enemigos, la munición de su equipo o el espacio en la cisterna, llena ya de cadáveres.



VEINTIUNO

Salieron de las sofocantes sombras de los arcos de la necrópolis a un vasto valle interior que parecía un horno, donde las piedras irradiaban calor. Brochuss y sus hombres parpadearon con ojos llorosos a causa del ardor. El mayor impartía bruscas órdenes a diestra y siniestra, haciendo adelantar a los soldados, que se desplegaban en un amplio frente entre los monolitos dispersos y las rocas partidas. Al mismo tiempo mantenía el mayor número posible de ellos en las sombras de los costados del valle.

Más adelante, a unos dos kilómetros de distancia, se estaba librando un violento combate. Brochuss veía los fogonazos de fuego láser que brotaban entre los peñascos de la cuenca del valle, sobre el cual ascendían agitados penachos de humo, señal de una reñida batalla de infantería. Oyendo las ráfagas de láser, los chirridos de las armas de fusión, el ocasional zumbido de los cohetes, Corbec supo que los despreciables Fantasmas habían entrado en acción. Había también otros sonidos: el rugido de los motores, el murmullo de los proyectiles de lengüeta, el tableteo de los exóticos cañones de repetición. Y los bramidos y gritos de los hombres, que contribuía a conformar una bola sonora que ululaba por la caja de resonancia del valle.

Brochuss accionó el micro del casco.

—Es una representación engañosa, muchachos. Caeremos sobre los Tanith por la espalda y los aplastaremos. Pero defendeos contra las sabandijas con las que luchan. Matad a los Fantasmas para que podamos vencer al enemigo. ¡Combatidlos y llevaos la gloria de la victoria a las torres de los antepasados de Jant Prime! ¡Normanidus excelsius!

Seiscientas voces respondieron con un murmullo de aprobación, pronunciando las sílabas del credo devocional. Después, el himno de guerra se inició de modo espontáneo, con la misma sonoridad henchida de una letanía eclesiarcal, rebotando en la roca de los contornos como en el basalto pulido de una catedral.

La mayoría de los Patricios se habían descubierto la cara a causa del calor, pero entonces bajaron las viseras tapándoselas con los semblantes de la guerra. Su himno de batalla se transmitió por los canales de sus cascos resonando en los oídos de todos ellos.

Brochuss se bajó también la visera y el himno llegado por el auricular circuló por el cerrado espacio del yelmo. Después se volvió hacia el soldado Pharant, que tenía al lado, y se descolgó el rifle láser. Sin mediar palabra, Pharant intercambió su pesado cañón automático y la ristra de munición por el rifle y dio a entender con una solemne inclinación de cabeza que lo consideraba un honor. El comandante llevaría su arma al combate al frente de los Patricios, los Elegidos del Emperador.

Brochuss se ajustó la pesada canana en torno a la cintura y los hombros con la hábil ayuda de Pharant y se colgó de la espalda y los muslos las bolsas con recargas de munición. Después agarró la voluminosa arma con las manos enguantadas, la derecha en el asidero del gatillo, el centro de la armazón bajo la axila derecha, y la izquierda sosteniendo la abrazadera lateral para poder mover con soltura el cañón. Con el pulgar accionó el interruptor que controlaba el avance de la munición. La canana suministró unos gruesos e imponentes cartuchos y del cañón, refrescado por la afluencia de agua, brotó un siseo acompañado de vapor.

Brochuss se había situado en cabeza de su falange cuando uno de los soldados de retaguardia lo avisó por el transmisor.

—¡Tropas! ¡Llegan justo detrás de nosotros!

Brochuss se volvió. Al principio no vio nada, después detectó un tenue movimiento sobre el fondo azul lechoso y los chamuscados bloques de piedra. Unos soldados se acercaban, cientos de soldados casi invisibles bajo la traicionera luz que incidía de soslayo en el valle. La armadura que llevaban relucía, reflejándola. Eran los Vitrianos.

Brochuss sonrió bajo el yelmo y se dispuso a mandar una señal al comandante Vitriano. Con el apoyo de los Dragones de Vitrian, podrían…

El fuego láser entró en erupción a lo largo de la retaguardia de su regimiento.

* * *

El coronel Zoren condujo directamente a sus hombres contra la desparramada línea de Patricios de Jant. Estos eran unos seiscientos y los Vitrianos sólo cuatrocientos, pero los tenían a tiro.

El mensaje de Gaunt le había llegado tal como habían convenido, pero aun así había sido el peor mensaje, el más devastador que había recibido en los dieciséis años que llevaba como militar. Sus enemigos mutuos se habían quitado la careta y ahora el éxito de la empresa dependía de su lealtad. Lealtad para con el comisario, para con el hombre llamado Fereyd y para con el Emperador.

Aquello iba en contra de cuanto le habían inculcado en la Guardia Imperial,

contra natura incluso. Iba en contra de las intrincadas enseñanzas del *Byhata*. De todas formas, el *Byhata* decía que había honor en la amistad, y amistad en el valor. La lealtad y el honor, los dos aspectos fundamentales del *El arte de la guerra Vitriano*.

Que Dravere los mandara al paredón, a él y a sus cuatrocientos hombres. Aquel no era un acto de insubordinación, ni de insurrección tampoco. Gaunt le había hecho ver lo que había en juego. Le había hecho ver los niveles superiores de lealtad y honor que había en juego en Épsilon Menazoide. Él había sido más fiel al Emperador y a las enseñanzas del *Byhata* de lo que nunca habría podido serlo Dravere.

En triple formación de lanza, casi invisibles en su armadura de cristal, los Dragones de Vitrian arremetieron contra la parte posterior de la extensa línea de avance de Brochuss. Ellos formaban una densa cuña triple mientras que los Patricios estaban desperdigados. Los Jantinos habían compuesto una hilera lateral para rodear al enemigo, lo que resultaba del todo contraproducente para repeler un ataque por la espalda. Así lo dejaba bien claro el *Byhata*, en el libro seis, sección treinta y uno, página cuatrocientos seis.

Los Patricios tenían una mayor fortaleza pero estaban en formación convexa cuando les habría convenido la cóncava. Los hombres de Zoren los despedazaron. Aquel les había ordenado poner las armas láser a una potencia máxima de descarga. Esperaba que el comisario Gaunt le perdonara el dispendio, pero la armadura de los Jantinos era conocida por su grosor.

El Primer Regimiento de los Patricios de Jant, los autodenominados Elegidos del Emperador, la élite de la Guardia Imperial, fueron destruidos esa tarde en el valle de la necrópolis del Objetivo Primaris. Las nobles fuerzas del Tercero de los Dragones de Vitrian, que años después serían condecoradas y agasajadas como uno de los ejércitos más destacados de la Guardia, los superaron pese a su inferioridad numérica en una batalla que duró veintiocho minutos y dependió sobre todo de la disposición táctica.

* * *

El mayor Brochuss repelió a los Vitrianos durante todo el tiempo en que le fue posible. Gritando con un sentimiento de ultraje mezclado con desesperación, se abrió paso como una tromba entre los suyos para encararse a los Vitrianos con el gran cañón automático de Pharant. Aquella no era ni de lejos la clase de muerte que había previsto para sí, ni tampoco para su célebre compañía.

Tronaba contra sus hombres, reprochándoles que murieran y daba furiosas patadas a los cadáveres que se desplomaban a su alrededor como si pretendiera hacerlos levantar de nuevo. Al final, Brochuss se vio inundado por una urticante oleada de rabia porque habiendo llegado tan lejos, luchado tan duro, él y sus Patricios se vieran desposeídos de esa forma.

Desposeídos de todo cuanto merecían. Desposeídos de la gloria por aquel

ignominioso fin. Desposeídos de la vida por unos hombres inferiores a ellos, más débiles, y que sin embargo tenían los arrestos para luchar con coraje por aquello en lo que creían.

Él fue casi el último en morir, cuando de la recámara de su humeante arma salían los últimos proyectiles, proyectados como una lluvia contra los Vitrianos. Brochuss mató él solo a cuarenta y cuatro de ellos en el curso de la última resistencia de los Primeros de Jant. Su cañón automático estaba a punto de recalentarse demasiado cuando lo mató un sargento Vitriano llamado Zogat.

Con el torso pulverizado por el impacto, Brochuss cayó de bruces sobre la arena de mica del valle y su nombre, su conducta, sus acciones y su ser quedaron completamente borrados de los Anales Imperiales.



VEINTIDÓS

Entonces Baru falleció. El horrible dardo de lengüeta topó con la piedra tras él y lo penetró con la metralla que hizo saltar. No tuvo tiempo ni de gritar siquiera.

Gaunt, que presenció con amargo pesar la muerte, salió de su refugio y poniendo el rifle a máxima potencia, bombardeó el torrente de enemigos con una vivida cascada de rayos fosforescentes. Mientras tanto oyó que Rawne gritaba algo ininteligible.

Baru, uno de los mejores exploradores, tan bueno como Mkoll, el orgullo de los Tanith. Volviendo a ponerse a cubierto para reponer la carga de munición, Gaunt giró la cabeza para mirar el húmedo desecho a que había quedado reducido su explorador preferido. Atenazado por las garras del dolor, el comisario sintió por primera vez desde Khedd el acre sabor de la futilidad de la guerra. Un soldado muere, y es responsabilidad de su comandante sobreponerse a la pérdida y centrarse. Pero Baru… inteligente, ingenioso, el favorito del regimiento, el payaso y el chistoso, el explorador invisible, el más fiel entre los fieles… Gaunt desvió enseguida la vista, incapaz de mirar el amasijo que antes fuera un hombre al que consideraba amigo y en quien tenía una confianza ciega.

A su alrededor, sin que él lo percibiera, los otros soldados de la Guardia disparaban contra las filas del enemigo. De pronto, como si hubieran cerrado un grifo, la afluencia de secuaces del Caos se redujo hasta detenerse del todo. Larkin seguía disparando su carabina de largo cañón y Rawne mandaba una andanada tras otra de dardos de lengüeta a la oscuridad. Luego se hizo el silencio, quebrado tan sólo por el chisporroteo de la ropa encendida y el fluir de la sangre.

La voz de Fereyd se dejó oír sobre estos, recia y apremiante:

—¡Están acabados! ¡Avanzad!

«Está demasiado impaciente —pensó Gaunt—, ansioso… Yo soy el comandante aquí». Se levantó del lugar donde se resguardaba, viendo que los soldados se

disponían a seguir a Fereyd.

—¡Alto! —gritó.

Todos se volvieron a mirarlo, Fereyd con expresión de desconcierto.

—Lo haremos a mi manera o no lo haremos —dijo con severidad Gaunt, al tiempo que se aproximaba a los restos de Baru.

Tras arrodillarse a su lado, le quitó el icono de plata Tanith que llevaba colgado con una cadena del cuello. Con palabras quedas, que repitieron Dorden, Larkin y Mkoll, pronunció los ritos de funeral de los Tanith, una de las primeras cosas que le había enseñado Milo. Rawne, Bragg y Caffran asistieron cabizbajos. Domor permanecía abatido, guardando un compungido silencio.

Gaunt se puso en pie, con el amuleto en la mano. Después miró a Fereyd, que había situado a sus hombres formando una solemne guardia de honor, con las cabezas gachas, detrás de los Tanith.

—Un buen hombre, Bram; una auténtica pérdida —dijo Fereyd con tono solemne.

—Nunca sabrás hasta qué punto —contestó Gaunt al tiempo que tomaba con repentino gesto el rifle y comenzaba a avanzar hacia la masa de cadáveres enemigos.

—¡Mkoll, ven conmigo! —llamó—. ¡Iremos juntos!

Mkoll se apresuró a reunirse con él.

—Fereyd, que tus hombres nos guarden la espalda —indicó Gaunt.

Con un gesto de asentimiento, Fereyd se llevó a sus soldados a la posición de retaguardia. Ahora iban Gaunt y Mkoll primero, después Bragg, Rawne y Larkin, Dorden con Domor, Caffran, Fereyd y sus guardaespaldas.

Esquivando los cuerpos de los enemigos abatidos, continuaron por un túnel que al poco desembocó tras una abrupta pendiente en un espacio más amplio. Desde el techo, como si estuviera emitida por el vientre de un reluciente insecto, resplandecía una luz que destacaba los contornos de un dintel en arco. Avanzaron, con las armas a punto, hasta situarse en su penumbra.

—Hemos llegado —anunció con firmeza Mkoll.

Gaunt extrajo la placa de datos del bolsillo y se planteó consultar su geo-brújula portátil, pero consideró más fiable el instinto de Mkoll. Se concentró en repasar la información decodificada que iba sucediéndose en la pequeña pantalla.

—En el mapa esto consta con el nombre de Edicule… un santuario, un lugar de reposo. Es el centro de toda la necrópolis.

—¿Y es aquí donde encontraremos esa… cosa? —preguntó con aprensión Mkoll.

Gaunt asintió antes de dar un paso hacia el arco iluminado de negro granito medio desmenuzado. Más allá se abría una gran cámara abovedada con las paredes, techo y suelo de piedra opalescente alumbrada por una especie de verde fulgor sobrenatural. Gaunt pestañeó, adaptando los ojos a aquel intenso brillo. Mkoll entró en pos de él, seguido de Rawne. Gaunt advirtió que su aliento era visible en el aire. Había muchos

grados menos de temperatura en aquella cámara de opresiva y húmeda atmósfera. Gaunt apagó la linterna, inservible ya.

—No parece que haya nadie —observó el mayor Rawne, mirando en torno a sí.

Todos notaron cómo su voz sonaba tenue y apagada, distorsionada por el extraño ambiente del recinto. Gaunt señaló hacia el fondo, donde a seis metros de distancia se advertían los finos contornos de una puerta recortados en la piedra. Era una gran puerta rectangular, puerta de puertas, de unos quince metros de altura tal vez, encajada en la pared.

—Esta es la antesala. El Edicule en sí está tras esas puertas.

Rawne dio un paso adelante, pero se detuvo con sorpresa cuando el sargento Mkoll lo detuvo con la mano.

—No tan deprisa, ¿eh? —Mkoll señaló con la cabeza el suelo—. Estás cámaras eran un hervidero de enemigos, pero en esa parte del suelo nadie ha movido el polvo durante décadas por lo menos. ¿No ven los dibujos que hay en el polvo?

Rawne y Gaunt ladearon la cabeza para lograr el ángulo que les permitiera captar a lo que aludía Mkoll. Con la adecuada incidencia de luz percibieron unas espirales y círculos casi invisibles, como ondas dejadas por unas gotas caídas sobre ceniza.

—En sus datos se mencionaban custodias y prohibiciones en la entrada del Edicule. Hace mucho que nadie ha transitado por aquí, y yo diría que esos dibujos en el polvo son huellas dejadas por energías o pantallas de fuerza. Como una especie de escudo, quizá. Lo que es seguro es que el enemigo tiene aquí algo muy importante a su disposición.

Gaunt reflexionó un momento. Mkoll estaba en lo cierto y había tenido la rapidez de reflejos necesaria para recordar las notas de los datos en un momento en que Gaunt estaba a punto de precipitarse viendo tan cerca el objetivo. Él había esperado más bien armas de artillería, cercas metálicas, alambradas, protecciones de tipo más convencional. Captó un instante la mirada de Rawne y advirtió el rencor que ardía en ella. Había conseguido excluir al mayor de los detalles que había compartido con los otros oficiales, de forma que permanecía en la ignorancia acerca del propósito y alcance de aquella incursión. El único motivo por el que lo había llevado consigo era por su experiencia e implacable proceder en las luchas en espacios como aquellos túneles.

Y también, porque después de lo sucedido en la *Absalom*, quería tenerlo cerca, al alcance de la vista. Además estaba, desde luego…

Gaunt pestañeó, ahuyentando aquellos pensamientos.

—Traedme la barredera de Domor. Yo mismo me encargaré de la detección.

—Yo lo haré señor —dijo alguien a sus espaldas.

Los demás entraron en la cámara tras ellos. Los hombres de Fereyd vigilaban la entrada, aunque ellos también mostraban mayor interés por lo que había delante. Era

Domor quien había hablado. Permanecía de pie por sí solo, algo tembloroso pero erguido. La elevada dosis de analgésicos que le había administrado Dorden le había proporcionado un breve respiro frente al dolor y una transitoria renovación de fuerzas.

—Debo ser yo —insistió Gaunt en voz baja.

Domor ladeó levemente su cara de ciego para encaminarse hacia donde había partido la voz del comisario.

—Oh no, señor, sin ánimo de ofensa. —Domor sonrió bajo la venda de los ojos y dio un ligero golpe a la barredera que llevaba colgada del hombro—. Usted sabe que soy el mejor detector de la unidad… y sólo es cuestión de escuchar el pulso a través del auricular. No necesito ver. Este es mi trabajo.

Se produjo un largo silencio durante el cual el denso aire de la antigua estancia abovedada pareció zumbar en sus oídos. Gaunt sabía que Domor no se vanagloriaba en vano de su pericia y percibía además lo que en el fondo quería decirle: «Yo ya soy un fantasma, señor. Tanto da si tengo un accidente».

Gaunt tomó su decisión. No la basó en aquel mensaje de que era alguien de quien podía prescindir. Sí tomó en cuenta que Domor podría realizar aquella labor mejor que cualquiera de ellos y que pudiendo hacerle sentir útil, no iba a aplastar el orgullo de un soldado que se estaba muriendo.

—Hazlo. Con una prudencia extrema. Yo te guiaré y te ataremos con una cuerda para poder tirar de ti.

La expresión que se dibujó en lo que quedaba del rostro de Domor tenía mucho más valor que lo que pudieran encontrar más allá de aquellas puertas, pensó Gaunt.

Caffran acudió para sujetarle la cuerda a Domor mientras Mkoll comprobaba los interruptores de la barredera y le ajustaba los auriculares en los oídos.

—¡Gaunt, estarás de broma! —espetó Fereyd, abriéndose paso hasta ellos. Después bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. ¿De veras piensas desperdiciar tiempo con esta mascarada? ¡Esto es lo más importante que ninguno de nosotros va a hacer en toda su vida! ¡Que uno de mis hombres se encargue de la detección! Diantre, yo mismo me…

—Domor es el especialista. Lo hará él.

—Pero…

—Lo hará él, Fereyd.

Domor inició la travesía, hollando en línea recta, con pasos medidos, la antigua piedra. Después de cada pisada se detenía para reajustar la sintonía de la máquina, escuchando con oído de experto cada silbido, murmullo y pulsación que emitía. Caffran iba alimentándole la cuerda. Al cabo de unos metros, se desvió a la derecha, después un poco más allá, retornó a la izquierda. Su trayecto errático quedaba perfectamente marcado en el polvo.

—Hay… conos de energía que irradia el suelo a intervalos regulares —informó en voz queda por el micro del casco—. No sé por qué, pero apuesto a que no sería buena idea interrumpir en la línea de uno.

El tiempo transcurría, con una lentitud corrosiva. Despacio, con su trayectoria indirecta, Domor se aproximaba al extremo opuesto de la cámara.

—¡Gaunt! ¡La cuerda! ¡La maldita cuerda! —gritó de pronto Dorden, señalándola.

Gaunt comprendió de inmediato a qué se refería el médico. Domor estaba sorteando los obstáculos invisibles, pero la cuerda que arrastraba seguía un recorrido mucho más lineal entre la barredera y ellos. En cualquier momento podía entrar en contacto con algún cono de energía.

—¡Domor! ¡Párate! —le ordenó Gaunt por el transmisor. Al otro lado del recinto, Domor se detuvo en seco—. Desátate la cuerda y déjala caer —le indicó el comisario.

Domor obedeció sin pronunciar palabra, palpando el nudo corredizo que había realizado Caffran. Este no se deshacía. Domor trató de aflojar la cuerda para facilitar el cometido y con el gesto se le soltó la correa de la que pendía la barredera en su hombro. Al tiempo que se liberaba de la cuerda, el pesado aparato le resbaló por el brazo, que contrajo con brusquedad a fin de retenerla en el hueco del codo. Consiguió impedir que cayera la máquina, pero con el movimiento tiró del cable del auricular y lo arrancó. Este fue a parar al suelo a un metro de distancia más o menos.

Todos los demás contuvieron la respiración pero no ocurrió nada. Domor forcejeó un momento con la barredera y volvió a cargársela al hombro.

—¿El auricular? ¿Dónde está? —preguntó por el micro.

—No te muevas. Quédate quieto.

Gaunt lanzó su rifle a Rawne y siguió con la mayor rapidez prudencial la ruta trazada entre el polvo. Al llegar detrás del soldado ciego, le habló con voz suave para evitar que se volviera de forma repentina y luego se agachó para recoger los auriculares. Una vez recuperados volvió a colocarlos en la cabeza de Domor.

—Acabemos esto —dijo.

Continuaron juntos. Gaunt dejaba que Domor determinara el ritmo y la dirección y al cabo de cuatro minutos llegaron al umbral.

Entonces Gaunt dirigió una señal a los demás y les indicó que siguieran el camino trazado por Domor. Advirtió que Fereyd iba el primero, con una expresión de ansia e impaciencia.

El comisario centró la atención en la puerta, una maravillosa pieza de precisión de ingeniería, visible sólo por las juntas en la roca. Siguiendo las instrucciones de los datos del cristal, colocó la palma de la mano sobre el borde derecho de la puerta y aplicó una leve presión.

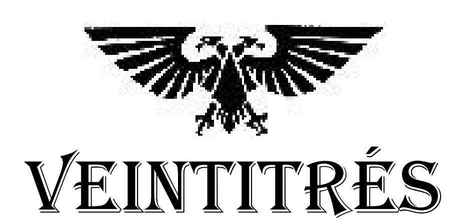
En silencio, los dos bloques de piedra de quince metros de altura retrocedieron

separándose. Al otro lado había una gran sala iluminada con tanto resplandor que Gaunt cerró los ojos para protegerlos.

—¿Qué… qué ve? —preguntó Domor a su lado.

—No lo sé —repuso Gaunt, pestañeando—, pero es lo más increíble que he visto nunca.

Los otros se apelotonaron tras ellos en el umbral del Edicule, contemplando con asombro el panorama. Fereyd iba el primero y Rawne el último.



VEINTITRÉS

El Inquisidor Heldane se permitió un suave estremecimiento de alivio. Su peón se encontraba ya en el interior del sagrado Edicule de la necrópolis Menazoide, y con él iban los sentidos y el intelecto de Heldane. Después de tanto tiempo, de tanto esfuerzo, estaba justo allí, valiéndose de embotados instrumentos mortales hasta que su mente pudiera abarcar por sí sola el más preciado artefacto del espacio.

El más preciado, el más peligroso y el que tenía posibilidades más ilimitadas. Un medio de derrocar por fin, con toda seguridad, a Macaroth y el paralizante Gobierno Imperial al que rendía su adhesión. Aquello haría de Dravere Señor de la Guerra, y Dravere sería a su vez un instrumento suyo. Mientras la humanidad combatiera la oscuridad con la luz, estaba condenada a la derrota. El gris, pensaba Heldane, las armas secretas del gris, aquellos utensilios que los partidarios de la línea dura del Imperio no osaban emplear por miedo, los artilugios y posibilidades que quedaban en la borrosa niebla moral situada más allá de lo sencillo y lo justo. Con eso iba a liderar a la humanidad para sacarla de la oscuridad y procurarle una verdadera supremacía, aplastando a un tiempo las perversas amenazas alienígenas de la galaxia y a los que permanecían leales a las antiguas tendencias.

Naturalmente, si Dravere utilizaba aquella arma y se hacía con el control de la Cruzada, si la utilizaba para intensificar la campaña hasta lograr una victoria insospechada, entonces los Altos Señores de la Tierra tendrían que castigarlo y declararlo traidor. De todas formas, ellos no lo sabrían hasta que estuviera hecho. Y entonces, a la vista de aquellas victorias, ¿cómo podrían invalidar su decisión?

Algunos de los enfermeros de la esfera de aislamiento comenzaron a reparar en las irregularidades registradas en los biomonitores del Inquisidor y se dispusieron a investigar. Él los repelió de su vista con un latigazo psíquico.

Después tomó el espejo de mano otra vez y lo miró con fijeza hasta que su cerebro penetró en él y pudo de nuevo sumergirse en su superficie reflectora igual

que un nadador en un estanque.

Inadvertido, emergió entre el maravillado equipo de Gaunt, en el Edicule. Dirigió la mirada de su peón para observarlo todo: una cámara cilíndrica de mil metros de alto y quinientos de diámetro de fibrosas paredes, llenas de conductos y tubos de plata y cromo. Desde lo alto entraba un brillante haz de luz blanca. Las incrustaciones de plata del suelo estaban abarrotadas de inscripciones con complejísimas paradojas algorítmicas, con una densidad de mil por metro cuadrado. Heldane expandió la mente en un abrir y cerrar de ojos y las leyó todas… las resolvió todas.

Superada aquella fruslería, pasó a centrarse con impaciencia en la gran estructura que dominaba el centro de la cámara. Una máquina, un inmenso artefacto de reluciente cerámica blanca, tubos de plata y cámaras de cromo.

Un sistema de Plantillas de Construcción Estándar. Intacto.

Hacía tanto que la humanidad había perdido los secretos de cómo originar la tecnología… Desde la Era Siniestra de la Tecnología, el Imperio, incluidos los Adeptus Mecánicus era tan sólo capaz de fabricar lo que había aprendido recuperando los procesos de los antiguos sistemas CPE. De los restos parciales de los sistemas CPE recogidos en un millar de mundos muertos, el Imperio había recuperado poco a poco los secretos de la construcción de carros de combate, máquinas y armas láser. Hasta el más mínimo fragmento poseía un valor incalculable.

Encontrar un sistema CPE intacto era un hallazgo que se daba tan sólo una vez por generación y cuyos beneficios alcanzaban a la totalidad del Imperio.

Encontrar uno como aquél intacto era un hecho sin precedentes. Todas las conjeturas habían sido correctas. Mucho tiempo atrás, miles de años antes de que se apoderara de él el Caos, el mundo de Epsilon Menazoide había sido un arsenal dedicado a la fabricación del arma definitiva que habían inventado en aquellas eras fenecidas. Los secretos de su elaboración y propósito estaban contenidos en aquel millón y medio de algoritmos grabados en el suelo.

Los Hombres de Hierro. Un rumor tan antiguo que se había convertido en mito, un mito llegado ya de tiempos remotos, anteriores a la Era de los Conflictos, desde la Era Siniestra de la Tecnología, cuando la humanidad había alcanzado un estado de gloria como dueña de un Imperio tecnoautomático, en su condición de raza inventora del sistema de Plantillas de Construcción Estándar. Ellos crearon los Hombres de Hierro, seres mecánicos fuertes y sensibles aunque desprovistos de alma humana. Unos artefactos heréticos según el punto de vista del Imperio. La guerra iniciada con los Hombres de Hierro cuando éstos adquirieron conciencia de su condición llevó a la caída de aquel Imperio remoto y, si los viejos y arcanos documentos a los que había tenido acceso Heldane eran correctos, aquél era el motivo por el que el Imperio había declarado ilegal toda forma de inteligencia mecánica no dotada de alma. Pero utilizándolos como siervos, como implacables guerreros… ¿había algo que no

pudiera conseguirse teniendo a los Hombres de Hierro en las propias filas?

Y allí, en las entrañas intocadas del antiguo mundo arsenal, estaba el sistema CPE para construir aquellos hombres de Hierro.

¡Y allí no acababa todo! Heldane amplió el enfoque y abarcó por primera vez las paredes de la cámara. En todo su contorno, al nivel del suelo, había unos huecos o alcobas cerrados con rejas metálicas. Tras ellos, inmóviles y silenciosos como estatuas de terracota que custodiaran una tumba real, había falanges de Hombres de Hierro. Había cientos, miles, dispuestos en simétricas filas en las sombras de aquellas oquedades. Más altos que las personas, con caras parecidas a ciegas calaveras de brillante acero y cuerpos de tendones y arterias compuestos de cables recubiertos de diversas placas de aleación opaca. Dormían, aguardando el mandato que los despertara, aguardando a recibir órdenes, aguardando a volver a poner en marcha el gran artefacto que multiplicaría de nuevo sus fuerzas.

Heldane respiró hondo para moderar su excitación. Luego volvió a remitir los sentidos a través de su peón para espiar a los hombres allí concentrados.

* * *

Gaunt contemplaba con solemne asombro, junto a los Fantasmas paralizados de estupor y los soldados de la Cruzada, que permanecían alerta, anhelosos por investigar. Gaunt se volvió hacia Dorden y le ordenó que se llevara a Domor a un lado para que descansara. Después de indicar a los demás Fantasmas que se relajaran, se fue al lado de Fereyd, que se encontraba delante de la gran máquina CPE, sosteniendo el yelmo por la correa.

—El trofeo, viejo amigo —dijo Fereyd sin girarse.

—El trofeo. Espero que haya merecido la pena.

Entonces Fereyd se volvió para mirarlo.

—¿Tienes idea de lo que es esto?

—Te consta que lo sé desde que descifré el cristal. No diré que comprenda la tecnología, pero sé que es un sistema de armamento de Plantillas de Construcción Estándar intacto y soy consciente de que es algo tan insólito como un Orko aseado.

Fereyd se echó a reír.

—Hace sesenta años en Feyluss Auspix, un mundo de ratas de agua situado lejos de cualquier parte en el Pleigo Sutarnus, un equipo de exploradores Imperiales encontró un CPE intacto en las ruinas de una ciudad piramidal, en un valle selvático. Intacto. ¿Sabes para qué servía? Era el sistema de Plantillas de Construcción Estándar para una clase de lámina de acero, una aleación de acero colado que era más penetrante, ligero y resistente que los que había antes. Treinta Capítulos de los grandes Astartes emplean ahora el nuevo material. Los exploradores se convirtieron en héroes. Me parece que les dieron un mundo a cada uno. Aquel fue considerado el mayor adelanto tecnológico del siglo, el descubrimiento más importante, la

recuperación más valiosa de CPE que se recuerda.

»Con eso se hacían cuchillos, Bram… cuchillos, dagas, bayonetas, espadas. Servía para fabricar cuchillos y fue el mayor descubrimiento del que se tiene memoria. En comparación con esto… no pasa de ser una nimiedad. Basta con comparar esas fantásticas hojas nuevas con el arma que puede fabricar este aparato.

—Yo leí el cristal antes que tú, Fereyd. Sé qué puede fabricar. Hombres de Hierro; el antiguo mito, el que salía en los relatos de las Grandes Guerras Antiguas.

—Aspira pues este momento, amigo mío —lo invitó, sonriente, Fereyd—. Hemos encontrado lo imposible aquí. Un artefacto para garantizar la supremacía del hombre. ¿Qué es una hoja más fuerte, ligera y afilada cuando podemos inundar el mundo del hombre que la empuña con una legión de guerreros inmortales? Esto es historia que vive en el aire, a nuestro alrededor. Esto nos convierte en hombres gloriosos. ¿No lo sientes?

Gaunt y Fereyd se volvieron despacio, observando las silenciosas filas de seres metálicos que esperaban tras las rejas.

—Yo siento… horror tan sólo —respondió, tras un momento de vacilación, Gaunt —. Y pensar que hemos luchado, matado y sacrificado sólo para hacernos con una máquina que hará lo mismo, sólo que multiplicado por mil… Esto no es un trofeo, Fereyd. Es una maldición.

—Pero tú viniste en su busca, ¿no? Sabías lo que era.

—Soy consciente de mis responsabilidades, Fereyd. He dedicado mi vida al servicio del Imperio, y si existe una máquina como esta, mi deber es ponerla a recaudo en nombre de nuestro amado Emperador. Además, tú mismo me confiaste la tarea de encontrarlo.

Fereyd dejó el yelmo en el suelo de plata y comenzó a desabrocharse los guantes mientras sacudía la cabeza.

—Te quiero como a un hermano, viejo amigo, pero a veces me preocupas. ¿Realizamos un descubrimiento como éste y tú sales con una débil argumentación moral? Eso se llama hipocresía, ¿sabes? Tú eres un esclavo de la máquina de matar más perfeccionada de la galaxia conocida. Ese es tu trabajo, tu vida, liquidar a otros. Destruir. Y lo haces encantado. Ahora encontramos algo que lo hará un millón de veces mejor que tú ¿y te entran escrúpulos? ¿Por qué? ¿Celos profesionales?

Gaunt se rascó la mejilla, pensativo.

—Me conoces y sabes que no es eso. No te burles. A mí me sorprende tu alborozo. He conocido Princeps de Titanes Imperiales que disfrutaban con los baños de sangre y que aun así mantienen una prudencia en relación al vasto poder de que disponen. Para conceder al hombre el poder de un dios hay que estar seguro de que posee la sabiduría y la moral de un dios. No hay ninguna debilidad en mi argumentación moral. Yo valoro la vida. Por eso lucho, para protegerla. Lamento la

muerte de cada hombre que pierdo y cada sacrificio que hago. Se trate de una vida o de un millón, en un caso u otro son vidas.

—¿Una vida o un millón? —repitió Fereyd—. Es sólo una cuestión de proporción, de escala. ¿Por qué avanzar entre el barro con tus hombres durante meses para ganar un mundo que yo puedo tomar con Hombres de Hierro… y sin derramar ni una gota de sangre?

—¿Ni una gota? Te referirás a la de los nuestros, en todo caso. No existe mayor herejía que las máquinas pensantes de la Edad de Hierro. ¿Volverías a desatar tamaña herejía de nuevo? ¿Te fiarías de que esos… de que esas cosas no se volvieran contra nosotros como hicieron antes? Esta es la más antigua de las leyes. La humanidad no debe volver a depositar su destino en las manos de sus creaciones, por más inteligencia que tengan. Yo confío en la carne y la sangre, no en el hierro.

Gaunt miraba, casi hipnotizado la hilera de oscuras cuencas oculares de detrás de la reja. ¿Aquellos objetos eran el futuro? Él no lo creía así. El pasado, quizás, un pasado que más valía olvidar y no reivindicar. ¿Cómo podía alguien despertarlos? ¿Cómo podía alguien pensar siquiera en fabricar más y utilizarlos contra…?

¿Contra quién? ¿El enemigo? ¿El Señor de la Guerra Macaroth y su séquito? ¿Así era como planeaba usurparle el control de la Cruzada Dravere? ¿A eso se reducía la pugna mantenida?

—Les has tomado mucho apego a tus pobres Fantasmas huérfanos, ¿eh, Bram? No va contigo tantos desvelos.

—Será por empatía. Los huérfanos simpatizan con los huérfanos.

—No eres el mismo hombre que conocí, Ibram Gaunt —señaló Fereyd, distanciándose unos pasos—. Los Fantasmas te han ablandado con sus lamentos y su melancolía. Tienes una ceguera que te impide percibir las portentosas posibilidades que se abren aquí.

—Y tú no, claro. Has dicho «yo».

Fereyd se detuvo en seco y dio media vuelta.

—¿Cómo?

—«Un mundo que yo puedo tomar sin derramar ni una gota de sangre». Esas han sido tus palabras. Utilizarías esto, ¿verdad? Los utilizarías a ellos. —Señaló las dormidas figuras de hierro.

—Mejor yo que nadie.

—Mejor nadie. Por eso he venido aquí. Por eso pensaba que venías tú también y que ése era el motivo de que me enviaras.

—¿Pero qué tonterías dices? —espetó, torciendo el gesto, Fereyd.

—Yo estoy aquí para destruir este artilugio de forma que nadie pueda usarlo —declaró el comisario Ibram Gaunt.

A continuación dio la espalda a Fereyd para llamar a Caffran y Mkoll.

—Desembalad las cargas explosivas —les ordenó—. Colocadlas en los lugares estratégicos. Rawne es el que más sabe de demolición. Por eso lo he hecho venir. Que él os supervise. Y mandad una señal a Corbec, o a quien quede arriba. Decidles que se retiren de la necrópolis de inmediato. No me atrevo a imaginar qué pasará cuando volemos esto.

* * *

En la esfera de aislamiento, Heldane crispó con tanta fuerza la mano en torno al espejo que lo rompió. Un fino hililllo de sangre comenzó a manar bajo su pulgar. Había subestimado a ese Gaunt, ese necio embotado. Con tamaño poder, tamañas posibilidades… Si al menos hubiera tenido la oportunidad de trabajar con Gaunt y hacer de él un peón…

Heldane tragó saliva. No había tiempo que perder ahora. El trofeo estaba en su mano. Ningún Guardia Imperial del tres al cuarto iba a arrebatárselo. Había que dejarse de discreción y disimulo. Lanzó su mente directa al embotado cráneo de su peón, urgiéndolo a actuar sin tapujos, a matarlos a todos, antes de que aquel loco de Gaunt ocasionara desperfectos en la sagrada reliquia y matara a los Hombres de Hierro.

* * *

Sentado en el borde de la cámara del Edicule, comprobando el funcionamiento de su lanzador de dardos de lengüeta con la espalda apoyada en la pared de plata, Rawne se estremeció mientras la sangre le manaba de la nariz y se agolpaba en su boca. Sintió el contacto de aquel cabrón monstruoso, Heldane, con más fuerza que nunca, arañándole el cerebro, hundiéndose en sus ojos como las garras de un escorpión. Sentía un estrangulamiento en los intestinos y un incontenible temblor en las extremidades.

El mayor Rawne se puso en pie vacilante y, cargando el lanzador de dardos de lengüeta, lo dispuso para disparar.



VEINTICUATRO

Con el repentino refuerzo de los Vitrianos de Zoren, los pelotones de Corbec hicieron retroceder a los elementos del Caos hasta las ruinas de la necrópolis, ocasionándoles considerables bajas en su avance. Las deformes fuerzas de la enajenación huían en desbandada.

Apoyado en una roca, con la respiración trabajosa a causa del dolor que le inundaba el costado, Corbec pensaba en ordenar una transmisión para informar a Gaunt de que la victoria era suya, cuando Milo apareció de improviso a su lado con una hoja impresa salida de un transmisor.

—Es el comisario —dijo—. Tenemos que retirarnos del Objetivo Primaris. No debe quedar nadie.

—¡Feth! —juró Corbec tras examinar la fina lámina de metal—. Hemos pasado todo el día para llegar hasta aquí…

Mandó acercarse a Raglon y utilizó el micro del aparato que éste llevaba colgado a la espalda.

—Habla Corbec de los Primeros y Únicos de Tanith a todos los oficiales Tanith y Vitrianos. Mensaje de Gaunt: ¡retrocedan y abandonen la zona! ¡Repito, despejen el área de la necrópolis!

La voz del coronel Zoren llegó flotando por el canal del auricular.

—¿Lo ha conseguido, Corbec? ¿Ha logrado el objetivo?

—No lo ha precisado, coronel —contestó Corbec—. Ya que hemos hecho todo esto obedeciendo sus instrucciones, hagamos el resto. ¡Plan de retirada cinco noventa! Los Tanith cubrirán a los Dragones en el retroceso.

—Recibido.

Corbec se estremeció. El dolor era casi insoportable y se había tomado el último analgésico una hora antes. De todas formas, volvió con sus hombres.



VEINTICINCO

Bragg lanzó un grito de estupor, cuya potencia quedó empequeñecida en la vastedad del recinto del Edicule. Gaunt, que se dirigía al umbral donde se encontraban Dorden y Domor, se volvió sorprendido y se encontró con que Fereyd y sus guardaespaldas ponían a punto sus rifles láser en dirección a los Fantasmas.

Por espacio de una fracción de segundo, mientras Fereyd encaraba el arma, Gaunt lo miró fijamente a los ojos. No vio nada en aquellos iris negros y profundos que conocía desde hacía tanto tiempo. Sólo odio y ansia asesina.

En un abrir y cerrar de ojos…

Gaunt se arrojó al suelo mientras el primer rayo láser disparado por Fereyd hendía el aire que había ocupado antes su cabeza.

Los soldados de élite de Fereyd comenzaron a disparar, hiriendo ligeramente a Bragg y dispersando a los demás Fantasmas. Dorden se echó en el suelo sobre Domor, que chillaba desconcertado.

Rawne apuntó y disparó un dardo.

El proyectil cruzó zumbando, con dolorosa lentitud, el brillante espacio del Edicule y alcanzó a Fereyd en plena cara, en el puente de la nariz. Del esternón para arriba, el Táctico Imperial Wheyland quedó reducido a una neblina de sangre y fragmentos de hueso.

Larkin cayó con un alarido, alcanzado en el antebrazo por el disparo láser de uno de los soldados de élite que flanqueaban al Táctico.

Caffran y Mkoll se revolvieron desde el suelo para devolver el fuego. Abatieron a uno de los guardaespaldas con un doble tiro certero que ninguno pudo atribuirse.

Gaunt giró sobre sí desenfundando la pistola láser y disparó profiriendo maldiciones. Otro de los soldados de Fereyd cayó a consecuencia de los tres disparos que recibió en el pecho.

Gaunt apretó de nuevo el gatillo, pero de la pistola sólo salió un chisporroteo. El

efecto agotador de las catacumbas, que había consumido las linternas, había absorbido también la carga de las municiones. Su arma estaba inservible.

El guardaespaldas que quedaba se dispuso a acabar con Gaunt, que permanecía indefenso en el suelo… y se dejó caer con un agujero que trazó en su cráneo una explosión de láser. Su cuerpo golpeó con violencia contra el costado de la máquina CPE y luego resbaló dejando una franja de sangre en su superficie plateada. Gaunt dio media vuelta para mirar.

Manteniendo al asustado Domor contra sí, Dorden permanecía medio incorporado, con la pistola de éste en la mano.

—Las circunstancias obligan —murmuró el médico. Luego arrojó a un lado el arma como si se tratara de un insecto que acababa de picarlo.

—Un gran disparo, doctor —lo felicitó Larkin mientras se levantaba agarrándose el brazo herido.

—Sólo dije que no quería disparar, no que no pudiera —dijo Dorden.

Los Fantasmas se pusieron en pie. Dorden se apresuró a tratar las heridas que habían recibido Bragg y Larkin.

—¿Qué es *eso* que se oye? —preguntó, alarmado, Domor.

Todos se pararon a escuchar.

Gaunt miró la inmensa máquina. Unas luces de color ámbar se encendían en un costado. Al morir, el último de los soldados de la Cruzada se había precipitado contra el panel principal de activación. Las viejas tecnologías volvían a cobrar vida. De unas ranuras próximas al suelo brotaba humo, o vapor tal vez. En el artefacto había un murmullo de movimiento y rotación de piezas.

Sonaba asimismo otro ruido, como de un arrastrar de pies.

Gaunt se volvió despacio. Detrás de las oscuras rejas de las oquedades, unas extremidades metálicas comenzaban a doblarse y desentumecerse. Bajo su mirada, los ojos se encendieron en las cuencas inertes. Azul. Su luz era azul, fría, eterna. Gaunt sintió que aquél era el color más apabullante que había visto nunca. Se despertaban. Al tiempo que se despertaba su creador, se despertaban ellos.

Gaunt lo observó durante un momento, conteniendo la respiración, con el corazón palpitante. Los observó hasta perder la cuenta del número de ojos azules. Algunos avanzaron con movimientos espasmódicos y se pusieron a golpear y sacudir las rejas. Ahora sonaban voces también, una especie de parloteo casi inaudible compuesto de códigos, protocolos y retahílas de números binarios. Los Hombres de Hierro producían un murmullo en su despertar.

—¡Rawne! —llamó Gaunt, volviendo a centrarse en la CPE.

—¿Señor?

—¡Destruyala ahora mismo!

Rawne lo miró, enjugándose la sangre del labio.

—Con el debido respeto, comisario… ¿es correcto? Me refiero a que… esta cosa podría cambiar el curso de la historia.

Gaunt clavó una fiera y hosca mirada en el mayor Rawne.

—¿Quiere ver morir otro mundo, Rawne?

El mayor negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Esto es lo correcto. Yo tengo mis motivos. ¿Es que está ciego? ¿Quiere dar la bienvenida a estos seres cuando acaben de despertar?

Rawne giró la cabeza y se estremeció, sintiendo como una puñalada aquellas frías miradas azules.

—¡Enseguida me encargo! —dijo alejándose con repentino ademán decidido para indicar a Mkoll y Caffran que llevaran los explosivos.

—¡Esas cosas son herejías, Rawne! —le gritó Gaunt—. ¡Repulsivas herejías! ¡Y por si fuera poco, llevan dormidas en un mundo contaminado por el Caos desde hace miles de años! ¿Le interesa a alguien averiguar de qué forma ha podido alterarse su pensamiento?

—¡Feth! —exclamó, a corta distancia, Dorden—. ¿Quiere decir que todo esto podría estar corrompido?

—Habría que ser el más ciego e insensato de la creación para querer averiguarlo, ¿no? —replicó Gaunt.

«No he sido yo el que ha cambiado, ¿verdad?», murmuró en dirección a los restos de su amigo Fereyd.



VEINTISÉIS

A Heldane lo tomó totalmente de improviso la muerte de su peón. Había sido una victoria tremenda identificar y capturar al espía de Macaroth, y también un privilegio trabajar con él. Le había llevado mucho tiempo ganarse a Fereyd, tiempo y una ardua y dolorosa labor de incisión. El orgullo que le había reportado era, sin embargo, una delicia: tomar al más prestigioso de los agentes del señor de la guerra y convertirlo en una herramienta. Heldane había aprendido muchísimo más con Fereyd de lo que habría aprendido con una persona inferior. Duplicidad, engaño, motivación… ¿Usar a uno de los hombres que el señor de la guerra había designado para socavar sus esfuerzos? Sí, había sido algo hermoso, perfecto, osado.

En sus momentos finales, Heldane lamentó no haber dispuesto de más tiempo para acabar con Rawne. La suya era una mente adecuada, aunque embotada. Pero los Fantasmas Corbec y Larkin se lo habían quitado de las manos y Rawne había quedado consciente sólo de su influencia más que a merced de su control.

Poco importaba. Heldane había cometido un error de cálculo. La inminencia de la muerte había entorpecido su capacidad de juicio. Había depositado demasiado de sí mismo en su peón y cuando éste había muerto, la sacudida había sido demasiado fuerte. Debería haber escudado la mente ante la posible reacción del trauma de la muerte y no lo había hecho.

Fereyd sufrió la muerte más horrible y dolorosa que imaginarse pueda y a través de su vínculo psíquico, Heldane la vivió en todo momento. En la muerte de Fereyd, sintió la suya propia.

Heldane se contrajo en un espasmo y luego estalló en pedazos. Las energías psíquicas desatadas surgieron de sus despojos como un volcán con una onda expansiva renovada. Arriba, en su sillón de mando, Hechtor Dravere notó que el suelo temblaba y se puso a mirar en derredor buscando la causa.

En un hongo de luz, las energías psíquicas incontroladas del Inquisidor muerto

hicieron explotar todo el Leviatán, átomo a átomo.



VEINTISIETE

—¡Ya está! —gritó Rawne mientras abandonaba a la carrera la cámara en compañía de Caffran.

Gaunt había reunido a los otros en el umbral. Para entonces, la máquina funcionaba con estrépito y vomitaba de continuo gas por las ranuras.

—¡Mkoll! ¡Vamos! —llamó Gaunt.

Al otro lado de la cámara, un sector de la vieja reja acabó por ceder. Los Hombres de Hierro abandonaron su hueco, tambaleantes, produciendo un chirrido al pisar la verja caída con sus pies de metal. En todo el contorno, sus compañeros sacudían con violencia los barrotes que los retenían, con ojos ardientes como el azul candente que queda tras el disparo de un misil, sin parar de producir su sonoro murmullo.

Los esqueletos metálicos salidos de la jaula comenzaron a diseminarse por el recinto con errática trayectoria. Mkoll, que fijaba la última carga al costado del vibrante CPE, volvió la cabeza y reparó con horror en su espasmódico avance.

A su lado se produjo un súbito estrépito y en el costado de la máquina CPE se abrió una escotilla por la que salió un gran chorro de vapor. Atrapado en él, Mkoll cayó de rodillas, medio asfixiado.

—¡Mkoll!

Tosiendo de espaldas al caliente vapor, Mkoll no pudo ver lo que surgía entre su masa.

Un Hombre de Hierro recién nacido. El primero que producía el CPE después de su largo sopor. En cuanto apareció, los demás, tanto los liberados como los enjaulados, iniciaron un canto fúnebre, un largo quejido que era a la vez chillido humano y una rápida emisión de secuencias de código de máquina.

El recién nacido tenía algo raro. Era deforme y grotesco comparado con la perfecta simetría anatómica de los otros Hombres de Hierro. Aunque era un palmo más alto, estaba encorvado, ennegrecido y no tenía los brazos parejos. Uno era largo

y recio y el otro se reducía a un repulsivo y retorcido vestigio. De su cráneo excesivamente largo brotaban unos corruptos cuernos y de sus ojos, de un amarillento brillo apagado, manaba un aceite semejante a un denso pus. Arrastraba los pies con paso inseguro. Abría y cerraba la mandíbula con los dientes al descubierto, produciendo una sensación de idiotez.

Dorden comentó algo dándole la razón a Gaunt, pero éste ya se había puesto en movimiento y no lo escuchaba. Se precipitó por la cámara a toda velocidad y tiró al suelo a Mkoll, que seguía tosiendo, un segundo antes de que el largo brazo del recién nacido atravesara el espacio previamente ocupado por el explorador.

La tregua fue breve. Mientras intentaba levantar a Mkoll, Gaunt vio que el recién nacido se volvía para arremeter contra él, batiendo la mandíbula como idiotizado. Detrás, entre el denso humo que salía de la escotilla, emergía ya otro recién nacido.

Dos ráfagas láser golpearon al recién nacido y lo hicieron retroceder tambaleándose. Caffran hacía lo que podía, pero el caparazón reflector del robot repelía los disparos, acusando sólo su fuerza cinética.

Volvió a la carga, pero Gaunt consiguió zafarse junto con Mkoll rodando por el suelo. Su gran garra metálica chocó contra la plata grabada de algoritmos, dejando una incisión que introducía una permanente y enajenante alteración en los cálculos.

Profiriendo sonoras maldiciones, Gaunt se esforzó por llevarse a Mkoll a rastras lejos de aquel engendro de metal. En cuestión de un segundo Dorden y Bragg acudieron a su lado para ayudarlo a poner en pie a Mkoll.

El imprevisto golpe dejó seco a Gaunt. El recién nacido lo había descargado con una velocidad del rayo llevándose un pedazo de tela y carne de su espalda. ¿Cómo era po…?

Gaunt giró sobre sí para observar. El gran brazo de robot había crecido aún más, alargándose a la altura de la articulación.

El monstruoso ser lo atacó de nuevo. El comisario se apartó a la izquierda y luego a la derecha para sortearlo. La garra de metal se descargó en el suelo a ambos lados de sí.

Rawne, Larkin y Caffran entraron en liza. Caffran intentó disparar a corta distancia pero Larkin se interpuso haciendo cabriolas para distraer a la máquina. Un segundo más tarde, Larkin salió también disparado a causa de un golpetazo.

Como no le daba tiempo para cargar otro dardo en el propulsor, Rawne lo utilizó a la manera de un hacha, blandiendo la hoja de la bayoneta contra el cráneo de hierro de la criatura. Unos cables que cumplían la función de tendones cedieron y la cabeza del recién nacido quedó inclinada.

El ser maquinal dio media vuelta con su inmenso miembro por delante y alargándolo cinco metros por lo menos, asestó un violento manotazo a Rawne. Gaunt se precipitó por el suelo a recoger el lanzador de dardos de Rawne. Con él serró y

golpeó el segundo codo del brazo del hombre de hierro, mermando su ya disminuido grosor.

A continuación Gaunt introdujo el arma de punta en la cara del recién nacido. La hoja se soltó a raíz de una explosión de aceite y fluido lechoso.

La monstruosa criatura retrocedió con fría rigidez mientras la luz se apagaba en sus ojos.

Para entonces, el CPE había producido seis nuevos recién nacidos. Tras ellos cuarenta o más Hombres de Hierro habían abandonado sus jaulas y avanzaban con paso pesado. Los demás comenzaron a aullar, sacudiendo las rejas.

—¡Vámonos! ¡Vámonos ahora mismo! —gritó Gaunt.



VEINTIOCHO

Les había llevado cerca de cuatro horas orientarse y abrirse camino por las galerías; cuatro horas desde el fondo del pozo hasta las puertas del Edicule. Ahora habían cerrado las puertas y la salida a aquellas pesadillas metálicas de ojos azules y estaban listos para echar a correr. No obstante, aun previendo que iban a volver sobre sus pasos, Gaunt sabía que debía dejar un lapso mayor y al final había indicado a Rawne que dispusiera el temporizador de las cargas explosivas con un margen de cuatro horas y tres cuartos.

Su avance hacia la superficie se veía entorpecido. Domor estaba más débil a cada paso y, aunque se encontraban en condiciones físicas aceptables, tanto Bragg como Larkin aminoraban la marcha por el dolor de las heridas recibidas en la refriega. La mayoría de sus armas se habían quedado descargadas por el rápido agotamiento energético, de modo que no tenía sentido llevar ese peso inútil. Con su lanzador de dardos aún en funcionamiento, Rawne iba en cabeza junto con Mkoll, cuyo rifle láser conservaba aún en el cargador una docena de disparos que rápidamente perdían vigor. Dorden, Domor y Larkin no llevaban más armas que los cuchillos. La carabina de Larkin, todavía en activo gracias a su funcionamiento mecánico, le servía de bien poco teniendo el brazo herido, por lo que Gaunt se la había entregado a Caffran para que les protegiera la espalda. Bragg insistió en conservar el cañón automático, pero apenas si le quedaba un tambor, y además Gaunt abrigaba dudas de que con su herida pudiera hacerlo funcionar en el caso de que se produjera un enfrentamiento.

Además, estaba la oscuridad de los túneles. Gaunt se maldecía por no haberla tomado en cuenta. Todas las baterías de sus linternas estaban agotadas y mientras se alejaban de las cámaras del Edicule para penetrar en sectores más tenebrosos del laberinto, tuvieron que detenerse mientras Mkoll y Caffran se adelantaban para ir a buscar ropa y madera de los cadáveres enemigos acumulados en la intersección de la cisterna. Improvisaron dos docenas de rudimentarias antorchas con tela y bastones y

astas de lanzas, humedecidas con el contenido de la última y preciada botella de licor de Sacra de Bragg. Alumbrados por las vacilantes llamas, prosiguieron camino y dejaron atrás la cisterna.

Mientras se abrían paso entre la pestilente masa de cadáveres enemigos que abarrotaba el recinto de la cisterna, Gaunt consideró la posibilidad de registrarlos por si tenían armas mecánicas que no se vieran afectadas por el agotamiento energético. Pero el olor a carne había atraído a los ejércitos de insectos que infestaban el pasadizo, de tal modo que los cadáveres componían un repugnante amasijo de carroña cubierto de una hormigueante capa.

No había tiempo. Mientras continuaban por la galería, Gaunt procuró no pensar en lo que habían tenido que padecer Mkoll y Caffran para conseguir el material de las antorchas.

Las antorchas ardían deprisa e iluminaban tan sólo el entorno inmediato de quien las llevaba. Acusando una creciente fatiga en las extremidades, Gaunt tomó conciencia de que el efecto agotador de la energía no se dejaba sentir sólo en las linternas y las armas. Si él estaba cansado, cómo podía estar Domor. En un par de ocasiones el comisario había tenido que ordenar una parada para que los rezagados dieran alcance a Mkoll y Rawne.

¿Cuánto rato llevaban caminando? Su cronómetro había dejado de funcionar. Llegó incluso a dudar de si las cargas estallarían. ¿No quedarían inactivos los circuitos de detonación antes de transmitir el impulso?

Llegaron a un recodo de los antiguos y tortuosos túneles. Debían de llevar cerca de tres horas caminando, calculó. Mkoll y Rawne habían seguido adelante y no había señales de ellos. Encendió otra antorcha y observó mientras Larkin y Bragg pasaban junto a él, compartiendo una antorcha.

—Seguid —los urgió.

Hizo votos para que aquél fuera el camino correcto. Sin la aguda percepción de Mkoll, se sentía perdido. ¿Por dónde había que torcer? Larkin y Bragg, provistos a su vez con aquel misterioso sexto sentido de los Tanith, no parecía tener dudas.

—Continuad hasta la salida. Si encontráis al sargento Mkoll y a Rawne, decidles que sigan adelante también.

El corpulento Bragg y su flaco compañero asintieron en silencio y pronto su vacilante luz se perdió por el túnel.

Gaunt esperó. ¿Dónde diablos estaban los otros?

Transcurrieron los minutos, lentos y angustiantes.

Divisó una luz. Caffran apareció escrutando la oscuridad, con la carabina de Larkin a punto.

—¿Señor?

—¿Dónde están Domor y el doctor? —le preguntó Gaunt.

—Yo no los he adelantado… —respondió, desconcertado, Caffran.

—¡Tú eras la retaguardia, soldado!

—¡No los he pasado, señor! —replicó Caffran.

Gaunt crispó el puño y se dio un golpe en la frente con él.

—Sigue. Yo retrocederé.

—Iré con usted, señor… —se ofreció Caffran.

—¡Sigue! —espetó Gaunt—. ¡Es una orden, soldado! Yo iré a mirar.

Caffran titubeó. Con el móvil resplandor de la llama, Gaunt advirtió un sentimiento de apuro en la mirada del joven.

—Has hecho todo cuanto te he pedido, Caffran. Tú y los demás. Los Primeros y Únicos son los mejores guerreros. Si muero en este agujero, moriré feliz sabiendo que he conseguido que se salvase el mayor número posible de mis hombres.

Adelantó la mano para estrechar la de Caffran, pero éste retrocedió, abrumado por el gesto.

—Lo veré arriba, comisario —dijo con voz firme.

Gaunt volvió sobre sus pasos en la galería de piedra. La luz de Caffran se quedó fija tras él. El joven estuvo mirándolo hasta que se perdió de vista.

* * *

En el húmedo y sofocante túnel no había rastro ni de Dorden ni del herido Domor. Gaunt abrió la boca para llamarlos pero optó por callar. La negrura era demasiado profunda y densa para una voz. Además, a aquellas alturas los Hombres de Hierro despertados podrían merodear por los túneles, atentos a cualquier ruido.

El pasadizo giraba a la izquierda. Gaunt luchó contra un sentimiento de pánico. No le parecía que fuera por el mismo camino. Debía de haberse perdido y tomado una desviación que no correspondía. Perdido, le susurró una voz. ¿La voz de Fereyd? ¿De Dercius? ¿De Macaroth? ¡Estás perdido, insensato necio compasivo!

Su última antorcha se apagó con un chisporroteo. La oscuridad lo engulló. Cuando sus ojos se hubieron adaptado a ella percibió un pálido brillo a lo lejos y se encaminó hacia él.

El túnel, de suelo deleznable, conducía tras una leve pendiente a una profunda caverna natural, iluminada por una verduzca luminiscencia proveniente de los hongos y líquenes que crecían en el techo y las paredes. Era una vasta cavidad llena de rocas rotas y oscuros estanques. El pie le resbaló en un guijarro y pugnó por no caer. Casi invisible en la oscuridad, un abismo insondable abría sus fauces a su derecha. Unos pasos más allá, sorteó a tientas el borde de otra sima. Un fluido negro y viscoso burbujeaba en unos agujeros semejantes a cráteres. Unos grotescos insectos ciegos de largas patas y enormes alas fibrosas pululaban por la penumbra.

Domor yacía de costado en una repisa de fría roca, quieto y silencioso. Gaunt se acercó a él. El soldado había sido golpeado en la parte posterior de la cabeza con un

instrumento romo. Estaba casi muerto, pues la agresión se había sumado a las lesiones que ya sufría. En las proximidades había una antorcha consumida y un maletín médico entreabierto, con rollos de vendas y frascos desparramados.

—¿Doctor? —llamó Gaunt.

Unas oscuras formas se abalanzaron sobre él por ambos lados y lo agarraron con rudeza. Percibió un atisbo del uniforme Jantino mientras ofrecía resistencia. La emboscada fue tan repentina que casi lo superaron, pero estaba tenso y preparado para cualquier cosa gracias a la señal de alerta que suponía el maletín de Domor. Propinó una dura patada con la que rompió algún hueso de su atacante y luego se zafó y le hundió el cuchillo de plata Tanith. El grito del hombre se convirtió en agudo alarido cuando, tambaleante, perdió pie y se precipitó en una sima. Los demás proseguían, no obstante, el acoso, golpeándolo sin miramientos. Eran tres pares de manos, tres hombres.

—¡Basta! ¡Ebzan, basta! ¡Es mío!

Los tres Jantinos enderezaron al aturdido Gaunt. Con la visión borrosa, vio que Flense se aproximaba por la caverna, empujando a Dorden, apuntándolo en la sien con una pistola láser.

—Gaunt.

—¡Flense! ¡No seas loco! ¡Este no es momento!

—Al contrario, comisario, es el momento. Por fin ha llegado el momento… para ti, para mí. Es el ajuste de cuentas.

Los tres soldados Jantinos obligaron a Gaunt a mirar de frente a Flense y a su cautivo.

—Si es el trofeo lo que quieres, Flense, has llegado tarde. Para cuando llegues habrá desaparecido —susurró Gaunt.

—¿El trofeo? ¿El trofeo? —Flense sonrió, con un temblor evidente en la cicatriz de la cara—. Me tiene sin cuidado. Que se preocupen por él Dravere o ese monstruo de Heldane. ¡Al demonio su trofeo! ¡Yo sólo he venido por ti!

—Me halagas —dijo Gaunt, ganándose un violento bofetón propinado por uno de los Jantinos.

—¡Es suficiente, Avranche! —espetó Flense—. ¡Soltadlo! —De mala gana, los tres Patricios lo dejaron y retrocedieron. Algo mareado, Gaunt irguió el cuerpo para observar a Flense y a Dorden.

—Y ahora zanjaremos esta cuestión de honor —afirmó Flense.

—¿Una cuestión de honor? —Gaunt dirigió una sonrisa de inocencia, sin humor —. ¿Todavía estamos con esas? ¿Con la animadversión entre Tanith y Jantinos? Eres un idiota acabado, Flense, ¿lo sabías?

Con una desagradable mueca, Flense apretó más la pistola en la frente del viejo médico, que dio un respingo.

—¿Así te burlas de la antigua deuda? ¿Quieres que dispare a este hombre delante de ti?

—Siga burlándose —murmuró Dorden—. Prefiero que me dispare a seguir oyendo estas tonterías.

—No me vengas con que no conoces la hondura de la vieja herida, la vieja traición —dijo con tono rencoroso Flense.

—Dercius —dijo Gaunt con un suspiro—. ¡Te refieres a Dercius! Sagrado Feth, ¿aún no se ha acabado el asunto? Sé que a los Jantinos nunca les ha hecho gracia admitir que tenían un cobarde en su inmaculado historial, ¡pero esto es llevar las cosas demasiado lejos! Dercius, el general Dercius, así el Emperador haga que se pudra su alma inmunda, abandonó a mi padre y a su unidad en Kentaur. Huyó y los dejó. ¡Cuando ejecuté a Dercius en Khedd hace tantos años, administré un castigo por mal comportamiento en la batalla, autorizado por mi condición de comisario Imperial!

»¡Él abandonó a sus hombres, Flense! ¡Por el Trono de la Tierra, no hay ningún regimiento en la Guardia que no tenga su oveja negra, su hijo díscolo! ¡Dercius fue una mancha para los Jantinos! ¡Ese no es motivo para prolongar una rivalidad conmigo y con mis Fantasmas! ¡Esta insensata rencilla ha costado vidas de hombres valiosos, por ambos lados! ¡Qué más da, si te gané por la mano en Fortis! ¡No tiene importancia lo sucedido en Pyrites y a bordo de la *Absalom*! Los Jantinos sois tan burros que no sabéis cuándo parar, ¿no? ¡No sabéis dónde acaba el honor y comienza la disciplina!

Flense disparó a Dorden en el costado de la cabeza y éste se desplomó. Gaunt se dispuso a saltar, encendido por la ira, pero Flense levantó la pistola para detenerlo.

—Es una cuestión de honor, sí —espetó Flense—, pero deja a un lado a los Jantinos y a los Tanith. Es una cuestión de honor entre tú y yo.

—¿Qué estás diciendo, Flense? —gruñó, enfurecido, Gaunt.

—Tu padre, mi padre. Yo era el hijo de una dinastía de Jant Normanidus. El heredero de una provincia y una inmensa finca. Tú enviaste a mi padre al infierno, hiciste que cayera en desgracia, y a mí me despojaron de todos mis títulos y tierras. Hasta de mi apellido. También me quedé sin eso. Tuve que abrirme paso en el escalafón desde simple soldado raso. Tuve que demostrar mi valía, labrarme mi propio nombre. Mi vida ha sido una larga lucha infernal contra la infamia por tu culpa.

—¿Tu padre? —inquirió Gaunt.

—Mi padre. Aldo Dercius.

Ibram Gaunt detectó la verdad en aquellas palabras y comprendió que aquello no podía terminar de otra forma. Se abalanzó contra Flense.

La pistola se disparó. Gaunt sintió un penetrante calor en el pecho al aterrizar

sobre el coronel Patricio. Cayeron rodando al suelo, hiriéndose la piel con los aguzados cantos de las piedras. Flense golpeó a Gaunt en la cabeza con la culata de la pistola.

Gaunt adelantó el codo y notó cómo se rompían unas costillas. Con un aullido, Flense agarró al comisario y lo lanzó al aire, obligándolo a efectuar una voltereta. Mientras trataba de levantarse, Gaunt topó con una patada de Flense en plena cara. Volvió a caer sobre las piedras y guijarros.

Flense se precipitó hacia él, pero entonces Gaunt desplegó una pierna contra su pecho. Flense cayó sobre él y crispó las manos en torno a su cuello. Gaunt tomó conciencia de las voces de los tres soldados Jantinos, que daban ánimos a Flense.

A medida que Flense tensaba las manos asfixiando a Gaunt, la salmodia cambió de «¡Flense!» al apellido del que habían despojado al coronel al caer en desgracia su familia.

—¡Dercius! ¡Dercius! ¡Dercius!

Dercius. El tío Dercius. El maldito tío Dercius…

El puñetazo de Gaunt liberó la tenaza de Flense, que se echó atrás sangrando por la boca. El comisario se levantó y asestó cinco puñetazos más al coronel Patricio.

Flense se recuperó y le dio una patada en la cabeza a Gaunt, que quedó tendido e indefenso por un momento. Flense se plantó ante él sosteniendo una roca con ambas manos con intención de aplastarle la cabeza.

—¡Por mi padre! —gritó Flense.

—¡Por el mío! —susurró Gaunt.

Su cuchillo de guerra Tanith hendió el aire y clavó el cráneo del Patricio a la oscuridad por espacio de un segundo. Con un grito ahogado por una bocanada de sangre, Flense retrocedió tambaleándose y cayó en un charco de negro fluido.

Gaunt se quedó tumbado sobre la roca, con el cuerpo molido. «Sus hombres —pensó—. Van a…».

Sonaron unos disparos seguidos de una extraña carabina, un rifle láser y un lanzador de dardos. Gaunt se levantó trabajosamente. Caffran, Rawne, Mkoll, Larkin y Bragg entraron en la caverna. Los tres Jantinos yacían muertos en la penumbra.

—Afuera… tenemos que… —Gaunt se puso a toser.

—Ahora saldremos —dijo Rawne, al tiempo que Bragg levantaba el cuerpo inerte de Domor.

Gaunt se acercó con paso inseguro a Dorden. El médico seguía vivo. Agotada su energía por efecto de la caverna, la pistola de Flense lo había rozado tan sólo, igual que había rozado el pecho de Gaunt cuando se había abalanzado contra Flense. Gaunt cargó a Dorden en sus brazos. Caffran y Mkoll acudieron a ayudarlo, pero él rechazó su asistencia.

—Nos queda poco tiempo. Salgamos de aquí.



VEINTINUEVE

La explosión subterránea reventó casi todo el Objetivo Primaris de Épsilon Menazoide, provocando una colosal hoguera incandescente. Las Fuerzas Imperiales se retiraron de la luna conquistada para regresar a sus naves de apoyo situadas en una órbita elevada.

Gaunt recibió un comunicado del Señor de la Guerra Macaroth, en el que le agradecía sus esfuerzos y lo felicitaba por el éxito obtenido.

Gaunt hizo una bola con la hoja metálica y la tiró. Vendado y dolorido, se trasladaba por la enfermería de la fragata *Navarre*, comprobando el estado de su heridos… Domor, Dorden, Corbec, Larkin, Bragg, y un centenar más…

Cuando pasaba junto al camastro de Corbec, el canoso coronel lo llamó con un débil y ronco suspiro.

—Rawne me ha dicho que encontró aquello. Que lo hizo explotar. ¿Cómo lo supo?

—¿Corbec?

—¿Cómo supo qué tenía que hacer? En Pyrites, me dijo que el camino sería duro. En el supuesto de que encontráramos lo que buscábamos, en ningún momento explicó qué haría entonces. ¿Cómo lo decidió?

—Porque era algo malo —repuso con una sonrisa Gaunt—. No sabes lo que vi allá abajo, Colm. Los hombres crean cosas demenciales, Corbec. Feth, de haber estado lo bastante loco para intentar utilizar lo que encontré… de haberlo conseguido… podría haberme convertido en Señor de la Guerra. Quién sabe, en Emperador incluso…

—El Emperador Gaunt. Ja. No suena mal. Un poco sacrílego, quizá.

Gaunt volvió a sonreír y casi se extrañó de ello.

—El secreto Vermellón de Épsilon era herético y estaba contaminado por el Caos. Era malo, se mire por donde se mire, aunque no fue eso lo que realmente me indujo a

destruirlo.

—¿Me toma el pelo? —Corbec se apuntaló sobre los codos—. ¿Qué fue entonces?

Ibram Gaunt apoyó la cabeza en las manos y exhaló la clase de suspiro de quien se ha liberado de un gran peso.

—Alguien me dijo lo que debía hacer, coronel. Eso fue hace mucho tiempo…



UN RECUERDO

Darendara, veinte años antes

Cuatro soldados Hyrkan partían fruta en el patio cubierto de nieve, iluminado por un círculo de pebeteros. Habían encontrado unos barriles en una cripta y al abrirlos, habían descubierto los grandes frutos redondos que en verano habían sido puestos en conserva en aceite aromático. Entre bromas y risas, los ponían encima de un pilón y los cortaban en tajadas con sus bayonetas. Uno había traído una gran fuente dorada de las cocinas en la que apilaban las rodajas, que luego llevarían al gran salón, donde buena parte del regimiento celebraba la victoria con una juerga regada con licor.

La noche caía sobre los tejados destrozados del Palacio de Invierno y las estrellas se hacían evidentes como helados puntos que tachonaban la fría oscuridad. El Chico, el cadete comisario, paseaba por el patio, disfrutando de la calma. Hasta el recinto de piedra llegaban distantes carcajadas y cantos. Gaunt sonrió. Había logrado distinguir una canción de victoria cuartelaria, fatalmente armonizada por cuarenta o más voces de Hyrkan. Alguien había puesto su nombre en la letra en lugar del héroe. Aunque los versos no quedaban bien medidos, ellos los cantaban de todas formas, renovando el vigor cuando venían los fragmentos de contenido obsceno.

Gaunt todavía tenía los hombros resentidos de las innumerables palmadas de felicitación que había recibido en el transcurso de las horas anteriores. Quizás ahora

deberían dejar de llamarle «El Chico».

Alzó la vista y divisó las luces de aterrizaje de una docena de naves que se acercaban desde la órbita a las nuevas fuerzas de ocupación. Aquellas luces le recordaban las constelaciones. Nunca había sido capaz de desentrañar la posición de las estrellas. La gente veía formas en su distribución: de guerreros, serpientes, coronas; unas formas arbitrarias en su opinión, un sentido imperfecto que ellos atribuían a las posiciones estelares. En su niñez en Manzipor, el cocinero Oric lo sentaba sobre sus rodillas al atardecer y le enseñaba los nombres de los grupos de estrellas. De eso hacía muchos años. Entonces sí había sido un chiquillo. Oric conocía los nombres, dibujaba las formas, unía las estrellas con rayas hasta que surgía el contorno de un carnero o un león. Gaunt nunca había podido percibir las formas sin las líneas que enlazaban las estrellas.

En ese momento, por ejemplo, sabía que las hileras de luces representaban naves de desembarco, pero no podía imaginar sus formas. Para él eran sólo luces. Estrellas y luces, portadoras de unos significados y propósitos inasequibles para él.

Al igual que las estrellas, la veloces luces de las naves se apagaban de vez en cuando al pasar detrás de las espirales de humo que ascendían, negras sobre el fondo negro del cielo, de las partes del Palacio de Invierno que aún ardían.

Tras abotonarse el abrigo, Gaunt atravesó la gran extensión enlosada cubierta de nieve medio derretida. Pasó junto a una pila de cascos de los Secesionistas, reunidos como trofeo, que desprendían un olor a sudor rancio y a derrota. Alguien había pintado en cada uno de ellos una cruda réplica del grifo que simbolizaba el regimiento Hyrkan.

Los soldados situados junto a los braseros repararon en su silueta, que surgía de la oscuridad.

—¡Es el Chico! —gritó uno.

Gaunt disimuló el respingo de desagrado con una afectada sonrisa.

—¡El Vencedor de Darendara! —exclamó otro con alborozo de borracho, sin la menor sombra de ironía.

—¡Venga a festejarlo con nosotros, señor! —lo invitó el primero mientras se limpiaba las manos manchadas de jugo en la pechera de la túnica—. A todos les gustará alzar un par de copas en su honor.

—¡O tres!

—¡O cinco o cien!

Gaunt asintió en señal de agradecimiento.

—Iré dentro de poco. Abrid un tonel para mí.

Los dos volvieron a su cháchara y a su trabajo. Cuando Gaunt se marchaba, uno de ellos se volvió con una rodaja de fruta.

—¡Llévese esto al menos! ¡Es lo más refrescante que hemos comido en semanas!

Gaunt tomó la porción y apartó las semillas con un dedo. La aceitosa media luna tenía una carne de color salmón, madura y repleta de agua y de jugo. La mordió mientras se alejaba y agradecía el gesto con la mano.

Era dulce y fresca. La pulpa se desintegró en su ávida boca, inundando la garganta con un sabroso fluido azucarado. También le resbaló jugo por la barbilla. Se echó a reír, de nuevo con una risa de niño. Aquello era lo más dulce que había probado en Darendara.

No, no lo más dulce.

Lo más dulce que había probado había sido su primer triunfo. Su primer éxito al mando de una misión. Su primera oportunidad de servir al Emperador y al Imperio y al estamento para el que le habían inculcado obediencia y amor.

En un umbral iluminado se recortó una voluminosa silueta. Gaunt la reconoció de inmediato y se dispuso a saludar, sin saber qué hacer de la tajada de fruta.

—Tranquilo, Ibram —le dijo Oktar—. Sigue comiendo. Parece buena esa fruta. Tampoco a mí me vendría mal un pedazo.

—Sígame.

Royendo la porción hasta la corteza, Gaunt se puso a caminar al lado de Oktar. Volvieron a pasar junto a la pareja de soldados. Oktar se llevó una fruta entera que le tiraron y la partió con sus manazas. Después prosiguieron en silencio hacia el recinto de la capilla de Palacio, cruzando un jardín de hierbas aromáticas sobre el que se había posado una oscuridad azul. Los dos comían, babeando y escupiendo pepitas. Oktar ofreció una porción de su fruta a Gaunt y entre ambos dieron cuenta de ella.

De pie bajo el mirador de cristales multicolores de la capilla, tiraron las mondas y permanecieron así un buen rato, engullendo y sorbiéndose los dedos chorreantes de jugo.

—Sabe rico —dijo al final Oktar.

—¿Siempre sabrá tan bien? —preguntó Gaunt.

—Siempre, te lo prometo. El triunfo es el fin que todos deseamos y perseguimos. Cuando lo consigas, aférrate a él y saborea cada segundo. —Oktar se enjugó la barbilla, con la cara reducida a una sombra en la penumbra.

»Pero recuerdo esto, Ibram. No es siempre tan evidente como parece. Ganar lo es todo, pero la clave está en saber dónde radica eso. Me refiero a que matar al enemigo es la función del soldado normal. La tarea de un comisario es más sutil.

—¿Hay que averiguar cómo ganar?

—O qué ganar. O qué clase de victoria contará a la larga. Hay que poner en juego todo cuanto uno posee, su perspicacia, y considerar las cosas desde todos los ángulos. Nunca seas un esclavo de las simples directrices tácticas. El cuadro de oficiales demuestra tener a veces la misma inteligencia que el trasero de un Orko. Nosotros somos animales políticos, Ibram. A través de nosotros, si cumplimos como se debe

nuestro trabajo, se atempera el blanco y el negro de la guerra. Nosotros somos los intérpretes del combate, los traductores. Aportamos un sentido a la guerra, sutileza, una finalidad incluso. Matar es la profesión más aborrecible y necia que haya conocido el hombre. Nuestro cometido es transformar la maquinaria asesina de la especie humana en una fuerza positiva. Por el Emperador. Por nuestra propia conciencia.

Estuvieron callados un momento, sumidos en reflexión. Oktar encendió unos de sus lujosos y recios puros y lanzó unos blancos aros de humo a la brisa de la noche.

—Antes de que me olvide —añadió de improviso—, tengo una tarea más que encomendarte antes de que te retires. ¡Que te retires, es un decir! ¡Antes de que te vayas con los hombres al salón y te pongas ciego de tanto beber!

Gaunt se echó a reír.

—Hay un interrogatorio. El Inquisidor Defay ha llegado para interrogar a los prisioneros. Ya sabes, la habitual caza de brujas *post mortem* en la que insiste el Alto Mando. Pero éste es un hombre sensato. Lo conozco desde hace años. Acabo de hablar con él y por lo visto desea que lo ayudes.

—¿Yo?

—Sí, tú concretamente. Ha preguntado por ti, ha dicho tu nombre. Una de las prisioneras se niega a hablar si no es contigo.

Gaunt pestañeó. Aunque estaba confuso, sabía muy bien a quién se refería el comisario.

—Vete a verlo antes de irte de juerga con los muchachos. ¿De acuerdo?

Gaunt asintió.

—Te has portado bien hoy, Ibram —lo felicitó Oktar, dándole una palmada en el brazo—. Tu padre estaría orgulloso.

—Sé que lo está, señor.

Oktar sonrió tal vez, pero era imposible precisarlo en la oscuridad del jardín de la capilla.

—Una cosa, señor —dijo Gaunt, volviéndose, cuando se disponía a marcharse ya.

—Pregunta, Gaunt.

—¿Podría intentar animar a los hombres a que dejaran de llamarme «El Chico»?

Gaunt dejó a Oktar sacudido por estridentes carcajadas en medio de la oscuridad.

* * *

Con las manos pegajosas por el jugo que se secaba, Gaunt recorrió un largo corredor iluminado con lámparas, estirándose el abrigo y retocándose la posición de la gorra en la cabeza.

Bajo una entrada, unos Hyrkan vestidos con uniforme de batalla al completo montaban guardia, con las armas colgadas relajadamente del hombro. Había otros individuos: unos seres ataviados con túnicas con capucha que se escondían en las

zonas de sombra dejadas por las velas, murmurando, intercambiando tablillas de datos y grabaciones de testimonios. En el aire flotaba un olor a incienso. En algún lugar, alguien gemía.

El mayor Tanhause, que supervisaba la presencia Hyrkan, lo invitó a pasar con un guiño y lo encaminó hacia la izquierda.

Había un muchacho en el pasillo de la izquierda, de pie frente a una puerta cerrada. «No es mayor que yo», observó Gaunt al acercarse. Era un joven pálido y delgado, de mirada ardiente, más alto que Gaunt, vestido con una larga túnica rojiza. El cabello, negro y lacio, le caía desmayado a un lado de la cara.

—No puedes entrar aquí —dijo con seriedad.

—Soy Gaunt. El cadete comisario Gaunt.

El muchacho frunció el entrecejo. Luego se volvió, llamó a la puerta y la abrió un resquicio cuando alguien le contestó. Se produjo un diálogo que Gaunt no alcanzó a oír antes de que de la habitación saliera un corpulento individuo, que cerró la puerta tras de sí.

—Eso es todo por ahora, Gravier —le dijo al muchacho, que se retiró entre las sombras.

Aquel hombre era alto y fornido, más aún que Oktar incluso. Llevaba una armadura profusamente labrada cubierta con una larga capa púrpura. Su cara, oculta tras una capucha, causó pavor a Gaunt. Unos ojos brillantes lo miraron un momento a través de las ranuras de la tela, sondeándolo. Después se quitó la capucha.

Tenía un rostro agradable, aquilino. Gaunt se sorprendió al percibir compasión en él, dolor, cansancio y comprensión. La tez era de un frío tono blanco, pero aun así transmitía luz y calidez.

—Soy Defay —se presentó el Inquisidor con vibrante voz—. Tú eres el cadete Gaunt, supongo.

—Sí, señor. ¿En qué puedo ayudarlo?

Defay se acercó al cadete y apoyó una mano en sus hombros para después girarlo hacia sí.

—Una muchacha. Tú la conoces.

No era una pregunta.

—La conozco. La… la vi.

—Ella es la clave, Gaunt. En su mente residen los secretos de lo que quiera que ocasionó los desórdenes de este mundo. Ya sé que es cansado, pero mi obligación es desvelar esa clase de secretos.

—Todos servimos al Emperador, señor.

—En efecto, Gaunt. Ahora veamos. La chica dice que te conoce. Debe de ser una tontería, seguro, pero asegura que tú eres el único con quien hablará. Gaunt, llevo mucho tiempo ejerciendo este ministerio para reconocer una vía de entrada. Yo

podría… conseguir los secretos que busco de distintas maneras, pero la menos dolorosa, para mí y para ella también, sería a través de tu intervención. ¿Estás dispuesto a prestarla?

Gaunt miró de frente a Defay. Su actitud severa y paternal a la vez le recordaba a alguien. A Oktar… no, al tío Dercius.

—¿Qué quiere de mí?

—Que entres ahí y hables con ella. Nada más. No hay cables ni cámaras para grabarte. Sólo quiero que hables con ella. Si te dice lo que quiere decirte, eso podría procurarme la vía de entrada que necesito.

* * *

Gaunt entró en la habitación y la puerta se cerró tras él. En la reducida habitación había por todo mobiliario una mesa con un taburete a cada lado. En uno de ellos estaba sentada la muchacha. Una lámpara de sodio proyectaba una vacilante luz.

Gaunt tomó asiento en el otro taburete, delante de ella.

Tenía los ojos tan negros como el pelo. Su vestido era igual de blanco que su piel. Era hermosa.

—¡Ibram! ¡Por fin! ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Su voz sonaba suave pero firme y su Gótico Bajo era impecable. Gaunt se echó atrás, como si quisiera huir de su mirada directa. Ella inclinó el torso con urgencia, con la vista clavada en sus ojos.

—No tengas miedo, Ibram Gaunt.

—No lo tengo.

—Ah sí. No tengo necesidad de ser una vidente para captar eso. Aunque, claro, sí soy vidente.

—Entonces dime lo que quiero saber —la invitó, respirando hondo, Gaunt.

—Muy listo. —La muchacha rio entre dientes, echando atrás la espalda.

—Mira, a mí tampoco me gusta estar aquí —dijo, adelantándose con vehemencia, Gaunt—. Acabemos cuanto antes con esto. Tú eres una psíquica. Déjame de piedra con tus visiones o cállate de una vez. Tengo otras cosas que hacer.

—Beber con tus hombres. Comer fruta.

—¿Qué?

—Tienes ganas de comer más fruta. Te ha encantado. Es dulce y jugosa…

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Gaunt con un escalofrío.

—Tienes pringada de jugo la barbilla y las solapas del abrigo —respondió la muchacha con una maliciosa sonrisa.

—¿Y quién se está pasando de listo ahora? —replicó Gaunt con una sonrisa que no pudo disimular—. Eso no son portentos psíquicos, sino una mera observación.

—Pero es verdad, ¿no? ¿Hay mucha diferencia?

—Si… si. Lo que me dijiste antes. No tenía sentido, pero tampoco guardaba

relación con las manchas de mi abrigo. ¿Por qué has pedido verme?

La joven suspiró, abatiendo la cabeza. Luego se produjo una larga pausa.

La voz que le respondió finalmente no era ya la de ella. Era un sonido rasposo y fino que le produjo un sobresalto. ¡Por el Emperador, qué frío hacía de repente allí! Al ver su propio aliento destacado en el aire, comprendió que no eran imaginaciones suyas.

—Yo no quiero percibir cosas, Ibram —dijo aquella voz seca y susurrante—, pero las veo de todas formas. En mi cabeza. A veces son cosas maravillosas, y otras, horribles. Veo lo que la gente me muestra. Las mentes son como libros.

—A… a mí… me gustan los libros —balbució Gaunt.

—Lo sé. Lo leo. Te gustaban los libros de Bonifacio. Él tenía muchos.

Gaunt se quedó paralizado, asaltado por un temor que le mandó una corriente a lo largo de la columna vertebral. Notó que en la frente comenzaba a resbalarle una fría gota de sudor. Se sentía atrapado.

—¿Cómo podías saber tú eso?

—Ya sabes cómo.

La temperatura de la habitación se había vuelto glacial. Gaunt vio que encima de la mesa se formaban cristales de hielo que provocaban crujidos en la madera. Con el vello del cuerpo erizado, se levantó del asiento y retrocedió hasta la puerta.

—¡Ya es suficiente! ¡Se ha acabado la entrevista!

Trató de abrir la puerta, con intención de salir. Estaba cerrada con llave. O en todo caso no podía abrirla. Algo la mantenía cerrada.

—¡Inquisidor! —llamó Gaunt, aporreándola—. ¡Inquisidor Defay! ¡Déjeme salir!

Su voz sonó extraña y hueca en el reducto de la helada habitación. Atemorizado como no lo había estado nunca antes, miró en torno a sí. La muchacha se arrastraba por el suelo en dirección a él, con los ojos velados y en blanco y un hilo de saliva en las comisuras de los labios. Le sonrió. Aquello fue lo más espantoso que había visto el joven Ibram Gaunt en toda su vida. Cuando habló, su voz no salía acorde con los movimientos de la boca. Las palabras surgían de algún otro lugar horrendo. Los labios de la chica no se movían al ritmo de estas.

—¿Qué quieres de mí? —alcanzó a susurrar Gaunt, mientras observaba encogido en un rincón su reptante avance de animal por el helado suelo—. ¿Qué?

—Tu vida —contestó una voz suavísima, inhumana.

—¡Apártate de mí! —murmuró Gaunt, forcejeando en vano con la manecilla de la puerta.

—¿Qué quieres saber? —preguntó de repente, con aire calculador, aquel horror.

Tal vez si lo mantenía hablando, se dijo, pudiera apaciguarlo, encontrar una manera de zafarse…

—¿Seré comisario? —planteó, dando puñetazos en la puerta, sin prestar

realmente importancia a la pregunta.

—Por supuesto.

La cerradura se tensaba, comenzaba a ceder. Era cuestión de un momento más. ¡Había que seguir hablando!

—Dime el resto —solicitó, con la esperanza de que la muchacha dejara de arrastrarse hacia él.

Estuvo callada unos segundos, meditando. En sus ojos se acentuó la negrura antes de que volviera a sonar la fina y trémula voz.

—Lo que te he dicho antes. Habrá siete. Siete piedras de poder. Córtalas y serás libre. No las mates. Pero primero debes encontrar a tus fantasmas.

Gaunt se encogió de hombros, pugnando con la manecilla, todavía sin prestar verdadera atención a la respuesta.

—¿Qué significa eso, por Feth?

—¿Y qué significa Feth? —replicó ella.

Gaunt se quedó indeciso. No tenía ni idea de qué significaba aquella palabra ni por qué la había utilizado.

—Tu futuro tropieza contigo, Ibram. Fantasmas, fantasmas, fantasmas.

Gaunt giró sobre sí, decidido a luchar si era preciso. La puerta no iba a ceder y aquel monstruo se estaba acercando demasiado.

—Dime algo útil.

—Eres un anroth.

—¿Un qué?

—No tengo ni la más remota idea de lo que significa, pero lo eres. Anroth. Anroth. Eso eres tú.

Gaunt se desplazó al otro extremo de la habitación para poner más espacio de por medio entre ambos y ella comenzó a arrastrarse despacio en esa dirección.

—¡Esto no tiene pies ni cabeza! Me voy —anunció.

—Vete pues. Pero te diré algo más antes de que te vayas.

Giró la cabeza y ella le dedicó una terrorífica sonrisa enmarcada por el velo de sus negros cabellos caídos.

—El espacio disforme te conoce, Ibram Gaunt.

—¡Al infierno con el espacio disforme! —espetó.

—Ibram, llegará un día… muy lejano ahora, en que algo de color vermellón sea el objeto más preciado que hayas conocido. Ve en su busca. Encuéntralo. Otros lo buscarán, y tú lo defenderás con sangre. La sangre de tus fantasmas.

—¡Basta ya con eso!

La joven se adelantó a gatas como un animal, dejando un reguero de saliva en el suelo.

—¡Recuerda esto! ¡Ibram! ¡Ibram! ¡Muchas personas morirán si no! ¡Muchas,

muchísimas!

—¿Si no qué? —inquirió con brusquedad, intentando hallar la manera de salir de aquel infierno.

—Si no lo destruyes. Debes destruirlo. El objeto vermellón. Destrúyelo. Fabrica hierro sin almas.

—¡Estás loca!

—¡Hierro sin almas! —La muchacha se aferró a sus piernas, arañando y tirando de la tela orlada de hielo.

—¡Suéltame!

—¡Fenecerán mundos! ¡Morirá un señor de la guerra! ¡No dejes que ninguno de ellos se quede con él! ¡Ninguno! ¡No se trata sólo de que no caiga en las manos inadecuadas! ¡Todas las manos lo serán! ¡Nadie tiene derecho a utilizarlo! ¡Destrúyelo, Ibram! ¡Por favor!

Se zafó sin miramientos de ella, que cayó lejos sobre el gélido suelo, llorando.

Gaunt accionó la manecilla de la puerta. De improviso ésta se abrió. Le dio la espalda a la muchacha y ésta se levantó con los oscuros ojos arrasados de lágrimas.

—No se lo permitas, Ibram —dijo, ya con su propia voz—. Destrúyelo.

—Nunca he oído tantas tonterías —espetó Gaunt. Después hizo acopio de aire—. Si de verdad tienes poderes paranormales, ¿por qué no me dices algo de verdad? Algo que me pueda interesar de veras. Como… como ¿de qué manera murió mi padre?

La joven se sentó en el taburete y en la habitación se instaló de nuevo el frío. Un frío tremendo. Lo miró muy fijo a los ojos y él sintió que llegaba hasta su cerebro.

Involuntariamente, volvió a tomar asiento en el taburete. La miró a los ojos y algo le dijo qué iba a oír a continuación.

—Tu padre… —dijo en su voz— …tú fuiste su primer y único hijo. El primero y el único…

Guardó silencio un instante, antes de proseguir.

—Kentaur. Fue en Kentaur. Dercius estaba al mando del grueso de la tropa y tu padre dirigía el ataque de las fuerzas de élite.